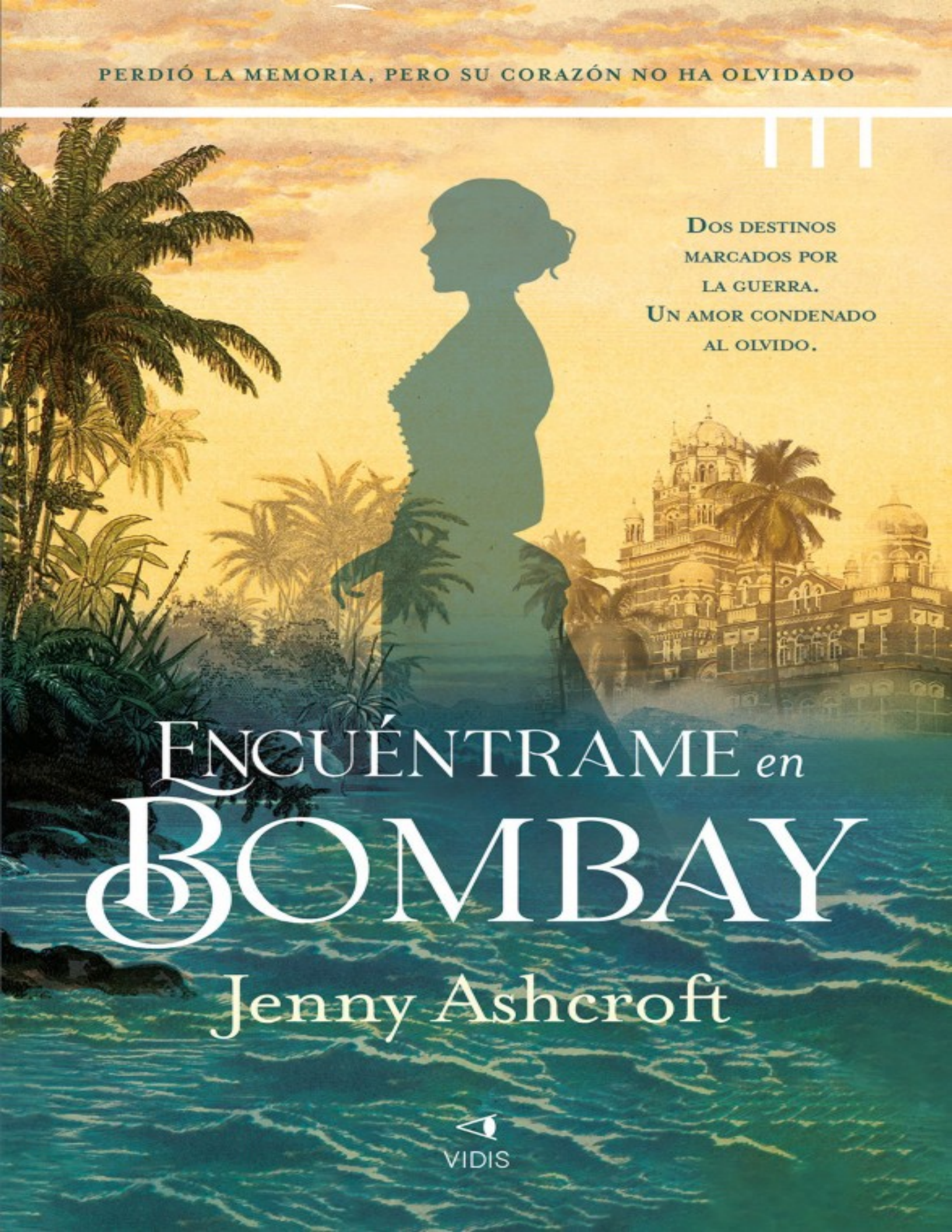
PERDIÓ LA MEMORIA, PERO SU CORAZÓN NO HA OLVIDADO



DOS DESTINOS
MARCADOS POR
LA GUERRA.
UN AMOR CONDENADO
AL OLVIDO.

ENCUÉNTRAME *en* BOMBAY

Jenny Ashcroft

VIDIS

ENCUÉNTRAME EN BOMBAY

Jenny Ashcroft

Traducción: Carmen Bordeu

VIDIS
HISTÓRICA

Título original: *Meet me in Bombay*

© 2019 Jenny Ashcroft

© 2025 Manilla Press, un sello de Bonnier Books UK Limited

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Vidis Histórica
www.vidishistorica.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-93-6

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Una carta de alguien, para alguien
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
CUATRO AÑOS DESPUÉS
Capítulo diecinueve

Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Epílogo
Novelas históricas en Vidis
Jenny Ashcroft
Manifiesto Vidis

UNA CARTA DE ALGUIEN, PARA ALGUIEN

Esta noche no recuerdo qué año es. No consigo recordar cuánto tiempo llevo aquí (por más que lo intente) en esta residencia para adultos mayores que en realidad es un hospital, un lugar para los ancianos, los enfermos, los olvidados... y los olvidadizos. Pedí a una enfermera, una joven con pecas y voz tranquila, que me lo recordara pero no quiso hacerlo. Dijo que me angustiaría y que no debía preocuparme, que el tiempo no era importante. Sin embargo, para mí sí lo es, estoy seguro de que llevo demasiado tiempo en este lugar. Tengo la horrible sensación de que he estado aquí muchos años.

Sé que me convertí en un paciente en 1915, eso sí lo recuerdo, y que anoté la fecha en el cuaderno que me dieron en ese entonces: un diario con tapas de cuero que me entregó el doctor Arnold en mi primera sesión para que apuntara todo lo que mi frágil memoria no pudiera retener. "Cualquier cosa que le venga a la mente", explicó Arnold. Y a pesar de lo mucho que he olvidado, sus palabras todavía resuenan en mi mente; hasta puedo oír su voz ahora, imaginar la chimenea encendida en el despacho y sentir el calor, como si todavía estuviera sentado frente al fuego con la piel erizada debajo de mi uniforme azul de paciente. "Piense en su pasado como en un rompecabezas que tiene que armar", agregó. "No puede faltar ninguna pieza". Hace mucho que no veo a Arnold. No recuerdo cuándo ni por qué dejamos de vernos. Quizás renunció a mi rompecabezas.

Algo que yo nunca podría permitirme.

Hoy, después del té de la mañana, me quedé dormido de repente. Siempre es así, nunca me resisto. Mis sueños son lo único que me queda de ese otro mundo, un mundo al que estoy seguro de que alguna vez pertenecí. Todo allí era calor, luz, color y mucha vida. Había una fiesta a orillas de un mar, nada que ver con las reuniones aburridas que organizamos aquí, nada de sándwiches miserables, zumos en polvo aguados y galletas húmedas. El lugar estaba atiborrado de ruido y de gente, y sonaba la música de una banda de *ragtime*.

Una figura (una mujer con un vestido de seda) estaba de espaldas a mí en la oscuridad; sus dedos enguantados tocaban una silla.

Eras tú, estoy seguro de que eras tú.

El cielo pareció explotar sobre nosotros. Te vi alzar la vista y observé el arco de tu cuello; esperé a que te giraras, a que me vieras. Algo, ¿un recuerdo?, me decía que lo harías.

Los vítores llenaron la noche junto con los primeros acordes de una canción que no logro identificar y seguí esperando.

Bajaste la cabeza despacio. Giraste la barbilla sobre tu hombro desnudo y tu pómulo comenzó a asomar.

Contuve la respiración. Incluso dormido en la silla, no respiré.

Cuando me desperté, como siempre me despierto antes de que me permitas vislumbrar tu rostro, había lágrimas en mis mejillas.

No recuerdo cómo eres y, sin embargo, sé que si te viera te reconocería al instante. Estoy seguro de que eres hermosa y quiero pensar que fuimos felices juntos alguna vez. Intento creer que nuestra historia fue maravillosa. Pero yo estoy aquí, viejo y solo, tú no estás y no puedo entender cómo pudo pasar.

Lo único que necesito es volver contigo, pero cada día que pasa me parece más difícil porque aunque te sueñe con tanta frecuencia y espere con tanta paciencia a que mi mente quebrada evoque una primera pista que pueda llevarme de regreso a ti —una inicial, el nombre de un lugar, un pequeño detalle—, eso nunca ocurre. No sé de dónde eres ni quién eres para mí, ni siquiera si estás viva. Hago un esfuerzo enorme por recordar cada hora de cada día, pero a veces ni siquiera logro recordar que se supone que debo recordar tu nombre.

Y después de tantos tantos años, sigo sin tener ni idea de dónde he estado, de qué fue lo que me alejó de ti y de cómo llegué a ese hospital en 1915.

O de quién demonios soy.

CAPÍTULO UNO

Bombay, 31 de diciembre de 1913

A Maddy siempre le había parecido muy curioso que la vida pudiera trastocarse tanto en cuestión de segundos, sin indicio ni aviso de que se avecinaba un cambio. En particular después de aquella víspera de Año Nuevo de 1913, solía detenerse a reflexionar con desconcierto sobre las horas previas a la medianoche en las que, absorta en el frenesí de la fiesta en el Club Náutico Real, no había sospechado ni por un momento lo que estaba a punto de ocurrir. Esa noche, mientras el reloj se acercaba a 1914 y la banda de *ragtime* tocaba una nueva ronda de canciones, llenando el caluroso salón de baile del club, iluminado por velas, con música de Scott Joplin y de parejas que hacían vibrar la pista —una multitud de vestidos de lentejuelas y trajes de noche que se deslizaban por el piso de madera con pasos rápidos y sudorosos—, ella solo pensaba en el calor y la música.

No tenía ni la menor idea de todo lo que estaba a punto de sucederle.

Se detuvo al borde de la pista. Después de bailar las últimas cinco canciones, se alegraba de poder ser, por un momento, una simple espectadora, recuperar el aliento y sentir el alivio fresco de su *gin-tonic* helado presionado contra su mejilla. Hizo girar el vaso sobre su piel caliente y sus ojos recorrieron la opulencia que la rodeaba. Era una fiesta fastuosa incluso para los estándares de Bombay, y ella, recién llegada del mundo tibio y acogedor de sus tíos en Oxfordshire, tenía que recordarse a sí misma una y otra vez que no se había infiltrado en un escenario de teatro sino que ahora pertenecía de verdad a esa tierra exótica y húmeda. Mesas vestidas de blanco bordeaban la pista de baile, cubiertas con bandejas de empanadas de curri, naan y frutas exóticas. Recipientes de ponche y enfriadores de champán se disputaban el espacio sobre la barra de madera larga. Faroles de colores sobre las mesas y en las paredes bañaban la sala revestida de madera con una

luz tamizada; el aroma a cera se mezclaba con el olor a perfume y pomada para el cabello, y las puertas entreabiertas de la veranda dejaban entrar un calor sofocante. No había árbol de Navidad —al parecer no se conseguían en la India—, pero en su lugar un arreglo de ramas de mango y plátano decoradas con adornos navideños se balanceaba precariamente junto a la gran entrada del salón. Era una estructura bastante extraña, por cierto diferente de cualquier abeto que Maddy hubiera visto jamás y, lejos de avivar el ambiente navideño lograba mitigarlo, igual que los sombreros de papel reblandecidos por la humedad que Richard, el padre de Maddy, había insistido en que todos usaran el día de Navidad. Había resultado incongruente estar almorzando pavo en la veranda sofocante de la residencia mientras los pavos reales se paseaban a su alrededor.

Richard llevaba ahora otro sombrero. Era imposible no reírse al verlo al otro lado del salón —el jefe del servicio civil de Bombay, el arquetipo del funcionario colonial con su corbata blanca impecable— con una corona morada de lunares inclinada con desenfado sobre su cabello canoso. Estaba tratando de convencer a Alice, la madre de Maddy, de que bailara con él. Alice, que a diferencia de las demás personas en el salón seguía luciendo tan fresca como un pepino de Pimm's, con sus rizos rubios impecables y sin una pizca de brillo en su piel de porcelana, levantó las manos enguantadas negándose. Maddy se preguntó si habría alguna parte de ella, por más pequeña que fuera, que se sintiera tentada de hacer lo contrario, de decir: "Sí. Sí, por favor. ¿Por qué no?". Maddy deseaba que lo hiciera. Sería muy agradable verla soltarse por una vez, tomar el brazo de Richard y lanzarse a la pista con el mismo abandono feliz que todos los demás.

Pero Richard ya se había dado la vuelta y se alejaba con arrugas de resignación en su rostro curtido. Maddy sintió una punzada de lástima y luego otra cuando vio que él levantó la barbilla y se dirigió hacia la barra. ¿Tanto le costaba a Alice bailar con él? Maddy tiró del cuello húmedo de su vestido y no intentó responder a su propia pregunta. Pese a que ya llevaba dos meses en la India, viviendo de nuevo con sus padres después de más de una década en Inglaterra (había vuelto a su país a estudiar, como casi todos los niños del Raj, pero también para escapar de las fiebres tropicales a las que había sido tan propensa de niña. "No parabas de enfermarte", le había contado su padre con tristeza muchas veces. "Era aterrador…"), a menudo sentía que seguía entendiendo tan poco a su madre, tan fría y contenida,

como aquel día asfixiante de octubre en que había llegado al puerto de Bombay y se había reencontrado con ella.

—No pongas esa cara tan seria —sonó una voz a su izquierda sobresaltándola—. Es Año Nuevo.

Maddy se giró y se topó con la mirada de reproche fingido de su amiga Della Wilson. Las dos habían viajado juntas desde Tilbury, en la misma fila de camarotes que el resto de mujeres solteras que se dirigían a reunirse con sus familias en la India; en el caso de Della para quedarse con su hermano mayor, Peter. Se habían hecho amigas durante los irresistibles tés en el barco, incómodas por la suposición de los demás pasajeros de que todas formaban parte de una "flota de pesca" rumbo a la India para encontrar marido. "Que, por supuesto, es exactamente lo que mi madre espera que haga", había comentado Della mientras masticaba un *éclair* de chocolate. "Por eso me dejó venir. Tampoco es que me disguste". Había tragado saliva. "Pero preferiría mucho más ir a cazar tigres".

—¿Dónde estabas? —le preguntó Maddy ahora—. No te he visto en toda la noche.

—Acabo de llegar —respondió Della—. Puedes culpar a Peter por eso, si es que decide venir.

—¿Dónde está?

—Solo Dios sabe. Había quedado en encontrarse antes con un amigo en el hotel Taj Mahal, pero se suponía que iba a volver a casa a recogerme. Me imagino que se perdieron en el bar del hotel. —Se abanicó la cara sonrojada —. Me dio miedo no llegar para la medianoche, así que al final tomé un *rickshaw.* No se lo cuentes a Peter, no le gusta que viaje sola en *rickshaw.*

Maddy, que solía oír a Peter lamentarse de lo sencilla que había sido su vida antes de que su incontrolable hermana irrumpiera en ella, se rio y soltó:

—Pobre Peter.

—Pobre Peter nada —replicó Della—. Dios —agregó y resopló—, esto es un horno. ¿Vamos fuera? Podemos fumarnos un cigarrillo rápido antes de que llegue Peter. Tampoco le gusta que fume.

Maddy decidió que le vendría bien uno, sobre todo sin el gesto de desaprobación de su madre, y asintió con la cabeza.

—¿Con quién has estado bailando? —preguntó Della mientras se abrían paso a través del salón abarrotado.

—Los de siempre —respondió Maddy y nombró a un par de capitanes del

ejército, un oficial de la marina con un bronceado perpetuo y un puñado de funcionarios que, como Peter, trabajaban para su padre en las oficinas de Bombay.

—¿Y Guy Bowen? —aventuró Della con falsa ingenuidad y señaló a un hombre que se encontraba sumido en una conversación con otros cirujanos del hospital militar.

Maddy hizo un gesto de exasperación.

—¿Quieres parar con eso? Es amigo de mis padres.

—Y también *tu* amigo. Te visita a menudo.

Maddy empujó la puerta de la veranda.

—Podría ser mi padre.

—No lo creo —retrucó Della—. No puede tener más de cuarenta y tú tienes casi veintitrés.

—Estoy bastante segura de que me hacía rebotar en sus rodillas cuando yo era pequeña —replicó Maddy.

—¿En serio? —dijo Della, de una forma que hizo que ambas estallaran en carcajadas.

Continuaron la conversación en la noche sofocante y húmeda. La banda seguía tocando cuando salieron a la terraza frente al mar y el reloj en el salón detrás de ellas dio las once: la última hora de 1913.

Fuera todo estaba más quieto, el aire denso amortiguaba la música y las voces de todos los que daban vueltas y holgazaneaban en las mesas a la sombra. Las antorchas crepitaban e iluminaban el camino de Maddy y Della hacia el malecón, aunque en realidad no las necesitaban. No era la primera vez que se escapaban juntas a fumar un cigarrillo. Al poco de llegar, durante una fiesta, habían descubierto el lugar escondido en las escaleras que llevaban al mar y lo habían estado utilizando desde entonces para escapar de las miradas vigilantes de sus familiares y las *memsahibs* chismosas, tal como solían escabullirse a las cubiertas de los botes salvavidas del barco de la P&O durante el viaje.

Maddy abrió su bolso de mano mientras caminaban en la oscuridad para buscar los cigarrillos que le conseguía el criado personal de sus padres. (“Lo hago por una pequeña gratificación, ¿le parece?”, había insinuado con expresión esperanzada la primera vez que ella se lo había pedido. “Por supuesto”, había accedido ella y le había entregado las rupias. “Por supuesto.

Y también por mi cordura"). Seguía rebuscando entre el peine, las cerillas y la polvera cuando Della la tomó de la mano y chilló:

—Date prisa, ahí viene Peter.

Casi sin pensarlo, Maddy se giró en la dirección del grandioso hotel Taj y se le cayeron las cerillas. Se inclinó para recogerlas sin apartar la vista de Peter que se acercaba. Era fácil de distinguir, incluso en el oscuro paseo marítimo, con su figura delgada y su andar despreocupado. No las había visto. Estaba hablando con el hombre que lo acompañaba. Maddy supuso que era el amigo con quien se había encontrado en el Taj. Se quedó mirando, observando la silueta del desconocido bajo las palmeras. Era más alto que Peter y más corpulento. Por un instante se preguntó quién sería, pero no lo pensó mucho. No tenía tiempo; Della le hizo señas para que la siguiera.

Dejó las cerillas y siguió a su amiga deprisa. Se recogió la falda de seda para trepar por el malecón y bajó las escaleras húmedas para sentarse junto a una Della sin aliento en el escalón de siempre.

La quietud era mayor allí, debajo de la terraza. El agua chocaba contra el muro de piedra y los niños locales chapoteaban y jugaban, a pesar de la hora tardía, en el mar Arábigo, entrando y saliendo de los botes pesqueros cercanos. Una brisa suave soplaba desde la ciudad; cargada de polen, polvo y olor a desagües traía el calor de cientos de miles de personas. Maddy la sintió sobre su espalda desnuda y pegajosa y sobre la parte superior de sus brazos, y dejó que sus hombros se relajaran para disfrutar de la calma después de la intensidad deslumbrante del festejo arriba. Se llevó un cigarrillo a los labios, se inclinó para que Della le diera fuego e inhaló. Cerró los ojos ante una sensación de mareo repentino.

—Me pregunto qué estarán haciendo todos en la vieja y gris Inglaterra —deslizó Della, en un tono que dejaba claro lo mucho que disfrutaba de la idea de que, fuera lo que fuera, no se parecía en nada a eso.

—¿De verdad no lo extrañas? —preguntó Maddy—. ¿Ni siquiera un poco?

—Ni una pizca —aseguró Della. Miró a su amiga de reojo con una chispa burlona en sus ojos redondos—. Deberías intentar no extrañarlo tanto, te sentirías mejor.

—Claro, para ti es fácil decirlo —contestó Maddy, porque lo era. Della tenía la posibilidad de regresar cuando quisiera para visitar a su familia y amigos.

—Tenías tantas ganas de venir —recordó Della— cuando estábamos en el

barco.

—Lo sé —dijo Maddy—, lo sé. —Pero durante el viaje había pensado que su estancia en la India serían solo unas vacaciones y estaba entusiasmada. Había terminado la universidad y todo le parecía una gran aventura que debía disfrutar antes de aceptar el puesto de profesora que le habían ofrecido y estaba desesperada por volver a ver a su padre. A diferencia de su madre, él la había visitado cada dos años en Oxford donde ella se había alojado con su tía Edie, la hermana de él. Maddy solía tachar los días que faltaban para el próximo viaje de su padre cuando era más joven y planificar itinerarios detallados para pícnics, salidas al teatro y esas cosas. La idea de pasar una larga temporada con él le había parecido un verdadero privilegio. Incluso se había permitido esperar... algo... de su madre: una relación más allá de las cartas forzadas con matasellos extranjeros, tal vez. Sin embargo, en algún momento entre la partida del transatlántico de la P&O de Port Said y su llegada a los muelles caóticos de Bombay, las cosas se habían complicado bastante para la tía Edie y el tío Fitz en Oxford, y Maddy ya no tenía un hogar al que volver en Inglaterra, ni un trabajo gracias al tío Fitz, ni medios para establecerse por su cuenta. Solo una madre que era menos y menos comunicativa cada vez que ella sacaba el tema de si ella y Richard podrían ayudarla a hacerlo.

—Con el tiempo se te hará más fácil —le aseguró Della.

Maddy exhaló humo y las estrellas se difuminaron en la neblina.

—Sí —respondió—, claro que sí. —No era tan difícil de creer, no en una noche como esa, lejos de sus días silenciosos con Alice en la casa y con la música que sonaba arriba y los niños que reían abajo. —Como sea —añadió —, sé de buena fuente que lleva por lo menos un año adaptarse a un lugar.

—¿Quién te dijo eso?

—Mi padre.

—Excelente —exclamó Della—. Peter estaría de acuerdo.

Maddy sonrió. Luego, con intención de cambiar de tema, preguntó:

—¿Qué tal pasaste la Navidad?

—Genial. —Della se explayó sobre el viaje que había hecho: una excursión por los canales de Kerala con muchas puestas de sol, visitas a pueblos ribereños y pescado fresco cocinado a las brasas cada noche. Por supuesto, había convencido a Peter de que no dijera ni una palabra de eso a sus padres. Sonaba genial.

—Qué suerte la tuya —se lamentó Maddy—. Los cócteles en el Club Gymkhana fueron lo más aventurero que hicimos nosotros en Navidad, aunque el cocinero de casa preparó pavo al curri para la cena.

—Qué típico —comentó Della.

—Para ser honesta —confesó Maddy, dando golpecitos a su cigarrillo—, creo que fue más para disimular el sabor de la carne que otra cosa. —Nadie había sabido cuánto tiempo había estado esperando el pobre pavo, desplumado y listo en el mercado. Todos se habían descompuesto después. ("No hay mal que por bien no venga", había comentado Richard al día siguiente mientras comía galletas saladas secas con una tónica. "Cada vez que como un curri del cocinero me descompongo y vuelvo a mi peso ideal". "Por favor, Richard, ¿es necesario?", lo había regañado Alice).

—¿Viste mucho a Guy? —preguntó Della.

Maddy gimió.

—No empieces con eso otra vez.

—Anda, cuéntame —la instó Della.

—Es como mi tío, Della.

—Un tío muy atento.

Maddy no respondió y confió en que la mirada que le lanzó a Della fuera suficiente para disuadirla.

Por supuesto no lo fue.

—Me gusta bastante la idea de un hombre mayor, ¿sabes? —continuó—. Y Guy cumple muy bien los requisitos. Es casi de otro planeta si me preguntas.

—Nadie te está preguntando.

—Y además cirujano. Piensa en lo que puede hacer con sus...

Maddy le dio una patada.

—¡Ay! —Della rio y se llevó la mano a la espinilla—. De acuerdo, no diré nada más.

—Gracias a Dios. —Maddy tiró el cigarrillo al mar y alzó la vista hacia el club desde donde fluía la música de la banda de *ragtime*—. ¿Volvemos?

—Sí, deberíamos —accedió Della—. Empiezo a preocuparme por que al final Peter haya ido a casa a buscarme.

Peter no había ido a buscarla. ("Qué desgraciado", susurró Della). Seguía fuera, bebiendo en una de las mesas redondas con su grupo habitual. Maddy reconocía a casi todos ellos de las noches y los fines de semana que pasaba

en los distintos clubes de la ciudad; el mundo social de Bombay era tan reducido como intenso. Había bailado con la mayoría de ellos esa noche. Solo había uno allí que no conocía: el amigo de Peter. Estaba sentado un poco retirado de la mesa, con el rostro oculto por el resplandor de los faroles parpadeantes. No llevaba traje de etiqueta a diferencia de los demás hombres, sino pantalones, camisa y una chaqueta de lino. Eso hizo que Maddy lo mirara dos veces y se volviera a preguntar quién era.

Él se giró como si intuyera su curiosidad. Ella se sonrojó sintiéndose descubierta y centró su atención en Peter, que se puso de pie cuando ella y Della se acercaron.

—Della Wilson —declaró Peter—. No quiero saber que estabas fumando ahí abajo.

—No... —comenzó Della.

—No, insisto en que no quiero saberlo. Así no tendré que volver a mentir cuando nuestra madre envíe un telegrama para preguntar cómo te estás portando. —Dirigió una mirada desesperada a Maddy—. En mi vida he dicho tantas mentiras.

Maddy se rio, un poco cohibida; tenía la firme impresión de que el hombre de la chaqueta de lino no le había quitado los ojos de encima, quizás preguntándose por qué ella lo había mirado.

—Iba a decir —increpó Della—, que no puedo creer que me hayas abandonado en casa.

—Sabía que estarías bien.

—Podría estar ahí todavía. Podría haberme perdido toda la fiesta.

—Y sin embargo —contestó Peter— aquí estás. Maddy, ven aquí. —Se inclinó para besarle la mejilla, aún sonrojada—. Estás muy acalorada —agregó.

—Estoy bien.

—Necesitas champán —afirmó él y se volvió hacia la mesa para buscar una botella—. ¿Algún propósito para el Año Nuevo? —preguntó.

—Aún no lo he pensado —contestó Maddy.

—No es cierto —replicó Della—. Vas a intentar no sentir nostalgia.

—Igual no sirven de nada. —Peter entregó una copa rebosante a cada una.

Maddy tuvo que preguntar:

—¿Por qué no?

—Porque nunca se cumplen —explicó él.

—Es un pensamiento un poco negativo —le recriminó ella y, por el rabillo del ojo, advirtió que el desconocido giraba la cabeza. Todavía estaba demasiado apartado para que pudiera verlo bien; más que ver su sonrisa la sintió.

—Pues es la verdad —insistió Peter—. Nunca se cumplen, en serio.

—Bueno —convino Maddy, con un ojo en su amigo (¿había sonreído?)—, ya que en realidad no es mi propósito, quizá sí se cumpla.

—Eso sí que es un disparate —soltó Della.

—Estoy de acuerdo —dijo Peter—. Sin embargo —añadió y levantó su copa—, como es Año Nuevo, olvidemos lo que ha dicho Maddy y bebamos. Oh, miren —exclamó, distraído por un par de camareros indios que circulaban por la terraza con bandejas de kebabs—, comida. Ya vuelvo. Portaos bien.

Y se alejó.

Della declaró que tenía ganas de ir a ver cómo estaban las cosas dentro mientras Peter se alejaba. Algunos en la mesa protestaron ("Quédate, tómate otra copa de champán. No nos dejes aquí solos"), pero Della no cedió y Maddy, al no encontrar ninguna razón para no hacerlo, se sumó.

—Cómo les gusta rompernos el corazón, ¿verdad? —les gritó un oficial mientras se marchaban.

Confiada en que ningún corazón corría peligro, Maddy no sintió ni una pizca de culpa. Y no fue a ese oficial a quien se sorprendió mirando por encima del hombro mientras cruzaban la terraza oscura, calurosa y húmeda, sino al desconocido de la chaqueta de lino. No sabía por qué lo hizo y deseó no haberlo hecho, porque, al igual que antes, él se volvió con el rostro como una sombra sobre el blanco de su ropa, y eso hizo que apartara la mirada demasiado rápido y se sintiera tonta otra vez.

—¿Quién era ese? —preguntó a Della a pesar de que sentía vergüenza.

—¿Quién era quién?

—Ese hombre —precisó Maddy—. El que vino con Peter del Taj.

—No sé —respondió Della y miró por encima del hombro—. ¿Por qué? ¿Estaba ahí?

—Sí —contestó Maddy y, luego, antes de que él se diera cuenta de que Della lo estaba buscando con la mirada, añadió—: no importa.

Por supuesto que no importaba.

—Típico de Peter no presentarlo —comentó Della.

—Supongo —concluyó Maddy y, cuando volvieron a entrar en el salón de baile bullicioso con sus luces, la música y las risas, descartó al desconocido de su mente otra vez.

La pista de baile estaba, si era posible, todavía más llena y más calurosa que antes. Della desapareció en ella en cuestión de segundos del brazo de un sargento mayor y Maddy, al ver a su padre con su corona de lunares en la barra —recordando lo abatido que había estado un momento antes—, caminó hacia él y lo arrastró a la pista pegajosa, tal como él había intentado arrastrar a su madre antes, asegurándole que de ninguna manera la haría pasar vergüenza.

—Aunque podríamos prescindir del sombrero...

No era un bailarín muy hábil y no se le podía calificar de elegante, pero lo que le faltaba en habilidad lo compensaba con entusiasmo y se lanzaron a describir una sucesión de giros sobre la pista. Mientras esquivaban a otras parejas y por poco chocan contra el árbol de Navidad de plátano y mango ("La próxima lo intentaremos con más ganas", prometió él), Maddy rio ante el rostro sonriente de su padre y casi logró no reparar en su madre, que los observaba con expresión indescifrable desde el borde de la pista. Aunque estaba muerta de calor, no dudó cuando su padre le pidió que bailaran de nuevo.

A partir de entonces no abandonó la pista. Los hombres en la fiesta superaban en número a las mujeres en una proporción de dos a uno (como siempre ocurría en la India) y apenas terminaba una canción, alguien más se acercaba para pedirle que hiciera un acto de caridad y le concediera una pieza. Bailó con el secretario de Richard ("¿Te arriesgarás, Maddy?"), luego con más miembros de su personal y con el capitán de la marina bronceado otra vez. La tarjeta de Della estaba igual de llena y Maddy dejó de intentar llevar la cuenta de todos sus acompañantes. La banda seguía tocando y cada vez más gente se acercaba desde la terraza, llenando la sala iluminada hasta que pareció que no quedaba espacio para nadie más, ni aire agobiante para respirar. La piel de Maddy brillaba de sudor; su cabello, libre de horquillas, caía en ondas húmedas sobre su cuello, tan caótico, estaba segura, como se habrían vuelto los rizos castaños de Della.

Justo antes de la medianoche, se retiró por fin de la pista. Se llevó una mano al costado al sentir un pinchazo en la cintura y creyó que moriría si no descansaba un poco antes de arriesgarse con alguien otra vez. Como Della

seguía recorriendo la pista con alegría, no perdió el tiempo en decirle dónde iba y se dirigió fuera.

En la terraza reinaba un silencio delicioso, ya no quedaba nadie en las mesas. Algunos de los faroles se habían apagado, por lo que estaba aún más oscuro que antes. Con la música a sus espaldas, Maddy se encaminó hacia el mar y se apoyó contra el muro, sintiendo la presión de la piedra a través de la falda. Sonrió al ver que los niños seguían jugando abajo. En la distancia se mecían cientos de botes más en las aguas tranquilas; las olas arrastraban las voces de sus ocupantes y el aroma de la comida asándose sobre las brasas. Respiró hondo, absorbiendo cada detalle. Se preguntó si tendría tiempo para fumar un cigarrillo, decidió que sí y luego maldijo al recordar que se le habían caído las cerillas.

Volvió al lugar donde las había dejado, se puso en cuclillas sobre los adoquines y deslizó las manos por las piedras negras. Al no encontrar nada, se arrodilló y se inclinó para ver mejor. Pero no, no estaban allí.

—Qué raro —musitó y cuando su voz quebró la noche y resonó en el silencio, se dio cuenta de que la música dentro se había detenido.

Se volvió hacia las puertas iluminadas del club y las siluetas del gentío en el interior. Todos parecían estar mirando el reloj. Casi podía sentir la presión de los cuerpos, la expectación sudorosa y, aunque se sentía tentada de quedarse fuera, se dijo a sí misma que sería demasiado triste recibir el Año Nuevo sola y que le convenía darse prisa si no quería que se le pasara la medianoche. Echó un último vistazo inútil al suelo y, con un suspiro de exasperación, se incorporó y volvió a cruzar la terraza en penumbra.

Nunca podría explicar más tarde qué la hizo detenerse en seco, dar un paso al costado y pasar junto a la mesa en la que había estado Peter. Ni por qué extendió la mano y tocó el respaldo de la silla en la que había estado sentado su amigo, el desconocido, y lo recordó de nuevo con intensidad.

Pero cuando sus dedos se cerraron alrededor de la madera dio un respingo, sobresaltada por un estallido de explosiones: mar adentro, a lo largo de la playa cercana, en la ciudad a sus espaldas. Levantó la vista y observó a su alrededor, con los ojos fijos en los fuegos artificiales que llenaban el aire de humo y el cielo de destellos de colores.

"Oh, Dios mío", pensó, "es medianoche", y se echó a reír. Porque no le parecía triste estar fuera sola, para nada. Era demasiado bonito.

Desde el interior del club llegaron vítores seguidos de inmediato por los

primeros acordes de *Auld Lang Syne*. Pero no se apresuró a unirse a la fiesta, no fue a ninguna parte. Los fuegos artificiales seguían estallando: su propio espectáculo privado.

¿Ya había reparado en él? ¿Fue por eso que se quedó allí?

En las semanas siguientes se lo preguntaría con frecuencia.

No lo sabía. No estaba segura de cuándo advirtió la silueta en el paseo marítimo, a unos cien metros de distancia, con el rostro girado en su dirección, las manos en los bolsillos y la chaqueta de lino agitándose en la brisa.

Los fuegos artificiales continuaban iluminando el cielo con sus estallidos, pero Maddy sintió que su atención se desplazaba hacia él. Bajó la vista despacio e inclinó la barbilla sobre su hombro desnudo.

Sus miradas se encontraron a través de la oscuridad y, esta vez, supo que él sonreía.

Él levantó la mano y la saludó.

Sin pensarlo, ella levantó la suya.

Fue solo un instante.

Pero, después de eso, nada volvió a ser igual.

CAPÍTULO DOS

Maddy esperó a que él regresara a la terraza del club, acortara la distancia entre ellos y le permitiera ver su rostro. "Hola". Por la forma en que él la saludó, la lentitud con la que bajó el brazo, parecía ser lo que él quería. Estuvo a punto de caminar hacia él, de hecho dio un paso y sintió cómo se le tensaban los músculos como anticipando... algo.

Pero entonces el silencio detrás de ella se llenó de ruido, voces y risas. Se sobresaltó, desorientada por la interrupción. Casi se había olvidado de la fiesta. Se vio rodeada por todos los que salían del salón en un instante, con los ojos vueltos hacia el cielo encendido: el espectáculo había dejado de ser privado.

—Maddy —la llamó su padre desde las puertas de la terraza—. Ahí estás, ven aquí y desea un feliz año nuevo a tu papá… me he perdido los últimos quince.

Ella no se dio prisa en ir a ningún sitio. Estaba distraída y apenas pudo asentir con la cabeza y esbozar una sonrisa rápida en dirección a su padre antes de volver a centrar su atención en el paseo marítimo, justo a tiempo para ver al desconocido girarse y alejarse hacia la ciudad.

¿Se marchaba?

¿Se había ido?

—Maddy —llamó Richard—. ¿Qué estás haciendo?

Miró al desconocido un segundo más, convencida de que cambiaría de opinión y se daría la vuelta.

Pero él siguió caminando y se perdió en la oscuridad. Maddy frunció el ceño.

—¿Maddy?

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada del paseo y fue a reunirse con su padre y la multitud acalorada.

Sin embargo, no pudo evitar echar una última mirada. El desconocido ya había desaparecido. Imaginó que, fuera de su campo de visión, él se detenía en seco y se volvía para mirarla. La sensación era muy real.

"¿Por qué se había ido?".

No podía pensar ni entender por qué le importaba tanto. Solo sabía que le importaba y no intentó entenderlo.

Simplemente era así.

Se esforzó por retomar el ritmo de la velada durante la hora siguiente. Apenas se había dado cuenta de la presencia del desconocido y, sin embargo, ahora que se había ido sentía su ausencia. Ni siquiera pudo encontrar a Peter; fue a buscarlo —después de desear un feliz año nuevo a su padre—, impaciente por averiguar todo lo que pudiera contarle sobre su amigo (quién era, por ejemplo), pero lo único que pudo averiguar fue que Peter también se había marchado a otra fiesta.

—Como buen amante de la vida social —comentó Della, sonrojada, todavía en la pista de baile.

—¿Va a volver? —preguntó Maddy con voz apagada.

—No lo creo —respondió Della mientras presionaba la palma de una mano contra su frente sudada—. Dijo que le había pedido a tu padre que me llevara a casa. Ahora, ¿te buscamos otra pareja para bailar?

Maddy no estaba segura de poder hacerlo. De repente le apretaban mucho los zapatos y el calor le resultaba asfixiante.

Cuando su madre se acercó poco después para avisar que se iba a casa pero que Richard las llevaría a ella y a Della más tarde, Maddy se encontró respondiendo que, si a Alice no le importaba, se iría con ella en ese momento.

—¿En serio? —Alice se mostró sorprendida.

Maddy no podía culparla. Ella misma estaba bastante sorprendida. Después de todo, solía evitar quedarse a solas con su madre siempre que era posible. Esos silencios espantosos…

Aun así, contestó:

—Sí, en serio.

Era verdad. Y aunque uno de esos silencios habituales se prolongó durante casi todo el trayecto a la casa (tenso, muy desagradable), por una vez no le molestó la incomodidad o al menos no tanto. Mientras el chófer las llevaba por las oscuras calles arboladas del centro de Bombay y dejaban atrás la fachada de piedra de arenisca de la oficina de telégrafo, los imponentes edificios municipales británicos, los callejones ocultos donde las familias

vivían de a diez en una habitación, apiñadas en esa ciudad que nunca dormía y que tenía más gente que espacio, Maddy miraba sin ver a través de la brisa cargada de humedad, reviviendo una y otra vez el saludo del desconocido.

Tan perdida estaba en su ensoñación que tardó más de lo normal en darse cuenta de que Alice la miraba con una expresión expectante en su rostro en sombras.

—Lo siento —se disculpó Maddy—, ¿dijiste algo?

—Te pregunté si Guy te encontró —precisó Alice.

—¿Guy? —repitió Maddy, estúpidamente.

—Te estaba buscando —explicó Alice.

—No hablé con él en toda la noche.

—Creo que quería bailar.

—No me dijo nada.

—¿No?

—No.

—Qué pena —comentó Alice.

—Sí.

Las dos eran tan educadas.

Se produjo una pausa breve.

Convencida de que eso era todo, Maddy se giró, lista para continuar contemplando las calles oscuras.

Pero Alice preguntó:

—¿Te gustaron los fuegos artificiales?

—Sí —contestó Maddy, ahora con cautela. ¿La habría visto Alice en la terraza? ¿Lo habría visto a él?

Si lo había hecho no lo demostró.

—De niña te encantaban —agregó.

—¿Sí?

—¿No te acuerdas?

—No estoy segura —admitió Maddy. Apenas tenía ocho años cuando se marchó; la mayoría de los recuerdos eran borrosos—. Recuerdo la Noche de las Hogueras en Christchurch Meadows...

—No sabría decirte —la interrumpió Alice.

Fue el tono seco, la expresión en los ojos azules. Maddy se dio cuenta

demasiado tarde de que, por supuesto, había sido un error mencionar Oxford. Sintió que debía disculparse.

Alice se inclinó hacia adelante antes de que pudiera hacerlo, palmeó el hombro del conductor y le pidió que se diera prisa.

Se produjo otro silencio. Maddy no podía ignorarlo ni tampoco los hombros encogidos de Alice debajo del chal. Intentó pensar en algo que decir para mitigar la nueva tensión y volvió a sacar el tema de los fuegos artificiales.

—¿Los veíamos aquí, en Bombay? —preguntó.

Alice frunció el ceño.

—No tiene ninguna importancia, Madeline —respondió.

Maddy se sintió aliviada cuando por fin dejaron atrás la ciudad y comenzaron el suave ascenso por la costa hacia las tranquilas y frondosas calles de Malabar Hill, donde vivían tantos británicos. La casa de sus padres, una mansión de tres pisos de color crema tan hermosa como solitaria, con verandas amplias, balcones en todas las ventanas y jardines bordeados de palmeras, era una de las más grandes, situada en la parte alta de la colina. Apoyó la cabeza contra la ventana, con la vista perdida en el mar quieto debajo, invisible salvo por el reflejo de la luna y las estrellas, deseando llegar. No tardaron mucho; con la carretera despejada pasaron con rapidez junto a otras residencias iluminadas por faroles, escondidas entre la vegetación de la selva, algún que otro *rickshaw* nocturno; luego redujeron la velocidad para atravesar los portones de hierro de la mansión y avanzaron por el sendero de entrada serpenteante. Alice suspiró cuando se detuvieron, al parecer también feliz de estar en casa. Ambas se dieron prisa para salir del coche. Ninguna se detuvo más que para pronunciar un breve "buenas noches" antes de tomar las velas del porche y dirigirse a sus habitaciones.

Maddy cerró la puerta, se recostó contra ella y exhaló. *Por fin*. Cruzó la habitación, dejó la vela sobre la mesita, retiró los pliegues del mosquitero y se dejó caer sobre el mullido colchón. Las cigarras chirriaban fuera y los árboles se estremecían. Se apretó el pecho con la mano y sintió la elasticidad de su corsé. Cerró los ojos. Lo vio allí de nuevo en cuanto lo hizo, en el paseo marítimo, como si hubiera estado esperando, asomado apenas debajo de su subconsciente.

¿Por qué se había marchado *así,* tan deprisa, sin decir una palabra?

Qué ridículo seguir pensando en él después de eso.

Y, sin embargo... ese gesto de la mano.

¿Estaría él pensando en ella también?

Su mente seguía dando vueltas cuando el amanecer rosado que se colaba por los postigos la despertó a la mañana siguiente.

Se dio la vuelta en la cama, escuchó el graznido de los pavos reales en el jardín y el sonido repetido de alguien que barría el porche abajo. Era temprano, demasiado temprano para estar despierta; lo sabía por la luz tenue y la pesadez de su cuerpo tibio. Miró a través del velo rosado del mosquitero, consideró la posibilidad de seguir durmiendo y, luego, sabiendo que nunca lo conseguiría, se levantó, se vistió y bajó las escaleras en silencio.

El desayuno ya estaba dispuesto bajo el toldo del porche: fruta recién cortada debajo de una mosquitera, rebanadas de pan de plátano, bollos suaves de la panadería local y cuencos de cuajada cremosa, miel y pistachos. Más allá, sobre el césped, los pavos reales desfilaban con aire territorial, a salvo, de momento, de los hijos del jardinero que más tarde los perseguirían para intentar arrancarles las plumas de la cola.

Maddy se sentó en una de las sillas de mimbre, se sirvió un café humeante y, al darse cuenta de lo hambrienta que estaba (la noche anterior se había mantenido bien lejos de las empanadas de curri, el pavo de Navidad...), tomó una rebanada de pan de plátano, un bollo y un poco de miel.

Acababa de dar el primer bocado cuando Ahmed, el criado personal de sus padres que la abastecía de cigarrillos, apareció por las puertas del salón vestido con una túnica blanca inmaculada y con un paquete envuelto en papel en las manos.

—*Memsahib.*

Siempre la llamaba así, aunque ella no estaba casada y le había pedido muchísimas veces que usara su nombre de pila.

Ahora lo volvió a hacer.

—Por favor, dime Maddy —le pidió y tragó saliva—. Me hace pensar que estás hablando con otra persona.

Él sonrió (como siempre hacía).

—*Memsahib* —repitió—. Esto llegando para usted. —Le tendió el paquete.

—¿Para mí?

Ahmed movió la cabeza.

Maddy tomó el paquete suponiendo que debía venir de Inglaterra, aunque

no se le ocurría quién podría haberlo enviado. La tía Edie, que tenía muy poco dinero en esos días, ya le había enviado talco para Navidad y sus excompañeras de la universidad se habían juntado para mandarle una canasta navideña con pastel de frutas, polvo para natillas, cacao y una caja de galletas *gourmet* Jacob's. ¿Se habría acordado el tío Fitz de ella? ¿De verdad habría creído que ella desearía que lo hiciera?

Parecía que no.

El paquete no venía de Inglaterra. Ni siquiera tenía sello.

Miró a Ahmed.

—¿De dónde salió esto? —preguntó.

—Un chico trayendo de la estación —respondió el criado.

—¿La estación de tren?

Otro meneo de cabeza.

—¿La estación de tren de Bombay? ¿La terminal?

—La misma *memsahib*.

Maddy rompió el papel aún más intrigada.

Entonces, sorprendida, se le escapó una risa. Dentro estaban su caja de cerillas y un ejemplar muy gastado de la *Guía de Bombay*. Encima había un trozo de papel.

La primera carta que él le enviaba.

Le oí mencionar su no-propósito para 1914. Es muy bueno. No me gusta pensar que echa de menos su país. Espero que esta guía la ayude a disfrutar un poco más de su estancia en Bombay como me ayudó a mí cuando vivía aquí.

Se trata de un préstamo, señorita Bright. Volveré para reclamarlo.

Vi que perdió estas cerillas y pensé que quizá las necesitaría, tal vez también la ayuden con la nostalgia.

Luke Devereaux

Maddy volvió a reír y releyó las palabras mientras sus ojos iban de la nota al libro y a las cerillas, y luego de nuevo a la nota.

"Luke", pensó y deslizó el pulgar por encima de las palabras. "Luke Devereaux".

"Me gusta".

Le gustaba que él también supiera su nombre, que lo hubiera averiguado, que hubiera averiguado dónde vivía. Un calor se extendió por su piel cuando se dio cuenta de que él debía habérselo preguntado a alguien, quizás a Peter,

incluso antes de saludarla en el paseo marítimo. Que se hubiera dado cuenta de que se le habían caído las cerillas y se hubiera preocupado lo suficiente como para recogerlas.

Que la hubiera visto desde un primer momento.

Las manos le temblaban cuando giró la nota para ver si había alguna dirección, alguna pista sobre dónde había ido él.

No había nada.

"Volveré" había escrito.

—¿Cuándo? —preguntó ella—. ¿Cuándo volverás?

Ahmed la miró con recelo, como si estuviera perdiendo la razón.

No le importaba. Todo lo que podía pensar era que se llamaba Luke Devereaux. Que la había sorprendido. Que había hecho eso.

Que no había desaparecido sin más.

Que él también había estado pensando en ella.

CAPÍTULO TRES

Por supuesto, su urgencia por hablar con Peter no hizo más que crecer. Había tantas cosas que quería saber: cómo había conocido a Devereaux, de dónde era Luke Devereaux, qué tren había tomado... y la lista seguía y seguía, multiplicándose. Estaba segura de que vería a Peter esa tarde. Había un partido de críquet de oficiales entre los Húsares y los Gurkhas en el óvalo: una amplia extensión de césped muy británica rodeada de árboles de fuego, palmeras y bananos junto a la universidad. No le entusiasmaba el partido ni pasar una larga tarde en el centro de la ciudad, fuera del alcance de la brisa fresca del mar, pero ahora no veía la hora de llegar para hablar con Peter.

Peter no estaba allí.

El resto del grupo descansaba perezosamente en los sillones de ratán alrededor del campo, con sombrillas sobre los hombros y las piernas cruzadas con sus pantalones de franela, aplaudiendo con desgana cada cuatro y seis, pero no estaba Peter.

—Se siente fatal —explicó Della.

—¿Las empanadas de curri? —aventuró Maddy.

—El champán sospecho. —Della, por su parte, lucía bastante pálida—. ¿Para qué lo necesitas?

—Nada importante —contestó Maddy. Era mentira, pero aunque una parte de ella deseaba confiar y abrirse por completo, otra parte más grande la contenía, incluso con Della, por miedo a que si empezaba a hurgar demasiado en el asunto, lo echaría a perder. Además, ¿qué tenía realmente que contar? Solo un saludo, un paquete...

Pensó en ese paquete durante toda la tarde sofocante. Se sentó al lado de Della en una tumbona, asándose al sol en su vestido de tarde, y lo imaginó sobre su mesita de noche mientras releía la nota de Luke Devereaux en su mente una y otra vez; ya se la sabía de memoria. Los jugadores de críquet seguían en el campo, golpeando la pelota a través del césped amarillento, pero ella habría sido incapaz de precisar a qué equipo le correspondía batear

en un momento dado, si a los Gurkhas o los Húsares. De hecho casi no habló hasta que Guy Bowen, impecable con un traje color crema y un sombrero de paja, se acercó a saludar con limonadas refrescantes para ella y Della en la mano, y les preguntó si se habían divertido la noche anterior.

—Demasiado —contestó Della.

—Siento no haber bailado contigo —dijo a Maddy con sus ojos grises entrecerrados.

—La próxima vez —aseguró ella.

—Te tomaré la palabra —respondió Guy por encima del hombro mientras regresaba al lugar donde había estado sentado, debajo de los grandes abanicos de tela que oscilaban en el techo del pabellón—. Ya estoy ansioso.

—Como un tío cualquiera —señaló Della reprimiendo un bostezo.

—Bebe tu limonada —replicó Maddy.

Della hizo caso por una vez y por suerte estaba demasiado ocupada con su propio cansancio como para insistir o esperar mucha conversación durante lo que quedaba del partido.

—Creo que hoy todos nos acostaremos temprano —declaró Richard cuando por fin terminó (¿quién había ganado? Maddy no tenía ni idea; lo único que podía pensar era que faltaba poco para regresar a su habitación).

Se dejó caer sobre la cama cuando llegó, sin detenerse a quitarse el sombrero ni las botas antes de empezar a leer la guía de Luke Devereaux. Tuvo que dejarla para darse un baño y vestirse para cenar temprano, pero esa noche la leyó de principio a fin, con la cabeza sobre la almohada suave, los postigos abiertos y las libélulas revoloteando en la oscuridad. Pasó las páginas despacio y se demoró en las descripciones de templos y mercados, viéndolos con los ojos de su mente. Pensó en lo extraño que era que él hubiera hecho lo mismo alguna vez. Que ella tuviera ahora su libro y no supiera nada de él, que ni siquiera lo hubiera conocido.

Todavía no.

Terminó la última página y dejó caer la guía sobre su pecho. Con los párpados pesados se dijo a sí misma que no importaba que no hubiera podido hablar con Peter. Se veían todo el tiempo, así que no tendría que esperar mucho. Sus ojos se cerraron. Pronto hablaría con Peter.

Sin embargo, a la mañana siguiente, antes de que hubiera terminado de vestirse, su padre pasó por su habitación para contarle que había recibido un mensaje del virrey: lo necesitaban por asuntos de negocios en Delhi y, desde

allí, debía emprender una gira de buena voluntad por los estados principescos independientes.

—Ha habido muchos cambios entre nuestros residentes últimamente —explicó—. Necesitamos apaciguar las cosas y mantener a los "influyentes" de nuestro lado. Peter vendrá conmigo, acabo de ir a verlo. Se encontrará conmigo en la terminal y estaremos fuera un par de meses.

Maddy lo miró con la horquilla a medio camino de su cabeza. ¿Estaba bromeando?

No parecía que estuviera bromeando. De hecho la miraba como si todavía faltara lo peor.

—Della vendrá con nosotros —añadió Richard.

—¿Qué? —exclamó Maddy.

—Lo siento.

—¿Os vais todos?

—Volveremos antes de que te des cuenta.

—No, no lo haréis. —Dejó caer la horquilla sobre el tocador y trató de asimilar el despropósito de los dos meses que tendría por delante, a solas con su madre. Ya no quedaría la expectativa de que su padre regresara a casa por las noches, ni tampoco estaría Della…—. ¿No puedo ir yo también? —aventuró con un poco de desesperación.

—Tu madre prefiere que te quedes aquí.

—¿Por qué? —preguntó Maddy, desconcertada.

—Te extrañó mucho todo el tiempo que estuviste fuera, cariño.

—Nunca me visitó —replicó Maddy—. Solo una vez...

—Tenía sus razones, ya te lo he dicho.

Maddy no preguntó cuáles habían sido esas razones. Ya lo había hecho lo suficiente a lo largo de los años. Richard nunca se lo diría, ni tampoco la tía Edie. "No me corresponde a mí contártelo".

—No puedo creer que vayáis todos a dejarme aquí sola —protestó.

—Te echaré de menos —aseveró Richard— pero, para ser honesto, no te conviene ir a Delhi en esta época del año. Hace frío y no pasa nada interesante.

"Esto es divertidísimo", escribió Della varios días después, días en los que, con la ciudad sumida en la calma posterior a la Navidad, Maddy apenas abandonaba la casa y solo lo hacía para tomar unas copas por la noche con

su madre y Guy en el bar favorito de todos, el Club Gymkhana y, por pura desesperación, regresaba al club para un sofocante té matutino con bollos y sándwiches de pepinos secos en la larga terraza de abajo con Alice y sus *memsahibs* amigas. (En el que predominaban las quejas sobre los sirvientes y el precio de la harina, y el debate sobre la batalla constante por mantener la comida a salvo de las hormigas rojas. "Las patas de la mesa tienen que estar en agua", recomendaba Diana Aldyce, una esposa que vivía en un acantonamiento militar, "es la única forma. No se lo he dicho solo una, sino mil veces al cocinero". Y Maddy no lo había oído una, sino mil veces…). "Nos alojamos en la casa del virrey", continuaba Della, "que es básicamente un palacio. Todas las noches nos organiza fiestas y cenas estupendas, con más brandi y gin de lo que Peter es capaz de beber. Mañana vamos a Rajastán, la primera parada será un campamento de caza en Ranthambore. Dicen que habrá un safari para ver tigres. Tigres, Maddy".

Maddy respondió de inmediato.

"Eres una desalmada", escribió, "pero igual cuéntame más, así al menos lo podré vivir a través de ti".

Cada mañana revisaba la bandeja de plata de la correspondencia, esperando la respuesta de Della, alguna carta de la tía Edie o de alguna de sus amigas de Oxford; cualquier cosa que quebrara la monotonía de los días con su madre. Los ecos de ambas resonaban en la enorme mansión y solo se reunían para las comidas, durante las que, salvo por algún comentario ocasional sobre el calor creciente (Alice) o las especulaciones sobre lo que todos debían estar haciendo en el norte (Maddy), hablaban muy poco. Incapaz de soportarlo, Maddy pasaba la mayor parte del tiempo evitando a Alice y dejaba su habitación para leer en el porche, tocar el piano en el salón o dar otro paseo entre las mariposas y los pavos reales en el jardín. Las noches no eran mucho mejores. A pesar de que el habitual circuito de veladas, recitales de música y bailes en Bombay se había reanudado y Maddy participaba de ellos de vez en cuando, aunque solo fuera para hacer *algo,* no era lo mismo sin todos los demás. Cada vez que se escapaba a fumar un cigarrillo en el Club Náutico, extrañaba más a Della. Cada vez que sacaba las cerillas, las giraba despacio en la mano y pensaba en Luke Devereaux. A veces contemplaba la posibilidad de seguir su consejo y usar la guía para salir a explorar la ciudad; su añoranza por Inglaterra, los parques verdes, las cafeterías cálidas y animadas, la tía Edie (e incluso en sus peores momentos,

el tío Fitz) no hacía más que empeorar, pero se repetía a sí misma: "Iré mañana". Sin embargo, a medida que pasaban los días y el Año Nuevo se alejaba en el tiempo, no iba a ningún sitio. La segunda semana de enero se convirtió en la tercera y, poco a poco, empezó a dudar de que Luke Devereaux fuera a volver para reclamar su guía. Atrapada en la soledad sofocante de la enorme casa, era mucho más fácil creer que se había olvidado por completo de ella.

Hacia finales de mes, un lunes inusualmente nublado, bajó a desayunar, fue a revisar la correspondencia y se detuvo al ver una postal en sepia entre la pila de sobres repujados. Era una imagen de una calle de tierra, mujeres con saris, *rickshaws* y un grupo de elefantes. La tomó, le dio la vuelta para ver el remitente (suponía que era de Della o de su padre desde Rajastán) y soltó un chillido de incredulidad.

Hola desde Secunderabad:
Me pregunto si estará sacando buen provecho de mi libro, señorita Bright. Eso espero. Estoy ansiando recibir un informe completo. Baje al tanque al pie de su colina si aún no lo ha descubierto. Tiene agua del Ganges y los hindúes se reúnen allí para esparcir las cenizas de sus seres queridos. O, si prefiere algo más seguro, pruebe los mercados de especias. Mientras tanto, aquí tiene una muestra de otro lugar que algún día podrá descubrir.
Luke Devereaux

Se llevó la tarjeta al pecho y luego la apartó de nuevo para mirarla y asegurarse de que era real.

Lo era.

Realmente lo era.

—Se te ve feliz —comentó Alice al salir del salón.

—Lo estoy —confesó Maddy, olvidando por un momento con quién estaba hablando, demasiado eufórica para sentirse inhibida—. Estoy en las nubes. —Leyó la postal una vez más, "Estoy ansiando recibir un informe completo", y sin pensarlo, preguntó—: ¿Me prestas el coche?

Alice se estiró para tomar la cafetera.

—¿Para qué?

—Para explorar.

Alice llenó su taza y luego añadió leche recién ordeñada de la vaca de la cocina.

—¿Explorar qué?

—Bombay —respondió Maddy.

—Eso ya lo sé, Madeline, pero ¿qué en Bombay?

—No lo sé. —De pronto recordó con quién estaba hablando y que no era alguien que invitara a confidencias, mucho menos sobre la guía de Luke Devereaux—. Hay tantos lugares que no conozco.

—No puedes salir sola —le advirtió su madre—. Podría acompañarte…

—Puedo ir con Ahmed —interpuso Maddy, demasiado rápido.

Alice no pareció notar su precipitación. De hecho, sonrió. Era una de las sonrisas más sinceras que Maddy le había visto. Le sentaba bien, suavizaba su rostro delicado.

Maddy casi sonrió también.

Pero entonces Alice soltó:

—¿Y si vas con Guy?

Explorar con Guy no era precisamente lo que Maddy había tenido en mente. Sospechaba que tampoco era lo que Luke Devereaux había tenido pensado. Sin embargo, Alice se mantuvo inflexible. Incluso sugirió que invitaran a Guy a cenar esa noche.

—Le podemos preguntar entonces.

—No es necesario —afirmó Maddy—. No hace falta que venga a cenar.

Cenaron en el comedor a la luz de las velas y con las ventanas entreabiertas que dejaban entrar el aire pesado.

Guy había venido directo del hospital, pero aun así se había cambiado y se había puesto un frac. Asintió con la cabeza y escuchó con su habitual amabilidad mientras Alice le contaba que Maddy necesitaba un guía. Maddy lo examinó a la luz de las velas titilantes; no podía negar que se veía apuesto, con el cabello oscuro peinado con pomada, el rostro de facciones finas y la mandíbula bien afeitada. Muchas otras jóvenes, además de Della, lo considerarían de otro planeta. Por supuesto, no pensaba reconocérselo jamás a Della, que se haría un festín con su confesión (si es que alguna vez regresaba de su divertidísima cacería de tigres). A Maddy no le gustaba pensar en eso. No estaba segura de por qué lo hacía. Sacudió los hombros para alejar el pensamiento incómodo.

Guy le sonrió.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes, Maddy. Me encantaría enseñarte los

alrededores. Podemos ir de mañana, antes de que haga demasiado calor.

—Estás muy ocupado —respondió Maddy.

—Será un placer —aseguró él—. Ser tu propio jefe tiene sus ventajas, organizaré mis cosas.

—De verdad —insistió Maddy—, es pedir demasiado.

A partir de entonces la pasaba a buscar dos veces por semana en su coche descapotable, con botellas de agua hervida en el maletero y el itinerario de la mañana ya planificado. Le explicó que, en realidad, no le convenía visitar el tanque de agua cercano —"Me temo que no se puede confiar en que los hombres no se desnuden antes de meterse en el agua con las cenizas"— y, en su lugar, la llevó a los lugares británicos más emblemáticos de la ciudad: los Jardines Victoria, la Fuente Flora, la explanada... sitios que ella ya había visitado con su padre y ninguno de los cuales figuraba en el libro de Luke Devereaux. Nunca le preguntó si había algún otro lugar que ella quisiera visitar. En honor a la verdad, era probable que supusiera que, habiendo llegado ella de Inglaterra hacía tan poco tiempo, no tuviera mucha idea. Y se esforzaba tanto por complacerla que Maddy no se atrevía a herir sus sentimientos diciéndole que se equivocaba con las excursiones. Así que le siguió el juego, le aseguró que era maravilloso salir y pasear, escuchó sus historias sobre el hospital y se rio con ganas cuando él le contó que una serpiente se había metido en el quirófano y que había tenido que terminar una operación de apéndice con un ojo pendiente de la víbora enroscada en un rincón. A su vez, Maddy se explayó cuando él le preguntó por sus amigas de Oxford, si había comido en el Lyons Corner House en St. Giles (por supuesto), o si había ido al cine (una o dos veces; su tía Edie era una fanática de Calamity Jane). No era que *no* disfrutara de las mañanas fuera de su casa. Simplemente no tenían nada que ver con lo que había esperado hacer.

De modo que decidió tomar cartas en el asunto (eso de que si quieres que algo se haga…). El chófer llevaba a su madre a tomar el té con las *memsahibs* todos los lunes, un evento que duraba unas cuantas horas. Era tiempo suficiente para hacer algo. Maddy había acompañado a Alice en muy contadas ocasiones, por lo que no era nada extraño que decidiera no hacerlo ahora. Esperó a que su madre se marchara, se colocó el sombrero, pidió a Ahmed que le llamara un
rickshaw (a cambio de una pequeña propina) y dejó la casa.

No fue muy lejos en su primera salida, apenas unos minutos por la

carretera hasta el tanque de agua, que se había imaginado como una estructura pequeña escondida entre los árboles pero era tan ancho como un río, enmarcado por largos escalones en pendiente, con el mar justo detrás y santuarios por todas partes. Los hombres (que, en efecto, tenían cierta tendencia a desnudarse) se afeitaban la cabeza junto a él, Maddy supuso que como parte del ritual de duelo. ("Sí, *memsahib*", le explicó Ahmed más tarde, "es una forma de sacrificio"). Otros estaban en el agua, esparciendo sus urnas mientras cientos de mujeres y niños observaban desde los escalones. Ella, por su parte, se mantuvo a cierta distancia, muy consciente de que no pertenecía a ese lugar, sin querer entrometerse, conteniendo el aliento ante la sensación de estar frente a algo de otro mundo, sintiendo, por primera vez desde que había llegado en octubre, la emoción de estar en *la India*.

Animada por la experiencia, el lunes siguiente planeó ir más lejos todavía: tomar un *rickshaw* hasta el tranvía y, desde allí, ir a la ciudad y al mercado de especias.

No fue un éxito.

En Inglaterra solía salir sola todo el tiempo. La tía Edie nunca había sido de las que insistían en que debía tener una acompañante y, en la universidad, los tutores (mucho más preocupados por quién asistiría a la próxima manifestación a favor del sufragio femenino que por si se respetaban las conveniencias sociales) solían mirar para otro lado. Pero las calles calurosas y desconocidas de Bombay no se parecían en nada a las callejuelas empedradas de Oxford; para su mortificación, no llegó mucho más lejos que la parada central del tranvía. Allí tomó otro *rickshaw,* pero después de un minuto en que el conductor se abrió paso como un enloquecido entre camellos, carros y bocinas de coches, se dejó vencer por los nervios y le indicó que no iría hasta los mercados sino que visitaría una mezquita cercana. Además de los nervios, se sintió horriblemente fuera de lugar cuando pisó la acera abarrotada frente al edificio ornamentado con cúpula, demasiado consciente de su piel pálida, el cabello rubio y el vestido color crema. La sensación empeoró mientras recorría las paredes pintadas en oro de la mezquita. Se asomó por los arcos para observar a los monjes jainistas de cabeza rapada que rezaban en el interior ("muy bien", pensó, "ya has visto otra cosa nueva"), continuó su camino bordeando los jardines amurallados —con incontables ojos puestos en ella mientras las mujeres, sentadas a la

sombra y comiendo arroz en hojas de betel, la escrutaban como la intrusa que era— y aguantó media hora.

Tenía el corsé empapado de sudor nervioso cuando regresó a casa.

"Qué ridiculez", pensó.

En su siguiente salida logró llegar a los mercados de especias. Tuvo que armarse de valor y respirar hondo antes de encorvarse para atravesar la puerta de vigas bajas e ingresar en el almacén oscuro y enorme. Levantó la vista desde debajo del ala de su sombrero de paja y trató de adaptar sus ojos a la luz tenue y los oídos al bullicio constante: vendedores que gritaban precios, cientos de lugareños que regateaban. El sol atrapado tornaba el aire denso, que se combinaba con una mezcla embriagadora de pimentón, azafrán, cúrcuma y cardamomo. Un chico sin camisa pasó corriendo a su lado con una carretilla llena de sacos y tuvo que retroceder con torpeza para evitar ser atropellada ("no es muy seguro", quiso decirle a Luke Devereaux). Al instante siguiente, ya recuperada, continuó andando por el primer pasillo de puestos llenos de bolsas rebosantes de chiles, con el calor atascado en la garganta y los pulmones. Los ojos le lagrimeaban y empezó a toser, le costaba respirar. Los vendedores se rieron y, al darse cuenta del espectáculo que debía estar dando, intentó reírse también, pero lo único que consiguió fue toser más. Un hombre mayor le sonrió mientras le tendía un chile y le hizo un gesto para que se acercara. "Este es suave", le aseguró, "no pica". Maddy se aproximó con recelo y le dio un pequeño mordisco, esperando que se le prendiera fuego la boca. Pero: "Es cierto, *es* suave", respondió con alivio. "Sí", sonrió, "suave". Otros la llamaron y le ofrecieron canela, anís, pimienta de Jamaica. Maddy probó todo, les dio las gracias, *dhanyavaad*, y se adentró más y más en medio del ajetreo, deteniéndose para comprar un *chittack* de azafrán para Edie y jengibre para el cocinero.

Se quedó más de media hora.

Y esta vez contó los días que faltaban para su próxima aventura, la isla de Elefanta, en el puerto de Bombay: "Gharapuri", según la guía de Luke Devereaux, "la ciudad de las cuevas. Tome un barco en el muelle y deje atrás el calor de la ciudad para ingresar en estas cavernas oscuras y resonantes con sus esculturas de piedra de deidades". Esta vez no era la única europea; varios más recorrían las cavernas frescas y hacían comentarios con su marcado acento inglés sobre las múltiples caras esculpidas de Shiva y lo diferente que era todo eso de cualquier cosa que uno hubiera visto antes.

Maddy, absorta en la belleza de las estatuas y en el pensamiento de los escultores que habían estado en ese mismo lugar cientos de años atrás, olvidó que estaban allí.

Visitó el santuario Haji Ali Dargah la semana siguiente. "Asegúrese de llegar con la marea baja, ya que la estrecha calzada que conduce al *dargah* es accesible solo durante la marea baja". Caminó por la franja de tierra rocosa, apretujada entre las hordas sudorosas de peregrinos que se empujaban y con el mar que le rozaba el dobladillo de la falda. Las cúpulas blancas de la mezquita resplandecían, recortadas contra el cielo azul y rodeadas de palmeras verdes. Unos niños corrieron hacia ella; algunos la miraron con timidez y luego escaparon a la carrera; otros le pidieron tocar su vestido, su cabello. Maddy se inclinó para dejarlos y rio ante su asombro y entusiasmo. La semana siguiente visitó las enormes lavanderías al aire libre de Dhobi Ghat y ahora fue ella quien miraba fijamente a los hombres, los *dhobis,* que trabajaban sin descanso bajo el sol, doblados sobre las piletas de piedra, frotando y golpeando las montañas de ropa: las prendas de colores vivos de los indios adinerados, uniformes militares, ropa de cama de los hoteles y hospitales de Bombay.

Se moría de ganas de escribir a Luke Devereaux y contarle todo lo que estaba viendo. "Me ha ayudado tanto. Gracias".

Pero no tenía su dirección. Sus cartas, sus agradecimientos, permanecían en su cabeza.

Él, sin embargo, seguía escribiéndole. Recibía una postal nueva cada semana que le cortaba la respiración de alegría. Una larga playa de arena en Pondicherry ("Creo que es una de mis favoritas en la India. No habrá vivido de verdad, señorita Bright, hasta no haber comido un pastel recién horneado viendo el amanecer aquí"); luego, a principio de febrero, los lugareños haciendo guirnaldas de flores en un puesto en Madrás ("Si estuviera aquí, tal vez le habría comprado una. Me pregunto si le habría gustado. ¿Por qué sigo preguntándome estas cosas?"); más adelante le tocó el turno a una majestuosa sede del gobierno en Calcuta ("Fíjese en la presencia constante de las vacas afuera, como recordándole a todo el mundo a quién pertenece en realidad este país"); después vinieron los tigres de Bengala ("¿Cómo van sus paseos?").

Della también escribía, con todo detalle, relatos sobre travesías a lomo de elefante, banquetes en palacios de reyes y sus esposas ("en plural") ocultas

detrás de biombos. Richard también lo hacía (aunque con menos efusividad, siempre pendiente de que Maddy estuviera bien y de que la relación con Alice estuviera fluyendo sin problemas, y sin parar de disculparse por el hecho de que el viaje se hubiera prolongado, "no llegaremos a casa hasta fin de marzo como mínimo"), pero era la posibilidad de encontrar otra postal de Luke Devereaux en la bandeja del correo lo que hacía que Maddy se despertara más temprano cada mañana, se vistiera a toda prisa y se recogiera la falda para bajar casi corriendo las escaleras, ansiosa por que llegara por fin el día en que recibiera una que le revelara algo sobre él: por qué estaba recorriendo el país y cuándo, oh, cuándo, Bombay sería su próximo puerto de escala.

Febrero dio paso a marzo y el calor aumentaba día tras día, a las puertas del monzón de verano. Guy la llevó a dar otro paseo por los jardines, le advirtió que no comiera *kulfi* de un puesto de la calle y también la llevó a ver unos animales de aspecto muy triste en el zoológico.

—No —admitió—, no parece que lo estén pasando muy bien. Tampoco estoy seguro de que nosotros lo estemos haciendo. ¿Qué tal una copa de algo frío en el Club Gymkhana?

Marzo se deslizó con lentitud y faltaba poco para abril. Maddy fue al puerto para ver cómo preparaban el terreno para la nueva Puerta de la India: cientos de trabajadores sudorosos que arrastraban rocas, con la piel oscura reluciente bajo el sol polvoriento. Evitó el Sea Lounge del Taj y prefirió tomar *chai* en una tienda de la esquina ("El mejor que encontrarás en Bombay"), luego visitó más mezquitas de barrio y los pasillos con olor a cilantro del mercado Crawford. Seguía revisando el correo, siempre ilusionada, sintiéndose un poco más desanimada cada vez que las palabras que esperaba no llegaban.

Hasta que, por fin, llegaron.

En el reverso de una postal enviada desde Poona: camellos junto a un lago bordeado de palmeras.

Como verá, estoy mucho más cerca de Bombay. Me gustaría mucho verla, señorita Bright. ¿Se encontraría conmigo? Hay una pequeña cafetería no muy lejos de la terminal (el comienzo del capítulo cinco, si no me falla la memoria). Estaré allí el martes al mediodía.

¿La espero?

CAPÍTULO CUATRO

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, Surrey, 1915

Llegó una gélida mañana de noviembre, justo antes de almorzar. La ambulancia que lo traía avanzaba con precaución por el camino de entrada, serpenteante y helado, mientras los limpiaparabrisas despejaban semicírculos de nieve. La hermana enfermera Emma Lytton, que había salido a la escalera del hospital para esperarlo, daba pequeños saltos en su sitio y se frotaba las mangas de su uniforme del Servicio de Enfermería de la Reina Alexandra en un esfuerzo inútil por mantenerse caliente. Era una enfermera experimentada, con quince años de servicio y muchos meses ya en esa guerra horrible y, en los últimos minutos antes de la admisión de un paciente, solía concentrarse solo en él y repasaba mentalmente su historia clínica. Hoy, en lo único que podía pensar era en las chimeneas de carbón que ardían dentro y en que había salido a recibirlo un poco temprano.

—Vamos —urgió al vehículo pesado y su voz soltó una nube de vapor—. Por favor, vamos.

La ambulancia mantuvo la misma velocidad perezosa.

Se consoló pensando que la habitación del paciente estaría acogedora. Había pedido a una de las asistentes voluntarias que avivara el fuego y pusiera una bolsa de agua caliente de cerámica entre las sábanas. La voluntaria, que era nueva, había querido saber cómo podían estar seguros de que el paciente —el oficial Jones, así debían llamarlo, el oficial Tommy Jones (no era su nombre; nadie sabía su nombre)— no era un espía.

—¿Y si está mintiendo sobre su memoria? —había preguntado—. ¿Y si lo han enviado los boches para averiguar nuestros secretos?

—¿Nuestros secretos en Surrey? —había replicado Emma—. Qué

estupidez. El pobre hombre solo está perdido.

La voluntaria se había puesto roja como un tomate y no había vuelto a decir ni una palabra mientras doblaba las esquinas de las sábanas del oficial Jones.

Emma deseó no haber sido tan brusca. Pero las noches eran largas y los hombres se despertaban con frecuencia gritando a sus fantasmas, y durante los días cortos de invierno había que convencerlos de que salieran a pasear, de que conversaran. Y ahora esta ola de frío que había congelado las tuberías del viejo hospital... Emma sabía que había muchos que tenían que soportar cosas mucho peores (los recordaba todas las noches en sus oraciones), pero eso no aliviaba el peso de la situación. Decidió buscar a la asistente voluntaria más tarde, llevarle pastel de frutas de la despensa de las hermanas y disculparse; no era culpa de la joven ser tan ingenua. De hecho, si lo pensaba bien, era reconfortante que la chica hubiera logrado conservar algo de inocencia en ese mundo enloquecido; que todavía fuera lo bastante ingenua como para que le resultara más fácil creer en el espionaje que en una lesión grave en la cabeza.

La ambulancia se detuvo con un chirrido, interrumpiendo los pensamientos tristes de Emma. Se frotó los brazos con más fuerza y observó cómo la conductora, otra joven mujer, con chaqueta caqui con cinturón, falda hasta la pantorrilla y gorra de tela del FANY, el cuerpo de enfermeras voluntarias de primeros auxilios, bajaba del vehículo.

—Buenos días —saludó Emma.

—¿Ah, sí? —respondió la mujer del FANY con bastante sequedad, lo que respaldaba las teorías que la Matrona solía expresar sobre el tipo de chica que cabría esperar al volante de un vehículo motorizado—. Hace un frío que pela.

—Nada que un buen chocolate caliente no pueda arreglar —afirmó Emma y se estremeció por dentro al escuchar su propio tono alegre, el mismo que utilizaba con sus pacientes más taciturnos.

La joven del FANY no pareció convencida. (Con los pacientes le pasaba lo mismo).

—Siento como si se me hubieran caído los dedos de los pies —explicó y pisó el suelo con fuerza, como para recuperar la sensibilidad, y luego se dirigió a la parte trasera de la ambulancia para abrir las puertas marcadas con una cruz roja.

Las abrió de par en par y dijo algo ininteligible al paciente que estaba adentro. Emma juntó las manos delante de ella y esperó a que él apareciera, pero hubo una demora. Emma sintió una breve punzada de pánico. ¿Y si el oficial Jones tenía menos movilidad de la que le habían hecho creer? No había llevado una silla de ruedas. La Matrona le había asegurado que no sería necesaria, pero ¿y si se había equivocado? Los errores ocurrían. ¿Y si la herida en la cabeza de ese hombre *había* afectado sus movimientos? Tendría que dejarlo en la cabina gélida con la conductora malhumorada mientras iba a buscar un camillero. Vaya comienzo. ¿Por qué demonios no había sido más previsora? "Hay que estar preparada para cualquier eventualidad". Era su lema, el que inculcaba a todas sus aprendices y ahí estaba ahora sin haber sido previsora.

Todavía se estaba reprendiendo cuando el oficial Jones apareció en las puertas con un capote militar, de espaldas a ella, perfectamente ágil. Emma se permitió una exhalación breve y helada, pero antes de que el alivio abandonara su boca él se giró, levantó la vista hacia la fachada de piedra arenisca del hospital y ella se detuvo y lo miró fijamente, aunque sabía que una nunca, nunca debía quedarse mirando así.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo estaba haciendo. Y unos cuantos más para comprender por qué.

No se trataba de su rostro, por cierto. A pesar de los rasgos definidos y atractivos, Emma no era de las que morían por esas cosas. (Ya no). No, no. Lo que la había desconcertado de ese oficial era algo muy diferente.

Lo entendió poco a poco. Aunque era evidente que estaba agotado (las ojeras delatoras que ensombrecían su rostro fuerte eran bien visibles), no parecía enfermo para nada. No como sus otros pacientes, con esos ojos que habían visto demasiado, los hombros caídos y encorvados, la palidez cerosa de la piel. El oficial Jones parecía tan... tan... *vivo.* La espalda recta, los hombros cuadrados y los puños apretados denotaban tanto vigor que ella, que después de casi quince años de servicio (¡quince años!) se enorgullecía de ser difícil de impresionar, estuvo a punto de exclamar que debía haberse equivocado de lugar.

La mujer del FANY carraspeó adrede y Emma se dio cuenta de cuánto tiempo llevaba sin apartar la mirada del hombre. Sintió que le subía el calor debajo de su piel helada, avergonzada por su falta de profesionalidad y más

aún cuando advirtió la sonrisita burlona de la joven del FANY y comprendió la conclusión precipitada a la que había llegado.

"Juro que no es por eso", quiso corregir a la joven, "ya no estoy para esas cosas".

Por supuesto no dijo nada. Ya había dado suficiente espectáculo. (¿Qué pensaría la Matrona?). Se recordó a sí misma con severidad que era una hermana enfermera, que el oficial Jones era su paciente y que, fuera cual fuera su aspecto, no gozaba precisamente de una salud de hierro y volvió a centrar su atención en él. "Una hemorragia cerebral", solía decir el doctor Arnold, "puede ser tan grave como cualquier otra hemorragia". Repitió las palabras en silencio, y luego otra vez, por si acaso, mientras esperaba que su vergüenza se disipara. "Contrólate". Dio un paso hacia el oficial Jones, quien, después de todo, había servido, había dado tanto y merecía el mismo cuidado y la misma compasión que todos sus otros chicos. El tipo de atención que esperaba que su querido prometido, Freddie, hubiera recibido antes de caer en el Marne.

El tipo de cuidado que necesitaba creer que su hermano menor, Billy, había recibido en el puesto de evacuación de heridos en Loos. (Que no hubiera quedado allí tirado, sin atender, sediento y agonizando en una camilla; por favor, eso no).

Respiró hondo para ahuyentar las imágenes terribles que siempre la acechaban y enfocó su atención en el oficial Jones: observó cómo se tomaba del marco de la puerta de la ambulancia y saltaba sobre la grava helada con postura orgullosa. Con Freddie y Billy todavía en la mente, sintió que se le encogía el corazón por el soldado solitario y dolorido que tenía delante.

—Oficial Jones —pronunció.

Él hizo una mueca de dolor. Ella no estaba segura de por qué. Quizás el largo viaje lo había afectado. "Nada que un buen chocolate caliente no pueda arreglar". Dio un paso adelante ignorando la nieve que se colaba por su cofia de enfermera y los hombros de su capa y estiró una mano con la intención de tomar al oficial Jones del brazo y llevarlo adentro.

"El pobre hombre solo está perdido", le había dicho a la asistente voluntaria.

"Ya no", se aseguró a sí misma ahora.

Él la había encontrado.

Ella cuidaría de él.

El oficial permaneció callado mientras abandonaban el camino de entrada y solo habló para agradecer a la conductora de la ambulancia en voz baja y bien articulada, y luego para asegurar a Emma que no necesitaba su ayuda, de verdad, y que podía llevar él mismo su bolso pequeño.

—Insisto.

Emma, acostumbrada al laconismo de sus pacientes, también era experta en llenar los silencios. Mientras conducía al oficial al interior del vestíbulo cálido y revestido de madera que olía a humo, al tocino de las cocinas del sótano y a desinfectante Jeyes, le comentó que sin duda debía ser reconfortante haber salido de aquella ambulancia helada. Él no respondió. Emma sospechaba que la conductora no debía haber sido muy buena compañía y decidió que un poco de distracción antes de la primera sesión con el doctor Arnold podría ser conveniente. Se suponía que debía llevarlo directamente allí, pero...

—¿Por qué no hacemos un pequeño recorrido? —sugirió.

—¿Un recorrido?

—Sí, ¿por qué no? Deje sus cosas aquí, sí, junto a las escaleras. Me encargaré de que se las lleven a su habitación.

—Puedo llevarlas yo...

—No, no hace falta. Sígame, por favor.

Continuó andando con su falda ondeante por el amplio vestíbulo, pasaron junto a las lámparas de aceite y la chimenea encendidas y llegaron al comedor, con la mesa de caoba con capacidad para veinte comensales.

—Hay tres turnos para cada comida —procedió a explicar— y vamos rotando a los pacientes para que haya trato entre todos. —No añadió que se hablaba muy poco durante las comidas ni que se habían tenido que prohibir muchos temas de conversación (Francia, Bélgica, Kitchener, los boches... en realidad cualquier cosa que tuviera que ver con la guerra); el oficial Jones tendría tiempo de sobra para descubrirlo. A continuación lo llevó a la sala de estar, llena de sillones, cuadros de paisajes, un puñado de pacientes con sus uniformes azules y un gramófono silencioso. Le hizo hincapié en que tenían que mantenerlo apagado cuando ciertos pacientes estaban en el piso de abajo y se interrumpió, distraída brevemente por el más grave de todos: un capitán marcado por la tragedia que usaba una máscara sobre la mandíbula y el cráneo, lloraba cada vez que su madre lo visitaba porque no quería que se marchara y temblaba sin parar todo el tiempo.

—¿Qué le pasó? —preguntó Jones, siguiendo su mirada.

Emma dudó y luego mintió; respondió que no estaba segura, pues no quería perturbarlo con los detalles macabros. Se apresuró a guiarlo a la biblioteca con un suspiro.

—Mire, tenemos una mesa de billar. ¿Sabe jugar?

—¿Al billar? —repitió él y los músculos de sus mejillas se tensaron como si quisiera esbozar una sonrisa o fruncir el ceño—. No lo sé.

—Por supuesto —afirmó Emma y se maldijo por su insensibilidad. (Había fruncido el ceño, tenía que haber fruncido el ceño)—. Bueno —agregó—, ya encontraremos a alguien que le enseñe.

El oficial observó la mesa y las estanterías como si estuviera dando vueltas a algo.

—¿Le gustaría...? —comenzó ella.

—Me pregunto —la interrumpió antes de que ella ofreciera llevarlo a la sala de manualidades— si puedo ir a mi habitación. Ha sido una mañana muy larga.

—Primero debe ver al doctor Arnold —precisó ella—, pero iba a enseñarle la…

—¿El doctor Arnold? —Por primera vez la miró a los ojos—. ¿Ahora?

—Bueno, sí, está esperando para recibirlo.

—Entonces, por favor, no lo hagamos esperar más.

—Por supuesto —dijo ella—, por supuesto.

Le volvió a ofrecer la mano pero él no se dio cuenta, así que ella la dejó caer y lo condujo a través de la biblioteca, por la puerta lejana de roble y hacia el despacho del médico.

El oficial Jones se mantuvo aún más callado a medida que avanzaban por los pasillos traseros del hospital, con la atención fija en las ventanas emplomadas empañadas y en la nieve que caía fuera. Temiendo que se pusiera melancólico (¿por qué no habría de hacerlo? Pobre hombre), Emma intentó distraerlo con un poco de historia y le contó que el edificio había sido una mansión en la época isabelina, pero que había sido convertido en un hospital militar el año anterior, específico para lesiones en la cabeza. (Omitió mencionar que antes de eso había sido un manicomio para mujeres histéricas; al igual que con la poca conversación durante las comidas, le pareció lo mejor).

Se detuvo frente a la puerta del doctor Arnold.

—Aquí es —anunció, innecesariamente—. El doctor me llamará cuando hayan terminado y vendré a buscarlo para llevarlo arriba.

—Gracias —dijo el oficial Jones—, es usted muy amable.

—No hay de qué —contestó Emma y, a pesar de que él parecía distraído, no pudo evitar otra oleada de ternura—. Es un placer.

Él la observó alejarse de prisa, llevándose consigo su charla, sus sonrisas bienintencionadas y sus relatos sobre mansiones. (Sabía que el hospital había sido un manicomio; se lo había contado la conductora de la ambulancia. "Se rumorea que está embrujado", le había soltado, sin la más mínima consideración por sus nervios destrozados). Una vez que se aseguró de que la hermana Lytton se había marchado respiró hondo, dejó que el silencio lo tranquilizara y levantó el puño para llamar a la puerta del médico. Se alegraba de estar haciéndolo a pesar del agotamiento. Había estado esperando con impaciencia su plaza en el Quinto Hospital Militar desde que su médico del London General le había hablado de la reputación de Arnold como un hacedor de milagros.

Jones (odiaba ese nombre, pero había aprendido a identificarse con él, a aceptar la sensación perturbadora de que no era el adecuado, sin saber cuál era el correcto) necesitaba un milagro. No estaba seguro de cómo iba a soportar vivir en ese lugar lúgubre y plagado de ecos, junto con aquellos hombres encorvados en las sillas de la sala de estar, con el que temblaba de forma descontrolada, pero tenía que creer que Arnold lo ayudaría a salir de allí, a sanarse.

A recordar.

Necesitaba recordar con desesperación.

La puerta se abrió y se asomó un hombre delgado y anciano; tenía el cabello blanco bien peinado, un bigote aún más blanco y vestía pantalones, pajarita y chaleco con un cárdigan de punto por encima. Sonrió e inclinó la cabeza para poder mirar por encima de las gafas.

—Aquí está —expresó—. He estado mirando el reloj. —Dio un paso atrás y extendió el brazo hacia el despacho repleto de libros—. Adelante.

No lo había llamado oficial Jones ni Tommy ni Tom.

A Jones le gustó al instante.

Arnold señaló el sillón a su izquierda, junto a la chimenea. Jones se acercó a él. La habitación tenía una temperatura agradable en marcado contraste

con el pasillo con las corrientes de aire y la nieve fuera. Su piel no había terminado de aclimatarse y le hormigueaba debajo del uniforme azul de convaleciente.

Arnold sirvió dos tazas de té.

—¿Se ha acordado de cómo lo toma? —preguntó.

Jones esbozó una pequeña sonrisa.

—Solo con leche.

—Igual que yo —coincidió Arnold—, excelente. Ahora déjeme contarle lo que vamos a hacer...

Explicó que la sesión de esa mañana sería breve, ni siquiera duraría una hora. Las siguientes serían más largas pero no quería agotarlo.

—Sé que debe estar muy muy cansado.

Jones lo estaba. No recordaba haberse sentido de otra manera.

—Hoy hablaré yo principalmente —continuó Arnold y cumplió su palabra. Le explicó que los cincuenta y dos hombres en el Quinto Hospital Militar padecían trastornos neurológicos. Algunos habían perdido parte de la memoria y otros, como Jones, toda; otros conservaban demasiados recuerdos—. No sé cuál de los dos males es peor —concluyó el médico.

—Quizá los dos sean igual de malos —aventuró Jones, que había compartido habitación en Londres con un oficial cuya mente había quedado atrapada en las trincheras de Francia. No podía salir de allí y se despertaba gritando todo el tiempo mientras trataba de quitarse ratas invisibles del cuerpo.

—Sí —convino Arnold—. Quizá algún día escriba un libro sobre eso—. Como sea —prosiguió y se estiró hacia atrás para tomar un diario con tapas de cuero—, esto es para usted. Como me imagino que sabrá, aquí procedemos con delicadeza. Nada de terapias de choque ni intervenciones, solo... cuidados y un trabajo paciente con la mente. Estas páginas —agregó y levantó el diario— están en blanco esperando sus recuerdos. —Se lo tendió a Jones para que lo tomara—. Anote cualquier cosa que le venga a la mente. Piense en su pasado como en un rompecabezas que tiene que armar. No debe faltar ninguna pieza.

—No tengo ninguna pieza —replicó Jones.

—¿Ninguna?

Jones dudó.

—¿Qué pasa? —Arnold se inclinó hacia adelante con un destello en sus

ojos nublados y los resortes de su sillón crujieron.

—Son solo sueños —respondió Jones.

—No hay tal cosa como "solo sueños" —retrucó el médico—. Cuénteme sobre ellos.

—Son difíciles de describir. —Jones clavó la mirada en el fuego mientras revivía la forma en que se despertaba, cubierto de sudor, la mayoría de las veces llorando o agitado por la frustración, con la mente como las imágenes de un caleidoscopio que nunca llegaban a unirse—. No veo nada que tenga sentido.

—¿Qué ve?

—No sabría decirlo con exactitud. —¿Cómo expresar con palabras esas voces anónimas, esos rostros sin rostro?

—¿Entonces, qué siente? —insistió Arnold.

—Calor —contestó Jones—. Creo que estaba en algún lugar caluroso.

El médico asintió con la cabeza, sin apartar la mirada.

—¿Algo más?

Otro instante de vacilación. ¿Debería decirlo? ¿Tenía algún sentido?

—Cuénteme —lo instó Arnold—. ¿Qué puede perder?

Jones suspiró. ¿Qué podía perder? Ya lo había perdido todo.

—Había una mujer —precisó Jones por fin—. Estoy seguro de que había una mujer.

—Sí —dijo Arnold y sonrió con tristeza—. Casi siempre la hay.

Esa noche volvió a soñar con ella.

Tenía su propia habitación. Estaba agradecido por eso, por el silencio. Era agradable, alfombrada, con un escritorio, una lámpara de lectura y vistas al jardín delantero que ahora estaba nevado. Le ponían una bolsa de agua caliente en la cama. Había estado en lugares mucho peores en los últimos meses.

Había soñado con cosas mucho peores.

Se durmió en cuestión de segundos. Siempre lo hacía. No sabía cuánto tiempo tardaba en comenzar el sueño, pero sabía que era pronto. Dejó atrás el hielo y la oscuridad, y sintió el calor que le golpeaba la cara y los hombros.

Se encontraba en una calle estrecha, los edificios lo cercaban por ambos lados y los toldos de colores ocultaban el resplandor del sol. Una multitud lo

rodeaba. Había una mujer con un vestido color amarillo, sombrero de paja y melena ondulada.

Era ella.

Estaba seguro de que era ella.

Se abrió paso a empujones hacia ella. Intentaba correr.

Ella siguió caminando, cada vez más rápido, más rápido, hasta desaparecer.

Él se detuvo, subió a un escalón de piedra, jadeante. Entonces la vio de nuevo. Demasiado lejos, un hombre desdentado sonreía frente a ella. Sintió que abría la boca y llenaba los pulmones. Pensó que estaba a punto de gritar un nombre, el de ella…

Abrió los ojos de golpe. Despierto. La oscuridad lo rodeaba; un contraste despiadado con el colorido del lugar que acababa de abandonar. Parpadeó y trató de recordar dónde estaba ahora. Sentía la piel sudada bajo las sábanas. Tenía el pulso acelerado. Rozó la bolsa de agua caliente, ahora fría, con el pie y recordó que estaba en el Quinto Hospital Militar.

El sueño ya se estaba desvaneciendo con la misma rapidez con que había llegado.

Temblando, buscó su diario y anotó lo único que podía recordar.

“Un hombre desdentado”.

“Ruido”.

“¿Un mercado?”.

Dejó caer el lápiz de su mano y hundió la cabeza en la almohada húmeda.

No sabía qué podía significar nada de eso.

CAPÍTULO CINCO

Bombay, primavera de 1914

La postal de Luke Devereaux llegó un sábado, por lo que faltaban tres días para que se encontrara con Maddy en aquella cafetería. *Tres días.* Parecía una eternidad y, a la vez, se sentía muy cercano, emocionante, pero también aterrador. Maddy no podía creer que fuera a suceder de verdad. Incluso mientras planeaba cómo salir de la casa sin que su madre le hiciera preguntas (decidió decir que se encontraría con Guy para almorzar en el Club Gymkhana; Alice descubriría la mentira, por supuesto, pero esa era una preocupación para más adelante), le parecía casi irreal que realmente lo fuera a hacer. Trató de imaginar cómo sería: ella entraría en la cafetería desconocida y se encontraría con Luke Devereaux; compartirían una mesa, respirarían el mismo aire, se mirarían a los ojos y hablarían de… ¿qué? No lo sabía. Sentía un escalofrío cada vez que lo pensaba.

No pudo concentrarse en nada durante todo el interminable y sofocante fin de semana. Con excepción de la misa en la catedral de St. Thomas el domingo por la mañana, ella y Alice se quedaron todo el tiempo en la casa. No hubo ningún partido de polo ni de críquet que las distrajera, ni copas por la noche ni invitaciones a cenar. El calor se abatía implacable desde el cielo sin nubes, abrasando el césped, las palmeras y la selva más allá, convirtiendo las habitaciones con postigos cerrados en auténticos hornos: todo bañado en una luz dorada y espesa con el polvo que flotaba suspendido en el aire.

Maddy buscó distraerse. Se dio varios baños, disfrutó del breve respiro del agua fresca, de liberarse del corsé y de las medias. Intentó leer pero se descubrió releyendo todo el tiempo el mismo párrafo sin asimilar ninguna frase. Empezó una carta a la tía Edie: "¿Cómo están las cosas en Escocia? ¿Algún indicio de que la primavera esté llegando? No me gusta pensar que

estás tan sola. Ojalá pudieras venir a quedarte, que me dejaras al menos preguntar a mamá…", pero se le acabaron las fuerzas antes de terminar la primera página manchada de sudor. Empezó otra dirigida a Della: "¿Cuándo demonios vas a volver?", pero también la abandonó. Sus ojos se posaron en la postal de Luke Devereaux sobre su escritorio y en la letra inclinada.

Estaré allí el martes al mediodía.
¿La espero?

¿Se daría cuenta de lo poco que necesitaba pedírselo?

Se alejó del escritorio y fue hasta el armario, donde pasó una vergonzosa cantidad de tiempo debatiéndose sobre qué vestido sería el más adecuado para una cafetería. (¿Qué pensaría Sylvia Pankhurst?). Salió a dar innumerables paseos, abanicándose en la sombra moteada de los árboles del jardín e, incluso, por capricho, fue a la cocina para ver si podía ayudar al cocinero a hornear la torta Victoria del domingo.

—*Memsahib* —dijo él—, ¿no le está gustando mi comida?

—¿Qué? —respondió ella—. No.

Él la miró.

—¿No, no le está gustando?

—No, me está gustando en serio…

El cocinero bajó la mirada hacia la mesa de trabajo (con las patas dentro de cuencos de agua y sin una sola hormiga roja a la vista), con la mandíbula apretada.

—Dios mío —exclamó Maddy—, de verdad solo quería ayudar. Me encanta tu comida, sobre todo el pavo al curri de Navidad...

Él cerró los ojos. Ella se marchó.

El fin de semana no fue un desastre total. Curiosamente y gracias a Alice hubo un hecho feliz.

Era tarde el domingo, justo cuando el sol abrasador empezaba a hundirse hacia el atardecer, bañando el césped de la mansión con una luz etérea y tiñendo el cielo detrás de las palmeras y la selva densa con pinceladas de rojo, púrpura y dorado. Los milanos se arremolinaban en bandadas desde la azotea de la casa hacia los árboles, y su aleteo pesado y el canto de las cigarras se mezclaban con las risas de los hijos del jardinero que jugaban a perseguir a los pavos reales por los jardines. Maddy, que había estado

observando a los tres niños desde el porche, decidió que a ellos también les vendría bien una distracción. Fue a buscar las pinturas al óleo de Alice al salón, envió a los niños a buscar piedras blancas y se sentó con ellos en el césped para cubrir las piedras de color: monos, lunares, dibujos de todo tipo. (Esperaba que los pavos reales estuvieran agradecidos).

Habían pintado casi la mitad de las piedras cuando Alice bajó para ver qué estaban haciendo. Se acercó con tanto sigilo que Maddy no se dio cuenta de su presencia hasta que habló.

—Solía pintar así contigo Madeline.

Maddy se volvió y la miró a los ojos. Alice ya estaba vestida para la cena con un vestido blanco de cuello alto y tenía los brazos cruzados mientras se inclinaba para mirar por encima del hombro de Maddy.

—Lo hacíamos con frecuencia —continuó, hablando tanto para sí misma, pensó Maddy, como para ella.

—Me acuerdo —contestó Maddy, porque era cierto. A diferencia de los fuegos artificiales, el recuerdo de las horas acurrucada en su regazo, con la barbilla de Alice sobre su cabeza y sus dedos finos guiando su mano infantil era algo a lo que se había aferrado. Hasta se había llevado a Inglaterra algunas de las piedras que habían decorado juntas, en un esfuerzo, a medida que crecía, por conciliar el recuerdo de aquel regazo con la madre que nunca la visitaba—. Pintabas orquídeas —precisó—. Eras bastante buena.

Alice esbozó una de sus sonrisas poco frecuentes.

—¿De verdad?

Maddy le tendió el pincel guiada por un impulso.

—¿Por qué no compruebas si todavía lo eres?

No esperaba que su madre aceptara. Estaba segura de que pondría excusas, levantaría las manos y se negaría de la misma manera en que se había rehusado a bailar con Richard en Año Nuevo.

Pero Alice tomó el pincel. Se recogió la falda de encaje, se arrodilló sobre la hierba áspera y pidió al más pequeño de los niños que le buscara una piedra bonita y plana.

—Gracias, Suya, es perfecta. —Deslizó el pulgar por la superficie para buscar la parte más lisa, mojó el pincel en magenta y procedió a pintar una flor delicada e intrincada. Todos la observaron en silencio, los niños con la respiración pesada por la concentración. Se hizo de noche y las ventanas de

la casa se fueron iluminando a medida que los sirvientes encendían las lámparas de aceite en el interior.

—Listo —declaró Alice cuando, por fin, añadió el último detalle y giró la piedra para examinarla a la luz del crepúsculo—. No está mal.

—No está nada mal —aseguró Maddy.

—Para ti —agregó Alice y se la ofreció.

Maddy la tomó, tan conmovida como sorprendida.

—Gracias.

—De nada —respondió Alice y, por un segundo, apenas un segundo, miró a Maddy a los ojos y las comisuras de su boca se arrugaron en otra sonrisa.

—Hágame una para mí, *memsahib* Alice —corearon los niños—. Para mí, para mí.

—No, no —contestó Alice—, es demasiado tarde. —Pero se rio. Se rio de verdad; un sonido suave y ondulante que volvió a sorprender a Maddy, pero que a los niños no pareció extrañarles tanto.

Y aunque Alice insistió en que era hora de que entraran en la casa antes de que los mosquitos los devoraran, y volvió a ser la misma persona callada de siempre durante la cena, Maddy colocó la piedra en la mesita de noche antes de meterse en la cama. Apagó la vela, cerró los ojos y pensó en la sonrisa de su madre, en su risa.

Por extrañas que ambas le siguieran pareciendo, se alegró de haber llevado las pinturas al jardín.

La piedra fue lo primero que vio cuando despertó al día siguiente. Alargó la mano y tocó con los dedos la pintura ya seca y, al recordar la risa de Alice, consideró por un instante la posibilidad de ir con ella al té matutino de *memsahibs*. Por primera vez se le ocurrió que a su madre quizás no le daba igual que ella la acompañara, como siempre parecía. Descartó la idea con la misma rapidez con que se le ocurrió. Después del fin de semana interminable y una noche agitada en la que había batallado por encontrar una postura cómoda entre las sábanas enredadas, ya se sentía peligrosamente al borde de la locura; varias horas de consejos domésticos con Diana Aldyce y las demás mujeres podrían terminar por empujarla al abismo.

Sin embargo, como otro día en la asfixiante mansión parecía un camino igual de seguro hacia la locura, decidió ir a la ciudad cuando Alice se

marchara. Se levantó, sacó un vestido amarillo del armario y lo dejó sobre la cama. Se movió con rapidez, la piel húmeda en la habitación ya cálida, aliviada de tener un propósito. No podía creer cuánto tiempo había dejado escapar en los últimos días. En Oxford siempre había tenido un sitio adonde ir o algo que hacer: la universidad, salidas con amigos, reuniones en la universidad en la que se suponía que iba a trabajar, el viaje en tren a Paddington para ir al teatro, una manifestación... No estaba segura de qué había pasado con esa persona tan ocupada. Quizás esa vida tórrida la estaba cambiando. Acabaría convirtiéndose en una de esas personas que esperaban a que el sol pasara por su punto más alto para que su primer gin del día pareciera respetable si no tenía cuidado.

—Por Dios —exclamó y su voz resonó en la habitación agobiante—, no.

Decidió que pasaría la mañana en un bazar. Había uno al que hacía tiempo que quería ir y no quedaba muy lejos de la terminal. No era precisamente el más elevado de los propósitos, pero con suerte haría que el día pasara más rápido. Pequeñas victorias.

Tomó un tranvía a la estación Victoria, apretujada en un asiento junto a la ventanilla para el traqueteante viaje a la ciudad. Hacía calor dentro del vehículo y olía a sudor rancio; la temperatura fue aumentando a medida que se adentraban al centro y el mar ondulante, las plantas exuberantes y el canto de los pájaros de Malabar Hill daban paso a carreteras polvorientas, viviendas precarias y bloques de apartamentos. Subieron más pasajeros, algunos permanecieron de pie y otros sentados: mujeres con saris y cestos de frutas aromáticas, ropa recién lavada y verduras; hombres con pantalones y túnicas holgadas, algunos con chaquetas almidonadas de camino a oficinas británicas. Fue un alivio cuando por fin llegaron a la terminal. Maddy bajó agradecida los escalones del tranvía y procuró no mirar en dirección a la oficina cercana de su padre; no quería tentar al destino y que alguien la viera.

Las calles calcinadas por el sol que rodeaban los muros góticos de la estación eran un hervidero. Camellos y carretas de bueyes competían por espacio en las calles de tierra con los *rickshaws* y los automóviles mientras los *dabbah-wallahs* repartían el almuerzo a los *sahibs* en sus bicicletas. Los maleteros se agolpaban en la entrada central, con sus carritos listos, bromeando y riendo junto a la estatua de la reina Victoria y con los ojos atentos a los carruajes y coches que llegaban cargados de equipaje. Los

mendigos yacían a la escasa sombra de los mangos; Maddy se estremeció al ver sus extremidades huesudas; un bebé, envuelto en arpillera deshilachada, intentaba alimentarse de su madre, que lo observaba con la mirada perdida. La mayoría tenía los ojos cerrados y la cabeza sobre el pecho, tan ignorados como lo eran en el puerto, en los jardines, en cada calle de la ciudad. "Una se olvida de que están ahí", había comentado Diana Aldyce durante un té en la terraza inmaculada del Club Gymkhana cuando Maddy, recién llegada de Inglaterra, había preguntado con ingenuidad si no se podía hacer algo, "sería tanto mejor". Alice le había lanzado a Diana una mirada tan severa que Maddy todavía se preguntaba hasta qué punto le agradaba realmente. Sin embargo, Alice no había reprochado la frialdad de Diana; nadie lo había hecho, todas cómplices en su silencio. El recuerdo hizo que el calor la invadiera por completo. Buscó dentro de su bolso y dejó caer unas monedas en el regazo de la mujer con el bebé. La mujer no se movió ni inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y Maddy no la culpó. Si fuera ella quien tuviera delante a alguien con su tez británica y su vestido elegante, tampoco se habría sentido demasiado agradecida.

Se alejó con culpa y se detuvo en la esquina, con la guía de Luke Devereaux en la mano. Entrecerró los ojos para leer las indicaciones hacia el bazar, se secó el sudor de la frente y siguió adelante, bordeando las paredes laterales con arcadas de la estación. Las ruedas de un tren chirriaron sobre las vías en el interior cuando se detuvo en medio de una gran nube de vapor. Vio a un joven con un salacot de pie en el andén, al otro lado del arco a través de la niebla. Maldijo para sus adentros al advertir que se trataba de uno de los secretarios adjuntos de su padre. El joven abrió mucho los ojos al reconocerla. Se quitó el sombrero y pareció a punto de llamarla. Maddy no quería tener que explicar lo que estaba haciendo allí, así que se alejó deprisa y se perdió entre la multitud que se dirigía a los mercados.

Las ruedas chirriaron y el tren retrasado procedente de Poona se detuvo con una sacudida. Luke, que había estado trabajando en el vagón de primera clase, por lo demás vacío, preparándose para la reunión a la que ya llegaba tarde, guardó sus papeles: los listados de los batallones de la presidencia, rangos y niveles de instrucción, necesidades de adiestramiento pendientes y sus propias directrices para la movilización de las tropas indias en caso de que hubiera que enviarlas a combatir a Europa. (Esperaba que no fuera

necesario, por supuesto, pero después de la última década de rearme, parecía tristemente probable; la mitad de Europa quería ampliar su imperio, la otra mitad quería impedirlo y bastaría con que alguien intentara cualquiera de las dos cosas para que la maraña de tratados existentes arrastraran a todos a la guerra). Se puso de pie y estiró el cuello y la espalda, más que aliviado de haber regresado, por fin. Habían sido tres meses implacables. Había sido destinado a la India solo por dos, pero el Estado Mayor en Inglaterra estaba nervioso; lo habían acribillado a telegramas, añadiendo cada vez más regiones sobre las que querían que informara. "MUY AGRADECIDOS POR SU SERVICIO Y PACIENCIA *STOP*". Había perdido la cuenta de los *ghats* en los que se había alojado, las visitas a los acantonamientos, las entrevistas con los oficiales al mando, las horas dedicadas a observar las tropas locales, los cipayos, la mayoría de los cuales nunca había oído hablar de los Balcanes y mucho menos se había planteado qué partes de Europa pertenecían a quién. Con cuantos más hombres había hablado, puliendo su hindustaní oxidado, menos cómodo se había sentido con la idea de arrastrar a cualquiera de ellos lejos de sus familias y sus aldeas para enviarlos a miles de kilómetros al otro lado del mar. No tenía ni idea de cómo funcionarían siquiera las cuestiones prácticas. Muchos de los oficiales al mando con los que se había reunido compartían sus preocupaciones: cómo se las arreglarían los hombres si acababan bajo el mando de oficiales que carecían de formación en su idioma, su religión, sus costumbres y su sistema de castas; y cómo soportarían, después de toda una vida en el clima indio, una guerra en el norte de Europa. Luke se había sentido tentado, en varias ocasiones, de enviar un telegrama al Estado Mayor para pedirles que dejaran a los cipayos tranquilos. "MUY AGRADECIDO POR SU COMPRENSIÓN *STOP*". Lo habría hecho si hubiera creído que serviría de algo.

Pero ahora cerró el maletín, se inclinó para mirar a través de la ventana sucia del vagón y escudriñó la estación cubierta de sombras y vapor en busca del hombre que Peter le había avisado que enviaría a recogerlo. "Se ha incorporado hace poco, pero es un entusiasta increíble y bastante útil". El andén estaba atestado; los pasajeros bajaban en masa de los demás vagones, con sus pertenencias en maletas maltrechas y sacos bajo los brazos. Luke paseó sus ojos por todos ellos hasta posarse en un hombre bronceado y con un salacot, cerca de los arcos, que daba saltitos torpes en el lugar. Convencido de que era el indicado se estiró, retiró su maleta de la rejilla

superior, abrió la puerta de un tirón y se unió a la multitud. Se detuvo para pagar a un maletero para que se ocupara de sus cosas y se dirigió hacia su escolta impaciente.

—Fraser Keaton, supongo —llamó, alzando la voz por encima del bullicio.

Keaton se giró y exhaló de manera tan obvia y con un nerviosismo tan genuino que fue difícil no sonreír.

—Señor Devereaux —respondió—, menos mal.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó Luke.

—No, no, no es eso. No me importa esperar, por supuesto. Espero no haberlo ofendido...

—En absoluto.

—Es solo que... —Keaton echó un vistazo hacia el exterior y luego volvió a mirar a Luke—. Lo siento muchísimo —añadió—, pero ¿le molestaría ir solo a la oficina?

—¿Solo?

—Odio tener que pedírselo.

Luke podía ver que era verdad.

—Es solo que... —continuó Keaton—. Bueno, he visto a alguien... Creo que debería ir a chequear. Lo que quiero decir... —Se interrumpió, como si todo fuera demasiado.

Luke le aconsejó que respirara.

Keaton lo hizo.

—Bien —declaró Luke, perdiendo la batalla contra las ganas de sonreír—. Ahora, ¿qué es lo que quieres decir?

Otra respiración profunda.

—Es la hija de Richard Bright. —Keaton abrió mucho los ojos—. Creo que está ahí afuera. Sola.

La luz en los callejones repletos de puestos era mortecina, teñida por los toldos que se extendían desde los edificios en hilera a ambos lados. El aire, caliente y denso, estaba impregnado del aroma a cebolla y ajo chisporroteando: las *pakoras* friéndose en las sartenes de los vendedores. El estómago de Maddy gruñó bajo el corsé apretado y sudado. Estuvo a punto de dejar la cautela de lado y comprarse una. Quizás lo habría hecho, de no ser porque estaba siguiendo a un hombre que caminaba a cierta distancia delante de ella con un destello de seda rosa sobre su hombro desnudo. Lo había visto a pocos segundos de entrar en el bazar y la carta inconclusa a la

tía Edie le había venido de golpe a la mente. Después de decidir que le enviaría un regalo junto con la carta, un chal que la hiciera sonreír y la distrajera del tío Fitz y su nueva vida por un rato (si es que algo podía hacerlo), se había lanzado tras el hombre. Sin embargo se movía tan rápido que apenas le daba tiempo a seguirlo; aceleró el paso esquivando montones de estiércol, fruta a medio comer y basura tirada, cada vez más acalorada, con la piel húmeda y la transpiración que se le acumulaba en la base del cuello.

—Pruébeselo —le gritó el vendedor de un puesto de brazaletes mientras agitaba uno rojo en su dirección—. Le quedará perfecto. El color es perfecto.

—Más tarde —respondió ella, sin detenerse—, quizás más tarde.

Continuó avanzando entre la muchedumbre ruidosa, dobló una esquina y luego otra, hasta que se detuvo al encontrarse en un pasillo aún más abarrotado que el anterior, desbordante de puestos, casi todos dedicados a la venta de telas: algodones, sedas y muselinas, miles de tonos diferentes que reflejaban la luz tenue. Se puso de puntillas, esforzándose por ver al hombre al que había estado siguiendo. Era imposible. Había demasiada gente apiñada en ese espacio estrecho. Aun así, los comerciantes la vieron enseguida. Apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento cuando un coro de "*¡Memsahib*, *memsahib!*" estalló a su alrededor. Salieron corriendo de detrás de sus puestos y alzaron telas frente a su cara.

—Mire, *memsahib.* Mire.

—Precioso —comentó ella mientras se abría paso entre la gente—, muy bonito.

—Tengo lo mejor de la ciudad —gritó el hombre en la mesa más cercana —, cómpreme a mí. Lo mejor de Bombay. Lo mejor de la India.

—*¡Memsahib!* —gritó el vecino—, acérquese aquí. Aquí.

Al oír la desesperación en su voz, Maddy se volvió. Los ojos negros del vendedor destellaron con esperanza y señaló con la mano las telas dispuestas sobre el tablón frente a él; luego dio un paso atrás para mostrar más rollos de tela apoyados contra el edificio en ruinas detrás.

Maddy se acercó. Había un color que nunca había visto antes. Un amarillo limón intenso, más intenso que el de su vestido, con hilos luminosos entretejidos. Se parecía a la luz del sol y era perfecto para Edie y los cielos grises de Escocia.

—Lléveselo —la urgió el hombre—. Tengo muchos hijos, una familia

grande. Necesitan comer. —Hizo un gesto como si se llevara comida a la boca—. Le haré un buen precio. ¡Muy bueno, muy bueno!

Maddy no estaba segura de a qué se refería con eso, pero le gustó cómo sonaba.

—Necesito esta cantidad —explicó y dibujó una línea sobre la mesa—. ¿Cuántas rupias?

El vendedor nombró una suma exorbitante.

Ella sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

No tenía dientes.

—Menos —sugirió ella.

Él nombró otro precio.

—Mi familia —insistió—. Ayude a mi familia.

—No les compraré una casa —dijo sin dejar de sonreír.

Fue entonces cuando oyó el grito por primera vez. No pudo distinguir la voz ni las palabras, pero algo en él la paralizó.

Sonó de nuevo, más fuerte.

Esta vez se giró con el pulso acelerado.

Había sonado muy parecido a "señorita Bright".

Y aunque había muchas personas que podían llamarla así, se estremeció. Escudriñó el gentío, pero no consiguió ver nada más allá de las caras de otros compradores y los vendedores, muchos de los cuales comenzaron a llamarla otra vez.

—*Memsahib*, mire lo mío ahora. *Memsahib* venga.

Maddy sacudió la cabeza. "Silencio", quiso decir, "déjenme oír".

No oía nada.

¿Lo habría imaginado?

—¿*Memsahib*? —Era el hombre desdentado—. *Memsahib,* compre.

—Un momento —pidió ella—. Por favor.

Contuvo la respiración.

Nada.

A continuación, justo cuando estaba a punto de rendirse desanimada y sintiéndose un poco tonta, volvió a oír que la llamaban, solo que esta vez fue "Maddy" y no "señorita Bright", lo cual era extraño, pero de todos modos se giró y estiró el cuello, sin poder evitar la esperanza…

Entonces se detuvo.

Porque vio al hombre que se abría paso hacia ella entre la gente.
Y no era en absoluto lo que había estado esperando.

CAPÍTULO SEIS

Luke se detuvo en el escalón y apoyó una mano en la pared de ladrillo, eufórico a pesar del hombre mayor de uniforme que avanzaba hacia Maddy, ya que tras todo ese tiempo ella estaba allí, su rostro sonrojado aún más hermoso de lo que él recordaba, y porque estaba casi seguro de que ella lo había oído hacía un instante.

Que había querido que fuera él.

Sin embargo, ya no podía verla bien. Quería hacerlo con todas sus fuerzas pero ella estaba de espaldas, mirando hacia el hombre de uniforme —un mayor, a juzgar por sus galones—, y además llevaba un sombrero que ocultaba sus facciones y su expresión.

—Maddy —la llamó el mayor—. Maddy. Quédate donde estás. Acabo de ver a Keaton...

Maldito Keaton.

Luke había dicho a Keaton que iría a buscarla. No lo había pensado dos veces antes de salir corriendo del andén.

—¡No puede hacerlo! —había exclamado Keaton—. Estamos llegando muy tarde.

—Me temo que vamos a llegar más tarde todavía —había respondido Luke riendo, a pesar de la expresión horrorizada de Keaton, y un poco por eso, pero sobre todo porque se había sentido aliviado de que ella estuviera cerca. Durante todas esas semanas lejos había llegado a preguntarse si no estaría volviéndose loco, incapaz de dejar de pensar en ella… y, sin embargo, allí estaba ella, justo allí, justo cuando él regresaba.

—¿No está preocupado por ella? —había gritado Keaton—. No parece preocupado.

La acusación, aunque formulada con tono respetuoso, había sido clara.

—No me preocupa —había asegurado Luke mientras reproducía en su mente la imagen de Maddy trepando el muro para fumar un cigarrillo—. Estoy seguro de que está bien.

—¿La conoce?

—Todavía no —había gritado Luke por encima del hombro—. Pero la conoceré. Ya lo verás.

Estaba claro que Keaton no había estado dispuesto a ver nada. Porque ahora allí estaba ese mayor, al parecer enviado por él, tomando a Maddy del brazo.

Luke observó la actitud fácil y familiar con que lo hacía y frunció el ceño. Pero no. Seguro que no. El hombre parecía lo bastante mayor como para ser su padre.

Aun así había algo en su expresión que hizo que Luke saltara del escalón mugriento y se abriera paso entre la muchedumbre hacia ellos, de pronto incapaz de esperar ni un segundo más para hablar con ella.

Sin embargo, no fue tan fácil llegar hasta ella. La gente no dejaba de interponerse en su camino. Se movió tan rápido como pudo, con la cabeza levantada por encima de la multitud sudorosa, pero tardó demasiado.

Cuando llegó donde ella había estado, ya se había ido.

Miró a su alrededor desesperado por encontrarla, convencido de que debía hacerlo, negándose a aceptar, a pesar de la prueba evidente, que ella no estaba allí.

—Se fue con el *sahib* —le dijo el vendedor desdentado. Ya no sonreía. Más bien lo contrario. Él también parecía estar teniendo dificultades para asimilar el giro de los acontecimientos.

—¿Has visto hacia dónde? —preguntó Luke.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Compra? —aventuró, levantando la tela dorada.

Luke soltó un suspiro de frustración. No podía haberla perdido.

Maldiciendo, porque parecía que sí y porque ella se había ido con el *sahib,* pidió al vendedor que le diera un minuto y se dirigió hacia la entrada del bazar, desandando los pasos que había dado antes, cuando había llegado desde la estación para buscarla, con la esperanza de que ella y el mayor hubieran hecho lo mismo.

Aún más gente se había amontonado en el bazar en el corto tiempo que llevaba allí (era difícil no irritarse con ellos), ocupando el espacio y contribuyendo al aire sofocante. Para cuando logró llegar a la entrada tenía la camisa pegada al pecho y a los omóplatos y le faltaba el aliento. Salió al resplandor implacable del mediodía, al clamor de las campanas de los *rickshaws* y las bocinas de los coches y, protegiéndose los ojos con el

antebrazo, escudriñó las aceras, los saris y las blusas de lino en busca del sombrero de paja o un destello de su vestido amarillo.

Pero lo único que vio fue a Keaton que caminaba hacia él con paso decidido. Su rostro rosado y manchado estaba aún más alterado que cuando Luke lo había dejado en la estación. (Una hazaña nada desdeñable).

—Keaton —lo llamó—, creí que éramos amigos.

—¿Amigos, señor Devereaux? —Keaton se detuvo y se llevó una mano al costado.

—Amigos, Keaton.

—No acabo de entender —admitió Keaton—. Y tenemos que irnos.

Era cierto, Luke lo sabía. Aun así.

—¿Por qué enviaste a ese hombre a buscar a la señorita Bright? —preguntó.

—¿El mayor Bowen?

—Eso supongo —dijo Luke—. Esperemos que haya sido él, al menos.

—¿Quién más iba a ser?

—No tengo ni idea, Keaton. Ni por qué lo enviaste. Lo que me lleva a preguntarte de nuevo...

—¿Por qué lo hice?

—Muy bien.

—Porque él la conoce, señor Devereaux. Usted dijo que no la conocía. No estaba seguro de cómo haría usted para encontrarla.

—Es una mujer blanca sola en un bazar indio.

—Bueno, sí —convino Keaton—, desde luego. Pero como ella y el mayor Bowen se van a casar...

Las palabras impactaron en el plexo solar de Luke.

—¿Qué? ¿Se van a casar?

—Eso he oído —contestó Keaton.

—¿No lo sabes?

Keaton sacudió la cabeza. ¿Era un no o un sí?

Luke no se atrevía a preguntar.

¿Se iba a casar?

¿Se iba a casar?

—De todos modos están allí —precisó Keaton y señaló al otro lado de la calle ancha, donde, a unos cien metros de distancia, Luke por fin la vio, subiéndose a un sedán descapotado.

La observó hacerlo. Cómo se inclinó para recoger la falda y se deslizó en el asiento con un único movimiento fluido. La recordó tal como la había visto en Año Nuevo: la silueta esbelta en el oscuro paseo marítimo, la mano en la silla de él. La forma en que se había girado hacia él.

¿Se iba a casar?

No tenía sentido.

No podía entenderlo.

No apartó los ojos. Se dio cuenta de que estaba esperando que ella mirara a su alrededor, como había hecho bajo aquellos fuegos artificiales, y lo volviera a ver.

Pero no lo hizo.

El coche se alejó con un rugido y se la llevó.

Miró la estela polvorienta y alcanzó a vislumbrar cómo ella alzaba la mano para sujetarse el sombrero a la cabeza. Había tenido algo en la mano antes. Frunció el ceño, pensando en eso. Estaba seguro de que había tenido algo en la mano…

—Tenemos que darnos prisa —presionó Keaton—. Llegaremos tardísimo. Acompáñeme, por favor. Oh, no, señor Devereaux. *No.* ¿Adónde va ahora?

Maddy se sujetó el sombrero justo a tiempo para evitar que saliera volando cuando Guy aceleró y los *rickshaws* se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Estaba más impaciente y menos cortés de lo habitual. La había llevado casi a rastras hasta el coche, a pesar de que ella había insistido en quedarse o, al menos, comprar la seda que había estado mirando (pobre vendedor y su familia. Pobre tía Edie).

—*Por favor*, Maddy —le había rogado cuando ella se había echado hacia atrás y le había pedido que esperara—, debería estar en el quirófano.

—Pues ve entonces —había replicado ella sin poder evitar un tono exasperado. Guy daba por sentado que ella necesitaba ser rescatada; ella, en cambio, se sentía decepcionada porque él no era quien ella había pensado. Y además estaba irritada consigo misma por haberse ilusionado. (¿Por qué había hecho eso?)—. Me las puedo arreglar muy bien sola.

—Por supuesto que no —la había corregido él con suavidad, conciliador, con el tono de alguien que estuviera dando una mala noticia a un paciente.

Eso la había enfurecido aún más.

—¿Y por qué demonios no podría?

—Eres demasiado lista para hacer esa pregunta —había respondido él mientras la guiaba hacia un callejón lateral—. Vamos por aquí, es más rápido.

Maddy había cedido, no porque se hubiera apaciguado (para nada), sino porque había sido evidente que él no iba a hacerlo, y también por la idea del soldado ansioso que lo esperaba en el quirófano.

—Me alegra mucho haberte encontrado —afirmó Guy ahora, alzando la voz por encima del ruido del motor. Cambió de marcha con un ruido seco y fuerte—. Estuve a punto de tomar por otro camino. ¡Imagínate! No habría visto a Keaton.

—Me imagino —respondió Maddy, con la mandíbula apretada ante la ironía del destino y pensando que, para ser una ciudad tan grande, Bombay era en verdad increíblemente pequeña.

—¿En qué estabas pensando al venir aquí así? —agregó Guy.

"Por el amor de Dios, no soy una niña", quiso replicar Maddy. Pero se contuvo, porque no era una niña y porque se trataba de Guy, el amable Guy que llevaba botellas de agua hervida para ella en el maletero y que, al fin y al cabo, solo estaba haciendo lo que creía correcto. Por muy molesto que fuera.

—Prométeme que no volverás a hacer nada parecido.

—Guy...

—Por favor, de lo contrario tendré que hablar con tus padres.

Maddy giró la cabeza en el asiento.

—¿Serías capaz de delatarme?

Guy esbozó una media sonrisa y ella sintió ganas de reírse, porque le gustó que él le encontrara algo de gracia al asunto, pero no pudo porque todavía estaba enfadada.

—Solo prométemelo —insistió él.

—Si quieres —accedió ella con un suspiro, sepultando la sensación de culpa de saber que planeaba utilizarlo como coartada para romper su palabra al día siguiente.

Justo al día siguiente.

"No falta tanto", se dijo a sí misma.

Ojalá no le pareciera una eternidad.

Y ahora que Guy había asumido la responsabilidad de llevarla a su casa tan temprano, tendría que decidir qué hacer durante el resto de la tarde.

Guy sorteó deprisa las calles de la ciudad. El tráfico disminuyó demasiado

pronto, la selva se hizo más densa y se hallaron de regreso en Malabar Hill. La luz del sol se colaba a través del dosel de hojas, se reflejaba en las palmeras y en las mansiones somnolientas y silenciosas. De vez en cuando se cruzaban con algún sirviente indio que caminaba por el borde del camino de vuelta del mercado con una cesta de verduras y frutas sobre la cabeza. Salvo por algún que otro *rickshaw* que pasaba traqueteando, eran el único vehículo a la vista. Maddy contemplaba a través del follaje el mar resplandeciente que se extendía debajo y no intentó entablar conversación; seguía reproduciendo en su mente el grito en el mercado, cada vez menos segura, cuanto más lo hacía, de haber oído algo. Guy, al parecer concentrado en la carretera, tampoco hablaba.

Solo cuando él rompió el silencio, ella se dio cuenta de cuánto tiempo habían estado callados.

—Siento que estés molesta conmigo —comentó, de una manera que sugería que llevaba un buen rato pensándolo.

Maddy recordó de nuevo todo lo que él había hecho por ella y se obligó a esbozar una sonrisa que no sentía.

—No estoy molesta —contestó.

La sonrisa de Guy también fue forzada. Sabía que ella mentía.

—Al menos ya estás en casa —añadió y guio el coche a través de los portones de la mansión.

—Sí, así es.

Él no se bajó y Maddy lo observó marcharse desde los escalones del porche, sintiéndose peor que nunca, porque sabía que ahora él también estaba molesto. Qué mañana tan desastrosa. Esperó hasta que el coche desapareció por el sendero de entrada y a que el sonido del motor se disolviera en el canto de los pájaros y el susurro perezoso de los árboles y luego entró. Se colocó el bolso y la guía debajo del brazo, se quitó los guantes y se dirigió hacia las escaleras.

Entonces se detuvo.

Caminó hacia atrás y arqueó el cuello para mirar a través del vestíbulo de baldosas en dirección a la puerta del salón bañado por el sol y la figura que estaba de pie allí, puro rizos castaños y sonrisa radiante.

Y por imposible que hubiera parecido segundos antes, sintió que su rostro se iluminaba con una sonrisa y una exclamación de júbilo brotó de sus labios.

Della se rio.

—Hola, hola —exclamó Maddy, con los brazos abiertos—. Pensaba que no vendrías nunca.

Habían llegado en tren muy temprano esa mañana, le contó Della. Richard y Peter habían tenido que ir directo a la oficina desde la estación, pero ella no había podido esperar para ir a saludarla.

—Acepté con descaro la invitación de tu criado a almorzar —precisó mientras se dirigían al porche trasero, donde, de hecho, había un plato a medio comer de *kedgeree* sobre la mesa—. Me dio hambre. Tardaste bastante.

—Podría decirte lo mismo —replicó Maddy—. ¿Por qué no avisaste que venías? —Pensó en su madre, en el té con las *memsahibs*—. No creo que mamá sepa que has vuelto.

—Todo sucedió bastante rápido —explicó Della y tomó asiento—. En un momento nos íbamos a quedar una semana más y, al siguiente, estábamos apurados por volver para estas reuniones.

—¿Qué reuniones? —preguntó Maddy mientras tomaba la jarra para servirse una copa.

—Algo relacionado con el ejército —respondió Della, haciendo un gesto con la mano—. Pero no hablemos de eso, hay cosas mucho más interesantes. Como —añadió y le lanzó una mirada pícara—, ¿me equivoco o el coche que te trajo hace unos minutos era el de Guy Bowen?

—¿O como —repitió Maddy con una sonrisa— todo lo que has estado haciendo mientras estuviste fuera?

Los ojos de Della brillaron.

—De acuerdo —accedió—. Retomaremos el tema de Guy más tarde.

—No, no lo haremos —dijo Maddy—, pero no cambies nunca.

—Oh, no tienes que preocuparte por eso. —Della tomó el cuchillo y el tenedor—. ¿Vas a comer o qué?

—¿Me estás invitando a almorzar en mi propia casa?

—Supongo que sí —respondió Della con otra risa alegre—. ¿Me extrañaste?

—No tienes idea. —Maddy rio también, porque la había extrañado y porque después de las horas que acababa de pasar, era maravilloso no tener que fingir más—. ¿Puedes quedarte por la tarde?

—Necesito dormir algo en algún momento —señaló Della—. Esos trenes. Pero sí, seguro, una hora más o menos.

Se quedó cuatro.

Ahmed trajo comida para Maddy y más bebidas. Los platos se vaciaron y las copas también; no pararon de hablar y cuanto más hablaban más parecía que había por decir, por preguntar. Della llenó los vacíos que habían dejado sus cartas, provocando a Maddy con sus descripciones del lago de Udaipur, los palacios que había visitado en la ciudad azul, la ciudad rosa, los safaris a lomo de elefante. Maddy, consciente de que sus paseos por Bombay palidecían en comparación, de todos modos se explayó sobre ellos, riéndose de lo aterrada que había estado al principio.

—Aun así, no hubo tigres ni campamentos de caza.

—¿En serio fuiste sola? —quiso saber Della.

—Yo solita.

—Estoy muy orgullosa de ti, amiga.

—Me alegra mucho hacerte sentir orgullosa.

—Pero ¿por qué lo hiciste? —preguntó Della mientras doblaba la servilleta —. Nunca me lo comentaste en tus cartas.

—Es que… —comenzó Maddy y estuvo a punto de mencionar, por fin, a Luke Devereaux. Pero se mordió el labio y se contuvo, como había hecho en sus cartas. Todavía le parecía demasiado pronto, demasiado endeble todo el asunto (fuera lo que fuera). Tenía miedo de arruinarlo—. Decidí dejar de sentir nostalgia —soltó. Era una versión diferente de la verdad y la hacía sentirse un poco incómoda.

Sintió otra punzada de culpa cuando Della aplaudió con entusiasmo.

—Bien por ti —exclamó—. ¿Y tu madre nunca sospechó nada?

—Que yo sepa no.

—¿Cómo van las cosas con ella?

—Mejor —admitió Maddy y pensó en la piedra pintada en su mesita de noche—. Un poco mejor.

—Está claro que debería irme más a menudo —aventuró Della.

—No lo hagas por favor.

Ahmed retiró los platos, sirvió fruta cortada y un trozo de torta Victoria del cocinero para cada una.

—No sé si me queda sitio —se lamentó Della mientras se reclinaba y hacía una mueca de dolor al apretarse la cintura del corsé.

—Cómetela —la urgió Maddy—, por favor, o tendré que hacerlo yo.

Solo se levantaron de la mesa una vez para fumar un cigarrillo en el fondo del jardín, escondidas detrás de los canteros de agapantos como niñas traviesas por si Alice, que se estaba demorando más de lo habitual, regresaba a la casa.

Al final llegó cuando Della ya se había marchado y Maddy estaba subiendo a su habitación a darse un baño.

—Tu padre me sorprendió con una invitación para almorzar en el club —explicó, con un rubor que sugería que la sorpresa no había sido del todo desagradable y que hizo que Maddy se preguntara qué más le depararía ese extraño día.

Seguramente una cena con Della y Peter, ya que Alice también le comentó que Richard había quedado con Peter.

—No regresará hasta mucho más tarde —prosiguió Alice—. Ha llegado un hombre de Inglaterra al parecer y los tiene muy ocupados.

Maddy siguió subiendo las escaleras y no preguntó más. Su padre siempre estaba reuniéndose con hombres que llegaban de Inglaterra. Además estaba demasiado ilusionada con la idea de reencontrarse por fin con su padre esa noche como para pensar en otra cosa.

Se vistió con cuidado para la cena, con un nivel de expectativa que no había sentido en meses. Eligió uno de sus vestidos favoritos, negro con la espalda escotada y mangas cortas adornadas con cuentas, y se tomó su tiempo para peinarse: se sujetó el cabello con horquillas y se colocó una cinta de lentejuelas antes de ponerse los guantes. Durante todo ese tiempo, estuvo muy atenta y con la ventana abierta esperando oír el ruido de un coche, la voz grave de su padre, más impaciente que nunca por verlo ahora que sabía que llegaría en cualquier momento.

Sin embargo, Richard no había aparecido cuando el sol se puso en todo su esplendor y Peter y Della llegaron. Era un atardecer cálido y húmedo, y Peter avanzó por el sendero de entrada con paso lánguido, rubio y esbelto con su corbata y su frac mientras Della se apresuraba a su lado con un vestido escarlata.

Maddy salió corriendo a recibirlos.

—¡Ah, aquí está ella! —exclamó Peter—. Un regalo para los ojos. Tu padre está en camino —precisó antes de que Maddy pudiera preguntar—. Ha sido una tarde *interminable.* Richard pudo escaparse para ir a almorzar, así que

ahora la cena me toca a mí. —Se llevó la mano al pecho—. Un acuerdo entre caballeros.

—¿Crees que podrás salir después de cenar? —preguntó Della a Maddy—. Queremos que vengas con nosotros.

—Ha sido idea mía —aclaró Peter.

—Me gusta tu idea —contestó Maddy—. ¿Adónde vamos? No me digáis que al Club Gymkhana.

—Al Club Gymkhana —confirmó Peter—. Pero antes de que protestes o nos digas que te aburre demasiado y lo enojada que estás por todo el tiempo que te hemos dejado sola —continuó e hizo un puchero a modo de disculpa —, toma esto. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete envuelto en papel de seda.

—¿Un regalo? —preguntó Maddy y lo tomó.

—Me temo que no es nuestro —precisó Della—, pero ábrelo. Peter no me quiere decir qué es.

—¿En serio? —Maddy sonrió con curiosidad a Peter, que de repente parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Adelante, querida Maddy —la urgió.

Ella obedeció y rompió el papel de seda.

Se quedó sin aliento.

Porque dentro estaba la tela que había estado mirando en el mercado. La sacó con lentitud y la seda se deslizó por sus dedos y su muñeca, brillando en la penumbra.

—Ah, mira eso —comentó Della—. Qué bonita. ¿Quién te la envía?

Maddy no respondió. Levantó los ojos hacia Peter. El corazón le latía con una rapidez incómoda en el pecho.

—Hay una nota —dijo él.

—¿Qué nota? —interpuso Della.

—¿Hay una nota? —repitió Maddy con tono débil y, de repente, estaba de regreso en aquel bazar y escuchaba ese grito, ya no tan segura de haberlo imaginado. Nada segura.

—Sí —replicó él.

Con dedos temblorosos, buscó entre el papel de seda. “Por favor”, pensó, “que no me equivoque”.

Entonces vio el papel, la letra en él y los dedos le temblaron todavía más.

Porque no se había equivocado.

Vi que llevaba mi guía, señorita Bright. Me hizo muy feliz. Espero que la haya disfrutado.

Y que venga esta noche.

Mañana me parece una eternidad.

CAPÍTULO SIETE

Maddy miró la nota y el papel en sus manos temblorosas, incapaz de apartar la vista, apenas consciente de su propia sonrisa incrédula, de las preguntas de Della, de Peter que pedía a Della que se callara un momento, de Della que se negaba a hacerlo, de las voces de ambos que se desvanecían, de la letra de Luke Devereaux también, de la tinta que se difuminaba cuanto más la escrutaba.

Él había estado allí, realmente había estado allí.

La había visto.

Y ella lo vería. Esa noche.

"Mañana me parece una eternidad".

—¿Qué va a pasar mañana? —preguntó Della, ahora con tono más alto—. ¿Quién *es* este Luke Devereaux? ¿Maddy? ¿Madeline Bright? —Le arrebató el papel de seda de las manos—. ¿Me estás escuchando?

—Ahora sí —respondió Maddy mientras recuperaba el papel.

—Bien —declaró Della—. Entonces cuéntamelo todo por favor.

—No hay mucho que contar en realidad.

—No te creo —replicó Della.

—Muy perspicaz —interpuso Peter—. Si fuera tú le daría algo Maddy, tiene esa mirada de mula terca…

—Una mula muy ofendida —precisó Della y cruzó los brazos con el ceño fruncido—. No me gusta que vosotros dos tengáis secretos.

—No es un secreto —le corrigió Maddy y, mientras hablaba, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que parecía y que Della se veía un poco dolida, que era lo último que ella quería—. En serio —continuó—, no te enojes…

—No lo haré si me lo cuentas —presionó Della.

—De acuerdo —cedió Maddy—, de acuerdo. —Y deseando haberlo hecho mucho antes, se obligó a relatar lo de Año Nuevo, la guía turística, las cerillas y las postales.

—Qué detalle tan bonito —la interrumpió Peter—, muy bonito.

Los ojos de Maddy volvían una y otra vez al papel de seda mientras hablaba, cada vez más nerviosa, porque él la había sorprendido de nuevo y, aunque mañana había parecido siempre una eternidad, esa noche era esa noche y de pronto se había acelerado todo.

—Menos mal que no había mucho para contar —se lamentó Della—. ¿Por qué demonios no me lo contaste por carta? ¿O dijiste algo durante el almuerzo?

—Quería hacerlo —contestó Maddy—, de verdad. Es solo que tenía esta... superstición, supongo... —Se interrumpió, con el temor constante de que todo podría salir mal incluso ahora.

Della suspiró con exasperación.

—¿Y tú? —Se volvió hacia Peter—. Podrías haber dicho algo.

—No era asunto mío —se defendió él.

—¿Pero le diste la dirección de Maddy? —preguntó Della.

—Sí —confirmó él y apuró el paso hacia la casa—. Una pequeña osadía de mi parte. —Sonrió hacia Maddy—. *De nada*, ha sido un placer. No lo haría por cualquiera.

—Espera —le pidió Maddy. Ahora que la primera oleada de sorpresa estaba pasando, recordó todo lo que había estado deseando preguntarle—. ¿Os conocíais?

—Sí, desde hace años —respondió Peter, sin detenerse—. Luke estuvo destinado aquí.

—¿Haciendo qué?

—Sirviendo en el ejército, querida Maddy.

—¿Es oficial? —preguntó con desconcierto. No estaba segura de por qué. Quizás por la calidez de sus mensajes. O por el recuerdo de cómo se había reclinado en esa mesa a la luz de las velas, tan relajado, nada que ver con los tenientes y capitanes rígidos de los acantonamientos que ella había conocido.

—Se retiró del servicio activo —explicó Peter, lo que tenía más sentido—. Pasó a la reserva.

—¿La reserva?

—Mmm —dijo Peter—, igual que yo: somos los primeros en ser llamados en caso de guerra. Que esperemos que no ocurra. De todos modos, hoy por hoy se limita a decir al Estado Mayor y al resto de nosotros lo que tenemos

que hacer. ¿Puedo irme ya, por favor? Me estoy muriendo de sed. Tantas *preguntas*.

Subió corriendo las escaleras del porche con otra sonrisa burlona.

Della se volvió hacia Maddy con los ojos entrecerrados mientras se alejaba.

—Tan transparente que pareces y eres toda una caja de sorpresas —declaró.

Maddy no pudo refutarlo.

—¿Me perdonas?

—A su tiempo —concedió Della—. Estaré de malhumor un rato pero después intentaré olvidarlo.

—Gracias.

Della se inclinó y volvió a mirar la nota.

—¿Estás aterrada? —preguntó.

—Un poco —admitió Maddy.

—¿De qué?

—De todo.

Della rio con cierta indulgencia.

—¿Y si lo estropeo todo, Della?

—No lo harás.

—¿Y si empiezo a hablar y no paro…?

—No es probable dado tu estado.

—¿O hablo demasiado poco y él se queda ahí parado, mirándome y pensando: "¿Qué demonios?"?

—Basta —la tranquilizó al final Della—. No pienso seguir escuchándote.

Maddy tomó un respiro tembloroso.

—Todo irá bien —le aseguró—. Tengo un presentimiento *maravilloso.* —Levantó la vista hacia la casa; el crepúsculo dibujaba sombras en las paredes color crema—. Aunque sospecho que esta cena se va a hacer bastante interminable.

—Sospecho que tienes razón —convino Maddy.

Lo fue.

No ayudó que su padre tardara otra hora en llegar, lo que retrasó el comienzo de la cena hasta bien entrada la noche. Ni tampoco que Alice se uniera a Maddy, Della y Peter en el porche mientras esperaban, con los mosquitos revoloteando alrededor de las lámparas de aceite de citronela, gin con hielo en mano, e hiciera preguntas discretas a Della y Peter sobre el viaje

("Me temo que Madeline hubiera preferido estar allí con vosotros"), en un esfuerzo evidente por ser sociable, algo por lo que Maddy quería sentirse agradecida pero no podía, porque era una tortura no poder presionar a Peter para que le contara más sobre su amigo. Della, menos prudente, no dejaba de lanzarle sonrisas animadas y, en más de una ocasión, Maddy sorprendió a su madre con expresión de desconcierto, como preguntándose qué sería lo que tenía a Della tan excitada.

Richard apareció por fin a las nueve, pero ni siquiera la alegría de verlo llegar por las puertas del porche ni su abrazo protector y familiar lograron librar a Maddy de su inquietud. Aunque lo estrechó con fuerza y le aseguró que ella también lo había extrañado mucho, casi no era consciente del alivio que le producía su regreso. Incluso mientras el grupo se encaminaba al comedor húmedo e iluminado por las velas y se sentaba a cenar, la mente de Maddy no paró de saltar de un pensamiento a otro, pasando del sonido de aquel "señorita Bright" en el bazar a la pieza de seda escondida en su dormitorio, al paseo marítimo en Año Nuevo, el tictac del reloj, Luke Devereaux esperando en el bar abarrotado del Club Gymkhana, y de preguntarse si seguiría allí para cuando ellos finalmente llegaran y qué pasaría en ese caso… No podía concentrarse, porque cuanto más pensaba en la posibilidad real de verlo tan pronto, menos podía creerlo y, sin embargo, lo creía lo suficiente como para sentirse mareada.

—¿No tienes hambre? —le preguntó su padre al reparar en que no había tocado la sopa.

—La verdad es que no —admitió y luego, sabiendo que él se preocupaba con facilidad (por aquel tifus de cuando era niña), añadió—: hace demasiado calor.

—¿Es normal que el calor te afecte el apetito? —deslizó Della.

Maddy hizo una mueca.

—Sí, Della, sí.

Peter resopló dentro del plato.

—¿No sería mejor que te quedaras en casa? —insistió Richard.

—Estoy bien —le aseguró Maddy—, de verdad.

—Podemos acompañarte —ofreció su padre—. No estoy tan cansado…

—No. —Fue casi un grito.

Richard enarcó las cejas.

Della sonrió.

—No hace falta —agregó Maddy en voz más baja.

—¿Estás segura? —preguntó su madre.

—Segurísima —respondió ella.

—Bebe un poco de gin —sugirió Della.

—Preferiría que se tomara la sopa —precisó Alice.

Maddy lo intentó, pero fue un esfuerzo vano al que renunció con rapidez, al igual que los cuatro platos siguientes que el cocinero había preparado en honor al regreso del *sahib*. Sospechaba que no comer ninguno sería el clavo en el ataúd en su relación con el cocinero, pero no había nada que hacer.

Al menos Della ayudó con el postre.

—Pásamelo —dijo y estiró el brazo por encima de las velas—, creo que aún puedo encontrarle un hueco.

—Siempre tan delicada —comentó Peter.

La cena concluyó por fin y solo quedaba la última copa antes de que los tres se pusieran en camino. Más ansiosa que nunca por la hora, Maddy bebió con una rapidez que hizo que su madre la mirara dos veces y Della asintiera con aprobación ("Te reconfortará", destacó, "excelente"), y entonces se marcharon. Se subieron al coche que los esperaba y recorrieron las oscuras calles de la ciudad. Maddy se debatió con nerviosismo durante todo el trayecto, preguntándose si él habría esperado, esforzándose por controlar su corazón acelerado sin conseguirlo en absoluto… de repente ya estaban allí y ella se situaba de pie en la entrada del jardín del club, mirando hacia las lámparas que ardían en el vestíbulo y la larga terraza inferior donde había tomado el té tantas veces con una despreocupación que ahora le parecía inimaginable. Se llevó la mano al estómago revuelto, con los pulmones apretados por el aire húmedo y el vestido ondeando en la brisa. Desde el bar del pabellón arriba llegaban voces, risas y el crepitar del gramófono que una vez más reproducía el disco de Harry Lauder que era del presidente.

—¿Lista? —preguntó Della.

—Casi desearía haberme quedado en casa —respondió.

—No seas ridícula —la regañó Peter que ya se dirigía al vestíbulo.

—No puedo más con la excitación —admitió Della mientras lo seguía—. Me muero por conocerlo.

Maddy cerró los ojos. ¿*Estaría* allí todavía?

¿Lo reconocería?

No estaba segura.

No estaba para nada segura.

Della y Peter habían desaparecido por la terraza hacia las escaleras, pero ella se había quedado como paralizada y ahora iba a tener que entrar sola.

Tal vez sería mejor quedarse donde estaba un rato más.

Empezó a caminar incluso mientras lo pensaba: sus pies parecían moverse con voluntad propia. Atravesó la terraza de baldosas con los campos de juego vacíos que se extendían a su izquierda, subió la escalera doble y pasó junto a los vitrales y el reloj de pie en dirección al ajetreo del bar.

Se detuvo de nuevo en el umbral. Los grandes abanicos de tela sobre su cabeza oscilaban y refrescaban su cuello húmedo y sus mejillas. Las lámparas ardían en todas las superficies libres: perfumaban el aire cargado de humo con olor a aceite y teñían las paredes revestidas de caoba de un rico tono marrón dorado. Sus ojos se movieron para buscarlo, a él o su silueta, pero estaba demasiado nerviosa y no podía asimilar más que imágenes inconexas de la escena frente a ella. Parpadeó y vio a hombres con frac que jugaban a las cartas junto a las ventanas con los postigos cerrados y a varios más alineados en la barra. Diana Aldyce, en una mesa redonda, echaba la cabeza hacia atrás en respuesta a algo que estaba diciendo un joven sargento mientras el capitán Aldyce, sentado junto a su esposa, jugueteaba nervioso con su bigote. Parpadeó de nuevo y esta vez vio a parejas que bailaban en el único espacio libre del piso de madera lustrado, abrazadas, moviéndose al ritmo de la música, que era mucho más lento que el latido acelerado de su corazón. Giró la cabeza y vio a los *punkahwallahs,* los sirvientes encargados de accionar los abanicos del techo; alineados junto a las paredes revestidas de madera, tiraban de las cuerdas conectadas a los abanicos con rostros inexpresivos. También distinguió al marinero bronceado con el que había bailado en Año Nuevo, que la saludó desde el otro lado de la habitación y Guy no lo hizo porque estaba de espaldas a ella, conversando con el subdirector del hospital, y aún no la había visto.

Así como ella no veía a Luke Devereaux.

Avanzó hacia donde Della y Peter se habían detenido, al final de la barra. Su ansiedad iba en aumento, acompañada ahora de una horrible sensación de vacío porque él no estaba allí.

No parecía estar allí.

"Tardamos demasiado", pensó.

Excepto que, en ese instante, Diana Aldyce se giró hacia ella, con la boca

pintada todavía abierta en una carcajada y pareció paralizarse al ver algo más allá del hombro de Maddy, que observó cómo aguzaba los ojos con interés y sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

Hubo una pausa.

Contuvo el aliento.

—Hola, señorita Bright. —La voz grave le llegó desde atrás, cálida, divertida. Le gustó.

Le gustó mucho.

Se movió sin pensar, porque habría sido imposible hacer otra cosa, y se volvió.

Unos ojos oscuros se encontraron con los suyos. Profundos, brillantes y chispeantes de alegría. Durante un segundo fueron todo. Luego llegó el resto: los hombros, delgados pero fuertes debajo de la chaqueta de noche, la postura que ella recordaba tan bien; la forma de mantenerse en pie, con las manos en los bolsillos, como lo había visto en el paseo marítimo, tan relajado, tan cerca. Su piel bronceada por el sol de la India, la mandíbula marcada, los pómulos; un rostro conocido y que ahora se daba cuenta de que habría reconocido en cualquier parte.

Le gustó. Le gustó mucho.

Él la miró como si absorbiera cada detalle, haciendo que ella se preguntara qué estaría viendo, qué pensaría.

—Es un placer conocerla por fin —pronunció.

De alguna forma Maddy logró responder.

—También es un placer conocerlo, Luke Devereaux.

Los labios de él esbozaron una sonrisa.

Maddy sintió que los de ella hacían lo mismo.

"Está aquí", pensó, "está aquí de verdad".

"Esto está ocurriendo".

El silencio entre ellos se prolongó, a la vez maravilloso e insoportable, y la sonrisa de Maddy se ensanchó con cada segundo, la piel cada vez más ardiente hasta que, obligada a romperlo, le dio las gracias por la seda, la guía turística y las postales. Habló demasiado (casi deseó que Della estuviera allí para oírla) y las palabras salieron a borbotones de su boca.

—Pero yo no le he dado nada... —concluyó.

—En absoluto —respondió él—. Espero que la seda fuera la correcta.

—Sí, sí.

—Bien. —Sonrió de nuevo; los músculos de su cara se movieron con facilidad, como si estuvieran acostumbrados a sonreír—. Quería que la tuviera.

—Me encanta —concedió ella y no le confesó que la idea era que fuera un regalo para su tía—. Pero ¿qué estaba haciendo usted en el mercado?

—Tratando de encontrarla —respondió él, con tanta claridad y tan abiertamente que Maddy se alegró de haber preguntado. Y mientras continuaba contándole lo preocupado que había estado Fraser Keaton y lo tarde que había llegado él por perseguirla, Maddy se sorprendió riendo, a pesar de los nervios, feliz de que él hubiera hecho eso.

—Eso sí, hubiera preferido que Fraser no se lo contara a Guy —aventuró.

—Yo también.

—Debió usted haber gritado más fuerte.

—Supongo que sí, señorita Bright.

—Puedes llamarme Maddy, Luke Devereaux.

Otra sonrisa lenta.

—Lo tendré en cuenta.

El gramófono se detuvo. Durante ese instante, con la música apagada, fue como si el club entero desapareciera y solo quedaran ellos dos, mirándose el uno al otro.

Maddy se dio cuenta de cuánto deseaba que solo estuvieran ellos dos.

Pero alguien volvió a colocar la aguja del gramófono y el jazz resonó de nuevo. Della y Peter se acercaron, todo ruido, cháchara y animación. Peter se preguntó si esos dos tendrían alguna intención de moverse en algún momento y felicitó a Luke por haber sobrevivido a la tarde.

—Te pido disculpas por Aldyce. Cuando empieza a hablar, *no para*…

Della insistió en que los presentaran.

—Podría decirte que he oído hablar mucho de ti —dijo a Luke y lanzó una mirada pícara hacia Maddy—, pero me temo que sería mentira.

—¿En serio? —respondió Luke.

—Sí, ¿no es horrible? —replicó Della.

Maddy respiró hondo, a punto de decir algo de lo que no tenía ni idea, pero entonces apareció más gente: el grupo de Peter, que querían saber qué estaba demorando a Luke (“Oh hola, Maddy, querida”) y estrecharon la

mano de Peter, besaron a Maddy y a Della y les preguntaron si les habían ofrecido algo para beber.

—Nada de nada —contestó Della—. Creo que debería volver al norte.

—No —exclamó el coro—, no lo hagas.

—No debes hacerlo. —Diana Aldyce se acercó con su típica coquetería, incapaz como siempre de mantenerse alejada. (Ahora que estaba allí, Maddy se sorprendió de que hubiera tardado tanto)—. Eres muy mala por habernos abandonado.

—La próxima vez me aseguraré de pedirte permiso —replicó Della.

—Así me gusta —dijo Diana.

—No hablaba en serio —aclaró Della.

Maddy apenas oía. Estaba demasiado distraída por la mirada de Luke, la forma en que él la observaba.

—Oh, Dios —exclamó Peter—, aquí viene el marido.

"¿Alguien más?", pensó Maddy.

—Devereaux —dijo el capitán Aldyce—. Debo robarlo unos minutos.

—¿Es necesario? —preguntó Luke sin dejar de mirar a Maddy.

—Sí, lo es.

Pero no llegó a hacerlo, porque uno de los amigos de Peter intervino y sugirió que se juntaran en la mesa.

—Y nada de hablar de trabajo, Aldyce. Hay que trabajar para vivir y no vivir para trabajar.

Todos se pusieron en movimiento. Cruzaron la habitación, tomaron las sillas y se sirvieron copas de champán. Ernest Aldyce pidió a Luke que se sentara y dijo que lo que tenía que decir no llevaría mucho tiempo ("He oído eso antes", respondió Luke y no se sentó), el marinero bronceado preguntó si podía unirse a ellos, Guy miró como si estuviera pensando en hacer lo mismo y Maddy, que tampoco se había sentado, de repente supo que no debía hacerlo, que si lo hacía la noche, ya transcurrida más de la mitad, se habría terminado y ella y Luke no habrían tenido otra oportunidad de volver a estar solos. Ninguno se lo iba a permitir.

—Señor Devereaux —pronunció Diana, como si hiciera falta más evidencia—, ¿alguna vez me pedirá un baile?

Era como si ella y Ernest se hubieran confabulado.

—Yo bailaré contigo Diana —se ofreció Peter resignado.

—He bailado contigo cien veces —se quejó Diana.

—¿Por qué no ciento una? —sugirió Della con una sonrisa tirante.

Maddy estaba bastante segura de que Diana iba a insistir. Sospechaba que Peter, que estaba llenando su copa, también lo sabía. No esperó para averiguarlo. Se entretuvo un instante para llamar la atención de Luke y dejarle ver su intención y se giró, se apartó de Diana, de todos, y, sin poder creer lo que estaba haciendo, se marchó.

Cruzó la habitación atestada, con la respiración acelerada y los nervios de nuevo a flor de piel. Su falda rozaba las otras mesas y tenía la impresión de que todos la observaban, que sabían lo que tenía en mente: Guy, los amigos de Peter, Diana. Podía sentir los ojos clavados en la piel enrojecida de su espalda desnuda y de sus brazos.

Pero no vaciló. Aceleró el paso, cruzó las puertas y bajó de nuevo a la terraza, hacia los campos de juego más allá. Solo le importaba una cosa: que Luke hubiera entendido lo que acababa de pasar, que viera dónde se dirigía.

Y que la siguiera.

Los campos estaban desiertos, el césped seco, quemado y desparejo a causa de las huellas de los caballos de polo que galopaban a diario sobre él. Las palmeras sombrías se mecían en la periferia y las hojas susurraban al compás del jazz amortiguado que sonaba en el club detrás, el estruendo lejano de las bocinas de la ciudad y las campanillas de los *rickshaws*.

Maddy siguió andando para alejarse de la gente con su falda que rozaba el césped reseco, hacia las tumbonas de ratán en el extremo más distante del campo. Lanzó una mirada furtiva hacia la casa del club cuando se detuvo. El césped a sus espaldas todavía estaba vacío, en completo silencio.

Tomó otra bocanada entrecortada de aire y se sentó. Los murciélagos aleteaban en la noche quieta; sombras oscuras sobre la oscuridad. Las cigarras anidaban a su alrededor. Un mundo tan lejano de Inglaterra, de Oxford y, sin embargo, no podía recordar haber sentido nunca tan poca nostalgia.

Deseó haber llevado una copa de champán con ella. O de brandi. Algo *reconfortante*. No tenía ganas de fumar pero estaba demasiado nerviosa para no hacer nada, así que metió la mano en su bolso.

Luego se detuvo.

¿Eran pasos?

Se quedó muy quieta, escuchando.

Lo eran.

Tragó saliva, sin moverse, casi demasiado asustada para mirar en caso de que fuera Guy que viniera a preguntarle qué estaba haciendo allí sola, o Della. "Luke se ha ido a su casa, lo siento".

Pero sabía que no era Guy ni Della. Su corazón se aceleró porque también lo sabía. Fijó la vista en su regazo y lo imaginó acercándose a ella. Cuando por fin se volvió, porque necesitaba ver, él estaba incluso más cerca de lo que ella había imaginado, tan cerca que sintió el impacto de sus ojos al encontrarse con los suyos y los vio destellar en una mirada entre divertida y desafiante.

—¿Esto fue una prueba, señorita Bright? —preguntó—. ¿Para ver si podía encontrarla?

—Bueno, la has pasado —respondió ella sin poder creer que hubiera podido sonar tan normal.

Luke se detuvo.

—Había planeado que nos alejáramos de la mesa, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí. Iba a pedirte que bailaras conmigo.

Maddy alzó la vista, todavía intentando asimilar que él estuviera allí, realmente allí.

—¿Y después qué? —aventuró.

—Otro baile —respondió él.

—¿Y luego?

Luke dejó escapar una risita grave.

—Otro.

—De acuerdo —contestó ella, aún maravillada de su propia compostura—, ya veo adónde va esto.

—Peter me dijo que eres muy lista.

Fue el turno de ella de reír.

—O sea que habríamos seguido bailando. Al compás de las canciones de Harry Lauder. Te advierto que no paran de poner su música.

—Ya me di cuenta.

—Hacía demasiado calor adentro.

—Sí. También me di cuenta de eso.

—Mmm… —Maddy ladeó la cabeza—. Creo que prefiero mi plan.

—Creo que yo también. Pero no nos dejarán solos mucho tiempo.

Luke tomó asiento, con la rodilla casi tocando la de ella.

—¿No? —Esta vez, Maddy detectó la tensión en su propia voz.

—No. Peter estaba preocupado. Algo acerca de tu reputación.

—¿No está a salvo contigo? —soltó ella sin pensar y se ruborizó.

Él esbozó una sonrisa. "No estoy del todo seguro", parecía decir.

"No estoy del todo segura de que me importe", se sorprendió pensando ella.

La sonrisa de Luke se ensanchó como si la hubiera oído.

El momento se prolongó. Maddy tuvo que luchar para no bajar la mirada.

Él tampoco apartó la vista.

Transcurrieron unos minutos.

—Ya que no tenemos mucho tiempo —habló él por fin—, será mejor que no lo malgastemos.

—Mejor que no —coincidió ella.

—No nos conocemos.

—Para nada —acordó.

—¿Hacemos algo al respecto, entonces?

—Sí, creo que deberíamos.

De modo que lo hicieron.

Luke comenzó preguntándole cuánto tiempo había vivido en Inglaterra antes de regresar a Bombay.

—Peter me contó que naciste aquí.

—Sí —respondió ella y tomó conciencia de lo mucho que él y Peter parecían haber hablado de ella, un pensamiento muy placentero—. Me fui hace quince años, cuando tenía siete.

—Es mucho tiempo.

—Muchísimo. —Al principio con vacilación, y acostumbrándose a la idea de que él la estuviera escuchando, pasó a relatarle las historias que le habían contado sobre las enfermedades de su infancia, los recuerdos borrosos de unas manos suaves sobre su frente ("¿Las de tu aya?", preguntó el. "No estoy segura", respondió ella), los pequeños monos que alguien había cosido en su mosquitero y, más tarde, el viaje a Inglaterra del que recordaba poco—. Solo el frío a medida que nos acercábamos y los juegos de tejo en cubierta con mi padre.

—¿Tu madre no estaba allí?

—No viajó con nosotros. No sé por qué.

—¿Demasiado duro para ella? —sugirió Luke.

—Tal vez —concedió Maddy y pensó en los fuegos artificiales y las piedras pintadas.

—¿No estás segura?

Ella se encogió de hombros.

—Mi madre es una persona difícil de descifrar.

—Pero lo estás intentando.

—Creo que las dos lo estamos intentando —replicó y, por primera vez, comprendió la verdad de sus palabras—. No es fácil.

—¿Porque no quieres estar aquí?

Maddy esbozó una sonrisa irónica.

—No lo tenía planeado, por cierto —admitió y se sorprendió a sí misma ahondando en la conversación sin proponérselo, solo porque hablar con él era tan sencillo. Le contó el golpe que había supuesto que sus vacaciones se hubieran vuelto permanentes, la noticia de que había perdido su puesto de profesora en Oxford e incluso le habló del divorcio de Edie y Fitz, y que Fitz se había casado con una antigua compañera de escuela de Edie.

—De hecho es hija de uno de los miembros del consejo directivo de la universidad en la que se suponía que yo iba a trabajar.

Luke no se inmutó y Maddy se dio cuenta de que él ya sabía algo acerca de Edie y Fitz y tal vez también sobre el nuevo bebé de Fitz, que nacería en cualquier momento. No le sorprendía, la mayoría de la gente lo sabía. Pero le gustó que él no se mostrara incómodo ni hiciera un drama al respecto.

—Tu padre debe estar preocupado por tu tía. —Fue todo lo que dijo.

—No habla del tema pero supongo que sí. —Pensar en Edie, sola en Escocia, la impulsó a admitir que la seda había sido pensada como un regalo para ella.

Luke la miró y ella se rio; parte de la seriedad que se había instalado entre ellos pareció disolverse un poco.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No sé, la verdad —respondió sin dejar de reír.

Luke sonrió.

—Creo que deberíamos buscarle otro regalo.

—Sí —convino ella, entusiasmada con el "deberíamos"—, claro.

Y como no quería volver a hablar de cosas tristes, cambió de tema y

declaró que ya había hablado más que suficiente y que ahora le tocaba a él.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Luke. Se inclinó hacia atrás y encendió un cigarrillo; la llama iluminó su piel bronceada y las facciones firmes de su rostro, y le ofreció el cigarrillo.

Maddy lo tomó con aire distraído y le preguntó qué estaba haciendo en la India, cuánto tiempo había estado allí antes, por qué había dejado el ejército y qué lo había llevado a convertirse en un soldado en primer lugar.

Luke sacó otro cigarrillo del estuche y lo encendió.

—Cuántas preguntas, señorita Bright.

—De acuerdo —cedió ella—. ¿Por qué te uniste al ejército?

—Porque tenía dieciocho años y no sabía qué otra cosa hacer.

—¿Por qué te retiraste del servicio activo?

Luke soltó el humo, como si fuera una larga historia, y luego la resumió y explicó que no le había gustado la rigidez ni el aislamiento de la vida en los acantonamientos y que la había abandonado tan pronto como había podido.

—Lo único que me gustó alguna vez fue irme.

—¿Estuviste en el ejército indio? —aventuró ella. Casi no había regimientos británicos en la India; la mayoría de los oficiales británicos estaban allí para dirigir a los cipayos.

—Sí.

—¿O sea que hablas urdu?

—Tienes que hacerlo.

Maddy asintió. Lo sabía. A diferencia de otras colonias, no se esperaba que los soldados nativos hablaran inglés, aunque estaba prohibido que comandaran sus propias tropas.

—¿Y todavía trabajas para el ejército?

—No directamente. He trabajado para el gobierno desde hace cinco años pero me pidieron que me encargara de este proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Es clasificado. —Sacudió un poco la ceniza—. Y bastante poco interesante. —Ahora era su turno de cambiar de tema y le pidió que le contara qué había estado haciendo ella mientras él estaba fuera.

Maddy quiso insistir, pero se refrenó. Era obvio que él prefería no hablar de su trabajo y ella no quería pedírselo si eso lo incomodaba. Solo deseaba hacerlo feliz, ya desde ahora.

—Explorando, gracias a ti —respondió y empezó a contarle cuánto había

disfrutado al leer la guía, se rio de su paseo frustrado al mercado de especias y le habló de la visita a la mezquita.

—Me parece que esa no la conozco.

—Me parece que no la conoce nadie —se lamentó ella.

—Pero ¿llegaste al mercado de especias al final?

—Sí. —Maddy se dio cuenta de que se le había apagado el cigarrillo, así que lo dejó; confesó que se había sorprendido del tiempo que se había quedado en el mercado y le contó sobre los niños en el *dargah* y los tranvías abarrotados, y la cantidad de dinero que había perdido sobornando a Ahmed para que la ayudara.

—¿Y nunca te sentiste insegura? Espero que no.

—Ni una sola vez.

—Bien. —Luke terminó su cigarrillo—. Eso es bueno.

Luke se explayó sobre sus viajes: los años que había pasado en Bombay, sus experiencias de los mismos lugares que ella había visitado y de otros que no conocía. Mencionó un tramo de costa, no muy lejos de allí, donde cada año en esa época las crías de tortugas emergían de la arena.

—Me encantaría ver eso —comentó ella.

—Sí. —Luke sonrió, como si a él también le fuera a encantar que lo viera.

El jazz continuaba sonando detrás de ellos. De vez en cuando, una carcajada o un grito rompían el aire sofocante y le recordaban la casa del club y todos lo que seguían allí. Pero en realidad no pensaba en ellos. Escudriñaba el rostro de Luke mientras él hablaba, cada matiz de su expresión, percibía la energía que emanaba de su cuerpo y el latido de su propio corazón como respuesta; con cada minuto que pasaba la necesidad de acercarse y de tocarlo se intensificaba. Luke se inclinó hacia ella, más cerca, sintiendo la misma urgencia, hasta que solo un espacio mínimo los separaba. Un movimiento y desaparecería.

Se quedaron en silencio. Maddy ya no estaba segura de cuánto tiempo habían estado hablando. Él la miraba como si la estuviera viendo por primera vez. "Me gusta", pensó ella. "Me gusta mucho". Una suave ráfaga de viento se deslizó entre los árboles y el césped. Maddy respiraba agitada, con la sensación de algo inminente.

—¿Alguna vez te preocupó? —preguntó él.

—¿Si me preocupó? —repitió ella.

—Que pudiéramos estar equivocados.

—No, no realmente.

—No —coincidió él—, a mí tampoco. —La perplejidad serena en su voz la puso contenta; para él también era desconcertante—. No siento como si acabara de conocerte —agregó.

—No —murmuró ella.

—¿Todavía puedo verte mañana?

—Sabes que sí.

—Estaré con tu padre a primera hora. Será mejor que se lo diga.

—El problema no es mi padre —aclaró ella, apenas consciente de sus palabras.

Luke sonrió.

—Pasaré a buscarte. No más sobornos al criado.

—¿Para tomar un café?

—No, no para tomar un café.

—¿Para qué, entonces?

—¿Importa? —replicó él, con sus labios casi rozándole la boca.

—No, supongo que no.

Sus ojos se fundieron en los de ella.

Maddy no estaba segura de que respiraba.

—Maddy. —La voz de Peter llegó desde la terraza y la sobresaltó—. Es hora de irnos.

Ninguno de los dos se movió por un segundo. Luego Luke dejó caer la cabeza, levantó la vista hacia ella y soltó una risita corta y silenciosa. Maddy sonrió, ahora cohibida por lo que había estado a punto de ocurrir.

—Maddy —repitió Peter—. Si tu padre me despide exigiré una indemnización.

Luke se puso de pie con un suspiro renuente. Le ofreció la mano. Ella la tomó y sintió la tibieza de sus dedos (que se cerraban alrededor de los suyos) a través del guante.

La sensación persistió incluso después de haberse puesto de pie y de que él le hubiera soltado la mano.

—Madeline. Madeline Bright. Realmente no quiero tener que ir a buscarte. Está *oscuro*.

Luke le sonrió.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —repitió ella.

No faltaba tanto.

CAPÍTULO OCHO

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, 1916

Dormía envuelto en el sueño pesado de la noche profunda. Estaba fuera, en medio de una extensión oscura de césped. Ella también estaba allí y se alejaba. Él observaba sus pasos, tan lentos como en el aire. Creía que estaba sonriendo. Ella llevaba un vestido oscuro; vio la espalda baja, escotada, y el dobladillo que acariciaba la hierba. Los rizos rubios, plateados en la noche, caían desde la cinta en su cabello y le rozaban el cuello.

"Por fin". La voz de un hombre surgió en la noche. Era familiar, agradablemente familiar. "Diana se está dando un festín".

Abrió los ojos de golpe. Despierto.

Estudió las cornisas sombrías del techo; respiraba con una rapidez que daba náuseas. "¿Dónde estoy?".

"¿Quién soy?".

Le llevó menos de un segundo recordar que no sabía quién era. A continuación, mientras el resto le venía a la mente… cómo había despertado, perdido en un bosque silencioso, sin chaqueta, sin placa de identificación, el caótico traslado al puesto de evacuación de heridos y de ahí a Dieppe; el viaje helado a través del Canal hasta el pabellón en Londres, el hospital en el que estaba ahora… golpeó el colchón empapado de sudor con los puños y gritó con furia porque era eso o llorar.

¿Quién era Diana? "¿Quién?".

Tomó su diario con dificultad y apuntó el nombre antes de que pudiera desaparecer como la mujer en sus sueños.

No volvió a dormir esa noche, ni siquiera lo intentó y no porque no estuviera cansado. Seguía agotado todo el tiempo pero nunca había logrado

retomar el mismo sueño y no era capaz de afrontar la decepción de su propio fracaso. Deseaba demasiado volver al lugar donde había estado. De modo que se levantó, encendió una lámpara de aceite, leyó las anotaciones sin sentido en su diario y luego lo apartó porque la desesperanza siempre parecía más profunda en la oscuridad previa al amanecer.

Para cuando la hermana Emma Lytton apareció en su puerta, con la inevitable taza de chocolate en la mano, él ya estaba vestido, había abierto las gruesas cortinas de brocado de su ventana y había hecho la cama. Nunca dejaba de desconcertarlo el hecho de que supiera hacer esas cosas y, sin embargo, no pudiera recordar quién se las había enseñado. Estaba seguro de que una madre, su madre; se había obligado muchas veces a recordarla; se preguntaba si ella y su padre seguirían vivos. Sentía que sí, no sabía por qué. Suponía que lo creían muerto. ("¿Qué te hace sentir eso?", había preguntado Arnold. "Me produce mucho odio", había respondido, atravesado por ese dolor tan innecesario. "Me genera tanto odio que no lo puedo describir").

—Imagino que está listo para el desayuno, oficial Jones —anunció la hermana Lytton—. Vi su luz encendida a las cuatro.

Él no le preguntó qué hacía ella levantada tan temprano. Arnold le había contado sobre su prometido muerto y su hermano. ("Otra alma herida", había comentado el médico). Ella misma había admitido que le costaba dormir.

—Tampoco me quejo, por supuesto.

—Nada se lo impide —había respondido Jones.

Ella se había reído, como si él hubiera hecho una broma.

—Oh, oficial Jones —exclamó ahora—, ha vuelto a hacer la cama. —Como cada mañana, le lanzó una mirada de desaliento.

—Si sigue haciendo eso —interpuso la asistente voluntaria junto a ella (le había dicho a Jones que la llamara Poppy)—, no tendré ninguna excusa para venir a verlo. —Frunció los labios en una sonrisa sugestiva—. ¿Qué será de nosotros entonces?

No era la primera vez que Jones oía la broma. A veces se preguntaba si sería uno de los trucos de Arnold, pedir al personal que repitiera las cosas una y otra vez. El gesto de desaprobación de la hermana Lytton hacia Poppy no se hizo esperar. Incluso él desempeñó su papel y se disculpó con Poppy por la cama.

—Lo perdonaré, oficial Jones —respondió ella con otra sonrisa.

Él no le devolvió la sonrisa. Nunca lo hacía.

Se puso de pie para bajar las escaleras con la hermana Lytton. Dejó el diario sobre la cama y apenas notó la forma en que Poppy lo siguió con la mirada, con la sonrisa cada vez más marcada.

El comedor estaba lleno cuando él y la hermana Lytton llegaron. No ruidoso, porque en realidad nadie hablaba (se podía oír cada mordisco de tostada, cada tintineo de taza y cada terrón de azúcar que caía en el té), pero sí lleno. Otras enfermeras estaban allí supervisando la actividad; todo era supervisado, y la mayoría de los lugares alrededor de la mesa de caoba estaban ocupados por otros pacientes, compañeros de Jones, encorvados y pálidos, todos vestidos con el mismo uniforme azul rígido que llevaba él.

Al ver un asiento libre junto al capitán que había visto en la sala el día que llegó al hospital (el que llevaba una máscara sobre el rostro destrozado) se encaminó hacia allí. Tomó asiento y se preparó para la presentación balbuciente. El capitán olvidaba lo ocurrido en el mismo instante en que sucedía, a diferencia de él. Jones había estado con él doscientas tres veces; había registrado cada ocasión en su diario. La hermana Lytton le había contado, en uno de los paseos que solían dar juntos ("La soledad no es amiga de nadie"), que se aseguraba de estar siempre al lado del capitán cuando él despertaba por la mañana, lista para informarle dónde estaba antes de que lo invadiera el pánico y empezara a gritar. Tenía una esposa en algún lugar, pero nunca lo visitaba, solo su madre. Temblaba un poco menos cuando estaba con ella.

Eso sí, era horrible cómo lloraba cuando se iba.

—Hola —lo saludó Jones ahora.

—B-b… d-d-d...

—Buen día.

—Yo… yo…

—Creo que no nos conocemos —se apresuró a decir Jones para evitarle el suplicio de intentar pronunciar las palabras. Se movió un poco en el asiento cuando la hermana Lytton se inclinó entre ambos y estiró el brazo hacia las fuentes plateadas, despidiendo un aroma a almidón, agua de lavanda y jabón carbólico. La enfermera tomó el tocino y las tostadas del capitán y se las colocó con optimismo en el plato, a pesar de que sus temblores eran tan intensos que le costaba mucho cortar la comida.

Jones rechazó el ofrecimiento de servirle y en cuanto ella se fue, con la cofia que se balanceaba en su cabeza mientras recorría la mesa y chequeaba qué comía o dejaba de comer cada uno, tomó el plato de su compañero, esbozó una sonrisa forzada en respuesta a su agradecimiento entrecortado ("H-hoy s-s-soy un de-de-desastre"), le cortó el tocino, untó la tostada con mantequilla y luego la dividió en bocados pequeños. Miró a través de la ventana del comedor mientras lo hacía. El invierno había pasado, la primavera también. El césped del jardín había crecido, húmedo por la llovizna de verano que había estado cayendo desde el amanecer.

Deslizó el plato de nuevo ante el capitán. Tomó sus dedos fríos con mucho cuidado —notó la piel seca, los huesos— y los colocó alrededor del tenedor; luego le acomodó un poco la máscara para que la comida pudiera llegarle a la boca.

—Ahí tienes. Ahora estás bien. —No sabía por qué siempre decía eso.

Ninguno de ellos lo estaba.

—Pero él nunca mejorará si lo sigues ayudando —lo regañó Arnold ese mismo día cuando se sentaron en el huerto.

Ese rincón pequeño y salvaje del predio era el lugar favorito de Jones. A diferencia de los jardines prolijos y bien cortados del hospital, el césped estaba descuidado, mezclado con tierra, cubierto de hojas y manzanas caídas. Los árboles estaban cargados de más manzanas, de peras y los setos rebosaban de moras verdes y púrpuras. Había un arroyo diminuto, más bien un hilo, pero Jones adoraba su sonido, la sensación de su presencia: al igual que aquella voz en su sueño, el agua le resultaba familiar, reconfortante.

La lluvia había comenzado de nuevo. Salpicaba su uniforme azul de lana, la chaqueta de *tweed* y las gafas de Arnold. Era tan ligera, tan fina, que Jones sentía como si la estuviera respirando. Echó la cabeza hacia atrás y levantó el rostro hacia el cielo blanco de verano y el fresco roce de la humedad en su piel.

—Casi no parece lluvia, ¿verdad? —comentó Arnold.

—Así es —convino Jones y sintió la extrañísima compulsión de compararla con otra cosa, solo que no sabía con qué. Frunció el ceño e intentó pensar. Le dolió la cabeza al hacerlo y no sirvió de nada. Pero antes de que pudiera desahogar su frustración, oyó un sonido grave en el cielo. No era un trueno. Arnold, que en el último tiempo había empezado a hablarle

de Francia y de Flandes ("Puedes manejarlo, y estoy seguro de que un día de estos daré con una palabra o un nombre que signifique algo para ti"), le había dicho que el ruido provenía de los cañones pesados en el Somme, de la batalla que llevaba librándose allí desde el primero de julio y que ya se había cobrado demasiadas vidas.

Jones cerró los ojos y escuchó el bombardeo, pensando en las trincheras que no podía recordar, con la esperanza de que esa misma lluvia no estuviera cayendo allí. Imaginó ríos de barro, hombres y muchachos refugiándose debajo de trozos de lona y balas que silbaban al pasar, y sintió una opresión en el pecho de dolor, de ira.

Se lo contó a Arnold.

—No sé por qué me pasa eso —admitió.

—Es amor —precisó Arnold— por tus hombres.

—Pero no me acuerdo de ellos.

—No conscientemente. No.

—No, para nada —reiteró Jones.

Arnold permaneció callado.

Se hizo un breve silencio. Un pájaro saltó entre las manzanas caídas. El cielo siguió retumbando. "Obuses", pensó Jones, y no pudo recordar si había sido Arnold quien le había dicho el nombre de ese tipo de proyectil.

—Las enfermeras se han encariñado contigo —aventuró Arnold, cambiando de tema—. En especial la hermana Lytton.

—Me parece que se encariña con todos sus pacientes
—replicó Jones.

—Me ha comentado que tú le recuerdas a su hermano menor.

—¿De verdad? —preguntó Jones, sorprendido y triste a la vez. No debía salir airoso en la comparación—. Ojalá aún lo tuviera.

—Así es —respondió Arnold—. Tiene demasiado buen corazón para haber perdido tanto.

—Sí —convino Jones y decidió ser más amable la próxima vez que ella le sugiriera dar un paseo.

—Y también está la voluntaria —agregó Arnold.

—¿La voluntaria? —repitió Jones.

—Mmm —musitó el médico—, la que parece que está siempre al borde de hacer una travesura.

—¿Poppy?

—Sí, Poppy. Es muy bonita. Me recuerda a una chica de pueblo.

—No estoy seguro de que ella sea tan inocente —deslizó Jones.

—¿Te parece bonita? —inquirió Arnold. Su tono era demasiado despreocupado. Estaba indagando.

Jones lo miró de reojo, curioso por saber adónde quería llegar. Siempre tenía un propósito.

—La verdad, no lo había pensado.

—¿No?

—No —contestó con sinceridad.

—Te puedo asegurar que es inusualmente bonita.

—Bueno entonces —concedió Jones, sin saber qué más decir.

—Pero tú no piensas en ella de esa manera —sugirió Arnold.

No era una pregunta, pero Jones la respondió de todos modos.

—No —aseveró y volvió a ver el vestido negro, los rizos rubios—. No.

—Debes de haberte cruzado ya con muchas enfermeras —insistió Arnold.

—Sí.

—¿Y nunca te has sentido… tentado?

—Ni una sola vez.

—Ahí lo tienes entonces —concluyó Arnold, que no había cambiado de tema en absoluto—. Amor.

—Amor —repitió Jones.

—Sí. —Los ojos de Arnold brillaban detrás de las gafas—. Recuerdas muchas cosas, muchacho. Solo tenemos que descubrir dónde se esconde todo.

CAPÍTULO NUEVE

Bombay, primavera de 1914

A la mañana siguiente después de esa primera noche con Luke, Maddy se despertó tarde. Sin poder asimilar todavía que por fin hubiera sucedido, sonrió contra la almohada mientras revivía todo una y otra vez: la forma en que él la había mirado, frente a ella en la oscuridad, aquel casi beso... "No siento que te haya conocido hace solo un momento", mordiéndose el labio de emoción porque volverían a verse en apenas un par de horas, sin poder terminar de asimilar eso tampoco.

Supuso que su padre ya estaría en la oficina a juzgar por el silencio que reinaba en la casa, quizás con Luke en ese mismo momento. No haría falta que Luke le anticipara que pasaría a recogerla, Maddy ya lo había hecho. Richard todavía estaba despierto cuando ella había regresado a la casa, ya pasada la medianoche, y la esperaba en el porche delantero con la bata puesta y a pesar del cansancio que había manifestado. "Quería asegurarme de que realmente estuvieras bien". Su padre se lo había tomado tan bien como ella había esperado cuando le contó que saldría con Luke; se sorprendió pero no de mala manera y comentó que le había parecido un buen tipo esa tarde.

—Sí —había respondido entonces ella—, es una muy buena persona.

Richard había sonreído con cansancio.

—Peter le tiene en gran estima —añadió y tomó su vela—. ¿Me equivoco al suponer que no quieres llevar a tu madre de acompañante?

—No, no te equivocas.

—Mmm —había murmurado Richard, con otra sonrisa—. No estoy seguro de qué opinará ella al respecto.

Maddy tampoco lo estaba.

Se giró en la almohada, miró de soslayo la piedra pintada en la mesita de

noche y su ánimo decayó, aunque solo un poco, ante la perspectiva de bajar las escaleras y enterarse. A pesar del reciente cambio de actitud de Alice, Maddy no tenía ganas de hablar con ella sobre Luke. Podría haberlo hecho la noche anterior —había visto la luz encendida en su ventana, o sea que había sabido que también estaba despierta—, pero después de que Della la había obligado a hablar durante todo el trayecto a la casa ("Ni se te ocurra decirme que estás demasiado cansada", le había advertido. "Quiero saberlo *todo*". "Dios mío", se había quejado Peter. "¿Es necesario?"), la tentación de desaparecer en su dormitorio y estar a solas con sus pensamientos descontrolados había sido demasiado fuerte para resistir. Además, no dejaba de ser su madre; salvo por ese único interludio de la sesión de pintura en el jardín, Maddy no podía recordar la última vez que habían hablado sobre algo más personal que el calor.

Sin embargo, como no había manera de evitarlo, se levantó, demasiado deprisa, y sintió que la habitación cálida giraba a su alrededor. Tomó conciencia de lo poco que faltaba al ver la hora ("hasta mañana") y se acercó al armario, impaciente ahora por vestirse y quitarse de encima la inevitable conversación con Alice.

Después de media hora que dedicó a bañarse, ponerse las medias sobre las piernas húmedas (nunca es fácil), sujetarse el cabello y abrocharse un vestido blanco de encaje (¿le gustaría a Luke? No lo sabía, y no tenía *forma* de saberlo), encontró a Alice bordando a la sombra del porche. Ya habían retirado el desayuno y solo quedaba un plato para Maddy debajo de una red para moscas. (Se preguntó si significaría que el cocinero aún estaba en buenos términos con ella).

Se quedó de pie, incómoda, sin entender por qué estaba pensando en el cocinero, y escuchó mientras Alice comentaba con rigidez cuánto le había sorprendido enterarse de que Maddy había conocido a alguien.

—¿Te lo contó papá? —preguntó ella, aunque era más que evidente.

—Sí —respondió Alice—. Me dijo que es amigo de Peter.

Maddy se preguntó qué más le habría dicho Richard por su tono cortante y si le habría advertido que no se pusiera difícil y dejara que Maddy saliera sin ella. Alice clavaba y sacaba la aguja en la tela con expresión inescrutable y movimientos tensos, en una acertada actuación de alguien a quien se le ha pedido que no arme alboroto.

¿Había algo más que el hecho de que Maddy se negara a que ella la

acompañara? No lo creía. Tampoco preguntó. Sospechaba que tenía que ver con que saliera con cualquier otro que no fuera Guy, pero prefería no confirmarlo. Había estado esforzándose mucho por ignorar sus dudas crecientes sobre lo que su madre había empezado a esperar en ese sentido. Del mismo modo que prefería no ahondar en la posibilidad de que Guy realmente hubiera llegado a pensar en sí mismo como algo más que un tío (todas esas botellas de agua hervida).

Y ahora Alice estaba hablando de nuevo: le gustaría que Maddy reconsiderara sus planes para la tarde, se quedara en casa y que Luke tomara el té allí.

Maddy le aseguró que no tenía intención de reconsiderar nada.

—No puedes andar por ahí como si no fuéramos nadie en esta ciudad —soltó Alice—. Piensa en tu padre y en su posición.

—No pareció preocupado, la verdad —replicó Maddy.

—La gente hablará —le advirtió Alice.

—La gente siempre habla —replicó Maddy, ya acostumbrada a eso. (Gracias, tío Fitz).

Alice frunció el ceño, como si también estuviera pensando en él. No lo dijo, por supuesto. Nunca hablaba de él, ni de Edie.

Se limitó a cortar el hilo con brusquedad, dobló el bordado y se puso de pie.

—Me duele la cabeza —precisó—. Me voy a descansar. No voy a bajar cuando él venga.

—¿Qué? —Maddy la miró con estupor. No había esperado esto—. ¿Ni siquiera vas a conocerlo?

—Está claro que quieres estar a solas con él.

—Pero… —comenzó Maddy y luego se interrumpió.

¿Quería estar a solas con él?

Parte de ella lo quería. Pero otra parte, increíblemente más grande, prefería que su madre saludara a Luke cuando llegara y hasta que le sonriera. Como había sonreído la otra tarde pintando en el jardín.

De hecho, le dolía que ni siquiera fuera a intentarlo.

Alice se dio la vuelta antes de que pudiera decir nada, le dijo que se asegurara de comer algo antes de irse y se marchó.

Boquiabierta, Maddy la observó alejarse, demasiado desconcertada por la

rapidez de lo sucedido como para llamarla. Cuando se dio cuenta de que quería hacerlo ya era demasiado tarde.

Se dejó caer en la silla más cercana. ¿Qué acababa de pasar? No tenía ni idea. Ni tampoco entendía por qué se sentía tan desanimada. ¿De verdad había sido tan tonta como para esperar que Alice sintiera curiosidad por Luke, que quisiera saber quién era, de dónde venía? ¿Que se alegrara de que ella, Maddy, estuviera feliz?

Suspiró por sí misma en realidad porque había sido una tonta, cuando ya debería haber aprendido la lección. Estiró la mano, levantó la red de la bandeja de fruta y pan, pero la dejó caer sin tomar nada. No podía comer bocado.

Trató de apartar a Alice de su mente, "no dejes que te arruine esto", se reclinó y miró a través de la puerta hacia el reloj en la sala. Menos de una hora. Respiró con nerviosismo y se imaginó a Luke en una de las elegantes salas de reuniones de su padre, muy apuesto con camisa y chaleco, y conversando de esas cosas clasificadas (preparar al ejército indio para una guerra si llegara a producirse; Peter se lo había contado de camino a casa); lo vio abandonar la oficina, bajar corriendo los imponentes escalones del frente, salir a la calle caótica, subir a un coche oficial y ponerse en camino a verla. A *ella*.

Se puso de pie sin saber que lo haría y sin la menor idea de qué quería hacer. Pero no podía quedarse ahí sentada, con la mirada perdida en la comida intragable. De modo que envió una disculpa silenciosa al cocinero y volvió a entrar en la casa.

Ya convertida en una experta en el arte de ocupar los minutos interminables, se dedicó a sus actividades habituales: un rato aburrido en el piano para llenar la casa sofocante con sus acordes torpes; luego al estudio para buscar, y después abandonar, una novela de las Brontë; de ahí subir a su habitación para acomodarse el cabello y, por fin, pasar por la habitación de Alice para escuchar detrás de la puerta silenciosa.

Con solo un cuarto de hora por delante, incapaz de soportar seguir dando vueltas sin sentido y de tratar de no mortificarse pensando en su madre, con el oído atento al sonido de un motor que parecía que nunca llegaría, se puso el sombrero, se calzó los guantes y se sentó en los escalones de terracota de la entrada.

Hacía calor, demasiado calor para estar afuera sin sombra. Los insectos

chillaban por todas partes. El largo sendero de entrada se extendía, borroso.

"¿Dónde estará ahora?", pensó, y al instante se sintió más nerviosa. Presionó el dorso de las manos contra sus mejillas calientes. "Tranquila", se dijo, "tranquila". Los pájaros picoteaban el césped con una indiferencia envidiable. Hasta los pobres pavos reales, hostigados junto a los frondosos hibiscos, parecían más relajados que ella.

Volvió a preguntarse adónde la llevaría.

Con el sudor que le perlaba la frente cerró los ojos para protegerse del resplandor, y deseó con todas sus fuerzas que llegara pronto. No estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar la espera.

Luke la vio, sentada en los escalones soleados con aire pensativo y su vestido blanco que reflejaba la luz, antes de que ella lo viera a él. Se detuvo junto a los portones, paralizado por la imagen y la extraña realidad de que ella, con las manos entrelazadas en el regazo —las manos que él había sostenido la noche anterior aunque por un instante breve— lo estuviera esperando a él. A *él*.

La impaciencia lo había consumido durante toda la mañana. Había estado sentado en la oficina de Richard con Ernest Aldyce, que no había parado de hablar y de argumentar por qué Luke no debía ser enviado a ningún lugar cercano a Europa bajo *ninguna* circunstancia, ya que era necesario en Bombay ("Se supone que deberíamos estar discutiendo los números actuales de las reservas", le había recordado Luke más de una vez) y durante todo ese tiempo no había podido dejar de imaginarla, de pensar en su voz, en su risa, en todas las innumerables cosas que aún no sabía de ella —lo que le gustaba, lo que no le gustaba, lo que leía, todo eso—, cada vez más desesperado por marcharse de una vez.

Al menos Richard había sido muy cordial, muy directo, y no había puesto ninguna objeción cuando Luke le había comentado dónde quería llevarla.

—Peter te tiene en alta estima —había contestado Richard— y está claro que mi hija piensa que eres buena gente. Eso es todo lo que necesito. Mientras ella esté contenta, yo también.

Había habido una ligereza en su voz; alivio, dedujo Luke. No le había sorprendido demasiado. Al fin y al cabo sabía por Peter que Richard estaba muy preocupado por el interés del mayor Guy Bowen en su hija. Peter se lo

había contado el día anterior cuando Luke le había preguntado por qué Fraser Keaton pensaba que Maddy se iba a casar con Guy.

—Tal vez porque Keaton todavía no ha aprendido a no creer todo lo que le dicen por aquí —había aventurado Peter y había advertido que Keaton debía tener cuidado de no repetir ese rumor delante de Richard—. Alice no dejó de escribirle mientras estábamos afuera y le había contado todos esos paseos que Guy ha estado haciendo con Maddy.

—¿No lo aprueba? —había querido saber Luke, sin aprobarlo mucho él mismo.

—No le parece adecuado para Maddy —había explicado Peter.

Luke no lo había presionado. No había querido hablar de Guy Bowen ni de lo que era adecuado o no lo era.

No quería pensar en él ahora, de pie al inicio del sendero de entrada de la casa de Maddy, mirándola, ajena a todo, bajo el sol.

Aún no se había movido.

Entonces se dio cuenta de que estaba esperando, igual que había esperado en el bazar el día anterior, a que ella levantara la vista y lo viera.

Esta vez lo hizo.

La vio sonreír desde la distancia.

Su sonrisa le provocó algo.

Sin contenerse (ya no) echó a andar más rápido, acortando la distancia, sin entender, ahora que iba hacia ella, cómo había podido esperar tanto tiempo.

Maddy se puso de pie cuando él se acercó, se alisó la falda con manos temblorosas y lo estudió: era la primera vez que lo veía a plena luz del día. Llevaba un traje gris, con la chaqueta abierta y el botón superior de la camisa desabrochado. El cabello ondulado debajo del sombrero panamá era más oscuro de lo que había imaginado; su piel, más clara: un bronceado leve, no el tostado profundo de tantos por allí. Su rostro, sin embargo, era el mismo, exactamente el mismo.

"Tranquila", se dijo a sí misma, "mantén la calma".

No estaba nada tranquila. Lo notó en su propia voz tensa cuando lo saludó.

La de él, en respuesta, grave y cálida, resonó en el aire dorado y pegajoso.

—Quería traerte flores —dijo cuando se detuvo—. Pero habría llegado tarde.

—Entonces me alegro de que no las hayas traído —respondió ella.

Luke sonrió y se le formaron pequeñas arrugas alrededor de los ojos. La sonrisa le provocó algo. Maddy sintió que se relajaba un poco. Apenas un poco.

—¿Vamos a entrar? —preguntó él y miró hacia la casa.

—Solo si tú quieres —sugirió ella y pensó de nuevo en su madre; la había olvidado por un segundo.

—No es necesario —aseguró él y Maddy recordó lo que le había dicho la noche anterior, "El problema no es mi padre", y se preguntó si él también estaría pensando en Alice.

Si era así, no lo dijo.

Le preguntó si estaba lista para irse.

—Creo que sí. Aunque todavía no sé dónde vamos.

—Vamos a averiguarlo, ¿te parece?

No había ningún vehículo esperándolos en la carretera. Tampoco ningún *rickshaw* ni carruaje. Luke no se detuvo en la carretera sino que prosiguió hacia adelante, en dirección a los árboles tupidos al otro lado, y apartó una rama para que ella pudiera pasar por debajo y adentrarse en la vegetación.

Maddy vaciló con el ceño fruncido; una combinación de media sonrisa y medio gesto de desconcierto.

—¿*Dónde* vamos? —insistió.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió él.

Ella miró un momento más y, luego, más intrigada que nunca, se inclinó y hundió los pies en la gruesa capa de hojas.

La oscuridad era intensa debajo de las copas de los árboles. Las ramas ocultaban la luz; el aire olía a verde, a calor y tierra húmeda, con un ligero toque salado procedente del mar debajo. Luke continuó avanzando y Maddy lo siguió, casi sin aliento, mientras bajaban la escarpada pendiente hacia la playa.

—Puede haber serpientes —aventuró.

—Sí —convino él y sonrió por encima del hombro—, será mejor que nos demos prisa.

No había nadie más allí; los únicos sonidos eran el de sus zapatos que se deslizaban sobre la tierra suelta, el canto de los pájaros y sus voces mientras ella le preguntaba por su mañana y por si tenía que volver al trabajo esa

tarde. Para su creciente deleite, él respondió que no, que no tenía que hacerlo.

—Peter me contó lo que estás haciendo aquí —precisó antes de resbalarse en un tramo empinado y evitar caer justo a tiempo.

Luke la sujetó del codo con firmeza y el brazo de ella se tensó.

—Pues ahora ya lo sabes —comentó, sin soltarla—. Como te dije, nada interesante.

—Eso es cuestión de opinión —replicó ella.

—No pensarías lo mismo si hubieras pasado la mañana con Aldyce. —Apartó otra rama.

—Paso suficiente tiempo con Diana —afirmó ella.

Luke se rio. A ella le gustaba mucho su risa.

Ya casi estaban en la playa. El suave murmullo del agua llegaba desde la orilla. Maddy se inclinó y examinó la arena a través del follaje frondoso.

—¿Vamos a hacer un pícnic? —preguntó cuando se le ocurrió la idea.

—Aquí no.

—¿En otro sitio entonces?

—Brillante deducción. —Luke cubrió la última parte de un salto y cayó en la playa.

Maddy saltó también dejando la sombra atrás y el resplandor del sol la obligó a entrecerrar los ojos. Se protegió los ojos con la mano y contempló el mar, de un azul intenso bajo la luz radiante, y luego la costa, hacia la ciudad, todavía intrigada por saber dónde pensaba llevarla.

—¿Vamos a ir nadando? —bromeó para disimular su desconcierto.

—¿Te parece bien? —contestó él, sonriendo y siguiéndole el juego.

Maddy sonrió a su vez.

—¿Es muy lejos donde vamos?

—No más de un par de kilómetros.

Esta vez ella rio.

—Sabía que te animarías. Pero, por si acaso, pedí prestado un bote. —Señaló hacia la arena, más allá de donde unos pescadores con pantalones cortos y camisas cubiertas de sal tendían sus redes al sol para que se secaran: un pequeño bote a vela se balanceaba, anclado, a unos metros de la orilla. *Bastantes* metros. Maddy estudió la distancia y luego bajó la vista con recelo hacia su falda, pensando en sus botas y en las medias que llevaba debajo.

Tardó un segundo en darse cuenta de que Luke la observaba, al parecer

haciendo un esfuerzo por contener otra sonrisa, como si estuviera pensando en lo mismo.

—No pongas esa cara. —Se sentó sobre las rocas, se quitó los zapatos y se remangó los pantalones—, no te vas a mojar mucho.

—¿Vas a traer el bote hasta la orilla? —preguntó ella y deseó que el rubor de sus mejillas desapareciera.

—No podríamos volver a empujarlo —explicó él.

—Pero... —empezó Maddy. Se interrumpió al ver que él se ponía de pie y comenzaba a caminar hacia el mar. Entonces comprendió lo que pretendía hacer.

—¿Vas a venir?

—Sí —dijo ella, recuperando la compostura—, claro.

Luke fue hasta el bote primero, dejó caer los zapatos y el sombrero adentro y luego se quitó la chaqueta y la arrojó adentro también. Maddy esperó al borde del agua mientras él se remangaba la camisa con la mirada fija en los puños y el sol delineaba su perfil oscuro. Luego él se volvió y ella tragó saliva y trató de relajarse mientras él caminaba a través del agua hacia ella.

—¿Lista Maddy?

Era la primera vez que la había llamado así. Fue muy desconcertante. Antes de que ella pudiera responder o que el corazón tuviera la posibilidad de darle un brinco, Luke le rodeó la cintura con un brazo, deslizó el otro debajo de sus piernas y la levantó. Maddy se aferró a su cuello en forma instintiva y se tensó todavía más al sentir el contacto con su piel.

—¿Está caliente el agua? —preguntó Maddy, más por decir algo que por otra cosa.

—Está deliciosa —dijo él—. ¿No te has metido nunca?

—No.

—Tendremos que hacer algo al respecto.

Nunca pensó que se refería a *ese* momento. Luke la bajó un poco en el agua, ella soltó un chillido, y luego la levantó y la atrajo hacia él de nuevo, como si quisiera demostrarle que nunca la habría soltado. Mientras él seguía avanzando, con ella contra su pecho, Maddy recordó de pronto la sugerencia de su madre de que tomaran el té en la casa, incrédula una vez más ante la idea, la posibilidad de haberse perdido eso. Que los chismosos dijeran lo que quisieran. Lo único que le importaba era estar en brazos de Luke. Lo único

que quería era apoyar la cabeza contra él y sentir los latidos de su corazón. Era muy muy consciente de cuánto lo deseaba.

Llegaron al bote demasiado pronto. Luke la bajó y ella deseó que no lo hubiera hecho, pero luego no importó, porque él se subió a su lado, le preguntó si había navegado antes (no lo había hecho) y le dijo que considerara eso como su primera lección. Le enseñó cómo desplegar la vela y atar la cuerda y le explicó algo sobre el viento y el timón que ella no entendió ("Olvídalo", se lamentó él, "¿en qué estás pensando?") y la hizo reír porque en lo único en que podía pensar era en él. Pero entonces se echó hacia atrás con una exclamación cuando él giró el timón (ah, así que eso era lo que había estado intentando explicarle) y la embarcación comenzó a deslizarse sobre el agua.

—Es divertido, ¿verdad? —gritó Luke por encima del viento y la espuma.

—Sí —gritó ella también, con el aire caliente que le golpeaba la cara y le entraba en los ojos—. Sí.

El sombrero de Maddy salió volando y, aunque quiso atraparlo, acabó flotando en el agua, mucho más despacio que ellos, hacia arriba y hacia abajo, perdiéndose en el mar. Se inclinó sobre la borda, escrutó el azul profundo y los cientos de peces que nadaban bajo la superficie como si compitieran con ellos. Levantó la vista hacia la sonrisa de Luke y su camisa inflada por el viento y, sujetándose el cabello, dirigió el rostro hacia el cielo implacable.

—Te vas a quemar —le advirtió él.

—No me importa —gritó ella.

—Toma mi sombrero —le ofreció.

Maddy sacudió la cabeza.

—Nunca puedo permitirme no usar sombrero.

Costearon la orilla. La ciudad se extendía a la izquierda, ese otro mundo de calor y bullicio, alcantarillas y suciedad. A la derecha, en el horizonte brumoso, la silueta de un transatlántico de la P&O surcaba las aguas con languidez rumbo a Inglaterra. Maddy advirtió la forma en que Luke lo miró, con una seriedad repentina, y pensó que quizás estaba recordando su propio viaje de regreso a casa. Si era así, no quería saberlo. No quería que *ese* viaje terminara nunca. Estaba feliz de que la hubiera llevado allí, de que no estuvieran sentados en la parte trasera de un coche oficial asfixiante atrapados en el tráfico de Bombay.

Supuso que la llevaría a almorzar al Club Náutico o al hotel Taj, ambos estaban junto al mar; pero dejaron atrás las grandes cúpulas del hotel, las mesas del Sea Lounge a la orilla del mar, el tejado rojo y las paredes amarillas del club, las escaleras en las que ella se había sentado en Año Nuevo y Luke nunca desvió el rumbo.

Cuando ya había perdido la esperanza de saber a dónde se dirigían, él le pidió que bajara la cabeza, cambió la vela y los llevó hacia tierra firme, en dirección a un tramo extenso de playa. La arena estaba abarrotada de gente desde la orilla hasta la carretera, se alcanzaban a oír el murmullo de voces a pesar de la distancia, la música del sitar que flotaba en el aire y el ritmo constante de los tambores callejeros. A medida que se acercaban, entre el mosaico de saris y túnicas, distinguió mantas cubiertas de joyas, incienso perfumado, adornos, alfombras y telas. Era un mercado pero distinto de cualquiera que ella hubiera visto antes. El humo se elevaba de los braseros de carbón de los vendedores: verduras y queso *paneer* a la parrilla, grasa que chisporroteaba. Los botes se apretujaban en el agua poco profunda, rebosantes de verduras, sacos de arroz, manojos enormes de cilantro y hojas de curri, bañados por el sol.

Maddy se volvió y al toparse con la mirada sonriente de Luke sonrió también, porque era evidente que él la había estado observando, esperando a que ella hablara.

—Esto no está en tu guía —precisó.

—Quería llevarte a un lugar nuevo. Y además tenemos que comprarle el regalo a tu tía.

—Es increíble —exclamó ella y observó a su alrededor una vez más, asombrada, ahora que estaban allí, de haber siquiera pensado que podrían ir al Taj. Se imaginó los coches y los carruajes alineados en la entrada, el comedor formal en el interior, los *punkahwallahs* inexpresivos, el aire caliente y viciado, el tintineo de la vajilla y las risitas educadas, y no pudo sentir más que una pena inmensa por todos los que estaban allí.

El sentimiento fue en aumento a medida que avanzaba la tarde. Bajaron a tierra y se detuvieron en los puestos para comprar un chal de lana para Edie y luego unos kebabs envueltos en *naan,* que comieron en un muelle de madera mientras los vendedores se acercaban por el agua poco profunda y les rogaban que se acercaran, miraran y compraran, compraran.

"Después", decían ambos, "después".

Hablaron muchísimo, las palabras fluían con total naturalidad y libertad, igual que la noche anterior. En respuesta a la curiosidad de Maddy, Luke le contó más sobre cómo él y Peter se habían hecho amigos y que solían jugar polo juntos.

—¿Peter juega al polo? —preguntó ella.

—Juega un polo versión Peter —precisó Luke—, que si aún no ha sido prohibida debería serlo.

Le describió su casa en Richmond y su tono se volvió nostálgico al hablar de la paz que se respiraba allí, a pesar de estar tan cerca de Londres, de cómo el Támesis corría por el fondo del jardín, del bote que tenía y en el que salía siempre que podía.

—Por eso sabes navegar tan bien.

—No, en realidad se lo debo a mi padre. Crecí en
Sandbanks y él solía llevarme con él al Solent. Todavía lo hace cuando voy a visitarlo.

Maddy sonrió y disfrutó de la imagen de él con una versión mayor de sí mismo, enfundados en jerséis de lana gruesos, en el mar frío y encrespado.

Terminaron los kebabs y fueron a comprar *kulfi*. Ella no mencionó que Guy le había advertido que no comiera helado. De hecho ni siquiera pensó en Guy. Habló más sobre el pequeño pueblo de Oxfordshire en el que había crecido, de las vacaciones en los Lagos, de sus años en Somerville, las manifestaciones en Londres.

—¿Alguna vez te arrestaron? —quiso saber él.

—No.

—Trata de no sonar tan decepcionada.

Una hora dio paso a otra, y a otra; el calor intenso fue cediendo, suavizándose, hasta que, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que estaba pasando, la multitud empezó a dispersarse, las aguas a vaciarse y los botes, ya cargados, levantaban sus anclas para regresar a casa.

Luke inclinó la cabeza hacia atrás y sus rizos castaños rozaron el cuello de su camisa cuando levantó la vista hacia el cielo, que ya estaba oscureciendo. Luego volvió la mirada hacia el sol poniente, que teñía de sangre el horizonte, y entornó los ojos con la misma renuencia que sentía Maddy.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó ella.

—Le prometí a tu padre que volveríamos antes del anochecer. No parecía tener mucha fe en mi capacidad para navegar en la oscuridad.

—¿No?

—No.

—Siempre preocupándose por todo.

Luke sonrió.

—Espera aquí —dijo—, iré a buscar el bote.

El viaje de regreso, ya entrado el crepúsculo, fue, si cabía, aún más hermoso que el de ida y también más lento. El viento había cambiado de dirección y el mar estaba más tranquilo, casi negro; la brisa hinchaba la vela lo necesario para impulsarlos con suavidad. Se sentaron uno al lado del otro. Luke le enseñó a manejar el timón, guiando su mano con la de él. Maddy bajó la mirada a los dedos; los de ella, pálidos; los de él, oscuros, y se sorprendió al recordar los nervios y la timidez que había sentido antes, tan ajenos ahora que casi no los reconocía como propios. Las luces de la ciudad se encendieron una a una, iluminando la costa. Maddy apoyó la cabeza en el hombro de Luke y respiró el rastro de carbón de la playa en su camisa, el olor a jabón y a calor. Cerró los ojos y disfrutó de la brisa tibia sobre su rostro quemado por el sol y de la inmensidad del mar que los rodeaba.

Las estrellas ya habían salido cuando llegaron a la playa. Los pescadores se habían ido a casa. Luke echó el ancla, saltó al mar, se giró y tiró del barco hacia él.

Maddy le apoyó las manos en los hombros y él le rodeó la cintura.

Ella bajó la mirada y su cabello suelto cayó hacia adelante.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por este día.

—¿Sabías que lo planeé solo como una excusa para tenerte en mis brazos?

—Me lo imaginaba —replicó ella.

Despacio, muy consciente de cada latido en su pecho, se inclinó hacia él.

Peter no apareció para interrumpirlos esta vez. Estaban solos.

Maddy creía saber lo que iba a pasar. Al fin y al cabo, no era su primer beso. Había habido muchachos en Oxford; unos pocos momentos robados en pasillos oscuros durante bailes y fiestas universitarias.

Pero habían sido diferentes.

Eso era diferente.

Los labios de Luke rozaron los de ella, luego otra vez y Maddy se sintió caer del bote en sus brazos con un abandono que la sorprendió. No se lo

cuestionó. Él la besó más y la atrajo hacia sí, y ella ya no pensó en nada más. Se aferró a él, apretada contra el cuerpo firme que la sostenía, y el beso se prolongó dulce e interminable.

Lo único que Maddy quería era ser completamente feliz. Y casi lo era. Pero cuando se separaron y apoyó la frente contra la de él, con la falda en el agua poco profunda, vio la manera en que él la miraba, el movimiento de sus pensamientos detrás de su mirada oscura, y de repente recordó cómo él había mirado partir el transatlántico de la P&O un rato antes, solo que esta vez era imposible no pensar en su partida. Esta vez, con los ojos en los de él, se sorprendió pensando en qué lo habría traído a la India en primer lugar —esa guerra que ella quería creer que nunca llegaría, aunque había leído demasiados artículos sobre la carrera armamentística en Europa y sobre las tierras que todos querían arrebatarse unos a otros— y sintió que su antiguo temor resurgía: que esa felicidad, tan inesperada, tan irreal, no duraría; una sombra se cernía sobre ese día perfecto. "No te fíes".

Luke la estrechó más fuerte, como si adivinara algo de lo que ella estaba pensando.

Pero no le preguntó nada. Del mismo modo que ella no le había preguntado nada a él cuando habían visto desaparecer el transatlántico.

Luke la volvió a besar y Maddy intentó soltar su miedo.

¿Qué sentido tenía aferrarse a él?

Allí, en la oscuridad cada vez más densa, envueltos por el mar ondulante y el silencio más absoluto, aislados del mundo, se dijo a sí misma que no tenía sentido, ningún sentido en absoluto.

"Todo va a estar bien".

CAPÍTULO DIEZ

"Todo va a estar bien".

Alice se lo repitió a sí misma mientras esperaba junto a la ventana del salón, mirando preocupada a su hija y a Luke, quienes, apenas visibles en la noche, atravesaban los portones y avanzaban por el sendero hacia la casa. Apoyó los dedos en el cristal y observó la lentitud con la que caminaban de la mano, con las cabezas inclinadas el uno hacia el otro, tan indiferentes a todo lo que los rodeaba que, a pesar de sus reservas (que eran muchas), sintió una punzada en el corazón y esbozó una sonrisa triste: en parte por el recuerdo de lo que se sentía caminar así con un hombre joven; en parte por la pena ya que nunca había visto tan feliz a su hija desde que había llegado a la India; en parte por el miedo a que Luke se marchara (Richard había dicho que le quedaba menos de una semana en el país), lo que obligaría a Madeline a seguirlo o la haría sufrir muchísimo.

Presionó la mano con más fuerza contra el cristal tibio y frunció el ceño al darse cuenta de que Madeline no llevaba sombrero. Sus rizos rubios despeinados le caían por la espalda. Había estado navegando, por supuesto; Richard le había contado eso también cuando había llegado de la oficina hacía una hora. Alice se había enojado mucho con él por no haber intentado detenerla.

—¿Nuestra hija ha salido en un bote? —había espetado—. ¿Todo el día?

—Hay cosas peores Alice.

—¿Ah, sí? ¿De verdad tengo que recordarte lo que dirá la gente?

—¿A quién le importa? —había respondido él mientras servía dos copas de brandi—. Que hablen. ¿Qué más da?

—Importa —había replicado su esposa—, más allá de que esté bien o mal.

—Tu hija es una mujer adulta te guste o no.

—Quizás me gustaría mucho más si no me hubieran robado su infancia...

—No —la interrumpió él—. *No* voy a entrar en eso otra vez.

Richard se había girado y había subido las escaleras sin tocar el brandi. Las copas de cristal tallado seguían sobre el aparador; una mosca había caído en

una de ellas y se había ahogado en el alcohol (parecía un final bastante feliz… hay cosas peores). No había vuelto a ver a Richard, quería seguir enojada con él (era una batalla conocida) en especial ahora, al ver a su hija tan desaliñada. Y, sin embargo, mientras la observaba y la descubría feliz y bronceada por el sol, no conseguía estarlo. Imaginó a Madeline sobre las olas, con la cabeza echada hacia atrás y esa risa burbujeante que Alice había temido olvidar cada día de los últimos quince años, y no pudo evitar otra sonrisa.

—¿Estás lista?

La voz de Richard quebró el silencio húmedo y la sobresaltó. Estaba de pie en el umbral de la puerta, con frac negro y corbata blanca. Por la expresión suave en su rostro curtido, ella se dio cuenta de que había captado su sonrisa.

—¿Ya me diriges la palabra de nuevo? —lo provocó.

—Nunca te retiro la palabra, Alice.

Cruzó el salón y le rodeó la cintura con los brazos. Alice se puso tensa pero no se apartó. Por muy resentida que estuviera con él, en realidad nunca quería hacerlo.

—Como te digo siempre —añadió—, Guy no es el hombre adecuado para ella.

—Es el hombre *perfecto* para ella.

—No. Es alguien que nunca se va a marchar y no es lo mismo.

—Él la cuidaría, Richard, sabes que lo haría.

—Tiene un padre y una madre perfectamente capaces.

—No creo que Guy quiera ser padre.

—No estoy seguro de querer pensar en eso —contestó Richard.

Alice suspiró.

—Tiene casi la misma edad que tú —agregó él—, casi veinte años más que Maddy.

—Tú eres casi veinte años mayor que yo —replicó ella y era cierto. Él tenía sesenta y ella cuarenta y cuatro. Se habían comprometido cuando ella tenía veintiún años y el corazón roto (gracias, Fitz; gracias, Edie). Richard había estado de permiso en Oxford, la había invitado a pasear junto al río, a tomar el té en las callejuelas empedradas y la había convencido de que todo volvería a estar bien. Se habían casado con rapidez; según él, le aterrorizaba que ella pudiera cambiar de opinión (cosa que ella nunca había tenido la

menor intención de hacer) y, para furia eterna de los padres de Alice, habían zarpado hacia Bombay ese mismo día. Madeline (un nombre que a Alice siempre le había encantado y que nunca había podido abreviar) había nacido diez meses después, el único de sus preciados bebés que había sobrevivido al embarazo; lo único que importaba desde su primer aliento—. ¿Me equivoqué al casarme contigo? —preguntó ahora a Richard.

—Fue lo más inteligente que has hecho en tu vida —sostuvo él—. Pero Maddy no es tú.

—Sería feliz con Guy —insistió ella—. Él la adora.

Richard guardó silencio.

Alice se volvió de nuevo hacia la ventana, ya estaban llegando a la casa. Estudió a Luke oculta por los postigos, no había podido hacerlo antes ese día cuando había intentado verlo desde su dormitorio. Era mucho más joven que Guy, tendría unos treinta años y por cierto era guapo, con el tipo de rostro que llamaba la atención. Eso, de por sí, no le preocupaba porque Guy también era apuesto aunque de una forma más refinada, más caballerosa. No, lo que la inquietaba era la calidez de ese desconocido, esa vitalidad casi… *magnética*, la forma en que miraba a Madeline, cómo ella lo miraba a él...

Una nueva punzada de temor la atravesó.

—No puedo perderla —dijo a su esposo—. No otra vez.

Richard no respondió que era demasiado pronto para preocuparse por eso. Tampoco insistió en que, llegado el caso, ella también podría ir a Inglaterra. Al fin y al cabo, él había estado con ella esa única vez que había regresado, ese verano horrible después de que él había llevado a Madeline antes.

—Deja de alejarla entonces —le advirtió. Ambos se giraron al oír pasos que llegaban al porche y atravesaban el pasillo de baldosas. Richard le apretó los hombros—. Invita a Luke a cenar —sugirió—. Inténtalo.

Alice asintió con lentitud y se tragó los nervios. Era extraño sentirse cohibida con su propia hija pero seguiría el consejo de Richard y, aunque esperaba que todo ese asunto terminara tan rápido como había comenzado (con el menor dolor posible), sabía que tenía que hacerlo. La otra noche en el jardín cuando había pintado la piedra… la sonrisa de Madeline había significado todo para ella. Desde entonces había estado espiando su dormitorio para comprobar que la piedra continuara en la mesita de noche.

Las dos habían progresado bastante, pero Alice lo había arruinado todo con ese dolor de cabeza fingido de antes. No podía arriesgarse a volver a hacerlo.

Tenía que intentarlo. *Tenía* que hacerlo.

"Todo va a estar bien".

Se volvió hacia la puerta y su mirada recorrió el rostro de Madeline cuando entró en el salón, radiante de alegría. "Parece que has tenido un día fantástico", quiso decirle.

No supo muy bien por qué, pero lo que salió de su boca fue:

—Parece que has perdido el sombrero.

—¿Alice se enojó? —preguntó Della a Maddy a la mañana siguiente.

Maddy había ido a visitarla (como le había prometido) a la casa de Peter: una pequeña mansión entre Malabar Hill y la ciudad. Estaban desayunando panecillos y miel en el diminuto jardín rodeado de árboles que por fortuna bloqueaban el sol ya caliente, aunque no el ruido del tráfico, las campanas del tranvía ni el denso murmullo de voces proveniente de las calles.

—¿Por lo del sombrero? —inquirió Maddy.

—Por lo que sea —respondió Della.

—Creo que más bien estaba decepcionada —precisó Maddy y tragó lo que tenía en la boca.

—Oh, no —exclamó Della—. Eso siempre es peor.

—Sí, ¿verdad? —coincidió Maddy, bastante decepcionada ella misma. Y pensar que de hecho se había alegrado de ver a su madre esperándola en el salón; aliviada de que, después de todo, estuviera dispuesta a conocer a Luke —. Deberías haber oído la forma en que le pidió que se quedara a cenar. Como si lo hubiera estado invitando a que le arrancara los dientes.

—¿Y no se quedó?

—No, tenía que estar en uno de los acantonamientos a las nueve. Pero vendrá esta noche.

—¿A cenar con tus padres?

—No, ellos tienen algo por el trabajo de papá. Me invitó a salir, no sé a dónde.

"¿Importa?", había contestado él cuando ella se lo había preguntado antes de que se marchara, los dos solos en el sendero de entrada.

"No", había admitido ella mientras él le tomaba la mano y la atraía hacia sí,

borrando de su mente todo pensamiento sobre la actitud cortante de Alice. "Supongo que no".

—Estás sonriendo —notó Della—. Como una lunática. Y, por cierto, te quemaste mucho la cara.

—Lo sé. —Maddy se tocó con cuidado los pómulos doloridos—. Espero que se me pase antes de volver a ver a Diana Aldyce.

—Uy, sí —soltó Della.

—"¡Dios no permita que me salgan pecas!" —la imitaron ambas y estallaron en carcajadas.

—Estará mordiéndose las uñas por verte —señaló Della y tomó la tetera—. Tenía un *montón* de preguntas acerca de cómo os conocisteis tú y Luke cuando desaparecisteis la otra noche. Por supuesto no le dije nada.

—Gracias.

—El placer es todo mío —aseguró Della—. Fastidiar a Diana podría convertirse en mi nuevo deporte favorito. ¿Te imaginas todo lo que tendrá para decir cuando se entere de que saliste sin acompañante?

Maddy se encogió de hombros.

—Si no fuera por eso sería por cualquier otra cosa.

—¿Y tu madre se lo toma tan a la ligera?

—Para nada. Lo gracioso es que nunca le importó que yo fuera a cualquier parte con Guy y, por lo visto, ella y mi padre solían salir sin acompañante. —Richard lo había mencionado durante la cena cuando Alice había intentado volver a discutir al respecto. Maddy todavía lo estaba procesando—. Nunca la imaginé haciendo algo así.

—Me gusta la idea —comentó Della—. Alice la rebelde.

Maddy enarcó una ceja.

—De todos modos le he pedido que confíe en mí y le he prometido que volveremos antes de la medianoche.

—La hora mágica de los cuentos de hadas.

Maddy no se rio. Tampoco Della, que de repente la observaba con lo que parecía preocupación. Maddy sintió desconfianza y le preguntó qué pasaba.

—Es que... —comenzó a decir Della—. Bueno, Peter dijo... —Suspiró—. ¿Te ha dicho Luke que se marcha?

—Ah —contestó Maddy con tono monótono. (Se trataba de eso)—. Sí. —Él se lo había contado en el camino de vuelta de la playa—. No falta mucho, ¿verdad?

—No falta nada.

Maddy frunció el ceño.

—No quiero ni pensarlo.

—Buena suerte con eso —comentó Della—. Y ¿me parece o tampoco quieres pensar en Guy?

—Muy graciosa. —Llevaba toda la mañana procurando no pensar en él. Así como había ignorado a propósito lo extraño que había sido que Fraser Keaton dijera a Luke que Guy y ella se iban a casar (otra cosa que Luke le había contado durante la caminata de vuelta. "¿Qué?", había saltado y se había detenido en seco. "*¿Qué?*"), y ni hablar de si Guy estaba al tanto del rumor, si había hecho algo para desmentirlo o si le había dolido que ella ni siquiera lo hubiera saludado en el Club Gymkhana (y todas esas botellas de agua hervida).

Della revolvió su té.

—Me imagino que se pondrá furioso cuando se entere de que tú y Luke salisteis a navegar.

—No creo que Guy sea de los que se enfadan —replicó Maddy y trató de imaginar al amable de Guy alguna vez enfurecido. Pero enseguida se sintió mal, porque de verdad era muy muy bueno—. ¿Podemos cambiar de tema?

—De acuerdo —accedió Della—. Solo porque eres tú.

Mientras Della intentaba adivinar adónde la llevaría Luke esa noche ("¿A un restaurante? ¿O a otra playa? No, eso sería demasiado para una sola noche, sería el *fin* de tu reputación"), Maddy sintió que se volvía a relajar y se dejó distraer por la tentadora idea de que Luke pusiera fin a su reputación, y le repitió a Della lo mismo que le había dicho a él la noche anterior.

No le importaba dónde fueran.

Era cierto. Le daba igual.

No le importó esa noche, que no fueron a la playa ni a otro bote, sino que dieron un paseo en el coche que Luke había pedido prestado, los dos solos, por la parte portuguesa antigua de la ciudad. Aparcaron en una calle lateral diminuta con hermosas casas europeas con postigos enrejados y balcones a ambos lados, y se inclinaron para pasar por la puerta baja de un edificio. Luke la tomó de la mano y la condujo por una escalera de piedra estrecha hacia el aroma de hojas de curri y arroz al vapor, y se rio por encima del hombro al ver su sonrisa intrigada. Luego abrió otra puerta y ante ellos

apareció un precioso restaurante en la azotea con faroles que ardían, incienso y hornos humeantes, indios vestidos con sus mejores sedas y mujeres cubiertas de brazaletes.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —repitió ella sin poder creer que se lo preguntara—. ¡Me encanta!

Se sentaron a una mesa baja con una mecha encendida en un platito con parafina, rodeados de murmullos en urdu. El propietario, un hombre corpulento de mediana edad con túnica y pantalones de lino, les sirvió *naan* tierno y bandejas de verduras especiadas, que seguramente habían comido sin que ella se diera cuenta. Más tarde, ya en su casa y sola en la cama, mientras repasaba cada segundo de la noche (sonriendo como una lunática), no recordó haber probado ni un bocado; lo único que recordaba era la sensación de su mano en la de Luke al subir las escaleras y el momento en que él había sostenido su mirada y le había preguntado qué le parecería que enviara un cable a su contacto en el Estado Mayor para solicitar quedarse más tiempo en Bombay.

—¿Puedes hacerlo? —había preguntado ella, con miedo hasta de preguntar, de creer que sería capaz de hacerlo.

—No veo por qué no —había contestado él con los ojos brillantes, contento al parecer de que ella estuviera tan feliz. Como si pudiera haber sentido otra cosa que no fuera felicidad—. Todavía queda mucho trabajo por hacer.

—Oh, Dios mío.

Luke se había reído.

—¿Eso significa que sí, que te gustaría que me quedara?

—Por supuesto que sí. —Maddy se había reído también con alivio, atónita, sin poder creer que fuera posible—. Pero ¿no tienes ganas de volver a tu río en Richmond?

—Muchísimas. Pero el río no irá a ninguna parte.

—¿Y si no quieren que te quedes?

—Entonces me tomaré unas vacaciones. —Luke se había reído todavía más, como si intentara comprenderse a sí mismo—. No es nada fácil separarse de usted, señorita Bright.

No necesitó tomarse unas vacaciones. Su contacto respondió de inmediato y le informó que al Estado Mayor le complacía mucho que se quedara en

Bombay. Al día siguiente, entre reunión y reunión, fue hasta la casa de Maddy para contárselo y la sorprendió en el porche, atormentada, a la espera de noticias mientras tomaba el té con su madre (quien, para su desconcierto, había llevado la bandeja afuera y la había interrogado, aunque con cierta tirantez, sobre la cena de la noche anterior. "Suena muy… exótico. ¿No estaría contaminada la comida?").

Fue Alice y no Maddy (que había perdido momentáneamente el habla) quien le había preguntado cuánto tiempo más se quedaría.

—No lo sé —dijo él, mirando a Maddy. Llevaba otro traje oscuro y una camisa blanca impecable. Sus labios esbozaban una sonrisa—. Creo que todo depende de lo que pase, pero seguro que un mes más.

—¿Un mes más? —repitió Alice.

"Un mes", pensó Maddy con el corazón desbocado. "Un mes entero".

Luke agregó que podría ser más tiempo y Alice le preguntó si eso significaba que su estancia sería indefinida.

—No —respondió—. Regresaré antes del verano. Me temo que no estoy hecho para la vida en el Raj.

Alice lo miró como si no entendiera del todo.

Maddy entendía. A pesar de que había empezado a disfrutar de su estancia en la India, en especial durante los últimos días, tampoco ella estaba hecha para pasar toda la vida allí. Por más que detestaba adelantarse a los acontecimientos (esa vieja superstición otra vez), ya se imaginaba un césped mullido debajo de un sauce y un bote meciéndose en el Támesis en verano.

Mientras tanto él se quedaba, se quedaba de verdad. Por ella. Por *ella*.

—Un mes —pronunció ahora recuperando la voz. Quería levantarse, echarle los brazos al cuello y besarlo como lo había besado en el mar.

Los ojos de Luke brillaban al otro lado de la habitación. Estaba inmóvil, como si estuviera conteniendo el mismo impulso.

—Al menos un mes —aseveró.

Maddy sonrió, dejó escapar un gritito, deslizó la mirada de Luke a su madre (que no sonreía) y luego de vuelta a Luke.

—¿Es esto una locura? —exclamó.

—Es probable —convino él riendo.

Alice suspiró.

—Será mejor que vengas a cenar esta noche —lo invitó.

Luke aceptó.

Y todo salió bien. No tan relajado como las horas que habían pasado los dos solos, pero bien, muy bien. A pesar de la evidente reticencia de Alice a siquiera considerar la posibilidad de que Luke le cayera bien, hizo un esfuerzo notable y hasta fue hasta las cocinas del Taj para buscar ostras lo bastante frescas como para confiar en ellas como primer plato, y arregló ella misma la mesa del comedor. Se mostró cortés cuando él llegó, le agradeció las flores que llevó ("Y no llegaste tarde por ir a comprarlas", murmuró Maddy. "No me pareció que fuera la mejor idea", admitió él) y le ofreció una copa. Pero no habló mucho más a partir de ese momento. Luke intentó entablar conversación con ella varias veces durante la comida y le preguntó de todo, desde su infancia en Inglaterra hasta los lugares que había visitado en la India, pero Alice se limitó a responder lo mínimo indispensable. Le contó que había crecido en Oxford (información que Maddy ya le había dado), que había visitado muchos lugares de la India pero que no, no estaba segura de tener uno favorito aunque le gustaba el aire fresco de las colinas.

—Te encantaba andar en trineo con Maddy —precisó Richard—. Eras capaz de hacerlo durante horas.

—Me acuerdo.

—¿Te acuerdas, Maddy? —preguntó su padre y se volvió hacia ella.

—Era demasiado pequeña —terció Alice.

—En realidad creo que sí me acuerdo —concedió Maddy. No lo dijo por quedar bien o, al menos, no solo por eso. Ahora que lo intentaba, estaba segura de que recordaba subir una pendiente escarpada aferrada a una falda de lana larga, y oír una voz agitada. "Una última vez". ¿O había sido Edie? Había pasado tantos más inviernos con ella en Oxford que era difícil saberlo.

—¿Sueles ir allí? —preguntó Luke a Alice, interrumpiendo sus pensamientos.

—No he vuelto desde que Madeline se marchó a Inglaterra —respondió Alice—. ¿Ya habéis terminado todos?

—No es por ti —le explicó Maddy a Luke mientras caminaban juntos hacia el coche después de la cena. Eran casi las once, pero el calor seguía siendo agobiante. El vestido de noche se le pegaba a la piel húmeda. Las noches se estaban volviendo cada vez más calurosas; el aire estaba cargado con el olor del sol sobre la tierra y el perfume intenso y embriagador de las flores en los canteros—. Ella es así.

—¿Te parece? —Luke miró por encima del hombro hacia la casa, con

expresión pensativa—. ¿Te has dado cuenta de cómo te mira?

—¿Cómo me mira?

—Como si no pudiera creer que estés ahí.

—No —replicó ella.

—Sí —insistió él—. Te observa todo el tiempo y te adora, Maddy.

Maddy se rio porque era una idea muy extraña aunque agradable.

—Casi nunca me visitó en Oxford —le recordó—. Solo una vez.

—¿Alguna vez le preguntaste por qué?

—Pregunté a papá, a Edie...

—¿Pero no a ella?

—Es que... —empezó Maddy, pero se interrumpió— no me lo diría aunque se lo preguntara.

—Quizá deberías intentarlo.

—Quizá —aceptó, sin compromiso y sin ninguna intención de hacerlo.

Luke le lanzó una mirada exasperada y se volvió para abrir la puerta del coche.

—Te veré mañana a las siete.

Maddy sonrió.

—¿Dónde iremos?

Luke también sonrió. Echó otra mirada furtiva a la casa y le deslizó una mano por la nuca. Maddy se estremeció.

—¿Importa?

—No —admitió ella y se inclinó hacia adelante para besarlo—, supongo que no.

La llevó a un pequeño sitio de comida tradicional y poco iluminado en las afueras de la ciudad, al final de un callejón tan oscuro que parecía casi negro. Estaba lleno de lugareños que los miraron con curiosidad al llegar pero que, por lo demás, los ignoraron, absortos en sus propias risas, en la comida que comían con las manos y en su charla ruidosa e ininteligible. El vestido de noche de Maddy rozó el suelo de tierra mientras seguía a Luke hasta una de las pocas mesas libres (“parece que has estropeado el dobladillo”, comentó Alice que la esperaba despierta cuando regresó). Inhaló el aroma del arroz al vapor y las especias, del queroseno con que se encendían las estufas y el olor denso y húmedo de los cuerpos, y reparó en la presencia de las vacas que merodeaban, esperando para comerse las hojas de

plátano donde se servía la comida. Pidieron *daal* y *roti* y *chai* en tazas turbias, y él le contó cómo había sido su día, las muchas cosas en las que estaba trabajando ("He decidido que, después de todo, no eres una espía", dijo Luke. "Excelente", contestó ella, "quiere decir que estoy haciendo bien mi trabajo"), lo difícil que era supervisar las reservas en un país tan vasto y determinar sus niveles de preparación militar, así como el transporte ferroviario y marítimo adicional que debía mantenerse disponible, las necesidades de entrenamiento militar en la India, en los campos de instrucción en Inglaterra.

—Es interminable —concluyó.

—Y ojalá que en vano —aventuró Maddy.

—Ojalá —repitió él y ella mencionó que le gustaría que sonara más convencido.

—A mí también me gustaría.

La noche siguiente, como concesión a Alice, que seguía lejos de estar contenta con que salieran tanto solos, fueron con Peter y Della al restaurante del hotel Watson, cerca del campo de críquet. Esta vez había otros británicos allí, en su mayoría turistas y nadie que conocieran. Se instalaron en un rincón del salón animado, conversaron y comieron hasta que Maddy sintió que su corsé estaba a punto de reventar ("Creo que el mío ya lo ha hecho", confesó Della). Las horas pasaron volando. En respuesta a las preguntas de Maddy, Luke se explayó sobre su familia y reveló que su padre era abogado y su madre médica.

—Oh, médica —exclamó Maddy—. Ahora me siento todavía peor por ser tan poca cosa.

—No eres poca cosa —aseveró Luke.

Se despidieron de Peter y Della más tarde y subieron despacio por Malabar Hill, tomados de la mano, con el coche estacionado al pie de la colina para poder tener un rato a solas. Maddy habló más de Oxford y admitió que, cuando vivía en el pueblo de Edie y Fitz, le gustaba pensar que su madre había crecido allí.

—Supongo que me hacía sentir más cerca de ella.

—¿Sus padres todavía viven allí?

—No. Murieron cuando yo era pequeña, casi no los conocí. Edie sí. Me contó que eran muy estrictos con mi madre.

—¿Ella y Alice eran amigas?

—Muy amigas… en su momento —aclaró Maddy—. Según Edie se distanciaron después de la escuela. Estoy segura de que algo pasó.

—¿Es otra de las cosas que tampoco le has preguntado a tu madre?

—Qué listo eres, ¿eh?

Luke sonrió.

—¿Tu padre y tu madre ya se conocían entonces?

—No, mi padre ya trabajaba aquí. Edie me contó que regresó a Inglaterra de permiso cuando ella y mamá tenían dieciocho años y se enamoró perdidamente, pero mamá no quiso saber nada. No fue hasta tres años después, cuando él volvió de nuevo a Inglaterra, que accedió a casarse con él.

—Y entonces llegaste tú.

—Como bien ves.

—Bueno, gracias a Dios que Alice aceptó. —Luke redujo el paso y la atrajo hacia sí, con el semblante serio y los ojos oscuros brillantes. Levantó la mano y le acarició la mejilla, ella se giró y le besó la palma de la mano, y oyó cómo él contenía el aliento. Luke se inclinó más cerca; otro beso que Maddy no quería que terminara nunca.

Una semana sucedió a otra, cada una más rápido que la anterior. Volvieron al restaurante en la azotea y a más sitios de comida nativa y, aunque Peter y Della los acompañaron en otras ocasiones ("¡Hojas en lugar de platos!", exclamó Peter. "¡Qué divertido!", "Cállate", lo regañó Della), la mayoría de las veces eran ellos dos solos. Así pasaron horas en restaurantes ocultos entre jardines repletos de mangos y flores de mayo, dando mucho de qué hablar a los Aldyce y sus amigos. ("En el club están todos conmocionados", le contó Della, "aunque, por supuesto, nadie habla cuando tus padres están cerca. Ojalá pudieras oírlos, Maddy").

Luke la visitaba en su casa los fines de semana y se esmeraba con Alice; le hablaba de Bombay, de cuánto estaba creciendo, del ruido que era tan fácil de olvidar cuando uno no estaba allí y ¿alguien podía detener a esos niños que estaban torturando al pavo real?

—Yo voy —se ofreció Maddy y se dirigió hacia donde Suya, de pie entre sus hermanos y con sus piernecitas abiertas, sujetaba la cola del pavo real que no paraba de graznar—. Suya. *Suya*…

—Suya. —Richard se puso de pie también y siguió a Maddy—. ¿Se puede

saber qué te ha hecho ese pájaro?

Suya no respondió. Siguió tirando de las plumas del pavo real con su carita angelical tensa por el esfuerzo mientras el pavo chillaba y batía las alas.

—Para —le ordenó Maddy.

—Ya basta —gritó Luke a su vez desde el porche con expresión entre burlona y amonestadora.

Suya esbozó una sonrisa ancha. Flanqueada por su hermano y su hermana que la animaban con entusiasmo, dio un último tirón y, justo cuando Maddy y Richard llegaron a su lado, lanzó un grito victorioso, soltó al pájaro aterrorizado y levantó la pluma robada hacia el cielo.

—Jesucristo —masculló Richard.

Otras veces Maddy y Luke iban a pasear a los Jardines Colgantes en lo alto de la colina, donde deambulaban por el césped cuidado, con el aire cargado de libélulas y los pájaros que volaban en círculos, entre ellos buitres atraídos por los cuerpos que la comunidad parsi local dejaba expuestos en las Torres del Silencio cercanas.

—No. —Maddy se horrorizó cuando Luke le describió la tradición.

—Sí. —Luke se rio al ver su cara.

—Bueno, ahora no voy a poder pensar en otra cosa cada vez que venga aquí —se quejó ella.

—Eso no está bien. Déjame ver si puedo distraerte.

Se detuvieron para hablar lo menos posible con otras personas con las que se encontraron allí ("Dios mío", gimió el marinero bronceado, "Maddy. Ya casi no te dejas ver. Qué honor"), y se sentaron a la sombra de las palmeras, con la cabeza de ella en el hombro de él, las manos entrelazadas contemplando el mar y la ciudad que se extendían debajo.

"No quiero que esto termine nunca", pensó ella.

"Por favor, que no termine nunca".

Regresaron a la misma playa desde la que habían salido a navegar y disfrutaron de un pícnic que Maddy había pedido al cocinero que le preparara (intentó conquistarlo con el hindi que le había pedido a Luke que le enseñara. "Si hablando usted inglés le entendería mejor"). Los pescadores habían regresado y se alineaban en la orilla. Luke les compró unos pargos frescos para acompañar el arroz al azafrán y la ensalada de tomate, e hizo reír a Maddy hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas al intentar encender un fuego para cocinarlos, lo que acabó en un fracaso estrepitoso.

Al final Maddy rebuscó en su bolso y sacó las cerillas que él le había enviado después de Año Nuevo y que ella había guardado todo ese tiempo.

Luke entrecerró los ojos.

—¿De verdad no sabías que las tenías? —preguntó.

—Te juro que me había olvidado —respondió ella, sin dejar de reír—. No las uses todas, quiero guardarlas.

—Solo las necesito *ahora* —precisó él y se arrodilló de nuevo en la arena.

A medida que abril daba paso a mayo sin que Inglaterra solicitara su regreso, Luke dejó el hotel Taj Mahal y se mudó a unas habitaciones privadas junto al agua, cerca de los muelles. Explicó a Maddy que prefería la privacidad, la certeza de que no se encontraría con los Aldyce de la ciudad en el vestíbulo. ("Es comprensible", concedió Richard con un suspiro). Maddy no lo visitó allí. Temía que ser vista entrando a escondidas en el apartamento fuera un paso demasiado lejos incluso para ella. Aunque no le faltaban ganas: a esas alturas estaba desesperada por estar a solas con él durante algo más que unos pocos momentos robados antes de regresar a su casa, por no tener que volver antes de una medianoche que siempre llegaba demasiado pronto. Cuando se besaban le costaba cada vez más separarse. Intuía que a él le pasaba lo mismo por la tensión con la que Luke se apartaba de ella.

—No sé qué me estás haciendo Maddy —confesó él.

Ella tampoco sabía qué le estaba haciendo él a ella.

Mayo quedó atrás. La temperatura se disparó haciendo subir el mercurio cada vez más. A Maddy le costaba conciliar el sueño durante las horas de calor abrasador hasta el amanecer. No pensaba más que en Luke, en si él también estaría despierto e inquieto, en cómo sería estar con él…

Quería que él no se detuviera cada noche, que no se detuvieran.

Pero no sabía cómo decírselo.

¿Existía una manera apropiada de pedir a un hombre que arruinara tu reputación?

—No —afirmó Della mientras tomaban el té una mañana asfixiante. El calor flotaba como un manto húmedo sobre los árboles mustios de Peter y la hierba muerta—. Decididamente no.

—No estás siendo muy útil —se quejó Maddy.

—Lo siento mucho —respondió Della y dio un mordisco a un bollo de

cardamomo—. Aunque pensándolo bien quizá no deberías fiarte de mí, no tengo ninguna experiencia en esto.

—Yo tampoco —admitió Maddy.

—No me das lástima —aseguró Della—, soy demasiado envidiosa para eso. A propósito, Diana estuvo preguntando por ti anoche y se quejó de que hace demasiado tiempo que no te ve el pelo ni a ti ni a Luke. Creo que no le disgustaría que el señor Devereaux arruinara también su reputación.

—Tendrá que conformarse con Ernest —replicó Maddy.

—Uf —pronunció Della mientras esparcía las migas—, imagínatelo.

Maddy no tenía ninguna gana de hacerlo.

—Pero volviendo a tu dilema —continuó Della, masticando—. En mi opinión, o te arriesgas… al fin y al cabo estamos en el siglo xx o esperas a que él dé el paso por ti.

Maddy frunció el ceño mientras reproducía las palabras de Luke en su mente: "No sé qué me estás haciendo".

—Creo que él también está esperando.

—Bueno, entonces —dijo Della—, ya sabes lo que tienes que hacer.

Luke había estado esperando.

Se había estado volviendo loco, esperando; podía ser el siglo xx, sí, pero él sabía cómo funcionaba el mundo y tal como estaban las cosas ya estaban causando suficiente revuelo. (Peter lo había mantenido al tanto de los rumores: "Las *memsahibs* no pueden creer su suerte. La *hija* de Alice y Richard...'). A Luke le daba igual lo que pudiera llegar a pasarle a él, pero se preocupaba por ella: si terminaría por hacerle daño y si pedirle algo más sería demasiado.

No pensaba en nada más que en ella noche tras noche. Yacía sudado y desvelado en la cama mientras las olas rompían contra las paredes de su edificio y revivía cada minuto que habían compartido: el sonido de su voz, su risa, cada movimiento de su cabeza, cada mirada y cada sonrisa: miles ya, poblaban su mente.

No sabía qué iban a hacer. No podía quedarse en la India de eso estaba seguro. Se había sentido feliz de volver, de gozar, otra vez, de todo aquello que lo había cautivado cuando era capitán del ejército: la inmensa belleza del país, su vida cruda, el calor y el color. Pero unos pocos meses habían bastado para recordarle por qué había estado tan desesperado por regresar a

Inglaterra. Nada excepto ella habría podido obligarlo a permanecer tanto tiempo en ese caos frenético, en ese ambiente de privilegio arrogante que lo impregnaba todo. La idea de verla por las noches era lo único que lo mantenía en pie durante los interminables días de reuniones, los ejercicios en explanadas al aire libre, infestadas de moscas, las horas perdidas en la congestión del tráfico y siendo cortés con personas que rara vez mostraban respeto por sus anfitriones.

Quería llevarla a Inglaterra con él, por supuesto que sí (por horrible que le resultara pensar en cómo afectaría eso a su madre y le resultaba horrible. "Y con razón", señaló Peter. "Pobre Alice. Richard dice que está fuera de sí"); había querido hacerlo desde el momento en que había regresado a Bombay y la había visto en ese bazar abarrotado. Pero solo habían pasado unos meses, no quería presionarla ni apresurar nada, no era necesario. Después de todo nadie lo estaba apremiando para que regresara a Inglaterra (más bien lo contrario: "MUY AGRADECIDOS POR SUS SERVICIOS *STOP*"); parecía más sensato seguir esperando para pedírselo.

Y si estaba posponiendo esto, tampoco debía pedirle nada más.

Así que había estado esperando.

Sin querer apurarla.

En la tarde de principios de junio en que tomó prestado otro bote del Club Náutico con la idea de llevarla, como le había prometido, a la playa que le había mencionado en el Club Gymkhana donde se podían ver las crías de tortugas, Luke no tenía ninguna otra intención más que salir a navegar de nuevo y sentarse junto a ella en la arena.

Por supuesto se alegró de que ella tuviera otros planes para la velada. De hecho, lo hizo sentir eufórico. Pero él, por su parte, no tenía ninguna intención.

No realmente.

De verdad, no.

No, no la tenía.

("Mentiroso", lo regañó ella después).

Desde el momento en que salió corriendo a su encuentro en el sendero de entrada, Maddy estaba rara. Su piel pálida tenía un rubor más intenso de lo acostumbrado y un dejo travieso se dibujaba en su sonrisa. Sin embargo, Luke no le dio importancia, ni tampoco al hecho de que estuviera más callada de lo habitual durante el trayecto hacia la playa y también después,

mientras surcaban el mar teñido de rosa, con el cielo iluminado por el atardecer. Estaba demasiado absorto observándola mientras ella contemplaba el agua, los rizos rubios sueltos y el mentón hacia el hombro desnudo, excepto por las mangas cortas de su vestido de noche oscuro.

El sol se estaba ocultando cuando llegaron a la playa. La arena estaba desierta: salvo por el suave sonido de las olas al romper y del vuelo de las gaviotas, el silencio era absoluto. El humo que se elevaba de la espesa vegetación detrás acarreaba el olor a carbón y especias asadas: el único indicio de que cerca de allí había alguien más.

Luke guio el bote hacia la orilla; Maddy se inclinó y se mordió el labio mientras estudiaba el agua, había sido otro día tórrido y el calor era tan intenso como el de un mediodía europeo. La tentación que sentía era casi palpable.

—Deberías meterte —la urgió él.

—¿Estará tibia?

—Como en una bañera —aseguró. Todas las mañanas salía a nadar desde la cala junto a su apartamento.

—Como en una bañera —repitió ella.

Se quitó los guantes. Él la observó hacerlo, no podía apartar la mirada. Los dedos de Maddy temblaron cuando los sumergió en el agua.

Estaba nerviosa y eso desconcertó a Luke. Sin entender enseguida por qué, su pecho se contrajo, entonces se dio cuenta… no quería que ella estuviera nerviosa, no con él, nunca, era lo último que quería, del mismo modo en que no había podido soportar la idea de que sintiera nostalgia por su tierra. La había conocido hacía apenas cinco minutos y ya lo único que deseaba era verla feliz.

Y en ese preciso momento, con la espalda empapada de sudor debajo de la camisa, quería que ella experimentara la sensación de dejar que el mar Arábigo le refrescara la piel, que no tuviera que soportar ni un segundo más cocinándose al sol con medias, corsé y Dios sabía qué más.

—Eso no es meterse.

—Ah, ¿no? —lo provocó ella y se volvió con esa sonrisa traviesa.

—Creo que sabes que no. —Sin tener del todo claro qué iba a hacer, fue hasta ella y el bote se movió bajo sus pies; Maddy estalló en carcajadas, con los ojos muy abiertos, incrédula, y él rio también—. ¿Seguro que sabes nadar?

—Sí —comenzó ella— pero…

No esperó a que terminara. La levantó en brazos y disfrutó de la sensación de su cuerpo estremecido por la risa. Y entonces, ignorando las protestas sobre el vestido y la ropa de él, se arrojó al agua con ella, sin soltarla, ni siquiera cuando el mar los envolvió.

Luke seguía riendo cuando salieron a tomar aire. Maddy también, con el pelo pegado a las mejillas y una expresión tan indignada como encantada.

—No puedo creer que hayas hecho eso —exclamó—. Mi madre te va a *matar*.

—No quiero hablar de tu madre —contestó él y la besó—. Deja de hablar de tu madre.

Maddy se rio más y le devolvió el beso con más fuerza, con más insistencia de la que había demostrado hasta entonces, con la misma urgencia que él sentía. Luke la estrechó con firmeza, casi sosteniéndola contra el peso del vestido que la tiraba hacia abajo, y sintió cómo sus labios cedían bajo los suyos. Las manos de Maddy recorrieron su espalda; se deslizaron por la camisa empapada y sobre los músculos a ambos lados de la columna, cada uno tensándose por turnos. Luke le besó el cuello, la clavícula y saboreó la sal, el calor de la noche sobre la piel. Movió las manos hacia la espalda sin pensarlo, como para desabrochar el corsé pero se detuvo: una última vacilación.

Maddy lo miró; el cielo se tornaba negro a sus espaldas. Se inclinó hacia adelante y le susurró al oído.

—Tienes mi permiso.

Luke gimió para sus adentros y supo que no iba a esperar. Ya no más.

—¿Soy una descarada?

—Lo eres y te amo por eso.

—¿Me amas? —preguntó ella con una sonrisa en la voz.

Él la besó más.

—Sabes que te amo.

Esa noche permanecieron mucho tiempo en el agua; se quitaron la ropa y la arrojaron dentro del bote, sin soltarse nunca, ni siquiera por un instante.

—Como en una bañera —precisó ella sin aliento. Él besó cada parte de su cuerpo, como había deseado hacer, despacio, disfrutando de cada segundo, sin apurarla, sin apresurar nada. Se entretuvo en cada movimiento, en cada caricia y deseó que aquello durara para siempre.

Esa noche no vieron nacer ninguna tortuga. Luke se olvidó por completo de que habían ido a verlas. Nadaron hasta el bote flotando sobre los chalecos salvavidas como si fueran almohadas, con la cabeza de ella sobre el pecho de él y las manos entrelazadas. Luke se olvidó de todo excepto de ella, nada más importaba. Ni la madre preocupada porque le robaran a su hija, ni el Káiser, ni los cipayos, ni los entrenamientos con bayonetas y los periódicos que hablaban del clima europeo cada vez más tenso y de cómo Alemania, Austria-Hungría, todos excepto Gran Bretaña, necesitaban mantener a raya sus ambiciones imperiales.

Solo existían ellos.

Era todo lo que necesitaban.

Él se alegraría más tarde de que lo hubieran tenido, de que durante esas horas en las que yacieron juntos en el bote mecido por el agua, conversando por primera vez de la costa en Richmond y de una casa que se sentiría demasiado vacía sin ella, hubieran ignorado hasta qué punto estaban viviendo una fantasía. Que hubieran sido felices, tan completamente felices.

Sin la menor idea de que pronto, muy pronto, todo cambiaría.

CAPÍTULO ONCE

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, 1917

La sala de estar se hallaba concurrida; de hecho, era un hervidero, llena de enfermeras, varios camilleros y todos los pacientes. El fuego crepitaba en la chimenea. Lámparas de diferentes formas y tamaños ardían sobre las mesas de café, los alféizares y la repisa de la chimenea, entibiando la luz gris y acuosa.

Era invierno.

Otra vez.

Y nevaba, igual que aquel día de noviembre en que Jones había llegado.

Se había puesto un abrigo y las botas un rato antes y había desafiado con algunos camilleros los gruesos montículos de nieve hasta los bosques circundantes para cortar un abeto. Había caminado con paso enérgico, disfrutando de estar al aire libre, sin aliento, como si hubiera dejado de ser un paciente durante esa hora breve. Era la tercera vez que hacía esa excursión y su tercera Navidad en el Quinto Hospital Militar.

Había tenido tanta esperanza de que solo fuera una. ("Todos esperábamos lo mismo", admitió Arnold con tristeza).

En los días despejados aún se oían los cañones, ya no los de la batalla del Somme en esos últimos meses, sino los de la de Passchendaele. La batalla, que estaba llegando a su fin, se había cobrado cientos de miles de vidas más. Jones había conocido a un soldado que había estado allí. El hombre había contado, antes de que la hermana Lytton interviniera para evitar que se alterara, que la lluvia había convertido el suelo de Ypres en un pantano y que los hombres caían y se ahogaban en el barro.

"Sí", había asentido Jones, "lo recuerdo", y se había interrumpido al oír sus

propias palabras, "lo recuerdo", con el corazón acelerado por el estupor y la anticipación…

Nada.

No le había venido nada a la mente. Nunca había logrado entender qué lo había hecho decir eso en primer lugar. Había sido un amago: un recuerdo de un recuerdo, nada más que eso.

El soldado ya se había marchado de regreso a casa con su esposa en Portsmouth; Arnold lo había remitido a un médico local por la afección que él llamaba "neurosis de guerra". Muchos otros se habían ido también; ya no quedaba casi nadie de los que habían estado internados cuando Luke había sido ingresado. Muchos se habían recuperado lo suficiente para quedar al cuidado de sus familias. Varios se habían recuperado por completo, al parecer de la noche a la mañana (un milagro que Jones no podía evitar desear, aunque significara volver a las trincheras). Un par de ellos se habían rendido el año anterior y habían abandonado el hospital de otra manera, lo que había entristecido mucho a Jones y le había hecho temer, de manera egoísta, que él pudiera acabar igual.

—Tú no —lo tranquilizó Arnold—. Tienes demasiado por lo que vivir, muchacho.

La hermana Lytton se había tomado muy mal lo ocurrido y no paraba de repetirse que les había fallado a sus muchachos. Después de la muerte del segundo, justo después de la ofensiva del Somme el año anterior, se había ausentado del hospital durante todo un mes.

—Unos días de licencia —había explicado Arnold a Jones—. Estará de regreso con sus tazas de chocolate antes de que te des cuenta, ya verás.

—Eso espero —había respondido Jones. Aunque la alegría de la hermana Lytton podía resultar agotadora, había sido horrible presenciar cómo la iba perdiendo.

Se lo comentó cuando regresó en octubre.

—¿Me echó de menos, oficial Jones? —le había preguntado ella y la idea parecía hacerla tan feliz que él había respondido:

—Sí, claro que la eché de menos.

Suponía que lo había hecho. En la medida en que era capaz de echar de menos a alguien.

—¿Qué ha pasado aquí mientras he estado fuera? —había querido saber y él le había contado sobre la visita de la esposa del capitán enmascarado, una

mujer altiva y demasiado arreglada, y que él, Jones, apenas la había visto al irse cuando salía al vestíbulo con Poppy, la asistente voluntaria, ambas al parecer ajenas al hombre destrozado y sollozante que habían dejado atrás. Apenas les había prestado atención ya que había estado demasiado ocupado consolando a su extraño amigo. ("Mi mu-mu-mu...", había tartamudeado el capitán. "No hables de muerte", lo había regañado Jones, "no te vas a morir. Ya ha habido suficientes muertes").

—¿Qué comentó la voluntaria Reid sobre la mujer? —había preguntado la hermana Lytton.

—En realidad no dijo nada —había contestado él sin entrar en detalles sobre la discusión que habían tenido después.

—Bueno, eso no es propio de ella —había señalado la hermana Lytton—. Puede que le sorprenda —había agregado—, pero era mucho más tímida cuando empezó a trabajar aquí, antes de que usted llegara.

Le había sorprendido.

Le costaba creerlo ahora viendo a Poppy en la sala; cualquier cosa menos tímida, más bien *autoritaria*, con la falda moviéndose de un lado a otro mientras se desplazaba frente al árbol de Navidad y ordenaba a los camilleros que lo movieran a la izquierda no, a la derecha, otra vez a la izquierda no, no, no tan cerca de la chimenea.

—¿Qué opina, oficial Jones? —lo urgió con su habitual mirada pícara—. ¿Lo estoy haciendo todo mal? ¿Necesito una *mano*?

Consiguió que sonara insinuante de alguna manera. Sin embargo, Jones no se inmutó, como ella pareció esperar que hiciera.

Tampoco siguió mirando cuando ella tomó un adorno, se giró, se recogió la falda para subirse a la escalera y dejó al descubierto sus medias de lana gruesas.

Jones cerró los ojos. Tenía los párpados pesados como siempre. De hecho, estaba más fatigado de lo habitual después de la caminata. ¿Alguna vez dejaría de sentirse tan cansado?

Se reclinó en la silla y se sumió en una gran pesadez, al borde de caer dormido. De pronto experimentó un ligero destello de anticipación: un sueño tomaba forma en su mente.

Pero esta vez no era un sueño en el que quisiera estar, no había color, ni luz, ni nada cálido o familiar. Se movían ante sus ojos figuras negras: hojas

ovaladas que se mecían bajo un cielo amenazador con una densa cortina de nubes detrás.

Eso era todo. Pura oscuridad.

Oscuridad y una sensación de dolor abrumadora.

CAPÍTULO DOCE

Bombay, junio-julio de 1914

Tuvieron dos semanas antes de que llegara la noticia del asesinato del archiduque austrohúngaro. Dos semanas en las que el cielo se cubrió de nubes densas antes de las lluvias, los Aldyce se tomaron un permiso de verano en Inglaterra y muchos otros se preparaban para una temporada en las colinas; Maddy y Luke siguieron haciendo creer a los padres de ella que salían todas las noches a restaurantes, locales de comida nativa y mercados, pero se escabullían al apartamento de Luke en los muelles, donde la había llevado por fin la noche después del paseo fallido para ver las tortugas. Esa primera vez ella recorrió el lugar a la luz de los faroles, muy consciente de que no debía estar allí pero feliz de estarlo. Sus pies pisaron el suelo tibio de terracota y sus ojos asimilaron las delicadas puertas talladas, los postigos enrejados, el mar plateado apenas visible a través de los diseños de los postigos y decidió que nunca había estado en un lugar más hermoso.

—Ahora entiendo por qué prefieres esto al Taj —comentó.

—Sí. —Luke la besó en la oreja, en el cuello—. Hay otras razones también por supuesto.

El resto del mundo desaparecía cuando se encerraban en esas habitaciones y se volvían intocables, invencibles. No se preocupaban por nada. Aunque de vez en cuando conversaban acerca de tener más cuidado para que ella no quedara embarazada, ninguno de los dos hacía *nada* al respecto. Maddy no estaba segura de querer hacerlo; en realidad no lo pensaba mucho, solo pensaba en Luke.

Luke se ponía un pantalón y una camisa y salía a comprar la cena a un vendedor callejero cercano cuando les entraba hambre. Maddy se envolvía en una sábana y servía champán tibio en tazas de cerámica mientras lo

esperaba. Comían a la luz de las velas, acurrucados perezosamente en el asiento junto a la ventana del dormitorio, ocultos detrás de los postigos abiertos que dejaban entrar la brisa húmeda y con el mar oscuro que se agitaba debajo.

La noche antes de que asesinaran al archiduque, mientras yacían en la cama baja, la mano de Luke sobre la cintura de ella y la mano de ella que se deslizaba por el hombro bronceado y recorría con languidez el hueco y la curva del brazo, Luke anunció que tenía algo para ella.

—¿Mmm? —musitó Maddy somnolienta.

—Mmm —repitió él mucho más despierto—. En serio. —Se giró sobre la almohada y se estiró para tomar algo del suelo debajo de la cama.

Maddy lo observó, ahora más despabilada pero sin sospechar nada, al menos no de inmediato.

Luke se recostó otra vez, de frente a ella, con una bolsita de terciopelo en la mano. Ella la escudriñó.

—Eso no es una guía turística —aventuró despacio.

—No. —Los ojos de él reflejaban el resplandor de las velas—. No lo es.

—Ni tampoco seda —continuó ella.

—Tampoco seda —confirmó y le tendió la bolsa pequeña.

Maddy la miró con fijeza, sin tocarla, con una sospecha creciente y el atisbo de una sonrisa.

—¿Son pendientes?

Él se rio.

—¿Por qué no la abres mejor?

Así que lo hizo. Se sentó y tomó la bolsita. Tiró del cordón con dedos muy temblorosos, con la sonrisa cada vez más ancha y el calor de la mirada intensa de Luke en su piel. Miró dentro y abrió mucho los ojos al ver el puñado de diamantes sueltos y centelleantes en el interior.

—Supongo que podrías hacerte unos pendientes —sugirió él— o un broche.

—¿Un broche? —exclamó ella—. No quiero un broche.

—Perfecto —precisó Luke, también con una sonrisa—, porque yo estaba pensando en un anillo.

Maddy lo miró, se rio, casi sollozó, se rio de nuevo, tomó entre sus manos ese rostro que tanto amaba y lo cubrió de besos.

—¿Eso es un sí?

—Es un no, obviamente —bromeó ella y chilló cuando él la levantó en brazos y la dejó caer de nuevo en la cama.

Esa noche hicieron muchos planes: la boda, que querían celebrar lo antes posible para poder aprovechar al menos parte del verano en Inglaterra; la luna de miel que pasarían en el barco con escala en Port Said y quizá con una visita a las pirámides ("Siempre he querido hacer eso", exclamó ella, con una emoción que crecía con cada respiración); y también que irían a casa de los padres de Maddy y les comunicarían la noticia y que, como el día siguiente era domingo, enviarían un telegrama a los padres de Luke a primera hora del lunes.

—Y a Edie también —señaló ella—, no podemos olvidarnos de Edie. Y Della me matará si no es de las primeras en enterarse.

—Mañana pasaremos por la casa de Peter —dijo Luke.

—Guy también querrá saberlo —añadió Maddy con cierto desánimo al pensar en su reacción. Apenas lo había visto en semanas. Guy había dejado de pasar por su casa. Cada vez que se cruzaba con él (lo cual ocurría a veces) en la iglesia, en los Jardines Colgantes o en el par de ocasiones que había almorzado con Della en el Club Gymkhana, él se demoraba lo justo y necesario para intercambiar un saludo breve y esbozar una sonrisa amable con cara de víctima. ("Ay, esa *cara*", soltó Della. "Hasta yo me siento mal y eso que no le hice nada. Ojalá me dejara").

—Guy estará bien —aseguró Luke.

—¿De verdad? —preguntó Maddy.

—Es probable que no —se corrigió él. Maddy se estiró sobre la cama y le dio un puñetazo—. Yo estaría enloquecido —continuó mientras se reía y se frotaba el brazo— si te casaras con él en vez de conmigo.

—Como si hubiera la más mínima posibilidad de eso…

—¿Se lo dirás tú?

—No, dejaré que lo haga mi madre. No me digas nada, soy una cobarde, ya lo sé.

—No diré nada. De hecho, estoy totalmente de acuerdo con que evites una conversación íntima con Guy Bowen. Aunque tampoco va a ser fácil hablar con tu madre —añadió con el ceño fruncido.

Maddy suspiró; lo sabía.

Se había dado cuenta a esas alturas de que su madre tenía miedo de que ella se marchara. No entendía por qué le había llevado tanto tiempo advertir

lo asustada que estaba ("No me digas", había dicho Luke. "¿De verdad fuiste a la universidad?"), pero desde que Luke había mencionado la forma en que Alice la miraba, Maddy había empezado a observarla bajo una luz que iba cambiando poco a poco. Había descubierto que los penetrantes ojos azules de su madre intentaban disimular una suavidad que no lograban ocultar; que su quietud encubría una tensión y que cada vez que Maddy la sorprendía mirándola, perdía la compostura por una fracción de segundo. A pesar de que el hecho de que casi no la hubiera visitado en Oxford le seguía doliendo y mucho, de forma que no podía olvidarlo, había empezado a *no* abandonar una habitación cuando Alice entraba en ella. A esforzarse más por hablar con ella sobre cualquier cosa: Luke, Della, sus inconvenientes con el cocinero, y estaba segura de que no se lo había imaginado y que Alice había empezado a sonreír más. ("No", le había confirmado Richard con una sonrisa, "yo también lo he notado"). Y aunque Alice no se había sorprendido mucho cuando Maddy y Luke habían regresado sin ver las tortugas, con la ropa húmeda y arrugada y el cabello de Maddy enmarañado y con sal ("Se cayeron al agua", había declarado mientras los escudriñaba. "¿Los dos?". "Los dos", había contestado Luke. "Fue culpa mía, no te enfades con Maddy". "No lo estoy", había replicado), no había montado ninguna escena, había parecido más resignada que otra cosa. Desde entonces se mostraba casi… gentil; esperaba por la mañana para desayunar con Maddy y comentaba el alivio que le producía que Bombay estuviera más vacía y cuánto le gustaba esa tranquilidad.

—¿No extrañas a Diana ahora que se ha ido? —había preguntado Maddy.

—Lo sobrellevo lo mejor que puedo —había respondido su madre y ahí había estado: esa sonrisa.

Alice le había sugerido que visitaran juntas la pequeña escuela local a la que asistían los tres hijos del jardinero esa misma tarde.

—Siempre necesitan más ayuda —había explicado—. Sé que esperas que… Bueno, que Luke... —Había hecho una pausa para tomar un breve respiro, como para armarse de valor. Maddy había sentido un nudo de tristeza en la garganta—. Si llegara a quedarse —había continuado—, creo que los niños serían muy afortunados de tenerte.

"Oh, Dios", había pensado Maddy.

—Todo irá bien —aseguró ahora a Luke.

—¿De verdad?

—Probablemente no —admitió.

Y no lo fue, en absoluto.

Richard los felicitó cuando les mostraron a ambos los diamantes y asintió con la cabeza mientras ellos hablaban de la boda y de la luna de miel que les gustaría tener en agosto. Se levantó del sillón en el salón, estrechó la mano de Luke, abrazó a Maddy durante un buen rato (provocándole otro nudo en la garganta) y le confesó que le daría mucha tristeza verla partir, que le rompería el corazón pero que lo entendía, por supuesto que lo entendía y que iría a visitarlos, y Dios no quisiera que nadie intentara impedírselo.

—Os hartaréis de verme, ya lo veréis.

—¿Y tú, Alice? —preguntó Luke—, ¿irás a visitarnos?

—Yo... —empezó Alice. Parecía no poder continuar—. ¿Me disculpan? —Se puso de pie con tanta brusquedad que tiró la mesita con su copa y la de Richard y se marchó.

Maddy la siguió con la mirada, desesperada por correr tras ella y alcanzarla, pero a la vez incapaz de moverse ni de pensar en lo que podría decirle.

Fue su padre quien reaccionó.

—Yo me encargo. —Apretó los hombros de Maddy y se dirigió hacia la puerta—. Por favor, no os preocupéis.

Maddy se volvió hacia Luke y se sintió todavía peor al ver la compasión en sus ojos oscuros.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

Luke no respondió, cruzó la habitación y la abrazó, ella apoyó la cabeza en su pecho, cerró los ojos y sintió el ritmo lento y profundo de su respiración.

—No tenemos que ir a Inglaterra —le aseguró y Maddy comprendió lo que debió costarle decir eso, ya que sabía que estaba desesperado por volver.

Lo amó aún más por ese gesto.

—Sí, tenemos que ir —contestó mientras su mente se poblaba de todo lo que los esperaba allí (la ribera del río, los sauces y los atardeceres violáceos, todo eso)—. No puedo dejar de ir, lo deseo demasiado.

—Entonces vendremos de visita nosotros —sugirió Luke—. Si ella no quiere ir a visitarnos vendremos nosotros.

Maddy alzó la vista hacia el techo y se imaginó a su madre llorando en el piso de arriba.

—No entiendo por qué no quiere ir.

—Tienes que preguntárselo.

Maddy asintió, tenía que hacerlo.

Pero fue con su padre y no con su madre con quien habló a la mañana siguiente, ya que Alice (alegando esta vez un dolor de estómago) no bajó a desayunar.

—Ni se te ocurra intentar disuadirme —previno a Richard, antes de que él tuviera oportunidad de servirse el café—. Es demasiado importante.

Su padre se detuvo con la mano suspendida a pocos centímetros de la cafetera y la miró con el ceño fruncido; su rostro surcado de arrugas se veía cansado. Maddy no sabía hasta qué hora había estado despierto, él y su madre todavía seguían conversando cuando ella se había ido a la cama.

—No tengo ninguna intención de disuadirte —aclaró—. No tienes ni idea de cuánto me gustaría que pudieras entender…

—Entonces dime qué ocurre —lo urgió ella.

Richard suspiró.

—Por favor, papá —insistió al notar que él vacilaba, con la sensación de que la verdad estaba al alcance de la mano—. ¿Por qué no quiere viajar?

—Ay, cariño —soltó él con desaliento—, no es cuestión de que *no quiera*. Es que no puede.

Maddy frunció el entrecejo.

—¿No puede?

Richard la miró de nuevo, como si estuviera sopesando si continuar o no.

Maddy se inclinó hacia adelante en la silla, instándolo en silencio a que lo hiciera.

Pero él sacudió la cabeza como si se recordara algo a sí mismo.

—Tienes que hablar con ella —precisó—. Le di mi palabra de que no saldría de mi boca. —Se volvió a estirar para tomar la cafetera y esta vez se sirvió; parecía que lo necesitaba—. Pero ahora déjala por favor, está descansando.

—Pero... —empezó Maddy.

—Por favor, cariño —le rogó y abrió mucho los ojos con expresión suplicante.

Maddy dudó un segundo más y él le sostuvo la mirada. De verdad parecía muy cansado.

Ella asintió despacio, rindiéndose.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Hablaré con ella cuando se sienta mejor —explicó a Luke poco después, cuando pasó a recogerla para ir a casa de Peter y Della.

Luke se apoyó en el volante y la miró de reojo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Estás segura de que aún quieres ir a casa de los Wilson?

—Por supuesto. Estaré triste todo el día si no vamos.

Luke esbozó una sonrisa ligera.

—Bueno, no podemos permitir eso.

—Por supuesto que no —declaró Della, después de que llegaron a casa de Peter y les contaron la noticia—. Estoy *loca de contenta* por vosotros, contentísima. Ya era hora.

—Claro que sí —se sumó Peter mientras se apartaba el cabello de su rostro sonriente. Estrechó la mano de Luke, besó a Maddy y los invitó a pasar a la sala de estar asfixiante donde abrió las ventanas y luego descorchó una botella de champán—. ¿Esto significa que tú también volverás Della? —añadió y se volvió hacia su hermana—. ¿Puedo devolverte a mamá con las manos vacías?

—Lo siento, no —respondió Della—. Me quedaré otra temporada y no finjas que no me echarías de menos si me fuera.

Peter entrecerró los ojos, sin confirmarlo ni negarlo, y llenó las copas de todos.

—¿Qué hacemos con la misa? —preguntó Della.

—Lleguemos tarde así nos la perdemos —aventuró Luke, que solía hacer eso—. Estoy seguro de que Dios lo entenderá.

Quizás no lo entendió.

O quizás estaba enojado con otra persona (Francisco Fernando, por ejemplo).

Pero esa misma noche cuando volvieron a reunirse, esta vez para celebrar el compromiso en el Club Gymkhana (Richard insistió; Alice, que todavía aducía sentirse enferma, no estaba allí, aunque sorprendió a Maddy al bajar a despedirse antes de que se marchara. “Quiero que seas feliz”, le había susurrado de pie en las escaleras, en bata. “Espero que lo sepas”. “Lo sé”, había contestado Maddy. “Pero desearía que te hiciera más feliz a ti”, pensó), llegó la noticia desde la residencia del virrey: nacionalistas serbios habían asesinado al archiduque Fernando.

No todos se preocuparon.

Della, por ejemplo, confesó que no podía entender a qué iba tanto alboroto.

—¿Qué tiene que ver ese archiduque con nosotros?

—Esperemos que nada —replicó Peter sin parecer muy convencido.

Maddy tampoco lo estaba, se volvió hacia Luke y advirtió su repentina seriedad. Sabía lo que estaba pensando. Habían hablado demasiadas veces sobre lo que estaba pasando en Europa como para que ella dudara de que él estuviera tan preocupado como ella por el hecho de que Austria-Hungría, que llevaba mucho tiempo buscando una excusa para atacar a Serbia y fortalecerse en los Balcanes, ahora la tuviera. Si atacaba, Rusia, que se había comprometido a apoyar a Serbia, también se vería arrastrada al conflicto. Francia le seguiría ya que tenía un tratado con Rusia y luego también Gran Bretaña (gracias, Triple Entente) y, con ellos, Alemania (estaban aliados con Austria-Hungría). Cerró los ojos y tomó conciencia de la enormidad de lo que podría ocurrir. "Está todo dispuesto como un juego de dominó", había comentado ella misma apenas la otra noche. "Solo que no tiene nada de divertido".

—Tal vez no suceda —aventuró ahora, más para tranquilizarse a sí misma que a los demás.

—Confiemos en que así sea —intercedió Luke— y brindemos por eso.

Y todos lo hicieron.

La velada no se arruinó, ni mucho menos. Casi todos los que se habían quedado en Bombay durante el verano estaban allí (a excepción de Guy, que había enviado sus disculpas mediante una tarjeta: "Me temo que esta noche tengo que trabajar, pero les deseo toda la felicidad del mundo". "¿Te sientes muy mal?", le había preguntado Della a Maddy. "Horriblemente", había admitido Maddy); el club, iluminado por las velas, estaba abarrotado; el aire pegajoso vibraba con la música de Harry Lauder, el tintineo de las copas y el murmullo de voces alegres. Maddy bailó con Luke, que la hizo girar e inclinarse hasta casi tocar el suelo y ella rio hasta que le dolieron los costados. Bromearon, sonrieron y volvieron a hablar sobre todo lo que el verano les tenía reservado (la boda, la luna de miel, la ribera del río en Richmond) pero no del trabajo de él ni de que era probable que, después de todo, no resultara tan inútil. Richard propuso un brindis por el futuro y todos vitorearon y alzaron sus copas.

Nadie quería pensar en el asesinato de un miembro de la realeza austriaca, no esa noche.

Pero terminó pareciendo la última vez que alguien se abstendría de hacerlo. Porque a partir de ese día, hablar de si Austria-Hungría tomaría o no represalias contra Serbia se convirtió en algo tan habitual como hablar del clima. Ya nadie parecía cuestionarse si habría una guerra.

De la noche a la mañana la cuestión era cuándo y Maddy no podía soportarlo.

CAPÍTULO TRECE

Todo ocurrió muy rápido después de eso.

El padre de Maddy visitó al obispo de la catedral de St. Thomas la mañana siguiente del asesinato del archiduque para convencerlo de que la lectura de las amonestaciones podía realizarse sin demora y reservó la ceremonia para el tres de agosto. Luke pasó por la oficina central de telégrafos esa misma tarde para enviar un telegrama a Edie y a sus padres con la noticia ("Tengo el corazón rebosante de emoción", escribió Edie en su respuesta. "Qué noticia maravillosa", respondieron los padres de Luke, "no vemos la hora de conocer a nuestra nueva nuera") y luego él y Maddy fueron a la abarrotada oficina de venta de billetes de la P&O en el puerto y reservaron los pasajes a Inglaterra para el siete de agosto.

—Falta apenas un mes —señaló Maddy mientras se sentaba en el escritorio lustrado del empleado para llenar el formulario de pasajeros (se mordió el labio al usar "Devereaux" por primera vez)—. No es mucho.

—No es nada —replicó Luke con una sonrisa.

Ella alzó la vista hacia él, con el lápiz suspendido en el aire.

—No pasará nada con los serbios antes de esa fecha, ¿verdad? —preguntó —. No podría pasar tan rápido....

—No —la interrumpió—, no.

Pero el seis de julio, el día en que llegaron las invitaciones directamente de la imprenta —una pila de tarjetas en relieve que Maddy abrió con impaciencia, sonriendo, con una emoción que le recorría todo el cuerpo—, el cielo cargado de Bombay se abrió para dejar caer una lluvia torrencial sobre la ciudad y Richard regresó a casa con la noticia de que Alemania había emitido un cheque en blanco a Austria-Hungría confirmando de ese modo su apoyo a Serbia.

—Todavía no significa que vaya a haber una guerra
—dijo Della, que estaba allí para admirar las invitaciones.

—Dios te oiga —terció Richard.

Pero nadie más parecía compartir el optimismo de Della. De hecho

muchos parecían esperar que se equivocara.

—Fraser Keaton está deseando ponerse el uniforme —comentó Peter esa noche, cuando todos salvo Alice, que seguía sosteniendo que se sentía mal, lo cual era preocupante, se reunieron en el salón húmedo e iluminado por las velas para ultimar la pequeña lista de invitados—. No para de decir cuánto quiere aportar su granito de arena.

—¿Y qué cree que será exactamente su granito de arena? —inquirió Luke mientras encendía un cigarrillo.

—Usar una chaqueta de uniforme por supuesto —precisó Peter.

—Si es por eso puedo conseguirle una en los grandes almacenes del ejército y la marina —aventuró Richard.

—Yo le daré una chaqueta —afirmó Luke—. Y le diré que dé por terminado el asunto.

Nunca llegó a hablar con Fraser, no tuvo oportunidad. Ahora que todos (excepto Della) creían que la necesidad de un ejército indio en Europa era casi inevitable, estaba más ocupado que nunca yendo y viniendo a Poona, entrenando con una de las primeras divisiones destinadas a la movilización. Aunque él y Maddy aprovechaban cada oportunidad que tenían para estar juntos cuando él *estaba* en Bombay, se perdió casi todos los preparativos de la boda (a Maddy le dio un poco de envidia que se librara de las discusiones interminables sobre la distribución de las mesas o las ventajas de la tarta de frutas en comparación con el bizcocho. "Me da igual la tarta", afirmó él una noche mientras la besaba en la cama. "¿Eso ayuda?". "No", respondió ella, "no ayuda". "¿Podemos intercambiar trabajos?"), ya que estaba de reu-nión en reunión con oficiales de marina, intendentes del ejército y comandantes de compañía, organizando planes de transporte, necesidades de municiones y suministros, y alojamiento temporal para la avalancha de tropas que llegarían a la ciudad si la situación empeoraba y que debían estar listas para zarpar.

Pero había escasez de oficiales. Con más de una cuarta parte de los comandantes del ejército de la India de permiso en Inglaterra, no quedaban suficientes para dirigir a los cipayos en los campos de maniobras y mucho menos para llevarlos a la guerra.

—Es absurdo —soltó Luke a mediados de mes mientras estaban sentados en el asiento de la ventana, con la lluvia que caía a cántaros en la noche negra y azotaba el mar invisible—. No sé qué va a pasar...

—Pero no nos afectará, ¿verdad? —insinuó Maddy, que no podía evitar el presentimiento creciente de que sí podría afectarlos. Al fin y al cabo Luke estaba en la reserva. "Los primeros en ser llamados en caso de guerra", había dicho Peter una vez. Recordó las palabras con un escalofrío—. No tendrás que quedarte aquí para comandar a nadie, ¿no? —Se volvió hacia él—. Ya tenemos reservado el viaje…

—Tranquila —la reconfortó—. Todavía no ha pasado nada y Della tiene razón, puede que no ocurra.

—Oh, Luke...

—No, en serio, mientras Francia se mantenga al margen nosotros también podremos hacerlo.

Pero Francia, por supuesto, no se mantuvo al margen.

El presidente francés Poincaré visitó Rusia y comprometió la lealtad de Francia en la defensa de Serbia contra Austria en la tercera semana de julio. Maddy, que ahora empezaba a temer que la guerra estallara antes de que ella y Luke llegaran siquiera a casarse, no podía pensar en otra cosa más que en lo rápido que todo parecía estar descontrolándose mientras acudía a la última prueba del vestido en la tienda de suelo de baldosas de la modista, en el sótano del hotel Taj. Su madre la acompañó; había insistido en ir a todas las pruebas aunque no había dejado de quejarse del estómago y estaba cada día más pálida. Maddy se había atrevido por fin a hablar con ella durante uno de los trayectos en coche como le había prometido a Luke (y a sí misma) que haría. Con la boca seca por una aprensión repentina, le había preguntado por qué le disgustaba tanto la idea de visitar Richmond, qué le había impedido ir a Oxford todos esos años y, con palabras atropelladas y la voz quebrada por el alivio de poder expresarlas, por qué no había viajado con ella la primera vez para llevarla a casa de Edie y Fitz.

—Creo que enviarme allí te partió el corazón.

Alice no había respondido, al menos al principio. La miró con los ojos azules perturbados, casi con miedo, como si llevara años temiendo esas preguntas, lo que hizo que Maddy empezara a desear no haberlas hecho nunca.

Y sobre todo cuando Alice había hablado por fin, cada sílaba tensa, forzada; una agonía.

—Sí, me partió el corazón, Madeline —había confesado—. Fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Tenía tantas ganas de ir contigo.

—Pero...

—Era imposible —la había interrumpido—. Me parecía imposible.

—¿Imposible? —había repetido ella tan confundida como siempre—. ¿Por Edie? —había aventurado—. Solían ser amigas. ¿Estaban peleadas?

Alice había suspirado y Maddy lo había interpretado como un "sí", pero antes de que pudiera pensar en cómo presionar a su madre para que le contara más sobre la desavenencia de la que sospechaba desde hacía tiempo, Alice se había apresurado a asegurarle que Edie no había tenido nada que ver con que ella no hubiera hecho el viaje.

—Ni tampoco Fitz. No habría dejado que eso me detuviera.

"¿Pero qué os pasó?", había estado por preguntar Maddy.

Pero en ese instante, Alice se había movido y se había llevado una mano a la cintura con el ceño fruncido, al parecer por una punzada de dolor. Ante eso Maddy se había sentido mal por su madre y también culpable, convencida de que había contribuido a ese malestar y reacia a sumarle más sufrimiento.

Para frustración de Luke, y también de Della, no había vuelto a sacar el tema.

Tampoco lo hizo ahora, mientras giraba sobre sí misma y fijaba la mirada más allá del sencillo vestido blanco de encaje, en el reflejo pálido de Alice en el espejo empañado.

—Perfecto. Pareces un cuadro —murmuró Alice y sintió que se le revolvía el estómago por lo que Poincaré había prometido y por la aterradora imprevisibilidad de lo que estaba por venir.

—Quiero que todos se detengan —dijo Maddy a Luke—, quiero ir allí y *ordenarles* que se detengan.

—Deberías hacerlo —la alentó él y le besó el cuello—. Para ser sincero preferiría no volver a ser un soldado y estoy seguro de que te harían caso.

Pero, desde luego, no lo hizo y el veintitrés de julio Austria-Hungría lanzó un ultimátum a Serbia en el que exigía plena libertad para llevar a cabo una investigación sobre la muerte del archiduque, cosa que Serbia rechazó de plano.

Y entonces, cuando apenas quedaban unos días para la ceremonia, las fichas del dominó comenzaron a caer.

El treinta y uno de julio, después de que Maddy se levantó antes del

amanecer para ir con Ahmed y Della a los fragantes y gloriosos mercados de flores de Bombay —refugiados bajo paraguas combados por la lluvia, se habían abierto paso entre la multitud madrugadora y los puestos repletos buscando seleccionar carretadas de pétalos húmedos y dulces para la iglesia —, recibieron la noticia desalentadora de que los rusos se habían movilizado en apoyo de Serbia.

—Eso no significa... —comenzó Della, pero se interrumpió. Ni siquiera ella podía seguir fingiendo que no estaba ocurriendo.

Aun así enviaron las flores a la catedral. Se dijeron que no pasaría nada más hasta *después* de la boda. Seguro que no.

Pero al día siguiente, mientras Maddy estaba en la cocina elogiando la impresionante tarta de boda del cocinero (de frutas, no de bizcocho), Luke llegó con la mala noticia de que los alemanes habían violado la neutralidad belga e invadido Bélgica.

—Nos vamos a casar de todos modos —aseveró cuando se retiraron a la privacidad del salón vacío—. Nada va a impedirlo.

—Pero después...

—Después es después —la interrumpió y la atrajo hacia sí—. Lo afrontaremos a su tiempo. —Sus miradas se encontraron—. Todo estará bien.

Maddy suspiró y se aflojó; por el momento se permitía dejarse convencer.

—No tienes que salir corriendo a ningún sitio ahora, ¿verdad? —preguntó.

—Tengo que ir al acantonamiento.

—Preferiría que te quedaras conmigo.

—Yo también lo prefiero —afirmó él y la besó largamente—. Y ese es mi plan, en cuanto este lío termine. No pienso hacer otra cosa más que eso.

—¿Crees que se acabará para Navidad, como dice todo el mundo?

—Quizás incluso antes.

Maddy deseó con toda el alma que tuviera razón.

Al día siguiente, cuando Francia y Bélgica iniciaron la movilización total, lo deseó de nuevo. Fue a recoger su vestido al Taj y se detuvo a mirar los periódicos expuestos en el vestíbulo: las imágenes de multitudes felices que disfrutaban del día festivo inglés y los titulares que anunciaban que el país, azotado por una ola de calor, estaba listo para la batalla, y rezó en silencio para que todo eso no fuera más que un breve interludio de locura.

Como no podía ser de otra manera, Gran Bretaña lanzó un ultimátum a

Alemania: si no se retiraba de Bélgica se enfrentaría a una declaración de guerra. Cuando llegó la mañana de la boda todas las tropas británicas e indias, tanto activas como de reserva, se encontraban en estado de alerta, lo que incluía a Luke y Peter.

A causa de estar fuera de sí (y aterrorizada), Maddy se despertó demasiado temprano para la boda, con una sonrisa obstinada en los labios, llena de una euforia incontenible por el día que le esperaba, y pensó en Luke despertándose en su apartamento y la emocionante y maravillosa realidad de que en cuestión de horas estarían casados.

"Casados".

La emoción la dominó por completo mientras se bañaba, se ponía su vestido blanco y se sujetaba el cabello con dedos temblorosos. El miedo por todo lo demás se desvaneció cuando fue en coche con su padre a la iglesia, entrelazó su mano con la de él sin dejar de temblar, y luego lo tomó del brazo y corrió bajo la lluvia torrencial hasta las puertas de St. Thomas, con el velo flotando detrás de ella sobre los escalones de entrada resbaladizos. Se detuvo al inicio del pasillo de mármol y sus ojos se posaron en Luke, de pie en el altar, tan apuesto con su traje formal de día (no con uniforme, todavía no), tan feliz mientras la miraba a *ella* y no pensó en nada más que en él y en lo que estaban a punto de hacer. Dio un paso, mareada por la falta de aliento y los nervios y, en un instante, los puntos de movilización de la reserva que se estaban activando en toda la India se esfumaron de su mente. Olvidó los buques vacíos que, incluso en ese mismo momento, navegaban hacia Bombay, listos para transportar al ejército. No pensó en qué ejército estaría cruzando qué frontera prohibida, ni en lo pálida que se veía su madre en el banco de madera del frente, ni en que Guy había enviado otra tarjeta en la que se excusaba de asistir a la boda. "Estoy seguro de que será maravillosa sin mí". Se detuvo junto a Luke con el velo sobre los hombros, él se inclinó hacia ella y su voz grave le rozó el oído.

—Llegó la hora. —Maddy sintió que nunca había sido tan feliz.

Apenas prestó atención a las palabras de bienvenida del obispo. Sentía el brazo de Luke junto al suyo, el calor de su presencia y no dejaba de mirarlo de reojo, igual que él a ella, los dos tratando de contener sonrisas imposibles de reprimir. El obispo anunció el primer himno, los acordes del órgano resonaron y mientras todos se ponían de pie y cantaban *Sublime gracia*, Luke se inclinó de nuevo para decirle lo bien que le quedaba el blanco.

—Gracias —murmuró ella.

—De nada. Te ves muy pura.

La sonrisa de Maddy se ensanchó.

—¿En serio?

—Sí —respondió él y se acercó un poco más—, casi podrías engañarme…

Maddy se rio, lo que le valió una mirada de desaprobación del obispo, que se intensificó cuando ella se rio todavía más, solo por la forma en que la miraba el obispo.

—Para —le pidió Luke, con sus ojos oscuros brillantes—, nos estás metiendo en problemas.

Della leyó un pasaje de Corintios con voz hermosa ("Ha estado practicando", les contó Peter después), todos cantaron otro himno, esta vez de esperanza, el obispo pronunció el sermón (por fortuna breve) y luego preguntó si alguno de los presentes sabía de alguna razón válida por la que Luke y Madeline no debieran casarse legalmente y nadie, ni siquiera Alice, dijo nada.

Intercambiaron sus votos sin apartar la mirada el uno del otro mientras prometían amarse hasta que la muerte los separara y salieron corriendo de la iglesia envueltos en una lluvia de confeti húmedo por el monzón, rumbo al desayuno de bodas íntimo en casa de Maddy: todo lo que habían deseado. Mientras la lluvia mojaba el césped y las palmeras y un cuarteto de cuerda tocaba debajo del toldo del porche, cortaron la magnífica tarta del cocinero, bebieron champán, bailaron, rieron y no hablaron ni una palabra de la guerra; más tarde, al caer la noche, salieron de nuevo a la intemperie, esta vez envueltos en una lluvia de besos, para regresar al apartamento de Luke.

—Te amaré por siempre —prometió Maddy mientras él la cargaba desde el coche hasta las habitaciones calurosas y silenciosas—. Incluso más que eso.

—Qué bien —contestó él. La depositó en el suelo y le habló sobre los labios, sobre el cuello—. Porque pienso hacer que cumplas tu promesa.

CAPÍTULO CATORCE

Alice no se había sentido bien para ir a la boda. Ni para acompañar a Maddy a las pruebas del vestido, pero por nada del mundo se habría perdido esas sesiones ni el momento de ver a Madeline caminar al altar; incluso mientras había estado sentada en el banco de la iglesia y en la tienda de la costurera ("mi hija", había pensado, con la mirada fija en su querido rostro, "mi hija"), había sabido que estaba creando recuerdos que se sumarían a los miles que ya guardaba, listos para ser revividos una y otra vez en los meses y años venideros. En los momentos de mayor desesperanza, casi deseaba que Madeline no hubiera vuelto nunca; habría sido más fácil no tener que volver a perderla en cierto modo.

Se había esforzado por mantener la compostura en la iglesia y también durante la tarde en la casa (se había sentido muy aliviada cuando Madeline le había pedido que fuera una celebración discreta, sin pompa ni formalidades. "Sin formalidades", pensó, "eso sí puedo hacerlo"). No había bailado. A duras penas había conseguido mantenerse sentada con la espalda erguida. Los dolores de estómago de las últimas semanas no habían sido un invento ni una excusa para disimular su pena y su miedo (aunque había habido algo de eso); habían sido muy reales y cada vez peores, igual que las náuseas. Alice los había atribuido a la ansiedad.

—No —le informó Guy al día siguiente, cuando pasó por la casa a una hora avanzada—, es tu apéndice.

Richard le avisó después de que Alice había pasado todo el día en la cama, entrando y saliendo de un estado de conciencia febril, soñando con la boda, con Madeline de niña que lloraba y le rogaba que no la obligara a ir a Inglaterra ("No quiero ir, no gracias. Me portaré mejor, te lo prometo") y luego de adulta marchándose, subiendo la pasarela de otro barco, un barco en el que Alice estaba muy segura de que nunca sería capaz de poner un pie. El dolor de estómago había empeorado a medida que transcurrían las horas, su cuerpo había comenzado a temblar de forma incontrolable por la fiebre y

la casa a su alrededor se había convertido en una isla opresiva que se mecía bajo la lluvia estruendosa de Bombay.

—Deberías haber ido a verme, Alice —la reconvino Guy con su rostro amable cansado y marcado por la preocupación. Sacó una jeringuilla del maletín, le explicó que la ayudaría con el dolor y le pinchó el brazo.

Alice cerró los ojos y sintió cómo los opioides se extendían por su cuerpo y la envolvían en una niebla dichosa. Movió la cabeza con pesadez a modo de asentimiento. Debería haberlo hecho.

Guy se alejó. Lo oyó hablar con Richard al otro lado de la puerta del dormitorio, sus voces apagadas apenas eran audibles por encima de la lluvia. Algo sobre trasladarla al hospital de Guy, sobre operarla. Aturdida, pensó que debería tener miedo de una operación. Dejó que el sentimiento se disipara; en realidad, mientras el dolor desapareciera, ¿qué importaba?

—Creo que se ha roto —precisó Guy. (Quizás eso sí importaba)—. Me gustaría operarla yo mismo con tu permiso.

—Por supuesto —accedió Richard—, por supuesto.

Alice percibió la rigidez entre ellos a pesar de su confusión. Habían pasado muy poco tiempo juntos últimamente, no habían compartido ni cenas ni copas. Ella había escrito a Guy para contarle el compromiso de Madeline y luego otra vez para invitarlo a la boda. Se habían estado evitando. "No había otra opción", pensó. Los tres sabían demasiado bien lo que sentía cada uno, aun cuando esos sentimientos se mantuvieran en silencio, así que (como Alice solía comprobar) realmente era más fácil no decir nada.

Tampoco podía hablar en ese momento aunque quisiera. Sentía los labios pesados, su rostro y sus extremidades parecían volverse más densos con cada segundo que pasaba. Se dio cuenta de que Richard había regresado con ella como en una nebulosa. La habitación se movió y dio vueltas mientras él la levantaba en brazos y la llevaba escaleras abajo; la suavidad siempre sorprendente de sus brazos amplios. A continuación se encontró recostada en el asiento de cuero trasero del coche, con la cabeza en el regazo de Richard y la mano de él en su cabello. ¿Cuántas urgencias nocturnas como esa habían vivido? Todos esos bebés…

El coche se puso en marcha con una sacudida. Alice debió perder el conocimiento, porque cuando abrió los ojos la estaban cargando otra vez y la colocaban sobre una cama que se movía y hacía un ruido extraño sobre las baldosas. "Una camilla", pensó, "estamos en el hospital". Fue un

pensamiento desconectado; hasta su mismo pánico cuando un hombre le colocó una mascarilla en la cara, le informó que la llevaban al quirófano y que el mayor Bowen la estaba esperando allí parecía existir en un lugar fuera de ella misma.

Lo único que sabía con claridad era que Madeline iba a marcharse muy pronto y que ella quería que se quedara. Quería a su hija. Deseó haber podido decírselo, decirle cuánto la amaba y explicarle... todo.

Ese fue su último pensamiento cuando alguien comenzó a verter el líquido sobre la mascarilla.

Eso y que alguien más en la habitación quizás acababa de decir que Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania, pero la máscara había empezado a tener un sabor muy extraño; la voz desapareció. Estaba nadando, no en agua (a la que no se había acercado durante muchos años) sino en la oscuridad. Oscuridad total.

El mensajero empapado por la lluvia llegó en las primeras horas del amanecer del cinco de agosto, llamó a la puerta del apartamento de Luke y despertó a Maddy y a Luke, que habían estado durmiendo en la cama baja, con las sábanas enredadas debajo de ellos y el mosquitero flojo bajo el calor pesado y húmedo.

Maddy se sentó de golpe, con el corazón acelerado, y se le heló la sangre cuando su mente comprendió lo que esa intrusión debía significar.

Lo habían estado esperando.

A pesar de la renuencia de ambos a salir del apartamento, aunque fuera por un minuto, la preocupación por cuánto tiempo iban a tener para estar juntos y por saber si Alemania había respondido al ultimátum británico había sido demasiado fuerte para ignorarla. Habían ido en coche la noche anterior hasta el despacho del coronel en el acantonamiento principal para averiguar qué sabía, con la frágil esperanza de que Alemania se hubiera retirado de Bélgica.

—Me temo que no —había manifestado el coronel Whittaker con un suspiro antes de sacar una botella de ron del cajón de su escritorio— y solo le quedan unas pocas horas.

Les ofreció un trago. Ellos lo habían rechazado, querían marcharse. Cuando Whittaker intentó insistir, argumentando que él y Luke tenían mucho de qué hablar, a saber, que Ernest Aldyce y varios otros oficiales

habían dejado a varios cientos de hombres sin comandante, Luke había apretado más fuerte la mano de Maddy y había respondido:

—Mañana. Podemos hablar mañana.

Habían escapado a través de la lluvia húmeda hasta el coche y Luke había conducido deprisa bajo el aguacero, la mayor parte del tiempo en silencio, sin que ninguno de los dos mencionara lo que vendría después (y que, casi con toda seguridad, no sería el viaje a Inglaterra juntos). Maddy tenía la impresión de que se ahogaría si abría la boca. Ya en el apartamento se habían vuelto el uno hacia el otro para besarse, quitarse la ropa mojada y dejarla caer sobre los baúles que habían dejado junto a la puerta, listos, desgarradoramente listos, para el viaje. No habían llegado al dormitorio. Ninguno de los dos había hecho una pausa, no cuando el tiempo se había convertido en el lujo más preciado.

La ropa seguía tirada en el mismo lugar. Luke, con un pantalón que se había puesto a toda prisa, pasó junto a los baúles de camino a la puerta del frente. Maddy, con los dedos en la garganta, lo observó moverse por la habitación oscura, a través de las formas y las sombras negras y el silencio sofocante. Luke abrió la puerta y dejó entrar el ruido de la tormenta… y también el telegrama de Londres. Maddy vio cómo el mensajero se lo entregaba y él lo tomaba en una mano, lo leía y, después de unas breves palabras de agradecimiento en urdu, cerraba la puerta y se inclinaba hacia adelante, con la mano apoyada en la madera como si necesitara sostenerse.

Casi no necesitó que él se girara para ver su expresión seria y saber lo que decía el telegrama.

Y tampoco necesitaba leerlo.

Pero de todos modos lo hizo. Luke regresó a la cama, se arrodilló a su lado en el colchón y le tendió el papel empapado que ella tomó con manos frías:

> GRAN BRETAÑA EN GUERRA CON ALEMANIA *STOP* NO REGRESE A INGLATERRA *STOP* REPÓRTESE AL CORONEL WHITTAKER *STOP* SE NECESITAN TODOS LOS OFICIALES DESTINADOS EN LA INDIA *STOP* FELICITACIONES POR SU BODA *STOP* MUY AGRADECIDOS POR SU SERVICIO Y SU PACIENCIA *STOP*

—O sea que no iremos a ningún sitio —declaró y las palabras le sonaron extrañas, irreales y muy equivocadas.

Luke guardó silencio.

Maddy alzó la vista hacia él y vio que tenía los ojos brillantes, encendidos

de furia.

—¿Tienes idea de las veces que he dicho a gente como el coronel Whittaker que cancelara todos los permisos de los oficiales para volver a Inglaterra? —espetó Luke en voz baja, apenas controlada—. Habría suficientes oficiales aquí si me hubieran hecho caso y yo podría irme a Inglaterra contigo y alistarme allí pero, en vez de esto, tengo que hacerme cargo de los hombres de Ernest Aldyce mientras él está descansando en Dorking con una esposa que detesta.

Maddy soltó una risita, un sonido extraño y estrangulado que intentó no ser un sollozo y que la sorprendió. Era por la idea de Ernest y Diana atrapados juntos en Dorking, de cuánto debía odiar Diana no estar rodeada de personal de servicio, tal vez hasta de tener que untar mantequilla en sus propias tostadas. Luke seguía mirándola sin reírse porque nada era gracioso, y ella ya no se reía tampoco sino que lloraba, lloraba de verdad.

—No —exclamó él y la abrazó—. Por favor...

—No puedo evitarlo. —Maddy hundió la cabeza en el pecho de él y sintió su calidez, su corazón y su terrible fragilidad—. Vas a volver a ser un soldado.

—Sí.

—Debí haber hablado con Poincaré.

—Así es.

—No puedo soportarlo —insistió sin parar de llorar—. No puedo… —No lograba entenderlo. No habría viaje para ellos, ni camarote solo para los dos, ni agosto en Richmond. Luke iría a la guerra y podría resultar herido o…—. Tengo miedo —confesó—. Tengo mucho miedo.

Él la abrazó sin decir nada. Maddy pensó que quizá él también tenía miedo y eso la hizo sentir todavía peor. Todo ese tiempo había creído estar preparada, lista… decidida a no confiar en esa intuición fea y persistente de que todo acabaría mal… pero no lo estaba en absoluto. En algún momento había empezado a bajar la guardia y ahora su emoción, su felicidad se le escurrían y no podía detenerlo. No sabía cómo hacerlo.

—Tú puedes viajar igual —sugirió Luke, intentando ser fuerte por los dos —. Estaré aquí para despedirte, todavía no hay planes de movilización para las divisiones de Bombay. Solo para las de Poona, Lahore...

—Entonces me quedaré contigo.

—No —objetó—, vete. No sé cuánto tiempo más continuarán funcionando

los barcos de pasajeros. Te seguiré en cuanto pueda. —La besó y la apartó un poco para que se miraran a los ojos—. Los cipayos necesitan entrenamiento —prosiguió— y lo haremos en Inglaterra, estoy seguro; obtendré un permiso e iré a verte. Puede que incluso todo haya terminado para cuando estemos listos para entrar en combate, esto no tiene por qué cambiar nada para nosotros.

Maddy asintió, tragó saliva para contener las lágrimas y permaneció en silencio. Tenía la horrible sensación de que todo cambiaría para ellos. Pero era mejor no decirlo en voz alta.

Peter también había recibido la orden de reportarse a Whittaker. Pasó a contárselo a Maddy y a Luke justo después de que el sol lograra abrirse paso entre nubes densas y negras.

Ya había hablado con el coronel.

—Por eso estoy aquí —explicó al entrar. Sacudió el paraguas y lanzó una mirada apenada a Luke—. Tengo que llevarte al acantonamiento, amigo.

—¿Whittaker me quiere ahora? —preguntó Luke, que acababa de terminar de vestirse.

—Sí, pero esperemos un poco y echémosle la culpa al tráfico. No tengo prisa por volver. —Retiró una silla y tomó asiento; el pelo le cayó sobre la frente—. Dice Whittaker que no pierdas el tiempo intentando convencerlo de que necesitas tu luna de miel —añadió—. Al parecer mi urdu es peor que el de su hijo de cuatro años y ya te han ascendido a mayor. Así que felicitaciones.

Luke tuvo muchas ganas de golpear la pared.

—Deberíamos habernos casado la semana pasada —interpuso Maddy. Sostenía una taza de té frío con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos y tensos. Luke nunca había visto unas manos tan ansiosas, le dolía verla así, ojalá supiera cómo arreglarlo por ella, por ambos, pero no lo sabía. No se le ocurría nada—. Ahora estaríamos en el barco —prosiguió—, sentados en tumbonas en la cubierta.

—Para —le pidió Luke—, por favor para.

—Me temo que las noticias son todavía peores —terció Peter.

—¿A qué te refieres con peores? —preguntó Luke, casi sin querer saberlo.

Peter hizo una mueca.

—No nos quedaremos en Bombay.

Luke lo miró con fijeza.

—¿Adónde vamos?

—A Karachi —respondió Peter—. Esta noche.

Esta vez Luke sí golpeó la pared.

Peter suspiró como si compartiera su pesar y luego explicó lo que Luke ya sabía pero jamás había imaginado que le pudiera afectar: que la tercera división de Lahore, una de las unidades más grandes designadas para despliegue inmediato, tenía aún menos oficiales que las divisiones de Bombay.

—Vamos a integrarnos a ellos —precisó Peter— y zarparemos con ellos desde Karachi.

—¿Y qué pasará con los hombres que están aquí? —quiso saber Luke, buscando una salida—. ¿Los de Aldyce...?

—La mitad vendrá con nosotros —contestó Peter— y el resto quedará a cargo de Whittaker. No está muy contento.

—Debería haberlo peleado —comentó Luke.

—Se lo sugerí. Me recordó que ahora estoy en el ejército.

—Dios —se lamentó Luke con voz entrecortada.

—¿Dónde iréis? —preguntó Maddy—. ¿A Inglaterra?

—Es probable —respondió Luke con más convicción de la que sentía. Lo que sentía era náuseas porque no tenía ni idea de dónde viajarían los de Lahore; solo creía que, a diferencia de la sexta división de Poona, al menos sería a algún lugar de Europa y no al Golfo Pérsico.

Peter aclaró que todavía no se lo había contado a Della pero que obviamente no podía dejarla allí sola. Se volvió hacia Maddy y le preguntó si podía viajar con ella a Inglaterra el día siete.

—Sí —accedió ella con voz apagada y la mirada clavada en Luke—, por supuesto.

Él le sostuvo la mirada y trató de imaginarse dejándola esa noche, *esa noche* mientras hurgaba una vez más en su mente en busca de una salida. No la había, lo sabía, ninguna en absoluto.

Maddy se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Luke se movió de manera instintiva y la atrajo hacia sí, y sus músculos se relajaron al sentir el contacto con su cuerpo, el consuelo, mientras no paraba de pensar que en apenas unas horas ya no tendría eso. No habían tenido tiempo suficiente, los dos. No era suficiente, nunca sería suficiente...

—Viajaremos al mismo tiempo —se oyó decir tanto a sí mismo como a ella—. En quince días volveremos a estar juntos.

—Quince días —repitió ella y alzó la vista, con los ojos como el cristal, más azules que nunca.

Luke esbozó una sonrisa con esfuerzo y la animó a que hiciera lo mismo.

Maddy lo intentó. Fue evidente en el ligero movimiento de sus mejillas, pero no lo consiguió. Era la primera vez que él veía algo así y le partió el corazón.

¿Había sabido ella, entonces, lo que se avecinaba?

Luke se lo preguntaría a sí mismo muchas veces a lo largo de todo lo que sucedió después y también a ella en sus cartas.

"No", contestó ella. "¿Cómo habría podido saberlo?".

Planearon que él iría al acantonamiento a ver a Whittaker y luego volvería para que pudieran pasar la tarde juntos como harían Peter y Della. ("Me entristece bastante dejarla, admitió Peter, "pero no se les ocurra decírselo"). Whittaker, que no era un hombre insensible, había concedido tiempo a todos los hombres con familias para despedirse.

—Zarparán a Karachi a las ocho —les informó—. Asegúrense de estar de vuelta a tiempo para el transporte al puerto.

Luke no quería pensar en el transporte al puerto. Solo quería tirarse en la cama con su esposa, su esposa, que creía que nunca llegaría a asimilar que tuviera la suerte de tener, y olvidarse del uniforme que Whittaker le había entregado con los galones de mayor cosidos en las mangas, el macuto, el fusil y la bayoneta que ahora llevaban su nombre.

Lo último que imaginaba encontrar cuando entró en su apartamento era que Maddy se hubiera marchado y hubiera dejado una nota escrita deprisa en la que le avisaba que había ido con su padre al hospital de Guy Bowen. Nunca se le había ocurrido que pasarían el resto del día juntos en un pasillo concurrido, sentados en sillas de madera incómodas, esperando ansiosos a que Alice recobrara la conciencia y tratando de mantener la calma a pesar de que nadie sabía si Alice se recuperaría. El mundo parecía haberse puesto patas arriba. Permanecieron con los ojos clavados en la puerta de la habitación de Alice mientras el reloj giraba sin piedad, tomados de las manos porque era lo único que podían hacer, deseando estar en cualquier

otro lugar que no fuera donde estaban, en medio de un silencio cargado con el temor de la despedida.

Guy llegó. Luke tenía que reconocer que su conducta era impecable; explicó a Maddy con calma que no debía preocuparse, que la operación de Alice había salido tan bien como era posible; le habló con la misma franqueza con que la madre de Luke solía hablar de temas médicos. (No dejaba de pensar en su madre. Sabía que ese día estaría aterrorizada. Había comenzado su carrera como enfermera en la Primera Guerra de los Bóeres y le horrorizaban los campos de batalla. Verla era lo único positivo que Luke encontraba en su partida inminente). Guy luego comentó que lamentaba mucho que Luke se marchara esa noche: parecía sincero. Es más, si Luke no hubiera estado tan seguro de que estaba enamorado de Maddy, casi podría haber llegado a apreciarlo.

—Yo también me iré pronto —reveló—, pero me quedaré aquí un tiempo más para cuidar de todos ustedes, Maddy.

—Excelente —terció Luke.

—¿Cuánto tiempo estará mamá en el hospital? —quiso saber Maddy.

—Depende —contestó Guy—. Lo principal es evitar las infecciones. —Se volvió hacia la habitación—. No queremos que se repita... —Se interrumpió, como si se contuviera a sí mismo. ¿Por qué había hecho eso?

Ella se preguntaba lo mismo a juzgar por su ceño fruncido.

—¿Que se repita qué? —preguntó.

—Nada —dijo Guy—. Perdónenme, he estado despierto toda la noche. No sé por qué lo he dicho.

—¿Puedes explicarte? —lo urgió Luke.

—La verdad es que no —replicó Guy y se volvió—. Y debo seguir...

—Espera —le pidió Luke con evidente impaciencia en su voz.

—Guy —lo instó Maddy en tono similar—, por favor.

—Lo siento —se disculpó él—. Avísenme si se despierta.

Y con eso se marchó.

Maddy lo observó alejarse y dejó escapar un sonido que era mitad resignación, mitad frustración.

—¿Quieres que lo obligue a decírtelo? —sugirió Luke.

—No me lo repitas dos veces —admitió ella. Sus ojos enrojecidos se volvieron hacia la habitación de Alice donde Richard velaba junto a la cama —. Se lo preguntaré a papá después de que mamá despierte.

Para cuando empezó a caer la noche, sin embargo, todavía no lo había hecho. Luke no podía posponer más su regreso al acantonamiento consciente de que su barco esperaba en el puerto, no si no quería acabar fusilado como desertor (nada ideal). Además ahora tenía hombres a su cargo, cientos de ellos; hombres que también estaban dejando a sus familias, sus hogares. Que fuera reacio a ser un soldado no era culpa de ellos y lo estarían esperando.

—Mientras intentan entender el urdu precario de Peter —comentó Maddy, con otro intento agonizante por sonreír mientras se ponían en marcha juntos, a paso muy lento, por los pasillos oscuros del hospital hacia el porche delantero.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él—. No creo que puedas viajar por ahora.

—No, no por ahora. —Miró por encima del hombro hacia la habitación de Alice—. Lo haré tan pronto como pueda.

Luke respiró hondo y evitó volver a advertirle que no sabían cuánto tiempo más seguirían funcionando los barcos de pasajeros. No podía pedirle que dejara a su madre, no le pediría *eso*. Le dijo que haría todo lo posible por estar en el muelle para recibirla cuando llegara a Inglaterra y que si no podía hacerlo se aseguraría de que sus padres la estuvieran esperando.

—Pueden enseñarte la casa, estoy seguro de que les encantaría que te quedaras con ellos…

—Preferiría que tú estuvieras allí —lo interrumpió.

—Si puedo ahí estaré.

Llegaron a las puertas del hospital. Luke empujó una de ellas sin poder creer que estuviera poniendo un pie delante del otro cuando le parecía la peor clase de locura hacer cualquier cosa que no fuera quedarse exactamente donde estaba. Aun así, mantuvo la puerta abierta y la sostuvo mientras ella pasaba.

La lluvia seguía siendo tan torrencial como siempre. Rebotaba en el sendero de entrada de tierra y salpicaba las baldosas y sus pies. Las palmeras se alzaban altas contra las nubes ennegrecidas, con sus hojas ovaladas dobladas por el agua. Luke entornó los ojos y las observó; experimentó un presentimiento sombrío de repente: la idea de que una vez que se marchara podría no volver a ver esos árboles nunca más.

—Luke —empezó ella, como si pudiera percibir su miedo repentino—. Luke…

Le tocó el cuello para conseguir su atención. Él sintió que su mirada se suavizaba al encontrarse con la de ella. Estaba despeinada, con el cabello revuelto de tantas veces que se había pasado los dedos por él, caótico por la humedad. Su piel estaba enrojecida por el calor y la pena, y él deseaba volver a verla feliz. Quería hacerla feliz, quería despertarse al día siguiente y estar con ella, quería estar con ella todos los días, hablarle, mirarla, no olvidar jamás lo que se sentía al hacerlo.

Pero como no podía se limitó a besarla y a decirle que la amaba una y otra vez.

Maddy le devolvió el beso.

—Yo también te amo, te amaré siempre y te veré pronto.

—Pronto —repitió él—. Muy pronto.

Apoyó la frente contra la de ella, le tomó el rostro entre las manos y revivió el momento en que la había visto por primera vez: una desconocida hermosa en el paseo marítimo oscuro de Bombay. Se vio a sí mismo debajo del techo abovedado del vestíbulo central de la estación; inclinado sobre los mosaicos mientras juntaba las cerillas y las ponía de vuelta en la caja; su guía de la ciudad, toda la felicidad que aún les aguardaba. Su mente se llenó de cada mirada y cada palabra que habían compartido desde entonces y, como eso se parecía demasiado a ver la vida pasar ante los ojos, apartó las imágenes y se prometió a sí mismo que habría más de ellas. Muchas, muchísimas más.

—Te veré en Inglaterra. Te veré en casa.

—En casa —repitió ella y esta vez, su sonrisa fue verdadera—. Sí.

Luke sonrió también, más que agradecido de que ella lo hubiera hecho, de haber podido ver eso una vez más.

Había tantas cosas más que quería decirle. Pero no había tiempo. Sabía que no había tiempo. Y, por ahora, solo quedaba una palabra posible.

Deseó, deseó como nunca había deseado nada, que esa palabra no fuera "adiós".

CAPÍTULO QUINCE

No tuvo el valor de cancelar su pasaje a Inglaterra. Ni siquiera pudo regresar al apartamento de Luke para buscar su baúl. La idea de entrar en ese espacio vacío y ver la cama en la que habían dormido, las tazas de las que habían bebido y el asiento de la ventana en el que habían pasado tantas tantas horas era demasiado dolorosa de soportar. Della lo entendió sin que ella dijera nada; fue ella quien organizó que llevaran el baúl a casa de los padres de Maddy.

—Embalé todo lo demás —contó a Maddy cuando la encontró en la habitación del hospital la mañana después de que Luke y Peter se hubieron marchado a Karachi—. Dejé las llaves en el apartamento de al lado. Espero que esté bien.

—Sí —respondió Maddy, aunque nada estaba bien en absoluto—. Gracias.

Della observó a Alice que dormía bastante inquieta.

—¿No le pueden dar alguna otra cosa? —preguntó con expresión preocupada.

—Nada —respondió Maddy que había hecho la misma pregunta aterrada por la tez acalorada de su madre, la forma en que se movían sus labios secos sin emitir sonido y sus párpados temblorosos—. Ya le han dado toda la morfina permitida. El problema es la fiebre.

Había empezado de madrugada: una infección que ni siquiera Guy había podido evitar. Les había dicho, apenas una hora antes, que lo único que podían hacer ahora era esperar y confiar en que cediera.

—¿Confiar? —había dicho Maddy con los ojos rojos por el agotamiento y la rabia que crecía en su interior porque era demasiado, todo era demasiado.

—Confiar —había repetido él con impotencia.

"Pensé que ibas a cuidarnos". Estuvo a punto de gritar, pero contuvo el horrible impulso justo a tiempo. No era culpa de él, nada de eso era culpa de él, Guy había hecho todo lo posible, había intentado ayudar.

Y ahora Maddy sabía que no era la primera vez que lo hacía.

Había preguntado a su padre qué había querido decir Guy antes, cuando

les había hablado a ella y a Luke en el pasillo. "No queremos que se repita...". Se había olvidado de hacerlo en su momento. Richard la había encontrado en el porche del hospital, después de que Luke hubiera desaparecido por el sendero empapado, la había abrazado fuerte y la había sujetado para evitar que saliera corriendo detrás de él ("no servirá de nada, de nada") y ella había llorado sin consuelo, demasiado consumida por la tristeza para pensar en otra cosa. Pero más tarde, exhausta de tanto llorar, sentada con Richard junto a la cama de Alice mientras observaba respirar a su madre, las extrañas palabras de Guy habían vuelto a su mente.

Su padre no había parecido sorprendido cuando ella lo había mencionado. Richard no había apartado la mirada de su esposa y había suspirado, como si él también hubiera estado pensando en lo que había ocurrido.

No le había contado mucho, aunque sí más de lo que nunca hubiera dicho antes. Maddy se sorprendió mucho al enterarse de que su madre había tenido que ser operada durante el viaje de regreso a la India después de aquella única vez que había ido a visitarla a Inglaterra.

—Fue… espantoso —había recordado él con la mirada perdida, reviviéndolo—. La internaron cuando llegamos y estuvo en el hospital durante mucho tiempo. En este mismo hospital. Guy era un médico muy joven entonces pero la ayudó.

—¿De qué la operaron? —había preguntado Maddy.

Richard había sacudido la cabeza. "Le di mi palabra de que no saldría de mi boca".

—Pregúntaselo a tu mamá —había respondido— cuando esté mejor. Haz que te lo diga.

—No puedo *obligarla*.

—Claro que puedes —retrucó él—, cariño, tu madre haría cualquier cosa por ti.

Pensó en esas palabras ahora mientras acariciaba la mano de su madre. No había sostenido su mano desde hacía mucho tiempo.

—¿Dónde ha ido tu padre? —preguntó Della.

—A la oficina —contestó Maddy— para avisar que no irá por un tiempo. —La voz le tembló—. Le va a pedir a Fraser Keaton que cancele mi billete.

—Oh —soltó Della y dio la vuelta a la cama—. Ven aquí.

Maddy obedeció y se dejó envolver por los brazos de su amiga, más que agradecida por ese consuelo que tanto necesitaba, esforzándose mucho por

no pensar en cómo sería hundirse en esos *otros* brazos, brazos que ahora estaban en el mar, bordeando la costa hacia Karachi. Y entonces rompió a llorar de nuevo porque llevaba casi dos días sin dormir y ya no tenía energías para resistirse.

—No pienso irme hasta que tú lo hagas —declaró Della—. No sé si eso ayuda.

Maddy se apretó más contra ella.

—Por supuesto que ayuda.

"Le va a pedir a Fraser Keaton que cancele mi billete".

Alice oyó las palabras de Madeline y percibió su tristeza y su profunda decepción. Alzó la mano y buscó la de su hija para tomarle los dedos, esos dedos que solían deslizarse con tanta naturalidad entre los suyos (todos los días, *todos* y *cada uno* de los días), pero solo encontró aire húmedo.

"No llores", quiso decirle. "Por favor, no llores más".

¿La estaba escuchando?

¿Alguien la escuchaba?

No parecía. Madeline estaba hablando con Della. Algo sobre que Della se mudaría a la casa. Eso sería bueno. La casa siempre había parecido demasiado vacía y silenciosa, con demasiadas ausencias en las habitaciones: la de Madeline durante muchos años y las de todos esos bebés.

"Basta", se regañó a sí misma, "no empieces".

No podía evitarlo. Era el hecho de estar otra vez en ese hospital. Había pensado que nunca volvería, pero ahora que lo había hecho y sus sentidos desbordaban del olor a desinfectante, enfermedad y sudor, el traqueteo de las camillas, las voces de las enfermeras y el calor pegajoso del protector de goma que cubría el colchón, no podía pensar en otra cosa que en lo que la había llevado allí la última vez. El niño que casi había creído que podría llevar a término pero que el cirujano del barco le había explicado, una vez más, que era prematuro y estaba mal posicionado. "Ahora la dormiremos un rato, señora Bright. Cuando despierte todo estará bien". Entonces también le habían dado cloroformo. Había olvidado su sabor. Horrible.

Nadie le había dejado verlo. Cuando despertó ya no estaba. Richard le había dicho que lo habían "sepultado en el mar" y ella había gritado, gritado y gritado, y no lo había dejado acercarse porque él había permitido que lo hicieran: había culpado a Richard, no había podido evitarlo.

También se había culpado a sí misma. Por supuesto que sí. Después de todo, Richard le había advertido que no viajara a Inglaterra. "Es demasiado, demasiado agotador". El verano anterior, cuando él se había llevado a Madeline por primera vez y Alice estaba embarazada de otro niño, le había hecho caso y se había quedado en Bombay. Suponía que una pequeña parte de sí misma se *había* sentido aliviada de tener una excusa para no ver a Edie y a Fitz, para no tener que mirar a Edie a los ojos mientras le arrebataba algo más, pero era una parte minúscula e insignificante; en su mayor parte, se había arrepentido de no haber ido al instante siguiente de irse Madeline. Y más aún cuando perdió el embarazo y Richard seguía afuera.

Dos bebés perdidos ese año.

Había esperado con ilusión el momento de embarcarse cada día que había pasado desde entonces, imaginando cómo sería volver a tener a Madeline en sus brazos.

Sin embargo, cuando por fin llegó a Oxford, Madeline había seguido acudiendo a Edie, eligiéndola a ella del mismo modo en que Fitz (la primera persona que había besado a Alice y le había dado un anillo) la había elegido. El dolor de ver a Madeline esconderse en los brazos de Edie, con su carita que se asomaba llorosa por encima del hombro. La horrible insistencia de Edie en explicar a Alice el comportamiento de Madeline, su propia hija. "Es que ahora me conoce". La incomodidad de Fitz, el apuesto y arrogante Fitz, que miraba a Alice como si le tuviera lástima. Todo el tiempo. "No me compadezcas", había querido gritarle, "ni se te ocurra hacerlo".

Ni siquiera su propia madre la había compadecido. Entonces seguía enfadada con ella por haber perdido a Fitz y haberse marchado a la India "sin importarle nada ni nadie". Había estado tan fría la única vez que Alice y Richard habían llevado a Madeline de visita que Alice había deseado no haber ido.

—Nunca me convencerás de que has hecho feliz a mi hija —le había espetado Edna a Richard como una estocada final—. Mírala. La tristeza envejece, ¿sabías Alice?

El padre de Alice, ya debilitado por la enfermedad pulmonar que acabaría por causarle la muerte, había guardado silencio con aspecto triste y envejecido él mismo.

Madeline había abrazado a Alice por primera vez ese día sin que Alice tuviera que pedírselo: "A mí tampoco me gustan". Después de eso no había

mostrado ningún interés en Edie, ni siquiera en Richard, solo había querido estar con Alice. Se había metido en su cama todas las noches (ese cuerpecito tibio), rogándole que la llevara de vuelta a la India. "Por favor, mamá, por favor".

—¿Y si la llevamos? —había preguntado Alice a Richard—. Ahora es más grande, quizás no se enferme tanto…

—Está más grande porque no se ha *enfermado* —había respondido Richard—. Lo sabes Alice.

Lo sabía en el fondo, de lo contrario nunca habría cedido. Sin embargo, como con su bebé en el mar, le había resultado más fácil culparlo a él.

¿Había sido culpa de ella que el bebé muriera? ¿Se había exigido o preocupado demasiado?

"No", le había asegurado Guy en su momento, "por supuesto que no fue culpa tuya".

Alice se había sentido culpable pero nadie hablaba de esas cosas. Después de dejar el hospital nadie había mencionado al niño; sabía que debía olvidarlo pero nunca había querido hacerlo, porque sería como si sus pataditas y sus hipos dentro de ella no hubieran existido nunca.

Nunca había podido volver a subir a un barco y lo había intentado muchas veces. En esos primeros años había pedido a Richard que le reservara un pasaje tras otro, pero en cuanto ponía un pie en la pasarela y sentía el balanceo de las tablas bajo sus pies, el empujón de los demás pasajeros, olía el vapor y la sal, volvía a estar en el quirófano gritando de nuevo, pensando en aquel cuerpecito *sepultado en el mar.* Entonces retrocedía, daba la vuelta y se dirigía al costado del muelle, respirando pero sin respirar, casi sin poder ver, empapada en sudor.

Con el tiempo había cedido a su propio terror y había renunciado por completo a ir al muelle. Para entonces, se había perdido tantos años de la vida de Madeline que, en cierto modo, era más fácil creer que ya no tenía sentido seguir con sus intentos desesperados por llegar a ella. De modo que había dejado de hacerlo y así Maddy se había alejado cada vez más de ella con cada cumpleaños y cada Navidad, hasta convertirse poco a poco en alguien tan distante como sus hermanos y hermanas.

Hasta que había regresado.

Y ahora estaba allí y ya no hablaba con Della; estaba sentada de nuevo y le sostenía la mano.

"Cuéntaselo". Richard se lo había repetido a Alice hasta el cansancio. "Seguirá culpándote hasta que lo hagas".

¿Podría hacerlo? ¿Contárselo?

Se había convencido a sí misma de que, durante todo ese tiempo con su silencio, estaba protegiendo a Madeline de la tristeza.

Ahora se daba cuenta de que, en realidad, se había estado protegiendo a sí misma.

De su vergüenza.

Se recuperó muy despacio. Muy despacio. El siete de agosto todavía deliraba de fiebre y Maddy, rígida y agotada después de otra noche sin dormir en la silla, apenas pensó en el transatlántico que se alejaba del puerto de Bombay y adquiría velocidad para adentrarse en el mar. Observaba a Alice con los ojos irritados y secos, petrificada por la sensación de que su madre parecía haber abandonado su cuerpo ardiente, tratando de no contemplar la posibilidad muy real de que se estuviera muriendo. Le costaba encontrar consuelo en las palabras tranquilizadoras de Guy en cuanto a que ya había visto eso muchas veces antes, que siempre empeoraba antes de mejorar; ahora que parecía que de verdad podía perder a su madre, en lo único en lo que podía pensar era en el sonido de su risa y en que no le había dado suficientes motivos para reírse. Quería volver a oírla reír.

—Todos queremos eso —coincidió Richard.

Alice no se rio al día siguiente, pero no tuvo tanta fiebre y estuvo lo bastante lúcida para abrir los ojos y mirar a Maddy. ("Estás aquí, Madeline", quiso decirle. "Estoy tan feliz de que estés aquí". No estaba segura de por qué, lo que salió de su boca fue: "Te vendría bien un baño").

Maddy sonrió a pesar de su tristeza.

—Hola, mamá.

Su temperatura había vuelto a la normalidad al día siguiente y la hinchazón alrededor de la cicatriz había disminuido. Guy, que llevó a Maddy y a Richard al pasillo para advertirles de la posibilidad de infecciones secundarias, les explicó que quería que Alice permaneciera en el hospital al menos otras dos semanas, hasta que la cicatriz terminara de cerrarse.

—Pero el peligro ya pasó, ¿no? —quiso saber Richard.

—Por ahora —concedió Guy y sonó casi tan aliviado como Maddy.

—Gracias —exclamó ella y en un impulso extendió los brazos para

abrazarlo, pero se apartó con la misma velocidad cuando él se puso tenso.

—La verdad es que no hice nada —replicó Guy, con el rostro bronceado de un color que ella nunca le había visto antes.

—Hiciste mucho —replicó Richard.

Maddy regresó a la casa por primera vez esa tarde, se dio el baño que tanto necesitaba y se cambió de ropa, que, gracias a Della, ya se había sacado de los baúles y se había guardado en su sitio. Permaneció de pie frente al armario, exhausta, consciente de la realidad de estar de vuelta en la habitación que había abandonado tan felizmente apenas unas mañanas antes, y dejó que sus pensamientos, liberados en parte del miedo que sentía por su madre, se desviaran hacia Luke y cuánto lo echaba de menos.

Todavía estaba en la casa cuando llegó el telegrama; era casi como si Luke hubiera intuido lo mucho que necesitaba saber de él. Le decía que él y Peter habían llegado sanos y salvos a Karachi y le daba la dirección del hotel en el que se estaban alojando mientras esperaban a las tropas de Lahore, que estaban viajando por tierra a través de zonas inundadas por el monzón:

ESCRÍBEME, POR FAVOR, ESCRÍBEME *STOP*
NO VAMOS A NINGUNA PARTE TODAVÍA *STOP*

Lo hizo en ese mismo momento y le contó todo lo que había pasado desde que él se había marchado y, sobre todo, lo mucho que lo extrañaba:

VIAJARÉ TAN PRONTO COMO PUEDA.

La temperatura de Alice continuaba estable al día siguiente y Richard volvió a la oficina; faltaba personal, ya que muchos se habían ausentado por el verano y varios otros, como Peter y Luke ya habían sido reclutados, pero la presidencia de Bombay tenía que seguir funcionando. Había que aprobar contratos comerciales, revisar licencias de mercancías y licitaciones de obras, resolver conflictos salariales, problemas de escasez de agua y reparaciones ferroviarias.

—A veces no puedo evitar preguntarme si lo único que hemos traído a la India es burocracia —se quejó con cansancio cuando regresó al hospital esa tarde—. Ya echo de menos a Peter.

—Sospecho que él también te echa de menos —contestó Della con una sonrisa más valiente que divertida—. *No* me lo puedo imaginar como soldado.

—Pues sí —pronunció Alice.

Todos se miraron, como si quisieran asegurarse de que los demás también habían oído, demasiado cautos para creer que Alice volviera a sonar *de verdad* como ella misma.

Esa noche fue la primera noche que la dejaron sola y Maddy durmió en su antigua habitación. Esta vez no se detuvo a pensar en la tristeza de estar allí de nuevo; ni siquiera cerró el mosquitero después de desplomarse sobre las sábanas suaves. Miró el telegrama de Luke junto a ella sobre la almohada, escuchó un segundo los movimientos de Della en la habitación de al lado, cerró los ojos y se durmió. Durmió y durmió y durmió. No recordaba la última vez que había dormido con un sueño tan pesado ni durante tanto tiempo.

Lo mismo ocurrió durante las noches siguientes. Había creído que, con tanta ansiedad, le costaría conciliar el sueño, pero le sucedió todo lo contrario: no podía mantener los ojos abiertos. Se escapaba a la cama cada vez más temprano, a menudo (para contrariedad de Della) en cuanto regresaba del hospital. A veces ni siquiera aguantaba tanto y se quedaba dormida al lado de su madre, con la cabeza apoyada sobre los brazos doblados.

—Descansa —la instaba Alice, que nunca la despertaba—. Es evidente que lo necesitas.

No siempre dormía cuando estaba en el hospital. También hablaba, al igual que su madre, ambas muy conscientes de lo cerca que habían estado de no poder volver a hacerlo y decididas a no desperdiciar esa segunda oportunidad. ("Gracias a Dios", escribió Luke, "ojalá pudiera estar allí para ver lo aliviadas que deben sentirse las dos. Ojalá pudiera estar allí por muchas razones"). Quizás en parte gracias a los opioides, pero sin que Maddy se lo pidiera, Alice sacó el tema de su internación anterior en el hospital y la cirugía en el mar.

—Estuve aquí antes, ¿sabías? —dijo el primer día después de que le hubo bajado la fiebre. No apartó su mirada azul de Maddy mientras hablaba. Era obvio que se estaba obligando a hacerlo.

—¿Sí? —murmuró Maddy, sin querer arriesgarse a decir nada que pudiera hacerla callar.

—Sí —afirmó Alice y, a continuación, hizo una pausa tan larga que Maddy temió que fuera a dejarlo ahí.

La animó a continuar.

—Papá mencionó que estuviste indispuesta durante el viaje de regreso de Inglaterra.

—¿Indispuesta? —repitió Alice y sus mejillas se contrajeron con dolor—. No, Madeline, no estuve indispuesta.

No le contó todo de una vez, no hubo un único desahogo de las muchas cosas que Maddy habría querido saber desde hacía tanto tiempo. Más bien, después de la primera revelación entre lágrimas de que Maddy había estado a punto de tener un hermanito ("Oh", sollozó. "Oh, mamá, lo siento muchísimo"), Alice lo fue desvelando poco a poco, a lo largo de varios días, como si cada secreto revelado desbloqueara el siguiente. El pequeño bebé, *sepultado en el mar*, y las largas semanas que Alice había pasado después en el hospital. "El cirujano del barco no tenía... experiencia. Después de eso nunca pude… tener la esperanza de volver a quedarme embarazada". El hecho de que Fitz y Edie no habían podido tener hijos pero la habían tenido a ella, a Maddy.

—Si lo hubiera sabido… —comenzó Maddy, sin saber cómo continuar ni qué podría haber hecho, solo que deseaba con desesperación que hubiera habido algo.

—Eras demasiado pequeña —la tranquilizó Alice.

—No sabes cuánto me alegra que eligieras a papá y no te quedaras con Fitz —declaró.

—En realidad él me eligió a mí —confesó Alice—. Pero a mí también me alegra.

Luego los otros bebés: ocho en total que no habían vivido; uno el mismo verano en que Maddy había viajado por primera vez a Inglaterra. ("Deberías habérmelo dicho", protestó. Con el corazón encogido por fin comprendía la razón por la que su madre no había viajado con ella. *Era imposible. Parecía imposible*. "No sabía cómo hacerlo", reconoció Alice). Los largos años en que Alice había intentado con todas sus fuerzas marcharse de Bombay, sin conseguirlo nunca.

—Tus cartas —interpuso Maddy—. Siempre eran... —Se interrumpió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Parecía que no te importaba…

—Oh, Madeline. —Los ojos azules de Alice se llenaron de lágrimas—. Lo siento tanto.

No todo cambió como por arte de magia entre ellas. Habían pasado tanto tiempo atrapadas en la incomodidad que era un hábito difícil de romper. Y

Maddy, conmovida por todo lo que Alice había pasado, no podía permitirse relajarse, descuidarse ni decir nada que pudiera herirla más, mucho menos mencionar que seguía decidida a regresar a Inglaterra, *a casa*, para empezar allí su vida con Luke.

Pero leían juntas, comían el *tiffin* que el cocinero les enviaba al hospital con los *dabbah-wallahs*, resolvían crucigramas, hablaban de Luke, de cuánto lo extrañaba Maddy, de cuánto la asustaba que entrara en combate y, luego, a veces, se limitaban a quedarse sentadas en un silencio que poco a poco dejó de ser atemorizante. Los días transcurrieron y Maddy fue testigo de cómo su madre recuperaba parte del peso que había perdido y su horrible palidez empezaba a disiparse. Guy les aseguró que, si seguía así, estaría lista para volver a casa a fin de mes.

—Gracias a Dios —exclamó Alice.

"Gracias a Dios", pensó Maddy.

Las noticias llegaban con cuentagotas desde Europa: batallas entre fuerzas francesas, alemanas y belgas en la frontera franco-alemana, luego los avances alemanes y el desembarco de la Fuerza Expedicionaria Británica que, según todos, pondría fin a la guerra en cuestión de días… solo que los alemanes seguían venciéndolos también a ellos y los estaban obligando a replegarse hacia el sur, desde Mons hacia París, kilómetros y kilómetros de territorio francés que caían en manos alemanas. "Las tropas ya están todas aquí en Karachi", escribió Luke, "aunque la mitad de los soldados están enfermos de malaria y no tenemos uniformes de invierno. Embarcamos mañana y odio navegar en dirección opuesta a donde estás tú. Maddy, lo siento muchísimo, pero no iremos a Inglaterra. No puedo decirte dónde estaremos, solo que será en algún lugar de Francia".

"Algún lugar de Francia", respondió Maddy, desolada. "No puedo explicarte cuánto me aterra eso".

—A mí también me aterra —convino Della y ni siquiera intentó sonreír ante la idea de Peter como soldado, no después de todas las derrotas en Francia. Él mismo había escrito y bromeado sobre que llegarían a Europa vestidos con uniforme tropical, a pesar de que sería casi octubre cuando desembarcaran, pero no tenía ninguna gracia—. Tengo un mal presentimiento, Maddy —añadió.

—Yo también —reconoció Maddy, que sentía una necesidad cada vez más imperiosa de ignorar las ganas de quedarse con su madre y viajar a

Inglaterra lo antes posible. Aun cuando Luke estuviera en Francia, estaba segura de que se sentiría mejor una vez que regresara. No era solo la idea de llegar a la casa en Richmond. Ni siquiera era lo más importante. Sentía que era crucial que ella estuviera ahí.

—Espera a que tu madre salga del hospital —le pidió su padre.

—Yo me iré contigo —le aseguró Della.

Los periódicos traían noticias nuevas todos los días de la retirada británica de Mons: un repliegue hacia el mar del que nadie quería hablar porque era inconcebible que los británicos se vieran obligados a retroceder. Las tropas llegaban en trenes repletos a Bombay, listas para embarcar y prestar apoyo a la defensa. El hotel Taj Mahal estaba abarrotado de oficiales, todos con el mismo uniforme que ahora llevaría Luke, solo que ninguno de ellos era él. Maddy, que solía ir a tomar el té al Sea Lounge con Della, un respiro bienvenido después de las largas jornadas en las sillas incómodas del hospital, se sorprendió a sí misma enderezándose de pronto en la tumbona de mimbre un par de veces con la sensación de haber vislumbrado, por una fracción de segundo, el cabello oscuro o un esbozo del perfil de Luke al doblar una esquina o entrar en el hotel, para luego dejarse caer otra vez porque, por supuesto, no había sido así. Era insoportable. Observaba a los oficiales que fumaban y reían en el vestíbulo y afuera, en la veranda cubierta del salón, y se preguntaba si tanto entusiasmo no sería fingido.

—De ninguna manera —aclaró uno de los muchos que les ofrecían a ella y a Della algo más fuerte que té (una idea que a Maddy le provocaba cada vez más náuseas)—. Como les digo a mis hombres, esto es una gran aventura. Esperemos que no haya terminado para cuando lleguemos.

—Pues yo voy a esperar todo lo contrario —replicó ella.

En el puerto se habían montado largas filas de tiendas de campaña para alojar a los residentes temporales de Bombay. Maddy no podía mirar ese poblado de lona, tan gris y lúgubre bajo la lluvia, sin pensar que Luke debía haber tenido algo que ver en su planificación o tal vez en su aprobación. Los que no dormían en las tiendas se hospedaban en los depósitos del puerto o en los camarotes de los barcos pesados que aguardaban en el mar tranquilo bajo el cielo monzónico. Cada día, de camino al hospital, Maddy veía a los cipayos realizando visitas turísticas improvisadas por la ciudad, cientos de ellos tomados de la mano mientras observaban con asombro los tranvías y el tráfico, y pensaba que si no hubiera estado tan cansada (y no fuera mujer),

podría haberse ofrecido como voluntaria. Della, que *era* voluntaria (en un puesto que aceptaban mujeres, en una de las cantinas del puerto), la hizo sonreír con la historia de unos soldados gurkhas que nunca habían visto el mar y habían intentado lavarse en él.

—Al parecer no entendían por qué el jabón no hacía espuma —relató Maddy ahora— ni por qué el agua les daba más sed.

—De hecho atendimos a un par de ellos aquí —precisó Guy, que estaba en la habitación de Alice revisando la historia clínica cuando Maddy contó la anécdota—. El agua salada no solo da sed.

Maddy frunció los labios al imaginar el sabor.

—Bueno, Alice —añadió Guy y levantó la vista de la historia clínica—. Creo que ya estás lista para irte a casa.

—¿En serio? —Alice se incorporó sobre la almohada con el cabello rubio suelto sobre los hombros, lo que la hacía parecer mucho más joven—. Gracias, Guy.

—De nada. Me alegra verte mejor antes de irme.

Maddy no le preguntó cuándo se iba. Tampoco le dijo que lo iba a extrañar aunque lo haría. Alguien en el hospital había empezado a cocinar arroz: el olor la golpeó de repente y acabó por desbordarla, rematando el malestar que le había provocado la idea de beber agua de mar. Apenas logró llegar al lavabo esmaltado de la habitación antes de que la necesidad de vomitar la sobrepasara.

Se tomó del lavabo con ambas manos y vomitó todo el yogur y el mango del desayuno de manera tan desagradable que le dio una arcada y luego otra, y entonces se puso a llorar porque siempre lloraba cuando estaba enferma y además se sentía avergonzada de que Guy y su madre estuvieran allí mirándola, y ella quería a Luke. *Quería* a Luke.

—Madeline —oyó que la llamó su madre desde la cama—, Madeline...

—Dios mío —susurró ella y se limpió la boca.

—Madeline —repitió su madre.

Sabiendo que tarde o temprano tendría que hacerlo, se volvió con lentitud.

—¿Has comido algo? —preguntó Alice.

—No lo sé —contestó Maddy, lo cual no era del todo cierto, pero no estaba lista para expresar sus sospechas, al menos no todavía. Eran demasiado valiosas, demasiado maravillosas. "No lo arruines".

Guy, sin embargo, la observaba de forma muy extraña. Ya no sonreía. En

cuanto se dio cuenta de que ella lo estaba mirando, se movió y anunció que iría a buscarle agua, pero no antes de que Maddy quedara impactada por su quietud y su expresión tensa.

Era como si algo se hubiera roto dentro de él.

Guy partió hacia Europa tres días después para tristeza de Maddy, en el primer convoy desde el puerto de Bombay junto con casi todos los hombres que habían bebido champán en el Taj y también los que habían dormido en el poblado de lona. La sensación repentina de vacío no duraría mucho; la siguiente oleada de hombres ya había abordado los trenes en distintos puntos de la India, preparados para llegar a Bombay y embarcar.

Guy pasó por la casa a despedirse antes de marcharse. También se dirigía a Francia, con la misión de montar uno de los puestos de evacuación de heridos que se estaban estableciendo a lo largo de la línea del frente. Todos le rogaron que se cuidara, *que tuviera cuidado,* y Maddy sintió una gran pena porque no podía imaginar lo que le esperaba y porque de verdad estaba muy solo.

Lo acompañó hasta el porche. Él le dio una tarjeta en la puerta: los datos de un médico.

—Es el mejor —aseveró—. No consultes a nadie más.

—Guy... —comenzó ella.

—Por favor —la interrumpió antes de que ella les hiciera pasar a ambos el momento incómodo de disculparse por algo que ninguno de los dos quería reconocer—, no viajes. No si no es necesario. Puede que las lluvias hayan parado pero el mar seguirá agitado.

—Espero que *tú* tengas un buen viaje —concluyó ella sin comprometerse a nada y pensando, como siempre, en Luke; en cómo él y Peter se las estarían arreglando con sus hombres ya enfermos en esos mares embravecidos.

—Estoy hecho de madera dura —replicó él y ella supo que no se refería a las olas.

Maddy se puso de puntillas y le dio un beso ligero en la mejilla.

—Te voy a extrañar —dijo.

Guy no respondió que él también la extrañaría.

Hizo una pausa para dedicarle una última y breve sonrisa, luego se giró y se apresuró a cruzar el porche hacia su automóvil. El coche que había transportado todas esas botellas de agua hervida.

Maddy todavía tenía intención de viajar. Aunque no se había animado a sacar el tema con su madre, le había dicho a su padre que tenía que estar en Inglaterra para cuando Luke recibiera su primer permiso para volver a casa; se quedaría hasta fin de mes con Alice y luego zarparía; regresaría a visitarlos tan pronto como pudiera.

Pero el cinco de septiembre el primer submarino alemán en hundir un buque de guerra aliado atacó y hundió el acorazado británico HMS Pathfinder. Poco después, mientras la batalla del Marne se libraba en Francia y detenía por fin el avance alemán en el río Aisne, varios otros buques de guerra británicos fueron hundidos en rápida sucesión. Maddy no necesitaba que Della y su padre le advirtieran que embarcarse en esas circunstancias sería una auténtica locura. Lo único que le importaba ahora era que Luke llegara sano y salvo a Francia, y también Guy y Peter. Pero aunque el alivio fue inmenso cuando por fin recibieron telegramas desde algún lugar de Francia que les aseguraban que todos *estaban* a salvo en tierra firme, era difícil sentirse feliz, ahora que se habían publicado las listas de bajas del Marne. Más de un muchacho que Maddy había conocido en la universidad figuraba en ellas: muerto en combate, herido, desaparecido y presuntamente muerto... La idea de que hubieran desaparecido así sin más era devastadora. Prefería creer que no era real, que se trataba de errores de imprenta y que ellos seguían existiendo en algún lugar, tal como los recordaba —pedaleando por Oxford, con las bufandas al viento y las mejillas encendidas por el sol de verano mientras bebían cerveza tibia en los jardines junto al río —, pero el mundo parecía más vacío, mucho más triste.

Hubo una única noticia que por cierto era buena y que le había comunicado el doctor Tully, un hombre bastante mayor, muy distinguido y caballeroso, que Guy había recomendado a Maddy que consultara.

—Se disculpó antes de examinarme —le contó a Della, fucsia por la vergüenza, cuando regresó a la sala de espera—. Creo que nunca me voy a acostumbrar.

—Pero ¿y…? —aventuró Della.

—Y —repitió Maddy y sus mejillas se alzaron en una sonrisa con una mezcla de incredulidad por tener a esa personita creciendo dentro de ella (la personita *de los dos*) y de alegría inmensa y absoluta—. Voy a tener un bebé, Della —declaró riendo y abrió los brazos para que su amiga la abrazara—. Voy a ser *mamá*.

Se sentía nerviosa por tener que contárselo a sus padres a pesar de su felicidad. Su euforia la hacía sentir culpable ahora que sabía todo lo que habían sufrido. Las piernas le temblaban esa misma tarde mientras caminaba junto a Della hacia el porche donde ambos tomaban un aperitivo a la luz de las lámparas perfumadas de citronela. El aceite cítrico se le atravesó en la garganta; todavía tenía muchas náuseas ("Apuesto a que es una niña", había aventurado el doctor Tully, "sin ninguna razón científica salvo que hacen sentir más indispuestas a sus mamás"). Tuvo que tragar antes de poder hablar y el leve codazo de Della en su costado la obligó a soltar palabras en lugar de vómito.

—Espero que no estéis muy ocupados en marzo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Richard.

—Porque… y tú especialmente pareces demasiado joven para eso, mamá, vais a ser abuelos.

Y, luego, sus caras. Sus *caras*.

Richard soltó una carcajada, una auténtica carcajada. Alice dio un respingo, se llevó las manos a la boca, miró de Maddy a Della, luego a Richard y de nuevo a Maddy.

—¿Un bebé? ¿Aquí?

—Creo que sí —contestó Maddy, que ahora ni soñaba con arriesgarse a los submarinos alemanes y había empezado a aceptar que, por mucho que deseara lo contrario, nada iba a terminar antes de Navidad. No estaba segura de cómo habría podido soportar esa agonía de no ser por la maravillosa criatura que crecía en su interior.

Y casi valía la pena el dolor de quedarse solo para ver la felicidad de sus padres y las lágrimas en los ojos de su madre. Le alegraba mucho haber podido darles eso. *Mucho*.

Pero aun así, habría renunciado a todo sin dudarlo con tal de no tener que decir a Luke que iba a ser padre a través de un telegrama.

De ahora en adelante, su sonrisa y su alegría por la noticia solo existirían en la imaginación de Maddy.

El telegrama no le llegó hasta mediados de octubre, después de perseguirlo desde el campamento base en Marsella hasta Orleans, donde su ordenanza, un joven cipayo que había viajado con él y con Peter desde Bombay, se lo entregó en medio de un campo de prácticas de artillería húmedo y azotado

por el viento. Los habitantes locales se agolpaban alrededor de las vallas de alambre, desafiando el mal tiempo para ver una vez más a los cipayos, una novedad que parecía no cansarlos. Los soldados, que en su mayoría se habían recuperado de la malaria que había vuelto el largo viaje a Francia todavía más penoso de lo que ya era, estaban formados en filas sobre los adoquines, con sus uniformes ligeros empapados por la llovizna y los turbantes goteando; descargaban y recargaban sus fusiles, con manos que se movían con rapidez a pesar del frío, y disparaban a los sacos de arena colgados mientras sus capitanes, entre ellos un Peter aterido de frío, gritaban las órdenes.

Luke observó a Peter mientras se inclinaba para ayudar a uno de sus hombres a desatascar su fusil. Respiraba hielo al hablar (y sin duda masacraba un poco más el urdu); hacía un frío glacial para ser octubre. Todos estaban helados, todavía con sus uniformes indios a pesar de las reiteradas peticiones de Luke a los intendentes para que les proporcionaran capotes y ropa de sarga gruesa color caqui. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo brumoso, sintiendo la humedad en su rostro, y frunció el ceño al pensar en las semanas que les esperaban en los campos pantanosos de Ypres. Se había establecido una especie de línea en el lugar —en parte fuerzas francesas, en parte belgas y británicas— para intentar evitar que los puertos del Canal de la Mancha cayeran en manos alemanas. En realidad estaba dando bastante poco resultado y, como no había más tropas británicas entrenadas presentes en Francia, había recaído en el ejército indio la tarea de atrincherarse y prestar apoyo. El coronel Whittaker, que también se encontraba ahora en Orleans, iría con ellos. Partirían en tren la noche siguiente, rumbo a solo Dios sabía qué carnicería. Orleans había visto pasar una buena cantidad de soldados recién llegados del frente. Luke se había estremecido con más de un relato sobre compañías diezmadas por el fuego de las ametralladoras y el poder destructor de los obuses.

Sin embargo, todo eso se borró de su mente cuando su ordenanza llegó corriendo y le entregó el endeble telegrama. Rompió el papel sabiendo que era de ella, desesperado por sus palabras, cualquier palabra, como un adicto. Con el ruido de los fusiles y las órdenes en urdu resonando a su alrededor, sus ojos recorrieron el mensaje mecanografiado:

¿VERDAD QUE SOMOS UNOS GENIOS? *STOP* UN NIÑO O UNA NIÑA SE

PREPARA PARA LLEGAR EN PRIMAVERA *STOP* AHORA TIENES OTRA RAZÓN PARA MANTENERTE A SALVO *STOP*

Respiró hondo con un jadeo de júbilo que ni siquiera la imaginación de Maddy había logrado anticipar. Un hijo. Un hijo *de ambos*.

—Dios mío —musitó mientras leía de nuevo el mensaje, sonreía y reía sin poder creerlo. La imaginó en la oficina de telégrafos de Bombay, con uno de sus vestidos claros, la piel sonrojada con esa clase de calor que tanto lo provocaba, escribiendo, también sonriendo, y, por un segundo, solo un segundo, estuvo allí con ella.

Quería estar con ella. Su cuerpo entero lo necesitaba.

"Otra razón para mantenerte a salvo", había escrito.

"Otra razón para mantenerme a salvo", repitió para sus adentros y se sobresaltó cuando una bala perdida silbó demasiado cerca de su rostro.

—Lo siento —gritó Peter—. Sigue atascado.

Luke volvió su atención al terreno, la llovizna y el frío, y los hombres que nunca se quejaban y con quienes mañana marcharía a la batalla por primera vez.

"Otra razón para mantenerme a salvo".

Tenía que hacerlo. Como fuera tenía que hacerlo y regresar con ella, con ese bebé, con su familia.

Nunca nada había sido tan importante en su vida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Los alemanes no llegaron a los puertos del Canal de la Mancha ese invierno. Día tras día, los proyectiles zumbaban y las balas llovían, pero a pesar de los ataques y contraataques implacables de ambos bandos a través de las llanuras anegadas e intransitables de Ypres, la línea apenas se movió y el único resultado fue la devastación. En los raros momentos de tregua durante los combates, Luke rogaba a los hombres que depusieran las bayonetas y descansaran; todavía con sus uniformes tropicales, se acurrucaban para protegerse debajo de los árboles destrozados e intentaban dormir en el barro helado y olvidar los cadáveres que yacían por todas partes, los cañones pesados que en cualquier momento podían apuntarles y hacer con ellos lo mismo que les habían hecho a sus hermanos, a sus amigos, y los francotiradores invisibles, siempre al acecho. "Esto no es una guerra", escribió un sargento indio en una de las cartas a casa que Luke censuraba cada noche, encorvado en un cráter de explosión y con el impermeable levantado para proteger el papel de la lluvia, "es el fin del mundo".

Los hombres morían día tras día, de formas que Luke nunca habría creído posibles si no hubiera estado allí, gritándoles que se movieran apenas una fracción de segundo demasiado tarde, sosteniéndolos mientras morían.

—Es la mirada en sus ojos —comentó Peter una noche de tormenta, con un cigarrillo apretado entre los dedos y, por una vez, sin esa fachada despreocupada que solía usar como escudo—. La forma en que te miran. —Y entonces se volvió hacia Luke exactamente de ese modo, con una desesperación absoluta que hizo que Luke extendiera la mano y le apretara el brazo empapado, como si eso pudiera servir de algo—. No quiero que esto sea lo último que vea —concluyó Peter.

—Entonces, por el amor de Dios, no dejemos que lo sea —contestó Luke.

—¿Tienes un plan? —preguntó Peter.

—Estoy en eso —aseguró, lo cual, por supuesto, no era así. A esas alturas, estaba convencido de que sobrevivir a ese horror absurdo se reducía a un juego de azar macabro.

Peter dio una calada a su cigarrillo; él también lo sabía.

—Mantenme al tanto —replicó de todos modos y esbozó una sonrisa forzada, porque era Peter y eso era lo que hacía.

Los días transcurrían con una lentitud insoportable, cada uno peor que el anterior. Era casi imposible entender cómo se las ingeniaban para seguir adelante y Luke, que se sentía muy mal por el rol que había desempeñado en arrastrar a todos hasta allí y que lo único que quería era enviarlos a casa (incluido él mismo), recibía órdenes de desplazar sus compañías donde la Fuerza Expedicionaria Británica necesitara más apoyo, lo que significaba que se movían sin cesar por todo el saliente, arrastrados de una batalla a otra. Rara vez dormían; siempre tenían frío, siempre tenían hambre y sobrevivían a base de latas de carne fría. El propio comandante de Luke sufrió una quemadura grave por la explosión de un proyectil y fue enviado a uno de los nuevos cirujanos plásticos en Inglaterra. ("Cirujano plástico", murmuró con los labios quemados cuando Luke se despidió de él en el abarrotado hospital de campaña. "Suena a tortura"). Los oficiales al mando, los hombres con los que Luke y Peter habían viajado desde Karachi, los hombres que habían instruido y mantenido a las tropas en pie, hombres con sus propias familias, vidas y esperanzas, desaparecían. "Me han ascendido a teniente coronel", escribió a Maddy, "no queda nadie más para ocupar el puesto. Peter ahora es mayor. Los ascensos son rápidos en el frente occidental. Todavía no entiendo cómo los dos seguimos vivos. Empiezo a creer que somos el amuleto de la suerte el uno del otro. Casi todos los capitanes que vinieron con nosotros han muerto, es desolador. Nos han asignado suboficiales británicos nuevos pero hablan urdu peor que Peter. Lo intentan pero nadie les entiende y también los estamos perdiendo. Maddy, la mayoría de ellos estaba en la escuela el año pasado, son poco más que niños. Los francotiradores nos tienen en la mira todo el tiempo. Saben que los oficiales llevan gorras con visera, no turbantes".

"Por el amor de Dios", respondió ella a finales de octubre, "empieza a usar turbante".

Era, por supuesto, una excelente idea.

—De hecho, es un plan —destacó Peter—. Bien hecho, Maddy.

Todos los oficiales de Luke reemplazaron sus gorras antes de emprender el siguiente ataque y avanzaron al amanecer a través del terreno arrasado de los Bosques de Nuns o Nonneboche; otro avance frenético en medio del

humo, esta vez para hacer retroceder a los alemanes en su intento de apoderarse de la carretera de Menin. A Whittaker no le gustó el cambio de uniforme y se negó a usar turbante. "¡Esto es el ejército ahora!". De todos modos, el coronel también murió, abatido por un francotirador en ese mismo ataque: aunque no estaba previsto que participara, había insistido en prestar su apoyo, alegando que los hombres tenían derecho a oír la orden de cargar en su propio idioma, maldita sea. Le dispararon antes de que tuvieran siquiera la oportunidad de llegar a la posición alemana y tomar prisioneros a los soldados hipotérmicos que se encontraban allí. ("*Danke*", balbucearon los hombres. "*Danke*"). Más tarde ese día, Luke escribió a la esposa de Whittaker mientras él y el resto de los hombres ilesos se desplomaban entre las ruinas de piedra de una capilla, bajo el resplandor fantasmal de los reflectores sobre sus cabezas. Su pluma se movió sobre el papel húmedo en tanto repetía las mismas frases trilladas e inútiles sobre la valentía y los finales rápidos que había escrito tantas veces.

Maddy también escribía con asiduidad: cartas diarias que llegaban en paquetes que siempre tardaban demasiado y lo alejaban del horror con historias de la vida que él tanto anhelaba y que ella relataba como si estuvieran uno al lado del otro, en la playa, en un restaurante, en la cama, como si ella también imaginara que estaban allí. Le describía los movimientos del hijo en su vientre… "todavía me parece increíble"… y le contaba, como él le había pedido, cada cita con el doctor Tully ("él sigue hablando del bebé, que al parecer está creciendo muy bien, como si fuera una tarta del cocinero. A propósito, el cocinero no solo me ha vuelto a dirigir la palabra sino que lo hace en urdu. ¡En urdu! Estoy segura de que debe estar dándose aires porque sus *chutneys* me ayudaron mucho con las náuseas") y que había empezado a enseñar en la escuela local a la que asistían los hijos de su jardinero, donde no existían reglas ridículas contra las maestras casadas (ni relacionadas con personas divorciadas).

"Me alegra tanto que estés haciendo eso", escribió él. "¿Te gusta?".

"Muchísimo", respondió ella, "debería haber empezado hace tiempo. Mamá me acompaña a veces".

"¿Cómo está tu madre?".

"Muy diferente, no sabría cómo explicártelo. Está mucho mejor, pero callada como siempre (papá dice que cree que ha olvidado cómo no serlo), aunque más gentil, menos... esquiva, así que es agradable estar con ella y

mucho más fácil hablar con ella, hasta Della piensa lo mismo, en especial sobre cualquier cosa relacionada con el bebé. Le está bordando un mosquitero nuevo con unas estrellas y lunas maravillosas. ¡Ahora sé quién cosió todos esos monos en el mío! Por supuesto, le cuesta creer que yo lo recuerde. Empiezo a darme cuenta de lo mucho que adora a los niños y me da mucha pena que no tuviera más hijos. Cuando viene a la escuela dice que es solo para asegurarse de que yo no me canse con la caminata, pero en cuanto entra en el aula y los niños le piden que pinte con ellos, accede enseguida, como si nunca hubiera pensado en quedarse…".

"¿Y los niños saben que estás esperando un bebé?".

"Sí. Les gusta sentir cómo se mueve y patea".

"¿Qué diría Diana Aldyce?".

"¿Qué no diría?".

"Estoy celoso", respondió mientras la lluvia rebotaba en sus hombros y resbalaba por su cuello. "Quiero sentir esas patadas".

Empezó a hacer más frío. La madre de Luke le envió un abrigo grueso. "Cuídalo bien, por favor. Nada de roturas. Ni agujeros. Estamos contigo a cada segundo. No olvides nunca que también tienes nuestras vidas en tus manos. Eres todo lo que tenemos". Luke le prestó el abrigo a su ordenanza, que antes de ese infierno nunca había conocido una temperatura más baja que la de una noche en Bombay. El ordenanza le preguntó si le daba permiso para que su hermano, un soldado raso, un *naik*, de la compañía de Peter, también lo usara y, después de eso, todos los hombres se turnaban para disfrutar de un instante de calor. No fue hasta finales de noviembre, cuando la batalla de Ypres, que ya llevaba un año, se acercaba a un desenlace gradual e inconcluso y el saliente quedó inmerso en una calma apenas rota por los ecos del combate, que, con el paisaje arrasado ya cubierto de nieve, por fin llegaron los uniformes de invierno de sarga gruesa. Eran demasiados. Casi la mitad de los hombres para quienes se habían pedido habían muerto, enterrados bajo el suelo helado, y ya nunca regresarían al calor de la India que tanto habían añorado.

"No he olvidado ese calor", escribió Luke a Maddy. "A veces lo siento en mis sueños. Pero nunca puedo verte. ¿Podrías sacarte una foto, por favor? Necesito mucho ver tu rostro".

Maddy lo hizo y le envió un retrato en sepia que Richard le había tomado en la veranda. Luke lo recibió en una posición más avanzada en la línea,

cerca de la ciudad de Neuve Chapelle, en manos de los alemanes, donde su nuevo comandante, un agobiado coronel de Ipswich, le había ordenado marchar con los restos maltrechos de su división para atrincherarse durante el invierno. Era un sector más tranquilo, aunque se rumoreaba sobre una ofensiva en primavera. Y también más habitable (todo era relativo), con trincheras profundas construidas por los ingenieros, pasarelas de madera para mantener los pies fuera de los charcos helados y pequeños lujos, como sacos de arena para proteger la cabeza del fuego de los francotiradores. También había refugios donde podían dormir a resguardo de la lluvia y el viento.

Luke se acostó en su litera para abrir la carta de Maddy. Sobre él, el techo goteaba tierra a causa de los bombardeos diarios que intercambiaban con los boches (solo para recordar a todos, como si pudieran olvidarlo, por qué estaban allí). En un rincón del refugio de tierra un grupo de *naiks*, incluido su propio ordenanza, jugaban a los dados. En la mesa, Peter y un par de otros suboficiales repartían una partida de rummy y discutían sobre si las carreras de ratas serían o no un deporte apto para levantar la moral de las tropas.

—El solo hecho de que estén discutiendo eso —comentó Luke mientras abría el sobre— demuestra que llevamos demasiado tiempo aquí.

Sacó el contenido del sobre; sus dedos tocaron el papel que ella había tocado y tomó la fotografía entre sus manos agrietadas y cubiertas de barro. "Papá ha comprado una cámara Brownie de caja", había escrito ella, "así que enviaremos fotos del bebé en cuanto nazca. Tus padres también han pedido algunas y Edie está ansiosa". Se quedó mirando la imagen, con los ojos empañados por el esfuerzo de absorber hasta el último detalle. Maddy llevaba un vestido claro, sin sombrero. Varios mechones sueltos de su cabello rizado le rozaban la piel tersa del cuello. Miraba hacia la cámara, sonriendo directamente a él. Luke distinguió la curva perfecta de su vientre y apretó la mandíbula con dolor, el dolor insoportable de no estar donde ella estaba. Sobre la mesa junto a ella había un vaso de agua a medio beber y un plato con fruta cortada. La imaginó bebiendo el agua y dejando el vaso sobre la mesa. Oyó su voz. "De acuerdo, adelante, estoy lista. No, espera... ¿Debo sonreír? ¿Se puede sonreír en las fotografías?".

"Gracias", le escribió a modo de respuesta. "No puedo expresar lo que ha significado para mí recibir esto".

"Ahora una vuestra por favor", le pidió ella.

Luke le envió una foto que su ordenanza les había tomado a él y a Peter con una cámara que les había prestado el dueño de una tabaquería local durante una semana de permiso en una aldea cercana, ambos de pie en la calle empedrada, con las pieles de oveja que le habían comprado a un granjero local sobre el uniforme caqui.

"Muy elegantes", escribió ella, "os quedan bien. Por si te sirve, te mando también calcetines y guantes. Los niños de mi clase me ayudaron a tejerlos (felices de librarse un rato de las matemáticas). Algunos tienen hermanos mayores y padres en el frente, así que ahora dedicamos una hora todos los días a eso. Es una clase muy trabajadora. Todos estamos ocupados. ¿Te contó Peter que Della ya no está en la cantina y que ahora es voluntaria en el antiguo hospital de Guy? Conoció allí a un cirujano dental muy simpático, Jeffrey, pero me asegura que esa no es la única razón por la que va al hospital. Estos días falta personal en todas partes y ninguna de las dos soportamos quedarnos sentadas esperando en casa. No dejo de pensar en que, por estas fechas el año pasado, estaba a punto de verte por primera vez en el Club Náutico. No he vuelto desde que te fuiste. No puedo. Este Año Nuevo no habrá fiesta. No estaría bien y lo último que quiere nadie es bailar. Tampoco es que yo esté en demasiadas condiciones de bailar. Gracias al cocinero (que nos ha asegurado que no habrá pavo al curri esta Navidad), este bebé será sin duda un bebé hermoso y saludable".

"Yo bailaría contigo", respondió él. "Si estuviera allí, te llevaría a nuestra playa y bailaría contigo en la arena...".

"Qué bonita idea", escribió ella.

A mediados de diciembre llegaron nuevos hombres para reponer las bajas, entre ellos algunos oficiales que hablaban urdu y que tanta falta hacían. Fraser Keaton, recién llegado de Bombay, estaba entre ellos. "Vigílalo, ¿quieres?", escribió Richard a Luke. "No quiso saber nada con quedarse pero me parece demasiado joven para ir al frente". También llegó Ernest Aldyce.

—Oh, Dios —exclamó Peter mientras quemaba los piojos de las costuras de su camisa—, siempre se puede estar peor.

Sin embargo, era un Ernest más callado. Consumido. Había estado también en Ypres, con la Fuerza Expedicionaria Británica, ya que se encontraba de permiso en Inglaterra cuando los habían movilizado, y era uno de los pocos de su compañía que habían sobrevivido. Si es que se podía

llamar sobrevivir. Físicamente todo en él se había afinado: su cabello, su cuerpo, hasta su piel cerúlea colgaba fina y casi transparente sobre los rasgos imprecisos de su rostro. Ya no sostenía la cabeza derecha sino ladeada, con la barbilla hacia el hombro huesudo y los ojos que se movían sin parar, como si le diera miedo fijarlos en un solo lugar. Era un hombre muy distinto del oficial del Ejército de la India seguro de sí mismo que solía agotar a Luke con sus charlas y preguntas interminables en Bombay. Luke no estaba seguro de que lo hubiera reconocido si no hubiera visto sus papeles.

—No quería venir —recordó Luke a Peter—. ¿Te acuerdas de cómo insistía en que debía quedarse en Bombay?

—Más listo de lo que yo creía —señaló Peter esta vez con cierta empatía.

Todos estaban impactados por el cambio en Ernest. Y asustados, aunque nadie lo admitía; ese terror indescriptible de que lo que le había sucedido pudiera ocurrirles a ellos.

—Estoy empezando a pensar que debería haberme quedado en Bombay —soltó Fraser mientras se estremecía por las vibraciones del fuego de artillería lejano durante su primera noche en las trincheras.

—¿Y ahora se te ocurre? —replicó Luke con un suspiro.

Mantuvo a ambos hombres cerca de él; colocó a Fraser directamente bajo su mando y ubicó a Ernest en el tramo de trinchera entre él y Peter. Eso le dio la posibilidad de observar cuánto tiempo pasaba Ernest sentado en el suelo de la trinchera, con los ojos en la pirotecnia en el cielo y retorciéndose las manos. Sus cipayos también lo vieron. Acudieron a Luke para pedirle que los reasignara.

—A mí me vendrían bien —comentó Peter—. Muy bien. Son buenos hombres...

Lo eran. Luke deseaba poder ponerlos bajo el mando de Peter. Sin embargo, respondió con cansancio:

—No puedo. Tendría que informarlo si lo hiciera. —Sabía demasiado bien qué pasaría con Ernest entonces. Todos habían oído las historias. Como no tenía heridas visibles, sería juzgado por un tribunal militar por cobardía y probablemente fusilado.

Luke decidió hacer todo lo posible por él: lo llevaría en algunas operaciones menores para ayudarlo a recuperarse y que recobrara algo de resiliencia antes de exigirle que participara en un combate más serio. Tenían una incursión prevista para el treinta de diciembre, la última de 1914. Se

trataba de una pequeña ofensiva para destruir una serie de puestos de observación en la posición alemana opuesta. Ni siquiera figuraría en los partes oficiales. Lo llevaría con él.

—Llevemos también a Keaton —sugirió Peter—. Me aterra lo novato que es...

Salieron temprano, mucho antes de que amaneciera. Luke, que había liderado innumerables ataques como ese, apenas sintió el sudor de la adrenalina cuando subió la escalera de asalto e hizo señas a los demás para que lo siguieran.

No esperaba ningún problema. Habían tenido una especie de tregua en Navidad, nada tan cordial como los partidos de fútbol de los que había oído hablar en otros sectores, ni cantos de *Noche de paz* a través de la tierra de nadie devastada, pero sí el silencio de los cañones, una calma suficiente para que todos pudieran dormir un poco, escribir más cartas a casa y para que Luke pudiera contemplar el cielo invernal y rezar a un Dios que parecía haber perdido el juicio para que esa fuera la primera y última Navidad que pasaría en Francia. ("Esa es la oración equivocada", lo había regañado Peter con un puñetazo. "Podrías acabar en un lugar peor". "¿Qué puede ser peor?", había preguntado Luke. "Estoy seguro de que 1915 trae algo bajo la manga", había aseverado Peter). Ambos bandos habían vivido y dejado vivir, y los boches no estarían anticipando un ataque esa mañana. Estaba completamente oscuro; mientras se mantuvieran pegados al suelo ningún centinela de guardia los vería acercarse. Si todo salía bien lanzarían los morteros, inutilizarían los puestos de observación y se largarían de allí sin ninguna baja.

Eran quince en total. Cuatro oficiales —él mismo, Peter, Ernest y Fraser—, un puñado de ingenieros de combate curtidos y varios *naiks* que habían sobrevivido a Ypres; todos sabían muy bien lo que hacían. Luke no necesitó pedirles que guardaran silencio mientras avanzaban a rastras por el suelo helado y salpicado de cráteres hacia la trinchera de los boches. Ni siquiera se le pasó por la cabeza advertir a Ernest, que siempre estaba tan callado, que mantuviera la boca cerrada.

Pero a medida que se acercaban al objetivo, lo suficiente como para oler el café alemán hirviendo y el chisporroteo de la grasa del beicon, Ernest empezó a emitir un sonido extraño, algo entre un balido y un gemido, intercalado con sollozos entrecortados.

Horrorizado, Luke le susurró que se callara. Los otros hombres hicieron lo mismo.

—Por el amor de Dios —murmuró Fraser, con la voz temblando de miedo —, ¿alguien puede hacerlo callar?

—Aldyce —dijo Luke, que ahora empezaba a entrar en pánico—, tienes que parar.

No paró. Empezó a llorar y enterró la cara en la tierra fría, quizás por vergüenza, quizás para ahogar los sollozos. Era horrendo de ver. Si Luke hubiera podido, lo habría levantado ahí mismo y lo habría llevado de vuelta a la trinchera; le habría disparado en la mano si hubiera sido necesario, cualquier excusa para ponerlo a salvo.

Pero incorporarse sería un suicidio. Así que retrocedió a ras del suelo hasta él y lo tomó del hombro que se sacudía con el llanto.

—Aldyce —repitió—. Vamos.

—No puedo —contestó Ernest contra el suelo—. No puedo, no puedo, no puedo, no puedo...

Cada vez gritaba más fuerte.

—Avancemos —interpuso Peter—, ahogaremos sus gritos con los morteros y mientras tú lo sacas de aquí.

Pero antes de que Luke pudiera asentir, Ernest lo apartó de un empujón con una fuerza sorprendente y se puso de pie, en medio de la tierra de nadie, gritando. El resto lo observó, paralizados por el espanto, durante lo que pareció una eternidad pero en verdad fueron apenas unos segundos, y entonces los boches abrieron fuego con una ametralladora y todos se pusieron de pie mientras Luke gritaba que se dispersaran, que corrieran. Uno de los ingenieros lo ignoró, con una valentía que le valdría una medalla al mérito militar, y avanzó hasta la línea enemiga para lanzar los morteros y eliminar al artillero. Luke tomó a Ernest en ese instante, lo cargó al hombro sin reparar en la flojedad de su cuerpo, y corrió detrás de sus hombres, con los pulmones a punto de estallar, de regreso a la seguridad de la trinchera.

Gracias al ingeniero y a sus morteros, no sufrieron bajas. Fraser recibió un rasguño de bala en la mejilla que lo apartó de la línea durante un tiempo. El ingeniero con los morteros recibió varias balas en el hombro. Escribió a Luke desde el Hospital Indio de Convalecencia en Brighton para comunicarle que lo enviaban a casa con su esposa y sus hijos en Lahore y para agradecerle, para *agradecerle* de verdad, por ser su teniente coronel.

"Tendrías más motivos para agradecerme si no te hubieran herido", le señaló Luke.

"Ni siquiera usted puede controlar las balas, *sahib*", respondió él. "No habríamos querido a nadie más que a usted".

Luke estaba seguro de que Ernest no habría pensado lo mismo. De no haber sido por Luke jamás habría estado allí, de pie y gritando en tierra de nadie hasta que la metralla le había volado la mitad de la cara. Luke ni siquiera se había dado cuenta de que estaba herido hasta que vio la sangre que brotaba de él cuando llegaron a la trinchera y por fin registró la flojedad de su cuerpo. ("No", había exclamado y se había inclinado para presionar una mano contra lo que quedaba de su mandíbula, "no, no, no…").

Los camilleros lo habían llevado a un puesto de socorro y de allí a una de las muchas estaciones de evacuación de heridos a lo largo de la línea, luego a Londres, a una unidad de reconstrucción facial y, por fin, a un hospital psiquiátrico en Surrey, el Quinto Hospital Militar. Luke escribió al hospital, desesperado por saber si estaba bien. Una de las hermanas le respondió, la hermana Lytton, y le informó con amabilidad que Ernest no estaba nada bien, que no recordaba nada, "ni de su pasado y ni siquiera del día a día, pero sepa usted que lo estamos cuidando lo mejor que podemos. Le encantan sus tazas de chocolate y los fines de semana, sobre todo cuando lo visita su madre". Luke se sintió espantosamente cuando leyó esa carta. Cerró el puño y arrugó el papel, preso de una enorme vergüenza por lo que le había hecho a Ernest. Quedar vivo, funcional, atrapado en tu propio cuerpo así, sin rostro, sin vida, sin memoria… Peter tenía razón, después de todo, había algo peor que Francia. Peor, casi, que la muerte.

—No fue culpa tuya —le repetía Peter una y otra vez.

Maddy se lo escribió también. "Tienes que entenderlo. Si quieres culpar a alguien, culpa al artillero. O a Ypres. Culpa a Ypres, a los generales, a toda esta guerra horripilante. Pero por favor, no te culpes a ti mismo".

Pero no podía evitarlo. Febrero dio paso a marzo y los días se alargaron sin que llegara el calor; por el contrario, la humedad se intensificó: el agua anegaba las trincheras y dejaba a los hombres atormentados por pies hinchados y ennegrecidos, además de congelados. Luke hizo todo lo posible por animarlos con promesas de un permiso de primavera que confiaba en que les concedieran mientras repasaba una y otra vez su decisión de involucrar a Ernest esa madrugada de diciembre, la forma en que él mismo

se había quedado allí tendido cuando Ernest se había levantado, sin moverse con la suficiente rapidez para empujarlo de vuelta al suelo.

Fraser Keaton regresó del hospital en la segunda semana de marzo, cientos de soldados más se incorporaron a ese sector de la línea, llegaron municiones y proyectiles de artillería pesada adicionales, y recibieron la orden de abandonar las trincheras para la tan rumoreada ofensiva destinada a recuperar la ciudad de Neuve Chapelle. Fue otra masacre para ambos bandos, con decenas de miles de bajas: hombres y muchachos abatidos, abandonados en el campo de batalla hasta que cedieron los bombardeos y el fuego de las ametralladoras y los que quedaban pudieron salir corriendo, darles agua e intentar arrastrarlos a un lugar seguro. Sin embargo, los partes oficiales elogiaron la ofensiva como un éxito. "Neuve Chapelle volvió a manos británicas y la línea avanzó casi un kilómetro".

—Casi un kilómetro —destacó Peter, cuando por fin se retiraron y marcharon hacia la ciudad arrasada para alojarse, durante seis días de descanso, en cualquier edificio que quedara en pie—. Casi. Un. Kilómetro. ¿Cuántas bajas serían por metro?

—Cien —respondió Fraser, que había tenido la suerte de sobrevivir a la carnicería y, al parecer, ya había hecho el cálculo sombrío.

—Cien —repitió Luke. Dejó que sus ojos cansados recorrieran la fila ondulante de los que aún seguían en pie, con sus turbantes y uniformes salpicados de barro y sangre, impresionado, como siempre, por cómo se mantenían tan erguidos pese a sus pies de trinchera, el frío y la falta de sueño, de los hombres que habían enterrado y que habían matado y visto morir. ¿Cuánto tiempo más podrían seguir así, acatando esas órdenes implacables? Algunas de sus cartas se habían vuelto más airadas en los últimos tiempos, cargadas de una furia que Luke entendía y que nunca reportaría. ¿Estarían contados sus días de sumisión? Decidió que era probable que sí y, como Ernest nunca estaba lejos de sus pensamientos, se preguntó qué pensaría él de todo eso, si aún estuviera en su sano juicio. ¿Acaso estaría él también allí, después de los tres días que acababan de soportar, si Luke le hubiera dado más tiempo para recuperarse?

"Debería haber encontrado una manera de enviarlo a casa", escribió a Maddy, justo antes de que el batallón se pusiera en marcha otra vez, para su horror, de regreso a Ypres, donde se comentaba que se libraría otra batalla por los puertos del canal. "No puedo parar de pensar en él en ese hospital".

"Te deben estar por dar permiso para volver a casa", escribió ella en la respuesta. "Ve a visitarlo al hospital allí".

"Lo haré", dijo él, "necesito hacerlo".

Sin embargo, la idea de poner un pie en ese hospital lo aterrorizaba.

Si Maddy estuviera en Inglaterra, iría en lugar de él. Visitaría el hospital todas las veces que fueran necesarias si eso pudiera ayudarlo a sentirse mejor. Iría y vendría del Quinto Hospital Militar, donde se sentaría con Ernest, le tomaría la mano y le hablaría de todas las cosas que podrían refrescarle la memoria: el Club Gymkhana, el polo sobre la hierba polvorienta, los *gin-tonics* al atardecer. Luego escribiría a Luke para tranquilizarlo y asegurarle que Ernest había tenido compañía ese día y que lo estaban cuidando. "Hiciste todo lo que pudiste por él".

Maddy había intentado ponerse en contacto con Diana, que seguía varada en Dorking. Le había escrito en enero para decirle lo mucho que lamentaba haberse enterado de las heridas de Ernest. Diana no le había respondido. Ya era casi abril y Maddy, recostada sobre almohadas en su dormitorio, con los postigos abiertos en un intento inútil por dejar entrar algo de brisa en la habitación sofocante, había desistido ya de recibir una respuesta. Quizás estaba demasiado afectada.

—O demasiado ocupada compadeciéndose de sí misma —resaltó Della, que ese día no estaba lavando orinales en el hospital ni compartiendo *tiffin* con Jeff sino que estaba sentada junto a Maddy y contemplaba con adoración a la pequeñita en sus brazos—. Olvídalo, Maddy. Tienes otras cosas en las que pensar.

Maddy, que a duras penas había apartado los ojos del pequeño ser humano perfecto que tenía en brazos, no necesitaba que se lo dijeran. Su hija y la de Luke había nacido por fin la noche anterior, más de una semana después de que el doctor Tully les comunicara que, al igual que el hermanito fallecido de Maddy, podría presentarse de nalgas. El doctor Tully, que había confirmado a Maddy que la bebé venía de nalgas y había asentido con empatía cuando ella se había puesto pálida y Alice había expresado su horror ante la noticia, les había dado a todos su palabra solemne de que no habría que practicar una cesárea: había asistido muchos partos de nalgas *normales* y no estaba en absoluto preocupado, así que ellos tampoco debían estarlo.

Maddy había tenido sus momentos durante esa noche de sudor y agonía. Imaginaba que su padre, que había estado paseándose por la casa y golpeando a la puerta cada media hora para pedir noticias, también los había tenido. Y estaba segura de que su madre angustiada e incluso Della —que no se habían separado de su lado sino que se habían arrodillado junto a la cama sin dejar de repetir que todo iba a salir bien, por supuesto, y que ellas también deseaban que Luke estuviera allí, claro que sí, pero que tenía que seguir empujando— habían tenido varios. El doctor Tully, por su parte, había cumplido su palabra, sin mostrar ni una sola vez indicios de pánico, alentándola con calma a respirar, luego a empujar, luego a relajarse y a empujar de nuevo, y a respirar, y así sucesivamente hasta que allí estaba la pequeña Iris, con sus rizos negros brillantes y sus enormes ojos azul oscuro, tibia y suave en sus brazos temblorosos.

—Gracias —había pronunciado Maddy con la voz entrecortada por lágrimas de alegría y gratitud, y agradeciendo en silencio también a Guy, que no se había equivocado al recomendarle al doctor Tully.

—Es la viva imagen de Luke —declaró Della ahora—. Salvo por los ojos, nadie diría que eres su madre, Maddy —agregó.

—No me importa —respondió Maddy, que lo único que quería era que Luke conociera a esa hija preciosa de ambos. Su madre ya había ido a la oficina de telégrafos para enviarles un telegrama a él y a sus padres. Alice estaba tan eufórica (y aliviada) que hasta se había ofrecido a enviarle un telegrama a Edie.

—Puedo hacerlo yo si prefieres —había sugerido Richard.

—No. —Alice se había inclinado para depositar otro beso en la suave cabecita de Iris cubierta de pelusa—. Puedo hacerlo yo misma.

Maddy deseaba poder saber dónde estaría Luke cuando recibiera la noticia. "Que sea en un lugar a salvo, por favor". Luke había enviado varios telegramas en las últimas dos semanas desde algún lugar de Francia o Flandes, sin poder revelar nunca, para dolorosa frustración de Maddy, su ubicación exacta, pero asegurándole que pensaba en ella todo el tiempo y aguardaba noticias. "PETER TAMBIÉN LOCO DE IMPACIENCIA *STOP*". Maddy estaba igual de impaciente, a la espera de la noticia de que ambos habían sido enviados de permiso a Inglaterra. Entusiasmada con la idea de sorprender a Luke cuando llegara, se había sentido tentada de viajar ella también a pesar de los submarinos. Incluso había ofrecido pagar a Ahmed

para que fuera a la oficina de la P&O y buscara información sobre fechas y horarios. Él lo había hecho pero sin aceptar el dinero. "*Memsahib*", le había dicho con expresión preocupada mientras le entregaba el papel con la información, "no se lo recomiendo". Tenía razón. Tendría que decírselo a Luke. "No iré a ninguna parte". Acarició la mejilla suave y rosada de Iris y apartó la manta de muselina que le cubría la barbilla; la mera idea de haber siquiera contemplado la posibilidad de ponerla en esa clase de peligro la horrorizó. Solo pensar en sacarla a las calles de Bombay le daba escalofríos. Por imposible y doloroso que fuera, tendría que esperar para estar con Luke.

Ambos tendrían que hacerlo.

Della se inclinó hacia ella y le tomó la mano, como si supiera lo que estaba pensando.

—Tendrá la fotografía.

Maddy asintió. La tomarían esa tarde, en el jardín; una foto que tendría que bastar hasta que Luke pudiera acunar a Iris en sus brazos, esos brazos que Maddy no había sentido a su alrededor desde hacía demasiados meses y que extrañaba con desesperación.

—Luke estará bien —añadió Della con amabilidad—. No va a dejar que lo maten allí. Ninguno de los dos lo hará.

—Lo sé —respondió Maddy, aunque no estaba segura de por qué.

Por supuesto, ninguna de las dos podía saber eso.

Luke no estaba bien. Se encontraba en Ypres, un infierno que el largo invierno no había hecho sino empeorar y que resultaba más sombrío bajo el sol de abril que empapado por las lluvias de noviembre.

—Muy poético —comentó Peter a su lado, en la trinchera excavada deprisa en la que ellos, Fraser y varios cientos más estaban apiñados, con las bayonetas caladas, esperando para lanzarse al ataque por segunda vez ese día.

—Lo pondré en una postal —respondió Luke. Consultó su reloj y se llevó el silbato a la boca para dar la señal de avanzar.

Los proyectiles surcaron el aire sobre sus cabezas rumbo a lo que todos rezaban que fuera la posición alemana contra la que estaban a punto de cargar, aunque para el caso también podía ser un bosque vacío. Llevaban dos días combatiendo; ambos lados disparaban sin descanso, retrocedían, avanzaban, retrocedían de nuevo, hasta que nadie sabía dónde estaba nadie.

Los oficiales que habían ido a reconocer el terreno antes del ataque no habían regresado y los obuses disparaban a ciegas. Luke solo podía adivinar en qué dirección se suponía que debían avanzar. Había conocido a la mitad de los hombres bajo su mando hacía apenas una hora. Los batallones se habían mezclado sin remedio: británicos e indios, despavoridos en medio del caos del combate, huían del gas que los alemanes habían empezado a utilizar por primera vez y se atrincheraban dondequiera que se encontraban. Ninguno llevaba máscara antigás. La única estrategia para sobrevivir a las nubes era mantenerse por debajo de ellas o, mejor aún, alejarse lo más rápido posible.

—Ese es el plan —les había dicho Luke a todos.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sintió el crujido de la carta de Maddy en su interior. La había recibido la mañana anterior. A pesar de la ansiedad con que la había estado esperando, desde que había recibido el telegrama de Alice durante un breve descanso en Poperinghe que lo había hecho gritar y dar puñetazos al aire de alegría —"LA HERMOSA IRIS YA ESTÁ AQUÍ *STOP* FOTO EN CAMINO *STOP* MADELINE SE PORTÓ DE MARAVILLAS *STOP* TU FAMILIA TE ESTÁ ESPERANDO *STOP* CUÍDATE MUCHO *STOP*"— no había abierto el sobre para mirar adentro. Había preferido no hacerlo mientras estuviera allí, en Ypres, para tener algo por lo que seguir adelante. Pero ahora, ahora... Dejó caer el silbato, tragó saliva, se acomodó contra la pared de tierra blanquecina y, entre la cacofonía de los disparos y la artillería, escudriñó a través del humo en dirección a los árboles lejanos, hacia lo que fuera que les esperaba allí, y sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Sin conciencia de lo que estaba haciendo pero con la certeza de que solo le quedaban unos segundos para hacer algo, metió la mano en el bolsillo, tomó el sobre y lo abrió.

—No —exclamó Peter al darse cuenta de lo que estaba haciendo—, no lo hagas ahora, todavía no…

Luke lo ignoró. Ignoró todo. No respiró y se quedó mirando con fijeza. Porque allí estaba ella. Su hija. Su *hija*. Una maravilla en tonos sepia, acurrucada en los brazos de Maddy, con las hojas de palmera que proyectaban sombras sobre los párpados semicerrados de Maddy, sus pómulos y los ojos perfectos, *perfectos* de Iris, sus labios diminutos, el piececito que sobresalía de la manta, su cabecita de cabello oscuro y suave. No podía creer que se hubiera reprimido para no verla. ¿Cómo había

podido pensar que sería mala suerte mirarla, mirarlas a las dos? Apretó la imagen contra sus labios y, por primera vez en meses, se sintió lleno de esperanza y fuerza. Se sintió invencible.

—No lo eres —le gritó Peter por encima del estruendo—. Así que, aunque sea tan hermosa como era obvio que iba a ser, más vale que tengas cuidado porque querrá un papá.

—Lo tiene —replicó él con un último vistazo a la foto y recuperando su silbato—. No pienso ir a ninguna parte.

—Salvo fuera de esta trinchera —retrucó Peter y alzó la bayoneta.

—Salvo eso. —Y sopló el silbato.

Durante un rato, casi un minuto entero, el avance fue de libro de texto. Treparon fuera de las trincheras en orden y avanzaron con lentitud y en tramos largos hacia los árboles, protegidos por el fuego de artillería que no cesaría hasta que llegaran al bosque. El enemigo no respondió. Nadie cayó ni gritó y entonces ya casi estaban allí, en la línea de árboles. Luke miró de reojo a Peter y advirtió que Peter le devolvía la mirada. "¿Podía ser tan fácil?".

Fue entonces cuando los proyectiles comenzaron a llover desde el cielo azul y despejado. Caían en silencio sobre la hierba y liberaban un vapor amarillo ardiente que enturbiaba la luz del sol y les llenaba los ojos, la nariz, los pulmones...

Asfixiado, Luke se arrancó la chaqueta y se la presionó contra la boca; en el proceso, su placa de identificación salió volando. Vio que Fraser Keaton se inclinaba y se ponía a tantear el suelo para recogerla y le gritó que no se preocupara, por el amor de Dios, pero su voz se perdió porque los cañones seguían tronando y los alemanes se sumaron ahora, castigando el campo con obuses y ráfagas de ametralladoras desde el costado del bosque y no desde el interior como habían pensado, segando la hierba y a los hombres, derribándolos y forzándolos a correr a ciegas, al azar, hacia los proyectiles que explotaban, la lluvia de tierra y sangre, incapaces de ver o respirar.

Luke se encorvó y se dejó caer debajo del gas que se elevaba, con las manos en la garganta, jadeando. A menos de veinte pasos de distancia, vio que su ordenanza luchaba por quitarle la chaqueta a su hermano, que se estaba asfixiando, y medio corrió, medio se arrastró hasta ellos, le arrancó la chaqueta, la apretó contra la cara del muchacho y les gritó que se mantuvieran inclinados y corrieran a refugiarse, *ya*. Mientras ambos

desaparecían entre la neblina de humo y gas, distinguió a Peter, que caminaba cojeando con un brazo sobre la boca y la nariz; estaba herido.

—Peter —gritó—. ¡Al suelo, Peter…!

Su amigo miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, sin fijarlos en nada. De repente, Luke recordó las palabras de Peter el invierno previo. "No quiero que esto sea lo último que vea".

—¡Al suelo! —volvió a gritar y tosió por el esfuerzo.

—¿Luke? —gritó Peter a su vez—. ¿Luke?

—¡Al *suelo*! —bramó por última vez y luego maldijo, porque la sangre brotaba a borbotones de la pierna de Peter y era obvio que no estaba en condiciones de hacer nada. Los hombres se desplomaban por todas partes; todos iban a morir en ese lugar. En ese *lugar*. Algunos, como el ordenanza de Luke y su hermano, corrían en dirección a los árboles, pero Peter no se movía. De pronto, se sacudió y cayó, alcanzado de nuevo.

—¡*Peter*! —gritó Luke.

Aun luchando por respirar y con los ojos llorosos, se puso de pie y corrió hacia él, esquivando los proyectiles. Mientras avanzaba, Fraser apareció justo delante de él, como salido de la nada, sin chaqueta, con la camisa hecha jirones y sus rasgos juveniles reducidos a una masa irreconocible. Había perdido la chapa alrededor de su cuello, que estaba tan destrozado como su rostro, pero todavía llevaba aferrada en su mano, en un acto casi perverso, la chapa de Luke. Fue lo único que le permitió a Luke reconocerlo. Espantado, se acercó a él y lo sujetó de la cintura mientras Fraser se deslizaba hasta el suelo. Luke se inclinó, lo cubrió con su chaqueta para darle calor hasta que pudiera volver por él y, más ahogado que nunca, corrió hacia Peter, que yacía inconsciente y apenas respiraba. Lo cargó en su espalda y corrió, sin aliento, hacia los árboles.

Estaba a punto de llegar cuando cayó el proyectil.

No lo oyó. Pero sintió una quietud repentina y un presagio nauseabundo le heló la sangre antes de que un muro de calor lo golpeara de lleno, estrellándose contra su cara, su cabeza, su columna y su sangre. Voló por los aires, cada vez más alto, hacia el cielo de Ypres. Lo último de lo que fue consciente fue de Peter, tendido en la hierba, que abrió los ojos un instante para mirarlo y una expresión de horror cubrió su rostro pálido.

En lo último en lo que pensó fue en el amor que sentía por su hija y por

Maddy y en la fotografía de ellas que había quedado en su chaqueta sobre el cuerpo sin rostro de Fraser.

Y en lo contento que se sentía por haberla mirado.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando volvió en sí, estaba cojeando sobre un suelo cubierto de hojas, encorvado, sujetándose el brazo y rodeado de árboles. Levantó la vista para observar el movimiento de las ramas y no oyó ningún murmullo de hojas, solo un zumbido en sus oídos. El suelo vibraba bajo sus pies descalzos y lastimados. No estaba seguro de qué lo provocaba.

Iba vestido con pantalones y un chaleco roto. "Debería tener una chaqueta", pensó, y le pareció importante pero no sabía por qué, ni dónde podía estar su chaqueta. Cuando se tocó la cabeza, que le dolía mucho, casi tanto como el brazo, las costillas y los pies, su mano se manchó de rojo.

"Sangre", pensó. "Estoy sangrando".

De nuevo no entendía por qué le pasaba eso.

Ni por qué le costaba tanto respirar.

El brazo no le colgaba del hombro como debiera. Tenía que sostenerlo para que no se cayera. Sus manos estaban llenas de cortes profundos. Podía sentir el sabor de la sangre en la boca. El chaleco está cubierto de sangre. "Necesito hallar a alguien que me ayude", pensó y siguió avanzando con dificultad, sin saber durante cuánto tiempo, hasta que cayó la noche y llegó a una carretera silenciosa y repleta de otros hombres sangrantes y tambaleantes y de vehículos con cruces rojas, de uno de los cuales saltó una mujer de aspecto cansado que lo miró a los ojos, lo atrapó cuando se desplomó hacia adelante y gritó para pedir una camilla.

"Me está ayudando", pensó. "Bien. Eso es bueno".

"¿Dónde estoy?".

—¿Cómo se llama? —le preguntó la mujer. Él observó cómo los labios de ella formaban las palabras.

Se quedó mirándola.

Ella le preguntó otra vez.

Él sacudió la cabeza al darse cuenta de algo terrible.

No sabía su nombre.

Para su horror, no tenía ni la menor idea de quién era.

Los telegramas llegaron de inmediato a Bombay, justo cuando toda la familia se disponía a almorzar en la veranda, incluida la pequeña Iris, que dormía en su cochecito. Reinaba un clima de abatimiento. Richard se había enterado, apenas una hora antes, de que el dulce, entusiasta y servicial Fraser Keaton había sido declarado desaparecido en combate, presuntamente muerto. Por mucho que todos intentaban tranquilizarlo, aduciendo que todavía *había* esperanza ("si no han encontrado el cuerpo, ¿cómo pueden saber?"), él no lograba sentirla y se reprochaba no haber podido convencer a Fraser de que no se alistara.

A pesar de la tristeza por el pobre Fraser, Maddy no sospechó nada cuando el chico de la oficina de telégrafos llegó a la casa. Después de todo, solía visitarlos con telegramas para su padre y para ella de parte de Luke, por lo que no se inquietó demasiado cuando Ahmed lo acompañó hasta las puertas del salón, salvo por un leve estremecimiento de anticipación, una esperanza tonta de que Luke le hubiera vuelto a escribir.

Pero el chico preguntó por Della, no por ella. Della, que estaba esperando que Jeff se sumara al almuerzo en cualquier momento, nunca recibía telegramas, pero su madre le había asegurado por carta que le enviaría uno en cuanto tuviera noticias de Peter.

Della se puso de pie con cautela, echó la silla hacia atrás y tomó el papel que le tendió el muchacho. Maddy observó cada uno de sus movimientos; un escalofrío de miedo lento le recorrió la espalda. Sus padres permanecían muy quietos.

Della abrió el telegrama con torpeza. Lo miró y lo leyó.

—Oh —musitó, con lágrimas incipientes en sus ojos muy abiertos—. Dios mío…

—¿Qué pasa? —preguntó Alice—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha perdido una pierna —explicó Della—. Está en un hospital en Francia.

—No —exclamó Richard—. Oh, Peter...

Della continuó con voz temblorosa y agregó que todo iba bien, que estaba vivo, mejorando y que pronto volvería a Inglaterra.

—Al menos se encuentra fuera de peligro —precisó Richard—. Eso es algo...

Maddy sabía que debía hablar, acercarse a su amiga, abrazarla, decirle lo mucho que lamentaba lo de Peter, porque lo lamentaba, lo lamentaba *de*

verdad, pero el chico del telégrafo se había vuelto hacia ella y tenía otro papel en la mano, solo que este era de un color distinto y procedía directamente del ejército.

—No lo quiero —se oyó decir. Su voz sonó distinta, como si proviniera de otra persona—. Llévatelo. Por favor.

Percibió con vaguedad que sus padres se volvían, igual que Della, y la miraban a ella y luego al chico con ojos llorosos.

—*Memsahib* —interpuso el muchacho—, debe leerlo. —Lo apoyó sobre la mesa, hizo una mueca de disculpa y retrocedió agradecido.

Maddy se quedó mirando el telegrama. Todos lo miraban. Un trozo de papel tan pequeño.

Iris se agitó, empujó la manta, parpadeó y abrió los ojos, como si hubiera percibido el temor repentino que se respiraba en el aire. Maddy se acercó y, cuando la levantó en brazos, se dio cuenta de lo mucho que le temblaban. Luego se giró y miró el telegrama de nuevo.

—¿Quieres que lo abra? —se ofreció su padre.

—Yo puedo hacerlo —añadió Alice.

Aturdida, Maddy sacudió la cabeza. Estudió el papel unos segundos más y deseó con todas sus fuerzas que dijera cualquier cosa menos lo que más temía. Entonces, sabiendo que por mucho que esperara no cambiaría lo que ya estaba escrito y que el chico tenía razón, que debía leerlo, le pasó a Iris a su madre y, con los dedos temblando más que nunca, rasgó el papel.

No se movió. No respiró. Solo leyó las palabras, una y otra vez, pero no le parecían reales.

Desde algún lugar, llegaron las voces ansiosas de sus padres, y también la de Della, haciendo preguntas. En el jardín, uno de los pavos reales graznó y, en la planta superior, una puerta se cerró de golpe. Todo sucedía en otro mundo, un mundo en el que él, al parecer, ya no estaba. "Muerto en combate", decía. No "desaparecido" como Fraser. No "en tratamiento por heridas". Sino "Muerto".

No lo creía.

No *podía* creerlo. No podía estar muerto. No podía ser. Ella lo habría sabido, lo habría intuido...

Dejó caer el papel al suelo y se volvió hacia su madre para tomar de nuevo a Iris en sus brazos, que ya no temblaban.

—¿Madeline? —aventuró Alice—. ¿Qué ha pasado?

—Tengo que escribir al comandante de Luke —contestó Maddy—. Ha habido un terrible error.

Guy visitó a Peter en el hospital de base de Quai d'Escale, una estación de tren reconvertida en Le Havre, en la primera oportunidad que tuvo, que fue casi un mes después de que Peter resultara herido. Se había enterado de lo que les había pasado a él y a Luke por un *naik* de la compañía de Peter. El soldado indio, que había sido ingresado en el puesto de evacuación de heridos —un hospital con salas y quirófanos en tiendas de campaña en un campo justo detrás de la línea de Ypres— por heridas de metralla en el pecho e inhalación de gas, había comentado, para pesar de Guy, que los camilleros habían trasladado el cuerpo cubierto del teniente coronel y lo habían arrojado al suelo para ser enterrado y que el mayor había recibido un disparo en la pierna. El *naik* había intentado quitarse la máscara de la anestesia cuando intentaban sedarlo para la cirugía y había desatado su furia sobre la camilla por esa guerra, las armas, la hija de la que el teniente coronel acababa de recibir noticias y por la que estaba tan feliz. "Tenía la fotografía con él, la llevaba encima…". Guy había intentado consolarlo, aunque él mismo estaba muy afectado. En su mente había imaginado a Luke y a Peter como habían sido en Bombay, no en tiempos recientes, sino años atrás, cuando Luke había vivido allí por primera vez y tanto él como Peter se habían reído y hecho tonterías en el Club Gymkhana o competido en el campo de polo. Toda esa felicidad, desaparecida. *Desaparecida*. Al final, le había pedido a otro cirujano que realizara la operación por él, ya que no confiaba en sus propias manos. La profunda conmoción le había resultado casi un alivio: en medio de sus celos terribles, había sentido un dolor muy profundo por la muerte de Luke y una desolación total por Maddy, la pobre Maddy.

Había querido enviarle sus condolencias por insignificantes que pudieran ser. Transmitirle también su cariño a la pequeña Iris, que ahora nunca conocería a su papá. Pero Alice se había puesto en contacto con él primero.

"Odio molestarte", le había escrito, "sobre todo con esto… no me quiero ni imaginar con lo que estarás lidiando allí, pero estoy demasiado preocupada para no hacerlo. Verás, Madeline no acepta que Luke haya muerto. No llora ni guarda luto y no ha hecho más que escribir cartas, primero al comandante de Luke y luego al Estado Mayor, para decirles que tienen que encontrarlo.

Incluso ha pedido a su tía Edie que vaya a Londres y visite todos los hospitales, algo que Richard ya le ha advertido que no servirá de nada y que la ha enfadado como nunca la había visto antes. Esto no parece normal, Guy. ¿Deberíamos llevarla a ver a alguien? ¿Necesita ayuda? Después de todo, acaba de tener a Iris y me da miedo que todo haya sido demasiado...".

Guy le había respondido de inmediato, diciéndole lo agradecido que estaba de que lo *hubiera* molestado, que jamás debía preocuparse por hacerlo, y que temía decirle que no había ninguna posibilidad de que Maddy estuviera en lo cierto: él mismo había hablado con uno de los soldados que habían estado en el funeral de Luke. "Por favor, no se apuren en llevar a Maddy a ningún lado", le había pedido, reacio a la idea de que abordaran la situación por esa vía. "Déjenla tranquila un tiempo más. Estoy seguro de que se trata de un proceso bastante natural. ¿Cómo está con Iris?".

"Embelesada", había respondido Alice, "todos lo estamos. Esa niña es la única persona que puede hacer sonreír a su mamá".

"Entonces creo que no hay motivo para preocuparse", había afirmado él, con el corazón encogido al imaginar a Maddy con su hija. "Mi consejo es que pase todo el tiempo que pueda con la bebé. Ya aceptará todo lo demás cuando esté lista. Por favor, dile a Della que mañana iré a visitar a su hermano. Le enviaré su cariño".

Ahora estaba en el pabellón de Peter, que todavía conservaba los relojes y los enormes ventanales de la sala de espera de la antigua estación, pero que ahora estaba llena de pacientes en lugar de pasajeros, con hileras de camas rodeadas de biombos. Peter se encontraba al final de los cubículos, en la esquina más alejada. A pesar de las miles de amputaciones que Guy había practicado, se estremeció con dolor al ver el espacio liso y limpio donde debería haber estado la pierna izquierda de Peter. No pudo evitar el recuerdo de él bromeando en el campo de polo...

—¿Cómo está? —preguntó a la enfermera a cargo, la hermana Owen. ("Muy bonita", había señalado Peter con tristeza cuando Guy había llegado. "Demasiado bonita para estar en un lugar como este").

—Destruido —admitió la hermana Owen—. Habla todo el tiempo de un tal Luke.

—Eran amigos —explicó Guy—. Muy amigos. Estuvieron juntos aquí desde el principio.

—¿Y está muerto de verdad? —inquirió la enfermera.

—Sí —contestó Guy con cansancio y pensó de nuevo en las palabras de aquel *naik* y en Maddy, en todas sus cartas—. ¿Por qué lo pregunta?

La enfermera se volvió hacia la cama de Peter.

—No para de decir que cree que lo ha visto.

A Guy no le sorprendió. Pero tampoco le dio importancia; había conocido a demasiados hombres en el hospital que imaginaban a hermanos y primos en las camas contiguas. Le partía el corazón que los fantasmas nunca fueran reales.

—Parecía tan real —comentó Peter unos minutos después, con Guy sentado a su lado. Alguien le había lavado el cabello rubio y se lo había peinado con una raya al costado. Llevaba un pijama a rayas elegante, que era probable que le hubieran enviado desde casa. Le quedaba demasiado grande; había perdido una cantidad preocupante de peso—. Lo mataron frente a mis ojos —continuó—. Los hombres lo enterraron con la foto de Maddy e Iris, pero yo lo vi subirse a la ambulancia en la maldita carretera de Menin.

—¿Cuánta sangre habías perdido para entonces? —preguntó Guy.

—No lo sé.

—Bastante supongo.

—Luke me salvó la vida, Guy. —Una lágrima resbaló por la mejilla demacrada de Peter y luego otra—. No tenía que morir.

—Lo siento muchísimo —dijo Guy, deseando poder decir algo más, algo mejor.

El rostro de Peter se contrajo. Guy no se inmutó ante sus lágrimas ni le dijo que fuera fuerte, como habrían hecho otros médicos. Hizo lo único que podía hacer: se quedó allí sentado a su lado, haciéndole saber que no estaba solo y esperó a que se desahogara por completo.

Cuando lo hizo, Guy le preguntó qué iba a hacer ahora.

—Cualquier cosa menos volver a casa para que mi madre tenga que cuidarme —replicó Peter y sus labios se torcieron en una macabra aproximación a su antigua sonrisa.

A pesar de que no tenía nada de ganas de reírse, Guy se dio cuenta de que eso era lo que Peter necesitaba y se las ingenió para emitir una risita.

—¿Y entonces?

—Primero iré a un hospital de rehabilitación en Londres —precisó—, una vez que estén seguros de que no voy a desangrarme en el barco. Visitaré a

Ernest Aldyce en cuanto aprenda a caminar con una pierna de madera. Luke querría eso.

—Sí. —Guy sabía todo sobre Ernest. Diana le había escrito para preguntarle si su condición era tan desesperante como le habían dicho. "Querido Guy, ¿hay algo que puedas hacer para ayudar? Me siento muy sola. Como una viuda. Y no dejo de pensar en ti, completamente solo en algún lugar de Francia. Quizás podríamos vernos cuando vuelvas de permiso y podrías darme tus maravillosos consejos".

Había leído la carta durante una pausa de un día particularmente malo en el quirófano y había sido bastante seco en su respuesta. "Considérate afortunada de no ser viuda", había contestado. "No puedo aconsejarte, me temo que no es mi área de especialización. Pero el doctor Arnold tiene una excelente reputación. Por favor, da mis mejores deseos a tu esposo". Diana no había vuelto a escribir. Estaba claro que no era la respuesta que había esperado.

—Della sigue en Bombay —prosiguió Peter— y no se moverá de allí si ese tal Jeff tiene un poco de sentido común.

—Lo tiene —aseveró Guy—. Alice me habló de él y de Della. No lo conozco bien, llegó justo cuando yo me marchaba, pero me gustó lo que vi.

Peter asintió, al menos eso era una buena noticia.

—Richard me ha asegurado que mi trabajo me está esperando —señaló—. Quizá me arriesgue a los submarinos alemanes y regrese para dar a la pequeña Iris lo que su padre habría querido y para acompañar a la pobre Maddy.

—No se lo dirás, ¿verdad? —inquirió Guy—. Lo de que creíste ver a Luke. —Era lo último que ella necesitaba.

—No —aseveró Peter—, no haría eso. —Se volvió, la almohada crujió debajo de él y alzó la vista al techo—. Della me ha contado lo de las cartas que ha enviado.

Guy asintió despacio.

—Maddy se alegrará de que vuelvas. —Esta vez, fue su voz la que tembló. Pobre iluso, no podía evitar desear ser él quien regresara a verla—. Puedes hablar con ella. Ayudarla... a creer.

—Sí —contestó Peter y su rostro amenazó con quebrarse de nuevo.

—Dile lo mucho que lo siento, ¿quieres? —le pidió Guy—. Lo siento mucho, Peter.

—Lo sé —respondió Peter con un nudo en la garganta—. Todos lo sentimos.

Guy no pudo quedarse mucho más tiempo. Tenía que volver al trabajo para el turno de la noche y ya había llegado tarde porque el tren de ida había tenido que detenerse todo el tiempo por el fuego de artillería. Se quedó lo suficiente para echar un vistazo rápido al muñón de Peter, asegurarse a sí mismo y a Peter de que estaba cicatrizando bien y prometerle que lo invitaría a tomar una copa tan pronto como él también regresara a Bombay.

—Te tomaré la palabra —dijo Peter y le tendió la mano.

Guy se la estrechó y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir su sorpresa por la fragilidad del apretón de Peter.

Volvió a hablar con la hermana Owen al salir. La enfermera lo detuvo justo antes de que llegara a las puertas del pabellón y le entregó un papel con la dirección de un puesto de evacuación de heridos, no muy lejos del de Guy.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Es donde estuvo Peter —precisó ella—. He estado pensando... Bueno —añadió y se sonrojó—, que tal vez podría pasar por allí y preguntar si han ingresado a alguien que coincida con la descripción de Luke Devereaux.

Guy la miró largamente. ¿Hablaba en serio?

La hermana Owen se sonrojó aún más, pero le sostuvo la mirada y parecía que sí, que hablaba en serio.

—Hermana Owen... —comenzó.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió y alzó las manos—. Es probable que sea inútil.

—Más que probable. Está muerto, hermana Owen. Conocí al hombre que lo enterró.

—Peter parece tan seguro a veces...

—No creo que esté para nada seguro.

—Pero ¿qué se puede perder con hacer unas pocas preguntas? —insistió la enfermera—. Esta misma mañana falleció un sargento que pensábamos que mañana estaría en condiciones de viajar a reunirse con su madre. Un coágulo que nadie sabía que tenía. —Lo miró con fijeza—. En medio de tanta atrocidad, ¿no sería bonito pensar que aún pueden quedar algunas sorpresas agradables?

Guy vaciló, flaqueando.

—Tengo entendido que el teniente coronel Devereaux acababa de tener una hija —agregó ella, aprovechando la ventaja—. ¿Lo haría por ella?

Él titubeó un segundo más.

Ella no le apartó la mirada.

—De acuerdo —accedió él resignado, y se guardó la dirección en el bolsillo—. De acuerdo.

Guy tenía toda la intención de cumplir lo que había prometido, por inútil que le pareciera. Pero cuando regresó esa noche a su propio puesto de evacuación de heridos, se encontró con que había habido un nuevo ataque contra la línea británica; tuvo que abrirse paso entre las filas de ambulancias que avanzaban entre traqueteos, los carros tirados por caballos y las camillas solo para poder ingresar al recinto. Esa noche no salió del quirófano, durmió unas pocas horas y tampoco salió al día siguiente, ni al otro. Trabajó sin descanso, compartiendo el quirófano de lona con otros tres cirujanos, con los ojos secos y las piernas entumecidas de tanto estar de pie, y los brazos hundidos entre bazos, hígados destrozados, pulmones e intestinos desgarrados. Sus manos se movieron sin cesar para reparar desgarros, ligar arterias y hacer todo lo posible antes de que colocaran al siguiente hombre sobre su mesa. Cuando por fin amainó el aluvión de heridos y tuvo una hora libre para ir hasta el puesto de evacuación de heridos en el que había estado Peter, este ya se había trasladado a Artois, en anticipación de las inevitables bajas de la siguiente ofensiva planeada.

Permaneció en Ypres toda la primavera y el verano. No hubo grandes combates, pero sí fuego de artillería diario entre las trincheras y un flujo constante de heridas de bala y metralla, hemorragias y amputaciones que lo mantuvieron ocupado de la forma más sombría. En septiembre, los enviaron a todos a Loos, donde al parecer se preparaba una ofensiva de gran magnitud que sería el principio del fin de la guerra, pero que no fue el fin de nada, salvo de decenas de miles de vidas, muchas de ellas sobre la mesa de operaciones de Guy. Con la llegada del otoño y los rumores cada vez más insistentes de un motín en ciernes entre las tropas indias —unidades que se negaban a luchar o abandonaban sus posiciones; hombres que por fin se habían hartado de que los llevaran a la muerte, de perder oficiales en los que confiaban y quedar bajo el mando de muchachos que no entendían su idioma ni nada sobre ellos—, los generales decidieron que era demasiado pedir a los cipayos que soportaran otro invierno gélido. Mucho mejor

enviarlos a Gallipoli. Guy también partió hacia el este. Una mañana helada de noviembre, siete meses exactos después de haber visitado a Peter, embarcó rumbo a Egipto, a un hospital en Alejandría. Solo que para entonces ya se había olvidado por completo de la hermana Owen.

Sumido en el horror y el agotamiento del verano pasado, había dejado de recordar que alguna vez hubiesen hablado de algo parecido a sorpresas agradables o que ella siquiera le hubiera entregado un papel.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, Bombay 1915-1916

Llegó justo antes del almuerzo, en una mañana glacial de noviembre, después de dejar atrás las agonizantes cirugías en Francia y Londres para reparar su cuerpo maltrecho y su cráneo destrozado. Desde el punto de vista físico lo habían dado por recuperado. Ahora solo restaba curar su mente.

—Estas carreteras son imposibles —se quejó la conductora de la ambulancia, con las manos enguantadas aferradas al volante como tenazas y la cara tan pegada al parabrisas helado que su aliento empañaba el cristal.

—Lo está haciendo muy bien —aseguró él.

—¿Sabía que se rumorea que está embrujado? —añadió ella, con la mirada fija en el edificio de arenisca al que se aproximaban—. Solía ser un manicomio.

Él enarcó una ceja.

—Tengo entendido que todavía lo es.

Las mejillas ateridas de la conductora se contrajeron en una mueca burlona.

—Como sea, tiene usted un comité de bienvenida. —Señaló a través de los semicírculos que dejaban las escobillas del limpiaparabrisas hacia donde una enfermera, rígida de frío, esperaba en la escalinata de entrada del hospital—. Tiene todo el aspecto de la enfermera perfecta. Estoy segura de que no tardará en ponerlo a socializar y a jugar al billar.

—Excelente —resopló él y apoyó la cabeza contra la pared de la cabina, cansado, muy cansado...

El vehículo se detuvo.

—Gracias a Dios —exclamó ella y tiró del freno de mano. Se bajó y cruzó unas palabras con la enfermera.

—Nada que un buen chocolate caliente no pueda arreglar —oyó él decir a la enfermera.

"Sin duda alguna, perfecta", pensó.

—Siento como si se me hubieran caído los dedos de los pies —se quejó la conductora (por cierto, lejos de perfecta).

Se puso de pie cuando la mujer se acercó a la cabina y abrió las puertas de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire helado.

—¿Listo? —le preguntó.

—No lo sé —repuso él.

—Claro —dijo ella—, tampoco sé si yo lo estaría.

Él asintió, agradecido por su franqueza.

—Espero que no esté aquí demasiado tiempo —añadió.

—Yo también lo espero —admitió él y se dispuso a salir del vehículo. Ella le deseó suerte y él le agradeció. Cualquier cosa sumaba si contribuía a que ese lugar funcionara.

Se detuvo en el escalón de la cabina, echó la cabeza hacia atrás y contempló las paredes del hospital cubiertas de polvo de nieve, negándose a considerar la posibilidad de que no funcionara. No podía permitírselo. Si lo hacía, si daba rienda suelta a su temor de encontrarse un día viejo y solo, todavía persiguiendo sus sueños, esperando en vano que su mente quebrantada lo ayudara a recuperar la vida que había perdido con tanto descuido, temía que el miedo lo destruyera.

Así que se bajó de la ambulancia. Y aunque le resultó extraño que la hermana Lytton lo llamara oficial Jones (no soportaba ese nombre), no dijo nada; era obvio que además de correcta también era amable y no quería hacerla sentir incómoda. Al fin y al cabo, ¿de qué otra forma podía llamarlo? Recorrió el hospital con la hermana Lytton, se cruzó con el capitán enmascarado en la sala de estar ("¿Qué le pasó?", preguntó a la hermana Lytton. "¿A Ernest?", contestó ella. "No estoy segura") y se las ingenió para no reaccionar cuando ella le mostró la sala de billar. Por último, conoció al doctor Arnold, quien, para su alivio, le cayó muy bien.

Aceptó el diario que Arnold le dio, picoteó algo durante una cena silenciosa, sin siquiera probar el postre de frutas y crema, y luego se fue a la cama con la bolsa de agua caliente adentro y se durmió. Cuando, en mitad

de la noche, despertó en la oscuridad, sudando y jadeando, desesperado por volver con la mujer del vestido amarillo que acababa de dejar, tomó el diario y escribió en él por primera vez ("un hombre desdentado; ruido; ¿un mercado?"), y luego dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada porque no tenía ni idea de qué podía significar todo eso.

Noviembre quedó atrás. Solía escaparse a pasear a los jardines blancos, a veces durante horas, y luego se sentaba junto al fuego y sentía un escozor en la piel fría que lo llenaba de nostalgia, aunque no sabía por qué. "Paciencia", insistía Arnold, a quien veía una hora al día, "paciencia". No jugaba al billar porque no había olvidado la broma de la conductora, pero sí entabló cierta amistad con el pobre y tartamudo Ernest (para gran satisfacción de la hermana Lytton, que le sujetó las manos en un gesto de alegría). No era que disfrutara de los saludos diarios tan formales ni de los comentarios de Ernest, pronunciados con agonía y repetidos una y otra vez sobre el ruido del fuego, la dificultad de tomar la sopa con la máscara o sus malditas manos temblorosas. Pero se sentía obligado a hacerle compañía cada vez que lo veía sentado solo.

—No tiene por qué pasar todo el tiempo con él —comentó Poppy, la asistente voluntaria, una mañana de diciembre cuando se dejó caer junto a ellos en una de las sillas de la sala—. Puede venir a dar un paseo conmigo —se inclinó hacia él y le susurró en tono confidencial—: prometo ser mucho más divertida que la hermana Lytton.

—Estoy bien —contestó Jones—. Estamos bien.

—¿L-l-la c-c-conozco? —inquirió Ernest.

—¿Qué tal una buena taza de chocolate caliente? —les ofreció la hermana Lytton, que se desplazaba por la sala con paso ligero—. Te traeré una pajita Ernest.

Llegó la Navidad. Nadie cantaba villancicos porque a Ernest le resultarían ensordecedores, pero varios pacientes hicieron guirnaldas de papel en la sala de manualidades para decorar el vestíbulo y la sala. Jones se rehusó a dejarse seducir por participar en las manualidades festivas de recortar y pegar (sobre el principio de que podía no saber mucho de sí mismo, pero sí sabía que no era un niño) y se colocó el abrigo y las botas para salir con cuatro de los camilleros —todos demasiado viejos o con los pies planos para alistarse

— a dar una caminata por los bosques cubiertos de niebla para cortar un abeto. Salió por el ejercicio, para hacer algo; no esperaba disfrutarlo. (De hecho, le costaba disfrutar de nada en el Quinto Hospital Militar. "¿Por qué?", preguntó Arnold. "Sería como aceptar que voy a quedarme", respondió él). Mientras el grupo cruzaba los campos, el camillero más viejo maldijo porque se había olvidado de encargar el pavo de Navidad para su esposa. Jones se ofreció a anotar un recordatorio en su diario para que pasara por la carnicería, pero el hombre se rio y sugirió: "Hagamos algo mejor; demos un rodeo ahora y ya que estamos pasemos por el Bull a tomar una copa".

El pub del pueblo estaba abarrotado, con olor a humo y a leña quemándose, cálido y ruidoso, lleno de hombres que tenían hijos en el frente y que, al ver el uniforme azul de Jones, insistieron en invitarle unas cervezas. Al principio protestó: "No tengo dinero para pagar la siguiente ronda", pero todos le aseguraron que ya había pagado más que suficiente.

—Acepta la cerveza —le susurró el camillero sin pavo mientras sonreía por la comisura de la boca—, acéptala.

De modo que lo hizo. Y se emborrachó. Todos se emborracharon como cubas y no regresaron al Quinto Hospital Militar hasta el anochecer, arrastrando un abeto que habían talado con torpeza en el camino de vuelta y tropezando unos con otros al entrar en el vestíbulo reverberante del hospital, iluminado por lámparas de aceite.

—Pero qué animados estáis —comentó Poppy mientras bajaba la ancha escalera principal, como si hubiera estado en lo alto vigilando y esperándolos—. Nos avisaron del pub que lo estabais pasando muy bien.

—Que no se repita, por favor —declaró la hermana Lytton, que emergió de la sala de estar y regañó a Jones por lo preocupada que había estado antes de recibir la llamada del dueño del pub. (A lo que él respondió que lo sentía mucho, pero *muchísimo*).

—¿Me llevas la próxima vez? —bromeó el doctor Arnold al día siguiente, no como reproche sino contento; consideraba buena señal que Jones se hubiera escapado un rato.

"No sé si es una buena señal", escribió Jones, no en su diario, sino en una hoja suelta: una de las muchas cartas que llevaba escritas a la mujer que intentaba recordar con tanta desesperación. "Pero es un alivio haber tenido un día diferente en este lugar donde todo es siempre lo mismo. Me sentí yo

mismo estando afuera. Sentí como si supiera quién era por primera vez desde que subí a esa ambulancia en la carretera de Menin.

”Recuerdo esa carretera. Puedo ver al conductor que me ayudó. Puedo sentir los baches bajo las ruedas de la ambulancia. Puedo imaginar el puesto de evacuación de heridos al que me llevaron y sentir el sabor de la sangre en mi boca y el miedo mientras yacía en medio de aquel campo cubierto de camillas, sin saber si iba a morir o a recordar. Una enfermera se acercó y me puso una etiqueta en la camisa, luego me envió directamente a un tren, al hospital de Dieppe donde fueron amables y, a pesar del cansancio, me extrajeron la metralla del cráneo, del cuerpo y me curaron las costillas rotas. Sé todo esto porque lo tengo grabado en mi mente. Sin embargo, no quiero esos recuerdos. No los necesito.

”Te necesito a ti.

”¿Dónde estás esta Navidad? ¿Estás sentada al aire libre, con el calor en tu rostro? Ese rostro que nunca puedo ver. ¿Estás sonriendo? ¿Eres feliz? Quiero pensar que sí.

”¿Me estás esperando, como yo te espero a ti?

”¿Estás pensando en mí en este momento?”.

Dejó el lápiz y hundió su dolorida cabeza entre las manos.

“¿Acaso existes siquiera?”.

Maddy alzó la vista hacia el cielo brillante de la India, con el sol en sus mejillas, acunando a Iris, que ya tenía ocho meses, en su regazo. Sostenía la manita con aire distraído, para impedir que la bebé tirara del cuello de encaje de su vestido y pensaba en Luke, como siempre. El resplandor de la tarde humedecía sus ojos y trató, de veras trató, de hacer lo que todos le decían que debía hacer: creer que él estaba muerto.

—Se supone que ya debería haberlo aceptado —susurró a su hija—. Pero no sé cómo hacerlo.

Iris, que al parecer encontró un humor incomprensible en sus palabras, soltó una risita.

—Desalmada —la regañó Maddy y luego la besó—. Eres una desalmada.

Era Nochebuena. Mañana sería la primera Navidad de Iris y, a pesar de las promesas de Maddy a sus padres, a Della y a Peter —quien, por suerte, había esquivado los submarinos y regresado sano y salvo en septiembre para reincorporarse a su antiguo empleo e instalarse también en la casa, ya que

había espacio de sobra y nadie quería saber nada con que estuviera solo—, ella seguía fantaseando con que llegaría un mensaje de Luke en el que le diría que estaba vivo y en camino a encontrarse con ellas. O mejor aún, que aparecería en el porche, con las manos en los bolsillos y su hermoso rostro vuelto hacia ellas en el jardín. "¿De verdad pensaste que me perdería otra Navidad?". Maddy se volvió hacia el porche por si acaso...

Pero no. No estaba allí.

Nunca estaba allí.

Las últimas cartas que le había enviado al frente habían sido devueltas; los sobres que contenían las descripciones de cada sonrisa, cada gesto y cada gorjeo de Iris habían sido devueltos sin abrir con la cruel inscripción: "Muerto en acción". Las había tirado, odiándolas. Y por fin había dejado de intentar encontrar a alguien que admitiera que Luke podría estar vivo. No porque creyera que era inútil intentarlo, sino porque se había quedado sin gente a quien escribir. ("Gracias a Dios", había oído que su padre decía a su madre antes de cenar una noche y apenas había logrado contenerse para no irrumpir en el vestidor y decirles a ambos cuánto le dolían sus palabras. "¿Por qué no me dejan creer?"). De todos modos las cartas no la habían llevado a ninguna parte. El comandante de Luke había sido el primero en hacer trizas sus esperanzas, al responder a sus súplicas de que admitiera que podría haber habido un error con palabras suaves que le aseguraban que no lo había habido en absoluto y con el horrible consejo de que siguiera adelante con su vida. "No querría que mi esposa desperdiciara la suya esperándome". Enfurecida, había tirado la carta a la basura.

Sin embargo, no había podido hacer lo mismo con la respuesta del antiguo contacto de Luke en el Estado Mayor porque nunca le había contestado. Ni tampoco su superior. Ni el superior de su superior.

—¿No puedes mover algunos hilos? —había implorado a su padre.

—Cariño —había respondido él con gentileza—, nadie podrá darte la respuesta que quieres.

Las secretarias de todos los hospitales de base al menos le habían respondido, pero con cartas formales en las que explicaban que había demasiados hombres heridos para que pudieran atender a los familiares caso por caso. "Por favor, acepte nuestras más sinceras condolencias". Lo mismo le ocurrió con las secretarias en Londres. Si Maddy hubiera estado en Inglaterra habría visitado ella misma los pabellones, pero los submarinos

seguían activos y no estaba dispuesta, como nunca lo había estado, a exponer a Iris al peligro. Edie se había negado de manera rotunda a hacer las averiguaciones por ella ("No quiero darte falsas esperanzas cariño, estoy de acuerdo con tu padre en eso") y ahora Maddy ya no sabía qué más hacer.

—Déjalo ya, querida Maddy —le había aconsejado Peter cuando había regresado, pálido, callado y demasiado delgado.

Habían salido a caminar por el jardín los dos solos, desafiando las últimas lluvias del monzón. Della había ido a un almuerzo dominical con Jeff cuyos servicios, por fortuna, no habían sido solicitados por la fuerza expedicionaria —"Los dientes son la menor de sus preocupaciones", comentó Peter— y los padres de Maddy estaban dentro cuidando a Iris.

—No puedo —había enfatizado Maddy—. Simplemente no puedo.

—Pero tienes que hacerlo —había insistido Peter. Se había detenido, apoyado sobre su pierna protésica bajo el paraguas en una postura torcida y con el rostro pálido y contraído por el dolor—. Está muerto. Lo siento mucho…

—¿Y si le pasó algo parecido a lo de Ernest Aldyce? —lo había interrumpido—. ¿Y si está desorientado y esperando que yo…?

—No está esperando nada —había interpuesto Peter, con una voz tan gentil que había sido casi imposible contener el llanto. Había continuado, recordándole que había visitado a Ernest a fines de agosto y que Luke no estaba con él—. Incluso le pregunté a la maldita enfermera si había visto a alguien que se pareciera a él.

Maddy se había aferrado a eso.

—Quiere decir que tú también piensas que podría estar vivo...

—No. *No*. —Peter había alzado el rostro hacia el cielo lluvioso, con su frágil mandíbula apretada—. Es solo que... quiero creerlo. Lo extraño. Todos los días. Y me siento muy culpable por estar aquí y él no. La enfermera me contó que la gente escribe todo el tiempo, cientos de cartas por mes, preguntando por personas a las que no pueden dejar ir.

—Pero...

—No. —Casi se lo había gritado—. Nada de peros.

—Había extendido la mano libre hacia ella. Maddy había intentado apartarse, por miedo a que la tocara y empezara a convencerla. De todos modos, Peter le tomó los dedos—. Estuve ahí, Maddy.

—¿Lo viste muerto? —había preguntado y, con espanto, había comenzado

a llorar—. ¿Lo viste con tus propios ojos?

—Lo vi todo —había asegurado Peter, ahora también con lágrimas en los ojos—. No me hagas contarte lo que vi…

—¿Qué? —había presionado ella; las palabras se le habían escapado contra su voluntad—. ¿Qué viste?

—Lo vi morir.

—No —exclamó Maddy y, en ese mismo instante, vio a Luke, no con su uniforme, no en Francia, sino con una chaqueta de lino en el paseo marítimo, con traje de etiqueta en el Club Gymkhana, frente a ella en el restaurante en la azotea, delante de la catedral de St. Thomas, abrazándola en el mar…

—La explosión lo lanzó por los aires —había precisado Peter, interrumpiendo sus recuerdos, con su mano todavía en la de ella—. Tienes que confiar en mí, Maddy.

"Eso no es lo mismo que morir", había querido responder ella, pero no había podido, porque lloraba demasiado.

—Lo encontraron —había continuado él—, lo enterraron con la fotografía de ti y de Iris en el pecho. Tiene una tumba. —Y ella había llorado, llorado y llorado, y él había arrojado ambos paraguas al suelo y la había abrazado, empapándose hasta que Alice había bajado corriendo de la casa, empapada también e insistido en que regresaran.

—Así no, esto no les hace bien…

A partir de entonces todos dieron por hecho que había aceptado la muerte de Luke. Ella dejó que lo creyeran, porque al final le resultaba más llevadero que no le recordaran todo el tiempo que tenía que hacerlo.

Ahora lloraba más. Lo hacía casi todas las noches después de acostar a Iris para que no la oyera (no quería que la oyera, le daba pánico que la tristeza pudiera empañar de algún modo la feliz inocencia de su existencia); lloraba porque, aunque todavía no podía creer que él estuviera donde todos decían que estaba, tampoco estaba con ella, y lo extrañaba. Lo extrañaba mucho.

—Lo necesito —murmuró ahora.

Esta vez Iris no se rio. Levantó la mano, soltó el cuello de encaje de Maddy, le apoyó la manita regordeta contra la mejilla, acercó sus labios a los de ella y le dio un beso baboso.

—Oh, qué bonito —expresó Maddy—. Gracias. —Más babas—. Gracias, Iris. ¿No soy muy afortunada de tenerte?

—Tienes más que solo a Iris —le dijo su madre mucho más tarde esa noche, mientras Iris dormía con placidez en su habitación y ellas trabajaban a la luz parpadeante de la lámpara en la sala de estar, envolviendo los sonajeros, los cubos apilables y los animales de peluche nuevos que habían encontrado en las pocas jugueterías de Bombay, listos para ser colocados, a la espera de la mañana, bajo el árbol de Navidad hecho con ramas de plátano. Della había ido con Jeff a la fiesta de Nochebuena en el Club Gymkhana. Peter y Richard estaban tomando una copa en el porche—. No estás sola Madeline —continuó Alice en voz baja. Dejó la cinta que estaba atando y se volvió hacia su hija, con los ojos azules brillantes bajo la luz de la lámpara—. Estás rodeada de gente que... te quiere... muchísimo.

—Lo sé —concedió Maddy en un susurro y con los ojos húmedos, porque aunque por supuesto que lo sabía y estaba infinitamente agradecida por eso, aun así significaba mucho oírselo decir a su madre, ver el amor en su rostro; un amor que, después de todo ese tiempo, todavía no podía dar por sentado.

—Quiero que... sonrías esta Navidad —la urgió Alice—. Quiero saber cómo ayudarte a hacerlo.

—Estaré bien.

—Oh, Madeline...

—De veras, estaré bien —repitió—. Lo único que importa es que Iris disfrute.

—No —replicó su madre—. No es lo único.

—Mamá...

—No —insistió Alice. Extendió la mano y tomó la de Maddy—. Tú eres *mi* Iris —añadió y le apretó los dedos—. Tú también importas.

Entristecida por las palabras de su madre y su preocupación, Maddy intentó sonreír más esa Navidad. Lo hizo por todos. Conmovida por el esfuerzo que todos hicieron para que el día fuera alegre —el calcetín que sus padres escondieron al pie de su cama, lleno de libros, sales de baño y chocolates Cadbury importados (no tan derretidos); la alegría bulliciosa con la que Peter, Della y Jeff llenaron cada hora, cómo mimaron a Iris, se apretujaron en el coche para ir a la iglesia y comieron el banquete (vegetariano) del cocinero en el porche con los sombreros de papel de Richard en la cabeza—, se esforzó al máximo por seguirles la corriente. Era muy consciente de que no era la única que había sufrido ese año (el pobre Peter, Fraser, Ernest...), y

no quería actuar como si lo fuera. Si Peter, después de haber perdido una pierna y con todo el dolor que cargaba podía entregarse a las celebraciones, sin duda ella podía esbozar alguna que otra sonrisa.

Pero era tan tan difícil. Por más que intentó permanecer presente durante el día, sus pensamientos habían seguido divagando: hacia los fríos pabellones europeos; a un auténtico abeto navideño en un hospital desconocido; a la cama en la que él yacía, esperando que ella lo encontrara, y con demasiada frecuencia de repente se daba cuenta de que no había respondido a la pregunta de alguien o no había reaccionado a un chiste o no había hecho estallar un petardo. Aunque se sumaba a las exclamaciones colectivas cuando Iris gateaba hasta el árbol de ramas de plátano y tiraba de él, haciendo que los adornos rodaran por el suelo por lo que parecía la centésima vez ese año ("Oh, *Iris*", coreaban todos), en lo único en lo que podía pensar mientras abrazaba a Iris era en cuánto disfrutaría Luke viendo el caos causado por su pequeña aventurera y en todo lo que se estaba perdiendo de la vida de su hija. Cuando sentó a Iris en sus rodillas para abrir el regalo que le habían enviado sus desconsolados abuelos paternos, Nina y Theo (Nina y Theo, que habían escrito todas las semanas desde que Maddy se había visto obligada a enviarles esa carta desgarradora y casi imposible de redactar sobre la supuesta muerte de su hijo), sacó el medallón de oro rosado grabado que habían empaquetado con tanto cuidado, "para nuestra querida nieta", y ni siquiera pudo esbozar una sonrisa. Fue todo lo que pudo hacer para no derrumbarse.

—Hicimos lo mejor que pudimos —concluyó Della, una vez que el sol se había puesto por fin después de ese día agotador y mientras volvían de acostar a Iris en su dormitorio—. Pero ya que nadie más puede verte ahora, ¿no te vendría bien llorar un poco antes de que Jeff insista en que juguemos a algo?

Maddy se sintió más capaz de afrontar el resto de la velada después de haber llorado. Y, fortalecida por el generoso brandi que Jeff le sirvió ("reconfortante"), incluso se las ingenió para representar *La tienda de antigüedades* para que Peter lo adivinara en el juego de mímica.

—En realidad ya lo había adivinado después de "tienda", pero no quise decir nada porque fue demasiado divertido verte representar "antigüedades".

Aun así, exhaló un largo suspiro de alivio cuando, mucho antes de las diez, su padre sugirió que dieran por terminada la noche. Por el asentimiento casi

unánime de todos los demás, sospechó que sí, que se estaba haciendo tarde y que no era la única que se alegraba de que la fiesta hubiera terminado.

No fue al baile de Año Nuevo que la oficina de su padre organizó en el Taj a beneficio del esfuerzo bélico. Más allá de la causa benéfica habría sido demasiado difícil, demasiado demasiado difícil, estar con otras personas en *esa* noche tan especial. No estaba segura de que podría soportar oír y mucho menos ver los fuegos artificiales. De modo que aunque Della y Jeff asistieron, al igual que sus padres, que no podían no hacerlo, Maddy se quedó en la casa. Peter también lo hizo con la aprobación de Richard.

—Peter ha pasado por bastante este año —mencionó Richard a Maddy—. Pueden hacerse compañía mutua. Y será una tranquilidad para tu madre y para mí.

No tenían otro plan más que cenar en el porche y tomar una o dos copas obligatorias de champán. Eso fue exactamente lo que hicieron durante gran parte de la noche. Hablaron de Luke sin parar. Con el chirrido de las cigarras y el susurro de los árboles, Peter contó historias de mucho antes de que Maddy lo conociera: anécdotas sobre partidos de polo, regatas, noches de borrachera y audiencias disciplinarias por haberse quedado fuera del acantonamiento, que ella nunca se cansaba de escuchar. Maddy, a su vez, habló de las cartas de Luke desde el frente: sobre cuánto había mencionado a Peter y dependido de él.

—Era mutuo —aseguró Peter—, créeme.

Mientras la botella de champán se iba vaciando y la noche sofocante se prolongaba, revivieron la fiesta en el Club Náutico dos años antes y se rieron al recordar la indignación de Della porque Peter no había ido a recogerla a su casa ("qué desgraciado") y la búsqueda inútil de Maddy por encontrar las cerillas.

—¿Todavía las tienes?

—Por supuesto que sí.

Quizás fuera el champán o toda la charla sobre el Club Náutico pero, al acercarse la medianoche, Maddy se dio cuenta de que, después de todo, *tenía* ganas de ver los fuegos artificiales.

—¿Estás segura? —preguntó Peter.

—Sí —afirmó ella—, creo que sí.

Después de detenerse para chequear a Iris con su aya y buscar otra botella de champán, bajaron la colina con lentitud a causa de la pierna de Peter,

hasta la playa rodeada de selva que Maddy había visitado tantas veces con Luke y en la que no había vuelto a poner un pie desde que él se había marchado. Se detuvo al llegar y vaciló entre las palmeras, paralizada por la avalancha de recuerdos. La arena iluminada por la luz de la luna era tal como la recordaba. La costa negra y ondulada, desgarradoramente igual.

—Si prefieres podemos volver —susurró Peter con expresión preocupada en su rostro pálido y tenso bajo la luz plateada—. No tenemos que quedarnos.

—Quiero hacerlo —admitió ella con toda sinceridad—. Quiero estar aquí.

Casi podía sentir que Luke estaba allí también.

¿Cómo podía alejarse de eso? ¿De él?

Faltaba muy poco para la medianoche. Apenas tuvieron tiempo de llenar las copas cuando los fuegos artificiales estallaron sobre el horizonte distante de la ciudad. Tomados de la mano, observaron en silencio.

Luego, alzaron sus copas.

—Por Luke —musitó Peter y echó la cabeza hacia atrás con la mirada fija en la oscuridad más allá de las estrellas.

Maddy no siguió su mirada. Mantuvo los ojos clavados en la ciudad, en la tierra viva y palpitante, aferrada a su silenciosa creencia de que él todavía estaba allí. Despierto, confiaba.

No muy herido, esperaba.

En algún lugar seguro, en algún lugar tibio. En algún lugar respirando.

En algún lugar *allí*.

Casi la mitad de los pacientes del Quinto Hospital Militar se quedaron despiertos para recibir el año 1916 pero no Ernest, por lo que se podía encender el gramófono y las enfermeras podían cantar. Cuando empezaron a entonar *Auld Lang Syne*, algunos de los hombres se sumaron —los que habían empezado a recuperar peso, a hablar más, a sobresaltarse menos y a los que Arnold había dicho que pronto no tendría más remedio que declarar aptos para el servicio activo otra vez— pero Jones guardó silencio, no porque no supiera la letra sobre si "deberían olvidarse los viejos amigos" sino porque *sí* la sabía. Las palabras lo atravesaron y cada una de sus terminaciones nerviosas se estremeció. Las imágenes se agolparon en su mente. No oyó a Poppy que le ofreció una copa de vino de flor de saúco ni advirtió la sonrisa de extrañeza que le dirigió la hermana Lytton. Pensando

solo en su diario se giró, subió corriendo las escaleras de dos en dos y escribió todo. La letra de la canción, la sensación de calor que lo había impactado, la imagen de sí mismo inclinado sobre un suelo de mosaico ("¿una estación de tren?", escribió), y una mano elegante y enguantada que se estiraba y tocaba el respaldo de una silla en una terraza.

—Esto es bueno —celebró después Arnold a la mañana siguiente—. Muy bueno. Este podría ser nuestro año.

Pero no lo fue.

Enero dio paso a febrero. El invierno se convirtió en primavera. La primavera se convirtió en verano. Los cañones pesados seguían atronando en el Somme y Jones se desesperaba por los hombres que aún estaban en las trincheras. A pesar del cansancio luchaba contra el insomnio y sus sueños fragmentados e incoherentes y, cuando una mañana de septiembre, Poppy vino a hacerle la cama

—aunque él siempre la hacía solo—, soltó una risita tonta y comentó que un día de esos le daría un buen regaño "y ¿qué le parecería eso, oficial Jones?", él estalló y gritó que Jones no era su maldito nombre y que ella podía regañarlo todo lo que le diera la gana.

Se arrepintió de su mal genio al instante. Siempre había detestado la idea de convertirse en ese tipo de paciente y se giró dispuesto a disculparse. Pero cuando volvió a mirar a Poppy, ella no parecía para nada amedrentada, solo visiblemente sonrojada de manera desconcertante. De modo que decidió que sería mejor no insistir en el tema y optó por permanecer en silencio.

A finales de ese mes, para horror de todos, dos oficiales se suicidaron en rápida sucesión. Uno estaba a punto de abandonar el hospital para regresar a las trincheras.

—La hermana Lytton se culpa a sí misma —comentó Arnold mientras limpiaba sus gafas innecesariamente—, pero siento que soy yo quien tiene su sangre en las manos.

—No es su culpa —argumentó Jones y tuvo la sensación certera de que alguien le había dicho algo similar antes.

—Sí, lo es —insistió Arnold con un suspiro hondo—. De todos modos le he dado unos días de permiso a la hermana Lytton.

Fue mientras ella estaba de permiso que la esposa ausente de Ernest apareció en el hospital. Jones, que había estado en su habitación durante la mayor parte de la visita, ajeno a su presencia, la había visto apenas de pasada

cuando él entraba en la sala y ella salía con Poppy al vestíbulo para marcharse. Jones se volvió y se quedó mirando el cabello negro, el rostro afilado y maquillado y luego frunció el ceño, preguntándose qué le había hecho mirar dos veces.

Pero entonces oyó a Ernest que sollozaba en su silla. Se dirigió enseguida hacia él, con ese impulso tan familiar de protegerlo y consolarlo. No prestó atención a la mirada que la mujer de Ernest lanzó a su esposo antes de marcharse. Estaba demasiado ocupado recogiendo los pedazos que ella había dejado atrás.

—Mi mu-mu-mu… —balbuceó Ernest.

—No hables de muerte—replicó Jones—. No te vas a morir. Ya ha habido suficientes muertes.

Dedujo que la esposa de Ernest le había pedido que firmara unos papeles y que se había enfadado porque él no había sido capaz de hacerlo. A su vez Jones se sintió enfadado con Poppy por permitir que la esposa de Ernest lo abordara sin que Arnold estuviera presente y por no haber intervenido antes.

Más tarde se lo dijo.

—¿En qué estaba pensando? ¿No vio cómo lloraba?

—¿Y dónde estaba *usted,* oficial Jones? —espetó ella—. ¿Escribiendo otra de sus cartas?

—¿Qué demonios sabe usted de mis cartas?

La voluntaria lo miró con fijeza y no respondió; se mordió el interior de las mejillas, para contener las lágrimas o una sonrisa, él no podía saberlo y, la verdad, le daba igual.

—¿No tiene nada que decir? —agregó.

—No tanto como usted —replicó ella.

¿Era un chiste?

No se lo preguntó.

—Manténgase alejada de mis cosas —soltó y se giró.

No registró el lamentable incidente en su diario. Sabía que lo recordaría demasiado bien.

Al fin y al cabo no era con el presente con el que tenía problemas.

Sino con el pasado. Solo con el pasado.

La extraña misiva de Diana llegó una mañana soleada y ventosa de fines de

1916. El silencio reinaba en la casa. Richard estaba en la oficina. Della y Peter se habían mudado a principios de ese año: Della, ahora felizmente casada con Jeff, vivía a unos cientos de metros calle abajo; Peter, que ya caminaba mejor y había recuperado algo de peso, había vuelto al antiguo *bungalow* del gobierno al pie de la colina. Sin embargo, seguía visitando la casa casi todas las noches para cenar y hablar de Luke con Madeline y leer cuentos a Iris, en parte porque las quería, por supuesto, pensaba Alice, pero también, creía ella, para expiar la muerte de Luke, ya que jamás aceptaría que no había sido culpa suya. De la misma manera que Luke siempre se había culpado por lo que le había ocurrido a Ernest.

Ernest, cuya esposa había enviado una carta.

Alice frunció el ceño al reconocer la caligrafía inclinada de Diana en el sobre. Lo tomó con cautela de la bandeja de plata del correo. Hacía más de dos años que no sabía nada de ella. ¿Qué podía querer ahora?

Compasión, al parecer, por su condición de "viuda en todo salvo en el nombre". Y también aprobación para su aparente plan de divorciarse del pobre Ernest y volver a casarse.

"Igual que Edie y Fitz", explicaba Diana, "yo también confío en poder empezar una vida nueva. Sé que muchos pueden ser quisquillosos con estas cosas, en especial en el club (yo misma quizás lo he sido en el pasado) pero estoy segura de que, teniendo tú misma una cuñada divorciada, no me juzgarás. Ya sabes, el que esté libre de culpa… Todavía soy joven y tengo toda una vida por delante para compartir. Había pensado en un viejo amigo, pero me hicieron notar que tu hija tiene muchos admiradores".

Alice apretó los dientes con irritación. ¿Se refería a Guy? ¿Un "viejo amigo"? Guy nunca le había dado ni la hora a Diana, incluso ella debía saberlo.

"Como sea", continuaba Diana, "he conocido a un hombre encantador en Whitehall, deseoso de probar la vida en el Raj si Richard estuviera dispuesto".

Ahí estaba el quid de la cuestión. Alice estuvo a punto de dejar la carta a un lado. No tenía ningún interés en ayudar a Diana a regresar a Bombay.

Pero entonces una palabra le llamó la atención. Un nombre: "Luke", al final de la hoja.

Frunció el entrecejo, más cautelosa que nunca, y siguió leyendo.

"La verdad es que ese hombre era su viva imagen. Es un rostro difícil de

olvidar. El parecido era tan marcado que hasta le pregunté a la enfermera voluntaria por él, pero me aseguró que no tenía esposa ni hijos. Más bien me dio la impresión de que había algo entre ellos. Qué suerte la de Poppy Reid, diría yo. Aunque qué curioso, ¿no?".

A Alice no le pareció nada curioso, apretó el papel en las manos y releyó las palabras a medida que se arrugaban. "Es un rostro difícil de olvidar". Con la boca seca, se volvió hacia el jardín donde Della, recién embarazada, estaba con Madeline; ambas aplaudían y exclamaban mientras Iris, de dieciocho meses, señalaba los árboles, las hojas y los pavos reales y los nombraba uno por uno. Madeline se inclinó, con la falda más corta que tantas mujeres habían empezado a llevar y que dejaba al descubierto sus tobillos enfundados en medias y estrechó a Iris, le hizo cosquillas en la panza y la pequeña echó hacia atrás sus brillantes rizos negros y soltó chillidos de alegría.

—Monita linda —comentó Madeline y se rio también: esa risa hermosa que Iris y solo Iris podía arrancarle y que el resto de ellos aún oían muy poco.

Había sido una tortura verla convertirse en una sombra de sí misma durante el último año y medio. Alice no recordaba haberse sentido nunca tan impotente, tan dolorosamente incapaz de ayudar a su propia hija. Había disfrutado de cada segundo de la cercanía que había ido creciendo entre ellas después de que ella abandonara el hospital al comienzo de la guerra: las mañanas en la escuela, las horas decorando la habitación de Iris, los paseos, las charlas, y luego la dicha absoluta del nacimiento de Iris. Pero era como si hubiera recuperado a su hija solo para volver a perderla.

Todos la habían perdido durante un tiempo.

Y si bien ahora estaba mejor, mucho mejor, Alice no dudaba ni un segundo de que Madeline no había renunciado a Luke. Veía la expresión esperanzada con que desviaba la mirada hacia los portones cada vez que el chico del telégrafo llegaba con un mensaje para Richard. No iba a ninguna fiesta ni club; Alice suponía que porque le daba terror divertirse o que otro hombre la invitara a bailar.

Seguía esperando.

Alice sufría por ella. Por mucho que hubiera temido en su momento que Madeline se marchara, le devolvería a Luke en un abrir y cerrar de ojos si pudiera. Pero Peter lo había visto morir. Habían recibido su chaqueta hecha

jirones por las balas, sus cartas, sus papeles y sus cigarrillos. Estaba muerto. *Enterrado* por un hombre que Guy, *Guy* había conocido.

Volvió su atención a la carta arrugada de Diana. Sería demasiado cruel contar a Madeline lo que decía. Alice había desperdiciado demasiados años de su vida lamentándose por pérdidas que no tenían solución, ¿cómo podía animar a su hija a hacer lo mismo?

Guardó la carta despacio en el sobre y, sin querer permitir que la flaqueza la venciera, se sentó a responder a Diana en ese mismo momento.

"Estoy segura de que Richard estará encantado de ayudar a tu amigo", escribió. "Solo te pido una cosa. Ese hombre que viste en el hospital de Ernest no podía ser Luke. Es imposible, Diana, y no puedo permitir que Madeline se haga ilusiones. La decepción la mataría. Necesito que me prometas que jamás mencionarás a nadie lo que viste y mucho menos a ella".

La respuesta de Diana llegó menos de un mes después.

"Por supuesto, querida Alice", escribió. "Mis labios están sellados, tienes mi palabra".

CUATRO AÑOS DESPUÉS

CAPÍTULO DIECINUEVE

Bombay, 1920

Guy no regresó a Bombay hasta fines de septiembre de 1920, casi dos años después de que el armisticio pusiera fin a la guerra; había permanecido en Alejandría para asistir a los heridos de la desastrosa campaña de Oriente Medio.

Era un lugar más triste. Demasiados de los hombres que habían bebido y fumado en la fiesta de Año Nuevo del Club Náutico a principios de 1914 habían muerto: el marinero bronceado, casi todos los amigos de Peter; el oficial de acento lento y arrastrado que les había dicho a Maddy y a Della que les estaban rompiendo el corazón. Del millón y medio de soldados indios que habían partido a la guerra, más de sesenta mil nunca regresaron. La ciudad parecía diferente sin ellos. *La India* había cambiado. No era solo la sensación de pérdida que se respiraba por todas partes; después de tantas muertes, los calurosos días orientales tenían un nuevo matiz, una tensión latente que Maddy no recordaba haber sentido. Incluso antes del desastre de los Dardanelos, su padre había estado yendo y viniendo a Delhi para asistir a reuniones de emergencia sobre cómo sofocar la cantidad creciente de protestas y manifestaciones contra el dominio británico, pero ella había estado demasiado absorta en su dolor por Luke y en el cuidado de Iris como para prestar la debida atención. Aunque su padre había expresado sus temores por las nuevas medidas que acabarían aplicándose a través de la Ley de Defensa de la India —que permitían al gobierno encarcelar sin juicio ni orden judicial a cualquier indio sospechoso de amenazar al Raj—, no fue hasta que los funcionarios provinciales comenzaron a abusar de sus poderes (lo que se tradujo en arrestos excesivos que generaron todavía más descontento y violencia) que ella terminó de comprender por qué Richard había estado tan preocupado. La situación había empeorado el año anterior,

en 1919, cuando, con figuras como Mahatma Gandhi que reclamaban la independencia, el consejo del virrey, presa del pánico, había votado a favor de prorrogar la Ley a pesar de que la guerra había terminado, generando una ola de indignación en todas partes, incluso en los niveles más altos de la sociedad india y, sobre todo, en el Punyab, donde cientos de manifestantes habían sido abatidos por el fuego británico.

—Mujeres y niños también —relató Richard con voz quebrada cuando llegó a la casa con la noticia—. Deberíamos agachar la cabeza de vergüenza.

—Y sin embargo —había interpuesto Peter, que seguía en su antiguo *bungalow* y todavía se desempeñaba como adjunto de Richard—, los únicos que agachan la cabeza son los que terminan con una soga al cuello.

Maddy era muy consciente de que se merecían toda la animosidad que recibían. Le sorprendía que no hubiera más hostilidad. Pero sus alumnos, a los que había vuelto a dar clase cuando Iris había cumplido tres años, se mostraban tan entusiastas como siempre y sus padres igual de sonrientes y agradecidos. Los tres hijos del jardinero, demasiado mayores ya para perseguir pavos reales, jugaban con Iris como si fuera su hermana menor. El cocinero, que se había esforzado tanto por ayudar a Maddy con las náuseas matutinas y luego por tentarla a volver a alimentarse bien después de la desaparición de Luke (preparándole los curris y los rollos *kathi* que Luke había contribuido a que le gustaran tanto), se había convertido, contra todo pronóstico, en un amigo al igual que Ahmed. Solían beber *chai* juntos en la cocina mientras discutían en urdu sobre si los libros de Hardy eran deprimentes o hermosos, hablaban de política, de las familias del cocinero y de Ahmed en Goa y Poona, de la dolorosa pérdida del hermano menor del cocinero en Gallipoli...

Sin embargo, las calles estaban llenas de miradas acusadoras y severas como para que Maddy no se sintiera tan cómoda como antes yendo sola a cualquier sitio.

—Deja de hacerlo —le previno Della—, por favor, aunque solo sea por tu salud mental.

No podía. Después de todos esos años seguía pasando horas sentada sola entre las libélulas y los canteros rebosantes de flores de los Jardines Colgantes, en el banco que ella y Luke habían compartido una vez, imaginando el calor de su cuerpo junto al suyo, oyendo su voz (“déjame ver si puedo distraerte”) y contemplando a través del mar la ciudad que él había

dejado tan vacía y a la que ella temía, cada vez más y con el corazón roto, que él jamás regresaría. Algunas noches, incapaz de dormir, se escabullía de la casa de sus padres y bajaba por el bosque húmedo para tomar un *rickshaw* que la llevara al antiguo departamento de él, donde deslizaba los dedos por los alféizares de las ventanas, espiaba por los postigos el silencio vacío del interior y luego se sentaba en los escalones de entrada, a menudo hasta el amanecer, solo porque él también había tocado esos escalones.

"A mí me pasa lo mismo", le confesaba Nina, la madre de Luke, que aún le escribía todo el tiempo: cartas largas y afectuosas que de alguna manera la acercaban a él, al menos mientras Maddy las leía. "Seguro que ya te lo he contado, pero vino a almorzar justo antes de conocerte en la India. Pasamos un día maravilloso, paseamos a Coco por la playa y bebimos demasiado vino junto al fuego. Luke arregló la puerta de un armario roto; yo llevaba semanas pidiéndoselo a su padre. No lo dejó del todo bien, con todo el vino que tomamos y eso, y quedó torcida. A veces me paso una mañana entera de domingo observando esa puerta. Espero que vengas a visitarnos. Nos encantaría conocerte y por fin poder abrazar a la pequeña Iris".

Viajarían pronto. Edie también había escrito; había cedido por fin y dejado que Fitz le comprara, en un arrebato de culpa, una casa de campo en Sussex. Quería saber si a Maddy y a Iris les gustaría visitarla en Navidad.

—Ya es hora —había dicho Maddy a su madre—. Solo serán unas vacaciones. Sabes que nunca alejaría a Iris de su vida aquí y que yo jamás te dejaría.

—Lo sé —había concedido Alice—. Lo sé. —Había logrado esbozar una sonrisa—. Pareces ilusionada.

Lo estaba: por volver a ver a Edie, dormir en la casa de Luke, respirar el aire de las habitaciones en las que él había crecido, conocer a sus padres, pasear a su perro spaniel Coco por esa playa... Era la primera vez en mucho tiempo que esperaba algo con ilusión. Tenía pensado llevar a Iris a ver un espectáculo en el West End y comprarle un juguete en Hamleys. Y también, por fin, visitaría a Ernest. El pobre Ernest de quien Diana, que regresaría a la India a comienzos del año nuevo, había logrado divorciarse ese mismo mes.

—Me temo que no te va a reconocer —le había advertido Peter.

—No importa —había contestado ella—. Yo lo reconoceré a él.

—Pero faltan varios meses para que viajes —le recordó su padre esa noche calurosa y asfixiante después de que Guy había llegado a puerto.

Maddy, que acababa de bajar después de acostar a Iris (la había dejado dormida bajo el mosquitero cubierto de estrellas y la mirada atenta de su abuela), coincidió con su padre.

Richard se inclinó para tomar sus cigarrillos.

—¿Por qué no canalizas esta nueva energía en divertirte un poco aquí? —sugirió—. Veintinueve años es una edad demasiado temprana para vivir como una ermitaña.

—Tengo casi treinta —saltó Maddy.

—Toda una anciana —replicó él con tono brusco y prendió su encendedor —. Ve al club esta noche, por favor.

—Sí, hazlo —la urgió Della, que había ido con Peter a cenar. Jeff estaba en camino; había tenido que cumplir un turno tardío en el hospital y había ido hasta su casa a cambiarse y desearles buenas noches a sus dos hijas: Lucy, de tres años, que era el vivo retrato de Della con sus ondas castañas indomables, mejillas y ojos redondos, y Emily, de un año, que había heredado (y Jeff había sido el primero en lamentarlo) los huesos fuertes y la barbilla prominente de su padre. ("Esperemos que también haya heredado mi carácter alegre", señaló Jeff, "lo cual, sin duda, lo compensará por demás").

—Si te aburres, querida Maddy, te traeré a casa enseguida —aseguró Peter.

—No se aburrirá —aseveró Della.

—Porque queréis que vea a Guy —protestó Maddy, a quien la idea la ponía inexplicablemente nerviosa. Guy le había escrito un par de meses después de la desaparición de Luke para decirle cuánto lo sentía. Ella le había respondido: le había dado las gracias y le había expresado su deseo de que estuviera bien y a salvo, algo que de verdad había deseado, pero no había admitido cuánto había significado para ella recibir su carta ni le había pedido que le volviera a escribir. Aunque había estado tentada de buscar consuelo en su amistad, hacerlo le habría parecido una traición hacia todos.

No había vuelto a saber de él desde entonces. Había pasado mucho tiempo. ¿Querría volver a verla ahora que había regresado?

—Que queramos que salgas por una vez no tiene nada que ver con Guy —aclaró Della.

—Además esta noche está trabajando —precisó Richard y exhaló el humo del cigarrillo.

—Oh —exclamó Della y la falta de sorpresa en su voz la traicionó.

—Qué pena —se lamentó Peter—. Me debe una copa. Tengo que hacerle saber que no lo he olvidado.

—Al margen de Guy —interpuso Della—. ¿Cuándo fue la última vez que pusiste un pie en el club después del anochecer, Maddy?

En realidad no era una pregunta y Maddy no la respondió. Todos sabían que no lo había hecho desde hacía años. ¿Por qué lo haría? Solo para acabar mirando por encima del hombro, sin poder evitar el doloroso susurro de esperanza de que él volviera a sorprenderla.

—Es hora de dar el paso de una vez —declaró Della—. Vas a venir y punto.

No fue, así que no estaba allí cuando Peter, Della y Jeff llegaron al bar y descubrieron que Guy había pasado por allí de camino a su casa desde el hospital. De modo que no vio a Guy levantar la mirada, ver a Peter y sonreír con lentitud ni tampoco sonrió ella misma al observarlo cruzar la sala a zancadas y abrazar a Peter. ("Lo habrías hecho", le aseguró Della. "Yo casi lloro"). No oyó a Guy felicitar a Della y a Jeff por su matrimonio y sus hijas, ni preguntar por ella, Maddy. No advirtió que él se volvía hacia la puerta como para comprobar si ella iba a entrar. ("Era tan obvio", destacó Della). Tampoco vio las arrugas nuevas alrededor de sus ojos, su mandíbula más definida, ni sintió un leve estremecimiento porque se había vuelto aún más atractivo con la edad. ("Para serte sincera, Maddy, de otro planeta"). Todo eso ocurrió mientras ella reacomodaba a Iris, que se había despertado de una pesadilla, y se sentía aliviada de estar allí para tranquilizarla.

No vio a Guy hasta la tarde siguiente.

Había dejado a Iris envuelta en un delantal gigante y haciendo galletas de pistacho con el cocinero y había subido despacio la colina para sentarse en su banco habitual en los Jardines Colgantes. El sol posterior al monzón brillaba con fuerza, castigando los senderos de tierra roja del jardín, el césped verde y las flores rosadas. Estaba sudando debajo de su sombrero *cloche*. El vestido suelto se pegaba a sus medias de seda y a su espalda. Cerró los ojos y pensó en el diciembre inglés que le esperaba, en lo agradable que sería sentir frío por una vez y escapar un poco de la soledad de ese banco y de los mismos recuerdos de siempre. Se dijo a sí misma, como siempre lo hacía, que debía ir volviendo a la casa. "Esto no te hace bien".

Fue entonces cuando oyó su voz, justo detrás de ella.

—Hola, Maddy.

Dio un respingo y se giró, sobresaltada en su ensueño, y un "oh" silencioso

se formó en sus labios al ver que era él.

Él le sonrió. Esa sonrisa amable, que dejaba ver esas líneas nuevas que Della había mencionado y que la enternecieron, a pesar de la sorpresa que le produjeron, porque solo podía imaginar qué las había provocado.

Entrecerró los ojos, se llevó una mano al ala del sombrero y lo estudió con lentitud. No llevaba uniforme sino una chaqueta blanca y pantalones de franela. Sostenía el sombrero Panamá a un lado. Parecía más delgado y tenía las mejillas hundidas pero seguía siendo el mismo Guy de siempre. Se notaba en su sonrisa, en sus ojos afectuosos. Todavía recelosa —casi más que antes, ahora que de repente él estaba allí—, le devolvió la sonrisa.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo, por decir algo, pero también porque lo sentía de verdad.

—No es una coincidencia —confesó él.

—¿No?

—No. Peter me dijo que te gusta venir aquí. —La miró largamente—. Me dan ganas de decirte que no deberías andar sola por ahí, pero todavía recuerdo lo que pasó la última vez que lo intenté.

Ella se rio con tristeza y recordó también la vez en que él la había interceptado en aquel bazar abarrotado. Todavía conservaba la seda dorada que Luke le había comprado en el cajón de su mesita de noche.

—Siento haberme enfadado tanto.

—Supongo que me lo merecía. —Y luego—: Me alegro mucho de verte, Maddy.

—Yo también me alegro de verte.

—Y ahora eres madre.

—Sí. Iris tiene cinco años. Cinco y medio te diría ella si estuviera aquí.

Ahora fue él quien rio. Mientras lo hacía dio un paso hacia ella.

—¿Puedo sentarme?

Ella vaciló.

"Es el asiento de Luke", estuvo a punto de decir.

Pero no lo hizo. Porque era Guy, a quien ya le había hecho suficiente daño. Y porque estaba muy cansada de estar sentada sola y triste.

—Sí —respondió mientras hacía espacio en el banco—. Claro que puedes.

CAPÍTULO VEINTE

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, 1920

El Quinto Hospital Militar iba a cerrar el verano siguiente. Luke acababa de regresar allí. A principios de 1918 se había vuelto cada vez más desesperado, furioso por su incapacidad para recuperarse, y había convencido a Arnold de que lo derivara a otro tipo de institución: menos amable, menos cómoda, pero (había esperado) eficaz. Arnold había intentado disuadirlo; le había advertido de la brutalidad de los tratamientos eléctricos y los peligros de someterse a más cirugías pero Jones había insistido.

En la primavera de 1918 lo habían trasladado a un antiguo priorato reconvertido en hospital, en Hertfordshire, bajo el cuidado del doctor Gibbon. Había sido un infierno. Dos años de infierno que Jones se sintió más que aliviado de dejar atrás cuando, después de todos los procedimientos insoportables para aliviar la presión debajo de su cráneo, las innumerables rondas de terapia de choque e hipnosis, Gibbon le había asegurado que había hecho todo lo posible, todo lo que podía y que era optimista: era hora de que Jones regresara a Surrey, esperara, observara y *tuviera paciencia*.

La hermana Lytton había ido a buscarlo hasta la ambulancia. Lo había visitado con rigurosidad durante todo el tiempo en que él había estado fuera: cada dos semanas en su día libre se había presentado con un termo de chocolate caliente en el bolso. Con el paso del tiempo también había empezado a llevar los anuncios de personas desaparecidas, cada vez más numerosos. Juntos, ella y Jones los habían examinado a fondo, los ruegos desgarradores de padres y esposas que buscaban a sus seres queridos, esperando que un nombre saltara a la vista: el suyo. Pero había demasiados

miles para revisar repartidos en diferentes periódicos; había sido imposible abarcarlos a todos. Lo único que habían encontrado en esas páginas fue tristeza.

Los viajes que Arnold había recomendado a Jones y a la hermana Lytton que hicieran, siempre que Jones no estuviera recuperándose de algún tratamiento, habían sido más felices. Habían tomado trenes a Londres, a diferentes partes del país o a la costa, con la esperanza de encontrarse con una imagen, un sonido o un olor que despertara su memoria. Hacía poco, él había sentido algo… en Windsor. Habían paseado junto al río, por las orillas cubiertas de hierba y los sauces bañados por el sol del verano; él había contemplado los equipos de ocho que cortaban el agua con sus remos y había experimentado una cálida sensación de pertenencia.

—¿Sí? —había preguntado la hermana Lytton con entusiasmo, su rostro rosado expectante debajo del sombrero de paja—. ¿Algo más?

Él había deseado que lo hubiera, casi tanto por ella como por él mismo.

Pero no lo había.

Y ahora allí estaba, de nuevo en el Quinto Hospital Militar.

Esperando.

Arnold aún no había comunicado la noticia del cierre del hospital a todos los pacientes. Cuando se lo contó a Jones, una tarde lluviosa en que estaban sentados en su despacho, le pidió que guardara el secreto para no generar una alarma innecesaria.

—Todos estarán bien atendidos —aseveró Arnold y se movió con un crujido en el sillón para alcanzar su taza de té—. Tenemos todavía un año por delante antes de que suceda y nadie quedará en la calle. Muchos hospitales permanecerán abiertos. Yo me marcharé a Swansea —precisó y miró a Jones por encima de la taza— y espero no tener que llevarte conmigo.

Jones también lo esperaba.

—¿Qué pasará con las enfermeras? —preguntó. No pensaba en Poppy (que al final había desistido de él poco antes de que él se marchara en 1918 y que luego había sido despedida cuando la habían sorprendido *in fraganti* con un capitán de caballería que podía haber olvidado cómo montar a caballo, pero no todo lo demás), sino solo en la enfermera Lytton, de quien ahora sabía que no tenía padres, ni hermano, ni prometido, solo una pensión en su ciudad natal de Norfolk, donde había confesado que pasaba sus licencias solitarias.

—Les encontraremos trabajo —aseguró Arnold—. Y la hermana Lytton no es responsabilidad tuya.

—Pero lo siento así —admitió Jones. No era solo por todo lo que ella había hecho por él en los últimos años (aunque le estaba muy agradecido); no, era la idea de *por qué* lo había hecho. "Me ha comentado que le recuerdas a su hermano menor", le había mencionado una vez Arnold. Jones nunca lo había olvidado. Y cuanto mejor había llegado a conocer a la hermana Lytton, más había llegado a detestar que estuviera tan sola. No podía soportar la idea de que tuviera que abandonar el hospital y se viera obligada a empezar de nuevo en otro lugar, alejada de ese sitio que era lo más parecido a un hogar que tenía. Ella, con sus tazas de chocolate caliente, su buen corazón, sus madrugones para ayudar al pobre Ernest —sus cortas licencias cuando no podía soportar la tristeza de más muertes—, se merecía mucho más.

Ojalá él pudiera dárselo. Ella casi le había confesado que también lo deseaba, en el tren de regreso de ese viaje a Windsor. Jones había permanecido callado en el asiento tapizado del vagón, todavía esforzándose por comprender qué le había impactado tanto de ese río y ella lo había observado desde el asiento de enfrente con el ceño fruncido, las manos agrietadas entrelazadas, tragando saliva, frunciendo el ceño, tragando de vuelta, hasta que por fin él le había preguntado qué le pasaba y ella había hablado, de una manera atropellada que había delatado sus nervios, y le había dicho que no quería que se enfadara, para nada, y que quería que él recuperara la memoria, claro que sí, *por supuesto* que sí, pero ¿alguna vez había contemplado la posibilidad de poder llegar a ser tan feliz, o al menos lo bastante feliz, si empezara de nuevo?

—¿Si empezara de nuevo? —repitió él.

—Es usted muy joven —había continuado ella con una mirada intensa y cargada de compasión—. Sé lo que significa… perder a... —Se llevó las manos al pecho—. Pero no puedo soportar que sufra otra pérdida.

—Hermana Lytton…

—Podría buscar un trabajo —lo había interrumpido, como si no pudiera detenerse ahora que había empezado—. Yo lo ayudaría. Tengo dinero, podría comprar una... casita de campo, o lo que usted quisiera. Podríamos ser… compañeros. Nada más. Solo… amigos queridos.

Jones había esperado antes de responder, y había elegido las palabras con cuidado.

—No puedo hacer eso —había murmurado—. No puedo rendirme. Su prometido no lo habría hecho, estoy seguro.

—Está muerto, oficial Jones.

—Y lo siento muchísimo —había respondido él—, de verdad lo siento, mucho. Pero yo no lo estoy. Tengo gente… gente que está esperando que recupere la memoria.

—Sí —había convenido ella y se había apurado a sacudir la cabeza y luego había tragado de nuevo—. Sí, sí, claro. Qué tontería la mía.

—No ha dicho usted ninguna tontería, hermana Lytton.

Ella había tomado una respiración temblorosa, al parecer por vergüenza o desilusión, y Jones había sentido una pena enorme.

—Tiene gente —había repetido ella con estoicismo—, gente a la que pertenece. —Había asentido con firmeza—. Debemos asegurarnos de que regrese con ellos.

No mucho después, los sueños de Jones habían comenzado a cambiar. Gibbon se había atribuido el mérito, achacándolo a la última cirugía que le había practicado. Arnold había deslizado que podía ser, pero que era igual de probable que se debiera a que los años que Jones había pasado con él antes en Surrey estuvieran dando resultado por fin. Jones no sabía quién tenía razón. No le importaba mucho. Lo único que le importaba era que los sueños eran ahora mucho más frecuentes y más largos.

Siempre plagados de ella.

Se había visto a sí mismo en un altar, con la hermosa figura de ella sin rostro y vestida de encaje blanco a su lado. Casi había llorado de alegría y tristeza cuando había despertado. Ella era su esposa. Tenía una *esposa*. Una a la que adoraba, que contemplaba los fuegos artificiales con vestidos de noche negros con lentejuelas, bebía champán en los alféizares de las ventanas y lo besaba sin cesar en el mar.

Una esposa que posaba para una fotografía acunando a un bebé en sus brazos sepia, con las sombras de las palmeras que jugaban entre sus manos, los piececitos perfectos y diminutos del bebé.

Los piececitos de su hija.

También tenía una hija.

Su corazón se aceleraba con pánico cada vez que pensaba en ella: en lo mucho que ya se había perdido y en todo lo que se estaba perdiendo. Los días tenían ahora un costo adicional, porque cada uno que transcurría sin

verla era otro día que ella crecía sin él. Si tan solo Diana Aldyce se pusiera en contacto.

Jones había recordado el nombre de Diana gracias a los papeles de divorcio de Ernest. El abogado de Diana los había llevado al hospital el mes anterior, la semana después de que Jones había regresado al Quinto Hospital Militar. La anciana madre de Ernest, que podría haberse acercado al hospital para acompañar a su hijo con el trámite, había fallecido de forma trágica en la epidemia de gripe al final de la guerra. Jones había reparado con tristeza en que Ernest, que no recordaba nada, seguía volviéndose expectante hacia la puerta de la sala cada vez que entraba un visitante. Desesperado por hacer todo lo posible por ayudar a su amigo, se había arrodillado junto a él cuando había llegado el abogado, le había sujetado la mano temblorosa y lo había convencido de que no debía llorar; no había nada de qué avergonzarse y tampoco debía tener miedo; se sentiría mucho mejor cuando todo eso hubiera terminado. El abogado, que había tenido la delicadeza de mostrarse mortificado por la angustia de Ernest, se había disculpado y le había entregado los papeles a Jones. Jones los había tomado y había visto el nombre "Diana" allí escrito, en blanco y negro. Se había erguido de modo involuntario y su mente había volado a sus diarios en su habitación arriba, al nombre que había anotado el primer verano después de llegar al Quinto Hospital Militar, el único nombre que había recordado. "Diana se está dando un festín". Se había quedado mirando la tinta en el papel de Ernest, reviviendo la única vez que Diana había visitado el hospital, repitiendo toda la situación en su mente una y otra vez.

Después de ayudar a Ernest con la firma, echó a correr hacia el despacho de Arnold.

—La reconocí —exclamó, sin aliento por la urgencia—. Por eso la miré dos veces y ella me devolvió la mirada. Pensé que estaba mirando a Ernest, pero era a mí. Estoy seguro de que ella también me reconoció.

—Habría dicho algo, seguro —había aventurado Arnold.

—Creo que lo hizo —había replicado Jones, los músculos tensos por la adrenalina y la furia, recordando cómo Poppy había acompañado a Diana hasta la salida; la forma en que ella también se había girado a mirarlo y su extraño comportamiento posterior. ("¿No tiene nada que decir?", le había preguntado él. "No tanto como usted", había contestado ella).

La hermana Lytton, en su infinita bondad, se había tomado la molestia

durante esas últimas semanas de intentar localizar a Poppy, a quien por fin había encontrado trabajando de camarera en una cafetería en Kingston. La había convencido de que admitiera que Diana había mencionado que Jones se parecía a alguien que ella había conocido en un tiempo, alguien con esposa e hija.

—"Pero el oficial Jones no está casado", había argumentado Poppy, al parecer fingiendo estupidez. "No podía ser él".

—Qué chica egoísta —había protestado la hermana Lytton cuando había regresado al Quinto Hospital Militar—. Egoísta y desconsiderada.

Arnold había escrito a Diana. También había llamado por teléfono a la casa de su nuevo esposo. Pero, para profunda frustración de Jones, no había habido respuesta, ni esa vez ni las otras veinte que Arnold había intentado.

Suponían que debían de estar de luna de miel.

Por muy tortuoso que fuera, lo único que podían hacer ahora era esperar a que ella regresara.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Bombay, 1920

Guy no se quedó mucho tiempo con Maddy en el banco de los Jardines Colgantes. Había percibido su reserva cuando le había preguntado si podía sentarse con ella y aun si Peter no le hubiera advertido que seguía consumida por la pena, se habría dado cuenta por la tristeza que parecía cubrir sus hombros delgados como un velo y la mirada perdida con la que la había sorprendido contemplando el mar. Antes incluso de saludarla, había sabido que sería un tonto si intentaba apresurarla. No podía apresurarla… a nada. Así que, después de hablar unos minutos sobre lo que se sentía volver a Bombay ("Extraño", admitió, "maravilloso". "Estás aquí", quiso añadir) y luego sobre la pequeña Iris, de quien supo que tenía el cabello oscuro y rizado y le encantaba dibujar, hacer pícnics en la playa "y las tartas, todo tipos de tartas", se obligó a decirle que no la molestaría más, que se marchaba.

—No tienes que hacerlo —señaló ella.

Él insistió, esperando no haber imaginado el destello de pesar en los ojos azul oscuro.

A partir de entonces, actuó con delicadeza, mucha delicadeza. Rechazó dos veces la invitación de Alice a cenar y, en cambio, los llevó a ella y a Richard al Taj: dos veladas muy agradables en las que cenaron en el comedor iluminado por candelabros y se pusieron al día como los viejos amigos que eran; Guy habló lo menos posible de Francia y Egipto, porque, de verdad, ¿qué sentido tenía detenerse en todo eso? y conversaron sobre el creciente movimiento hacia la independencia en la India, sobre si realmente podría suceder alguna vez ("Yo hubiera dicho que no", confesó Guy, "pero en los últimos seis años he visto suceder demasiadas cosas que creía imposibles"), y cómo Richard, con ya más de sesenta años (Guy tenía cuarenta y ocho; ¿en

qué momento había ocurrido?) empezaba a pensar en jubilarse y en mudarse a una zona más tranquila en el sur. Un único tema parecía ser totalmente tabú. Guy, muy consciente de su sospecha de que Richard nunca había aprobado su interés por su hija, se abstuvo de mencionar a Maddy. Para su consternación, aunque no para su sorpresa, Richard tampoco la mencionó. Alice, tan cautelosa como el mismo Guy, también guardó silencio en lo relativo a su hija.

A fuerza de voluntad, Guy se mantuvo alejado de la casa durante la semana siguiente. No fue a los Jardines Colgantes, ni pasó por la pequeña escuela rodeada de selva en la que había oído que ella daba clases, para abrirse paso entre los árboles, espiar por las ventanas destartaladas y verla rodeada de niños, recitando las tablas de multiplicar. Y cuando Alice lo invitó a cenar de nuevo, volvió a rechazar la invitación.

—¿Me estás evitando? —le preguntó Maddy cuando por fin él acudió a misa y se permitió encontrarse con ella a la salida del servicio matutino en la catedral de St. Thomas, diez días después de haberse sentado con ella en los jardines. Sus padres, que conversaban con algunos empleados de Richard, todavía estaban en el interior. Maddy bajó los escalones y se detuvo a pocos centímetros de Guy, bajo la luz del sol, lo bastante cerca para que él pudiera ver el brillo del calor en su clavícula y el contorno sugestivo de su silueta debajo del vestido azul a media pierna. A su lado, tomada de la mano, había una pequeña que solo podía ser Iris: la niña a la que Guy había estado ansioso por conocer y que lo miró con curiosidad desde debajo de su sombrero de paja, tan bonita como llamativo había sido su padre, la viva imagen de Luke, en realidad, pero con los ojos de su madre.

—Por supuesto que no te estoy evitando —respondió, aliviado de sonar tan relajado.

—Guy. —Alice se sumó a ellos—. ¿Tienes planes para el almuerzo?

—Pensaba trabajar —explicó con bastante sinceridad. Tenía una pila de papeles que revisar: solicitudes de becas de investigación de algunos de los cirujanos sénior, órdenes de compra y una propuesta que estaba elaborando para modernizar los quirófanos.

—Ven con nosotros —lo instó Alice, ya sin tantos miramientos—. Es domingo. No puedes trabajar un domingo.

—Ahmed trabaja los domingos —mencionó Iris, con toda su buena voluntad—. Y el cocinero también. Todos en realidad...

Guy no pudo evitarlo y se rio.

—Iris —la regañó Alice con suavidad.

—Los niños siempre dicen la verdad —precisó Maddy.

—Ya no soy una niña —se quejó Iris y luego abrió y cerró los labios como un pececito, como si no supiera qué más decir.

Guy sonrió de nuevo. Era imposible no hacerlo.

Iris le devolvió una sonrisa pícara y eso lo alegró todavía más.

—Convéncelo, ¿quieres? —pidió Alice a Maddy.

—De verdad —insistió él—. Está todo bien.

Maddy lo miró desde debajo del sombrero. Guy no podía saber si su expresión era afectuosa, preocupada o cautelosa. Tal vez una mezcla de las tres.

—No te quedes solo todo el día —dijo por fin—. Ven con nosotros.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Sí —contestó ella, aunque hizo otra pausa que no lo convenció.

Sin embargo cedió, incapaz de resistirse ahora que había vuelto a estar frente a ella, y se dirigió a la casa en la que tanto le había dolido dejarla en 1914. Infló las mejillas con un suspiro nervioso y giró el coche para ingresar en el sendero de entrada en dirección a los imponentes muros con balcones. Aunque sabía que Alice lo recibiría de buena gana y sí, también la encantadora y simpática Iris (parecía haber conectado con él enseguida; eso lo llenaba de orgullo), seguía sin estar seguro de si estaría haciendo lo correcto. No era solo la reticencia de Maddy lo que le preocupaba. Richard tampoco iba a estar muy feliz de verlo. ¿Sería un encuentro tenso?

Para su alivio Della, Jeff y sus hijas ya estaban en el porche cuando Ahmed lo hizo pasar; Peter estaba con ellos.

—¡Miren quién está aquí! —lo saludó Della y su sonrisa ancha aflojó la tensión.

—Guy —se sumó Jeff y se acercó para estrecharle la mano, ayudando también.

—¿Vino? —le ofreció Peter—. Está estupendo, bien templado.

Comieron en el porche con los niños, bebieron y conversaron hasta el atardecer. Guy, que se había ido relajando con cada plato, hizo muecas divertidas a Iris, se rio de los gestos cada vez más creativos que ella le devolvió, charló con Jeff sobre los colegas del hospital y le preguntó a Della si había disfrutado de su breve incursión en la enfermería (“No tanto como

había imaginado", confesó Della. "Los orinales no tienen nada de romántico". "No", coincidió Guy, "no lo tienen"). Le alivió oír que Peter sonaba casi como el de siempre, verlo sonreír, y sonrió él también a Maddy, sentada frente a él, cada vez que tenía la suerte de cruzar su mirada con la de ella. Sin embargo ella permaneció callada, mucho más callada de lo que él la recordaba, y habló sobre todo con Richard y la dulce Iris, que estaban sentados a ambos lados de ella. Cuando retiraron los platos del postre, Guy esperó que ella se levantara y se sentara junto a él.

Pero fue Iris quien lo hizo; dio la vuelta a la mesa con su delantal de encaje y sus rizos negros que acompañaban su paso ligero.

—¿En serio eres médico? —quiso saber y apoyó su manita tibia sobre la de él con una familiaridad tan natural que Guy se conmovió de una forma casi absurda. La había conocido apenas hacía unas horas, pero ya se sentía fascinado por la niña.

—Sí, lo soy —respondió y, esta vez, se esforzó por no sonreír, porque ella estaba muy seria.

—¿Entonces puedes coser a las personas?

—Hago lo mejor que puedo.

—Mi muñeca tiene la barriga rota.

—Vaya, qué pena —contestó él.

—Fue por culpa de Suya —explicó la pequeña con aire acusador.

Guy asintió como si entendiera, a pesar de que no tenía ni idea de quién era Suya. ("La hija menor de nuestro jardinero", le aclaró Alice después).

—¿Puedo traerla para que la veas? —agregó.

—Por supuesto. Y tráeme también aguja e hilo.

Le llevó menos de un minuto coser la tela rasgada de la muñeca. Iris se quedó a su lado mientras trabajaba, observando cada movimiento que hacía: Guy no recordaba haber hecho una operación más gratificante en mucho tiempo. Alice se acercó, se sentó junto a ellos y pasó un brazo alrededor de la cintura de Iris. Guy tiró del hilo y la observó besar la cabeza de su nieta; se sintió muy contento por ella. Había estado sola durante demasiado tiempo, había sufrido demasiado; era maravilloso verla rodeada de su familia de nuevo. Se parecía bastante a la mujer que él recordaba persiguiendo a Maddy por el jardín. (Y no era que le gustara pensar en Maddy como una niña).

—Gracias por venir hoy —le murmuró Alice—. Por favor, no tardes tanto

en volver la próxima vez.

Guy se volvió hacia Maddy, que sostenía la copa de vino y lo observaba, a él y a Iris, al parecer perdida en sus pensamientos, y supo que no lo haría. Paró de coser, inmovilizado un instante por la atención de ella, por su increíble cercanía.

Había intentado olvidarla durante todos esos años. Se había esforzado mucho por hacerlo; había bailado con otras mujeres en los clubes de Alejandría y hasta había estado a punto de dejarse llevar y proponer matrimonio a una enfermera que había conocido. Una parte de él quería olvidar a Maddy ahora: la parte lógica y honesta que le recordaba con brutalidad que ella ya había tenido su historia de amor. Pero mientras la veía llevarse la copa a los labios con aire distraído, casi pudo sentir el roce con los suyos y supo que no podía olvidar nada. Ella era *su* historia de amor. Era inú-til negarlo.

Y era demasiado imposible no tener esperanza.

Empezó a visitar la casa con mayor asiduidad. Todavía se mostraba precavido y Alice se daba cuenta. No pasaba con la misma frecuencia que cuando Madeline había regresado por primera vez a Bombay y él la había llevado a todos esos paseos por la ciudad. (Hacía tiempo que Madeline le había confesado a Alice que había complementado esas excursiones con recorridos por su cuenta. "¿Qué?", había exclamado su madre, espantada. "¿Fuiste al tanque de agua?". "Mamá", había respondido Madeline, "fui *a todas partes*"). Pero sí empezó a pasar de camino al hospital para el té de la mañana. También participó de otro almuerzo dominical, de nuevo por invitación de Alice. Y por fin accedió a alguna que otra cena. Cada vez que aparecía, Iris dejaba lo que estuviera haciendo, ya fuera tomando su merienda en el cuarto de juegos o jugando en el jardín, y salía corriendo a saludarlo, lo que no le dejaba otra opción que abrazarla (que era evidente que a Guy le encantaba).

En la segunda visita le llevó una muñeca nueva.

—He descubierto que los pacientes se recuperan más rápido cuando reciben visitas —explicó y se arrodilló para que Iris no tuviera que levantar la vista—. Quizás se haga amiga de tu otra muñeca.

—Gracias —dijo Iris y apretó la muñeca contra su pecho—. Muchas gracias.

—De nada —respondió él y se rio cuando Iris lo besó.

Alice vio la manera en que Madeline los observaba a ambos, con expresión pensativa, no del todo cómoda, como cuando Guy había cosido la muñeca de Iris en la mesa. Alice estaba casi segura de saber lo que estaba pensando. Ella también lo había pensado durante mucho tiempo: por muy divertido que fuera Peter como padrino y por muy cariñoso que fuera Richard como abuelo, ninguno de los dos podría ocupar jamás el lugar de un padre. (El dulce y excéntrico Peter nunca sería el padre de nadie, por supuesto).

—¿Verdad que fue muy considerado de parte de Guy traer esa muñeca? —deslizó Alice durante la cena esa noche; necesitaba asegurarse de que Madeline había tomado dimensión real de su generosidad.

—Sí —contestó Madeline—. Siempre ha sido muy amable.

—Iris estaba tan feliz —señaló Alice, consciente de su propia falta de sutileza—. Era casi como ver a Emily y a Lucy con Jeff.

—¿Me pasas el agua, por favor? —pidió Richard, también consciente de ello.

Cuando Guy había regresado, le había advertido a su esposa que no ejerciera ningún tipo de presión sobre Maddy. "Sé lo que siempre has querido, pero Maddy no eligió a Guy antes. Me cuesta creer que conformarse con él ahora le vaya a hacer ningún bien".

"¿Preferirías que se quedara sola?", había preguntado Alice.

"Preferiría que la dejáramos tranquila", había replicado él. "Y no está sola. Nos tiene a nosotros. A Iris. A Peter y a Della...".

"No es suficiente", había aseverado Alice, deseando con todas sus fuerzas que lo fuera.

Pero si lo era, ¿por qué seguía oyendo a Madeline llorar por las noches?

Sin embargo, no era ninguna tonta. A medida que las semanas avanzaban hacia octubre y Madeline accedió a que Guy las llevara a ella y a Iris a tomar un helado al Sea Lounge del Taj, luego a almorzar a Watson's e incluso de vuelta al club para ver polo (a Iris le encantaban los ponis), Alice comprendió que aunque Iris se mostraba extasiada con la atención de Guy, algo a todas luces evidente, ese cortejo tímido no generaba en Maddy ningún entusiasmo auténtico. Su rostro pálido no se encendía de anticipación cuando oía llegar el coche de Guy; nunca bajaba corriendo las escaleras para recibirlo, como había hecho antes con Luke. Pero *sí* sonreía cuando él sonreía. Se sentaba con él en el porche mientras Iris jugaba, a

veces durante horas, hablando y hablando. Alice se entretenía cosiendo en el salón y los dejaba solos. Oía a Madeline hablar de los niños con los que estaba haciendo un trabajo maravilloso en la escuela y de sus planes para las vacaciones de Navidad con Iris (que Alice temía, y no solo por el silencio inevitable que reinaría en la casa, sino por la posibilidad de que decidieran no volver); incluso consiguió que Guy hablara de la guerra.

—Yo los trataba —murmuró Guy con dificultad mientras removía el té despacio—. Los trataba otra vez y, luego, un mes después, me enteraba de que habían muerto.

—Oh, Guy —se lamentó Madeline con una tristeza inmensa—, lo siento.

A su modo, ella lo quería; Alice lo notaba en su voz. Nunca se le habría ocurrido alentar nada si lo hubiera dudado.

—Por supuesto que lo quiero —afirmó Madeline—, es un amigo. Siempre lo ha sido.

—Un amigo es algo bueno —respondió Della, que se preocupaba por Madeline casi tanto como Alice—. Un amigo es un comienzo.

—No lo sé —titubeó Madeline, con el ceño fruncido—. La verdad es que no lo sé.

—Te haría muy feliz si lo dejaras —sugirió Della.

Madeline sacudió la cabeza.

—Cambiemos de tema.

—Dejadla en paz —pidió Richard más tarde a Alice y a Della—, por favor.

—Es muy probable que no sea lo correcto si hay que insistir tanto —dijo Peter.

Pero Alice no podía aceptarlo. *No podía*. Madeline estaba sola. Guy estaba solo. Él la adoraba y a Iris también, e Iris estaba cada vez encandilada por él.

—Porque no para de obsequiarle helados y muñecas
—argumentó Madeline.

—Eso es injusto —protestó Alice.

Madeline suspiró; sabía que su madre tenía razón.

—Sería el mejor papá que cualquier niña podría desear —añadió Alice.

—Iris ya tiene un papá —precisó Madeline.

—No —refutó Alice, con una crueldad innecesaria—. No lo tiene. No lo ha tenido desde hace mucho tiempo.

—Mamá, por favor...

—Podríais ser una familia. Una familia de verdad.

—Por favor, no hagas esto.

—Debo hacerlo —insistió Alice—. Has estado triste demasiado tiempo. —Se inclinó hacia adelante para hacer lo que poco a poco había reaprendido a hacer: tomar las manos de Maddy entre las suyas—. Te lo ruego, piénsalo, en serio. No tienes que seguir sufriendo.

Maddy casi deseaba que Guy nunca hubiera vuelto. Ella había entendido su propia vida antes de su regreso. No había sido fácil, pero sí sencilla.

Había funcionado.

"Siento que ya no me queda nadie con quien hablar", escribió a Edie. "Mamá y Della no dejan pasar un día sin preguntarme cuándo volverá Guy de visita o si me ha revelado sus intenciones (no lo ha hecho y creo que eso me alivia), papá me dice todo el tiempo que no escuche a mamá ni a Della y Peter me aconseja que haga lo que crea que sea correcto, pero ¿cómo puedo saber qué es lo correcto cuando todos tienen opiniones tan estridentes? Hasta Iris se suma y me pide que pasemos por la casa de Guy para saludarlo de camino a la escuela, ansiosa por saber cuándo regresaremos al Sea Lounge. Cosa curiosa, Guy es con quien me resulta más fácil estar. Es el único que no intenta decirme lo que debería hacer.

"Pero no creo amarlo de la manera correcta, Edie. Es un hombre maravilloso, cariñoso y amable, pero mi corazón no se acelera cuando estoy con él. Y las piernas no me tiemblan".

Edie respondió. "Eso me pasaba con Fitz. Y a tu madre también. Y mira cómo terminó".

"Ay, no", se lamentó Maddy, "no empieces tú también".

Bromeaba, pero no era gracioso. Nada lo parecía. De alguna manera, ya era casi diciembre y Guy llevaba dos meses frecuentándola y, aunque no había dicho nada, Maddy sabía que era solo cuestión de tiempo. Las miradas persistentes, las sonrisas lentas y toda la atención que prodigaba a una Iris embelesada eran prueba suficiente. O debería dar el paso, para el cual no se sentía preparada, o acabaría lastimándolo (otra vez). No entendía cómo había podido llegar a esa situación. Echaba toda la culpa a Guy. Le gustaba demasiado como para mantenerlo alejado, pero no podía amarlo lo suficiente como para permitirle que se acercara más.

¿O sí?

¿Debería siquiera plantearse esa pregunta?

—No lo sé —admitió Peter con tristeza—, pero me parece que no.

Y, sin embargo, seguía cuestionándose.

Esperaba con ansias sus vacaciones con Iris. Pensar en eso *sí* le producía escalofríos de emoción. A pocos días de su partida el primero de diciembre, llenó los baúles y dobló los mandiles y los vestidos de invierno que había comprado en los grandes almacenes del ejército y la marina. Se sentía cada vez más entusiasmada mientras trabajaba y se imaginaba a las dos embarcando en el transatlántico, conociendo el camarote, comiendo tarta en cubierta todos los días, jugando al tejo y nadando en la nueva piscina que la P&O había publicitado. Las visualizaba atracando en Tilbury y caminando de la mano hacia el muelle donde los padres de Luke y Edie estarían esperándolas.

"Necesito eso", escribió a Edie, "por muchas razones, entre ellas poder estar tranquila para ordenar mis pensamientos. No dejo de desear que Luke estuviera aquí".

"Cuando él estaba, nunca tenía que detenerme a pensar en nada".

Terminó la carta justo después de cerrar los candados de los baúles.

¿Acaso estaba destinada a prepararse para viajes que no podía realizar?

Lo que ocurrió a continuación fue una verdadera estupidez por su parte.

Había advertido una y otra vez a sus alumnos que tuvieran cuidado con las sillas enclenques que todos usaban. Por qué se subió ella a una a la mañana siguiente para colgar la guirnalda que había comprado como regalo de despedida para los niños, jamás podría entenderlo. Pero se cayó delante de toda la clase y se rompió el tobillo. Le dolió. Le sorprendió cuánto le dolió, no pudo evitar llorar de dolor. La pobrecita Iris corrió tan rápido como le permitieron sus piernas regordetas hasta la casa de Della, que era la más cercana, y volvió con Della y su automóvil.

—Madeline Devereaux —la regañó Della sin aliento mientras la ayudaba a acomodarse en el asiento trasero—, qué tonta eres.

Maddy no necesitaba que se lo dijeran.

A petición suya, Della pidió a su chófer que las llevara al Hospital General, no al de Guy, donde Alice había estado tan enferma y donde Luke se había despedido de Maddy aquella última vez.

—No puedo ir a ese lugar —explicó Maddy entre dientes y en un grito de dolor—. En lo único que voy a pensar es en Luke.

—Entonces al General —indicó Della.

Un joven médico británico le redujo la fractura y le recetó una dosis baja de morfina, dos semanas de inmovilización del pie, ya que la fractura era grave, luego una semana de reposo en cama en el hospital *solo para estar seguros* y varias más después en la casa.

—Al menos estarás en casa para Navidad —comentó su madre, que había llegado con la nota que Della había enviado con un criado en la mano, muerta de preocupación, junto a Richard, que había abandonado su oficina a toda prisa—. Y será tan maravillosa como siempre.

Maddy asintió pero no pudo hablar; temía que si intentaba hablar de la Navidad y del ansiado viaje que ahora tendría que cancelar, se derrumbaría. Se volvió hacia Iris y odió que se hubiera asustado tanto, le acarició las mejillas manchadas de lágrimas y trató de aceptar que ninguna de las dos tendría sus vacaciones.

—Lo siento muchísimo —logró pronunciar con la voz entrecortada—. Tenía muchas ganas de llevarte a casa.

Iris esbozó una sonrisa trémula y desgarradora.

—Pero esta es mi casa, mami —respondió y aunque Maddy se dio cuenta de que su hija intentaba hacerla sentir mejor, de hecho se sintió todavía peor.

No sabía cómo iba a decir a los padres de Luke que no viajarían. Le pidió a su padre que le enviara un telegrama a Edie de inmediato, para por lo menos resolver eso.

"Recupérate pronto", le telegrafió Edie en respuesta:

VISITARÉ A LOS DEVEREAUX Y SE LO CONTARÉ *STOP* MEJOR EN PERSONA *STOP* SEGUIREMOS TODOS AQUÍ EN PRIMAVERA *STOP*

—No falta tanto para la primavera —señaló Guy cuando llegó esa tarde después de que todos los demás se hubieran ido, con un ramo de flores de invernadero en la mano y los típicos pastelitos tradicionales británicos de Navidad del Taj, que admitió que sabía que no eran lo mismo que los originales pero esperaba que ayudaran un poco.

—Pero quería irme ahora —se lamentó ella y esta vez lloró de verdad. Era el dolor del tobillo y también la decepción, la decepción abrumadora.

—Maddy. —Guy dejó los regalos en el suelo, le tomó la mano y se la llevó a los labios antes de que ella supiera lo que estaba haciendo —. No te pongas así por favor.

—No puedo evitarlo.

Guy se movió y la atrajo hacia él con suavidad, sin tocarle la pierna, y la abrazó. Era la primera vez que hacía algo más que rozar su mejilla contra la de ella. Desde lo más hondo de su ser, Maddy oyó una voz que le pidió que resistiera. Sin embargo, le apoyó la cabeza en el pecho, demasiado triste y angustiada para no hacerlo, y él le acarició la cabeza y le besó el cabello, y entonces ella lloró más todavía porque Luke había hecho lo mismo una vez y Guy no era Luke.

—Shh —la tranquilizó—, shh.

Y aunque no era Luke, no lo apartó. Si lo hacía y él se marchaba, entonces se quedaría completamente sola y no estaba segura de poder soportarlo. No esa noche.

—Estoy aquí —agregó él—. Si me lo permites, siempre estaré aquí.

Sabía lo que él le estaba diciendo. Incluso entre las lágrimas y la confusión de la morfina, entendió lo que él quería decir. Y entonces la voz le susurró de nuevo: "Detén esto. Tienes que detener esto".

No detuvo nada. Guy la besó otra vez y le apoyó la mejilla contra la cabeza. Maddy sintió su peso, la cercanía de ese otro cuerpo, y se aferró a él en silencio.

Él no le pidió nada.

Por fin, ella dejó de sollozar.

Pero él no la soltó.

Se echó hacia atrás hasta que sus miradas se encontraron y le acarició las mejillas húmedas. Maddy lo miró con fijeza, preguntándose si la besaría de verdad, sin tener la menor idea de si deseaba o no que lo hiciera.

Sus labios encontraron los de ella antes de que ella pudiera decidirse y, ante la extrañeza del contacto de otro hombre, Maddy cerró sus ojos hinchados, todavía insegura de cómo se sentía al respecto. Guy se inclinó hacia ella y le pasó una mano alrededor del cuello; su beso gentil se tornó más firme, más seguro, mientras ella esperaba… algo.

Pero no hubo aleteos ni temblores.

Apenas una sensación extraña y ajena, una especie de aceptación: estaba ocurriendo y ella lo había permitido.

Nada volvería a ser igual entre ellos.

Una mañana húmeda y brumosa de diciembre Arnold fue a buscar a Jones a

su habitación. Jones había estado leyendo sus diarios, con la cabeza entre las manos, apretándose el cráneo como si intentara forzar los recuerdos a través de sus huesos. Alzó la vista, vio a Arnold en la puerta y se puso de pie, con el pulso acelerado por la esperanza...

—Lo siento —se atajó Arnold—, no tengo nada concreto.

—¿Qué tienes? —preguntó Jones.

—Volví a llamar a casa de Diana y hablé con la criada. —Arnold limpió las gafas con el borde del chaleco—. En efecto, Diana está de luna de miel. Y me temo que será prolongada.

—¿Mucho tiempo? —quiso saber Jones.

—Mucho. Por lo que entiendo se han ido a África, una mezcla de trabajo y placer. La mujer comentó algo sobre que después se mudarían al este. —Frunció el ceño—. La verdad es que no fue muy clara.

—¿Volverá aquí en algún momento?

—Por poco tiempo. Pero no hasta la primavera.

—¿La primavera? —repitió Jones con incredulidad.

—No te desanimes —dijo Arnold—. Ya daremos con ella, amigo, no vamos a rendirnos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Guy visitó a Maddy todos los días durante las tres semanas que ella estuvo en el hospital, en ocasiones hasta dos veces al día, sin darle tiempo a que se pusiera nerviosa por la próxima visita. Se ocupó de que otros médicos lo cubrieran con sus pacientes para poder pasar al menos cada mañana a saludarla, revisar su historia clínica y comprobar que la hubieran supervisado correctamente en la noche y le hubieran administrado la dosis correcta de morfina.

—Deberían empezar a reducírtela pronto —le explicó—, para evitar el riesgo de desarrollar dependencia.

—Eso es lo que me han dicho —contestó ella.

—Mmm —musitó él mientras seguía hojeando la historia clínica—. Ojalá hubieras permitido que te trasladaran a mi hospital.

—Mi médico aquí es muy competente —argumentó Maddy.

—¿Me estás diciendo que no me meta en tus asuntos? —soltó Guy y levantó la vista del portapapeles con una sonrisa tan pícara como un hombre como él podía esbozar.

—Por supuesto que no —aseveró ella, convencida de que era verdad.

Si no había nadie más en la habitación él la besaba cuando llegaba, lo que la ponía tensa e incómoda, por mucho que intentara evitarlo. Esperaba que él no se diera cuenta. (Se daba cuenta. "Son los nervios", se decía a sí mismo con determinación. "Los nervios"). Empezó a llamarla "mi querida". Eso también le resultaba extraño. Nunca nadie la había llamado así. Luke no lo había hecho: ni "cariño", ni "amor" ni ningún apodo cariñoso. Solo "señorita Bright".

Y a ella le había encantado.

—Pero Luke ya no está —le recordó Della, que también la visitaba a diario —. Hace ya mucho tiempo que no está.

—Ya lo sabe —interpuso Peter.

—Pero me siento muy culpable —confesó Maddy.

—Pues no lo hagas —la regañó Della—. Por favor. Luke nunca habría

querido que te quedaras sola.

—No puedo evitar sentir que lo estoy traicionando —insistió Maddy.

—¿Por estar con Guy? —preguntó Della.

"Por conformarme", estuvo por responder. Pero no podía admitir que podría hacer eso, ni siquiera a sí misma.

A menudo antes de visitarla, Guy recogía a Iris, a quien Maddy echaba de menos y por quien se preocupaba cada segundo de cada minuto, y la llevaba con él al hospital. En esos días, Maddy olvidaba su aprensión y ese miedo constante de que podría estar cometiendo el peor error de su vida. Los esperaba acostada en su calurosa habitación de baldosas, con el tobillo que le latía de dolor y todo su ser tenso de impaciencia por abrazar el cuerpito tibio de Iris y asegurarse de que no había tenido pesadillas la noche anterior, que había disfrutado del desayuno con sus abuelos y había comido su ración de fruta. Se incorporaba contra las almohadas al oír el repiqueteo de los pasos de Iris al acercarse y una sonrisa de alivio y gratitud se dibujaba en su rostro mientras escuchaba el parloteo entusiasta de Iris y la risa indulgente de Guy. Sonaban como un auténtico equipo, un dúo perfecto.

—¿En serio se conocen desde septiembre? —preguntaron las enfermeras.

—En serio —contestó Maddy.

—¿No es maravilloso con ella? —comentaron con adoración—. Qué niña más afortunada.

Guy nunca llegaba con las manos vacías. La habitación se llenó de flores: un verdadero jardín de ramos. El perfume empalagoso llenaba el aire y la garganta de Maddy como un recordatorio constante y fragante de lo buen hombre que era Guy; un amigo al que sería imposible hacerle daño. Si no eran flores eran tartas o helados traídos de la cocina del Taj (aunque solían llegar a medio comer, gran parte de ellos untados en las mejillas sonrosadas de Iris), o libros y cartas para ayudarla a pasar el tiempo.

Y un anillo.

Le llevó un anillo el día anterior al supuesto viaje de ella a Inglaterra, dos días antes de Navidad.

Maddy no se sorprendió cuando él se arrodilló ante ella y le tendió la caja de terciopelo rojo con la esmeralda dentro. Había sabido que era probable que ocurriera. Su padre se lo había advertido; había pasado por el hospital a última hora la tarde anterior, con una botella de *gin-tonic* escondida debajo

de la chaqueta, aduciendo que necesitaba un trago después de la conversación que él y Guy acababan de tener.

—Me pidió permiso —había revelado Richard.

—Oh —había exclamado ella y esperado con optimismo una oleada de emoción que nunca llegó—. Me imagino que fue bastante incómodo.

—Imaginas bien —había replicado él—. Le dije que la única persona a la que tenía que pedir permiso era a ti.

—Y tú no quieres que se lo dé —había adivinado Maddy.

—Guy me parece una excelente persona —había continuado él sin responder la pregunta—. Estoy seguro de que te trataría como a una reina. Pero quiero que seas feliz. —Su rostro se había fruncido con preocupación —. Tengo mucho miedo de que no lo seas.

—Pero ¿y si puedo serlo? —había preguntado ella—. ¿Y si esto es lo que necesito? ¿Lo que Iris necesita?

—Iris te tiene a ti....

—Creo que quiere más.

—¿Pero qué es lo que *tú* quieres, cariño?

—No estar triste nunca más —había confesado, con la voz quebrada por esa verdad tan patética.

—Oh, cariño...

—No puedo pasarme el resto de la vida dependiendo de ti y de mamá. Tú te jubilarás…

—Todavía no.

—Pero algún día —había insistido ella—. Iris y yo necesitamos nuestro propio... hogar. Una vida.

Richard había suspirado.

—Piénsalo bien, por favor.

Eso fue lo único que había hecho durante aquella noche interminable en que había yacido, sudorosa e insomne, en su estrecha cama individual, con la pierna que le picaba debajo del yeso. Mientras tironeaba de las almohadas húmedas y las sábanas, había repasado cada palabra, cada mirada y cada sonrisa que ella y Luke habían compartido, y había intentado imaginar algo parecido con Guy. No había podido. Sumida en sus recuerdos de Luke y la negra soledad de su habitación, había llorado por el dolor de tanto silencio, consumida por un anhelo más agonizante que nunca.

"¿Por qué te fuiste?". "¿Por qué tuviste que irte?".

Él no respondió. Maddy se apretó los talones de las manos contra los ojos y, por fin, empezó a aceptar que él nunca lo haría, llena de terror ante la idea de que si le decía que no a Guy ahora, pasaría el resto de sus días atormentada por el deseo de oír una voz que jamás respondería. Y, además, haría infeliz a Guy también. Y a Iris. La vivaz, inteligente y hermosa Iris, por quien ella daría la vida, a quien Guy cuidaba con tanto cariño y que había vivido casi seis años sin un papá. *Seis*.

Su madre tenía razón: Guy era el padre que todo niño querría tener. Lo era. Y el amigo más decente y verdadero.

"Un amigo es algo bueno", había dicho Della.

"Un amigo es un comienzo".

¿Pero era suficiente?

Aún se debatía por entender sus pensamientos confusos y exhaustos cuando Guy se arrodilló, nervioso y apuesto con su traje color crema, perfecto en todos los sentidos… salvo en uno. Mientras levantaba la caja y declaraba con voz titubeante que si ella aceptaba ser su esposa lo haría el hombre más feliz del mundo, Maddy no pudo evitar pensar en la formalidad de toda la situación y en cuánto se diferenciaba de la forma relajada y bromista en que Luke se había inclinado sobre la cama para ofrecerle los diamantes que ella todavía llevaba en la mano izquierda, haciéndola llorar y reír de felicidad.

Pero era dulce, sí. Muy dulce.

—Sé que nunca podré sustituir a Luke —se sinceró Guy, con una franqueza que la hizo sentirse como una criminal— y no pretendo intentarlo. —Sus ojos serios se clavaron en los de ella—. Pero si me dejas, dedicaré cada segundo de mi vida a intentar ser el mejor esposo que te mereces. Cuidaré de Iris como si fuera mi hija. —Un afecto profundo tiñó su rostro. *Amor*—. Maddy, la siento como si fuera *mía*.

Eso fue lo que lo decidió.

Eso y el alboroto repentino en la puerta; los ojitos de Iris que se asomaron con picardía por el marco, al parecer sorda a los susurros de Alice que le pedían que volviera y que hicieron saber a Maddy que las dos estaban allí. Guy esbozó una sonrisita resignada. Se habían aliado contra ella. No era justo. Pero cuando Maddy reparó en los ojos chispeantes de Iris, en cómo se mordía el labio con una ilusión incontenible y Guy le preguntó una vez más

si le permitiría formar parte de su familia, supo que solo había una respuesta que podía dar.

Y, a pesar de la euforia desconcertante que experimentó cuando el "sí" brotó de sus labios entumecidos, el rostro dulce de Guy se transfiguró de dicha e Iris soltó un gritito y corrió hacia ellos: ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Entonces comprendió que había sido demasiado tarde desde el instante en que había dejado que Guy se sentara a su lado en los Jardines Colgantes.

Tampoco sabía si querría cambiarlo, aunque pudiera. Guy la atrajo hacia sí para abrazarla e Iris se trepó a la cama y echó los brazos alrededor del cuello de su madre; era imposible pensar con claridad.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo —declaró él.

—Felicitaciones a los dos —dijo Alice. Su mirada azul se encontró con la de Maddy. "Sé que no ha sido fácil", pareció decirle, "bien hecho"—. Tenemos que fijar una fecha —añadió en voz alta.

—Había pensado en marzo —sugirió Guy—, antes de que haga demasiado calor.

—Perfecto —convino Alice.

Maddy no puso ninguna objeción. Ya estaba deseando que la ceremonia hubiera quedado atrás y, por fin, estuviera a salvo de más preguntas sobre si estaba o no haciendo lo correcto.

—¿Puedo ser la dama de honor? —quiso saber Iris.

—Por supuesto que sí —contestó Guy.

Siguieron hablando. Maddy los dejó. Guy había colocado la caja del anillo junto a ella sobre la cama. La recogió y sus ojos se empañaron al fijarse en la esmeralda. Giró la mano y contempló los diamantes de Luke, brillantes y perfectos. Entonces se dio cuenta de que tendría que quitárselos, esas piedras que él había hecho engastar en el anillo que ella amaba. Esas piedras que él había tocado. También tendría que quitarse la alianza.

Qué tonta, ni siquiera se le había ocurrido.

—¿Estás contenta mi querida? —le preguntó Guy.

Tardó un momento en llegar a darse cuenta de que él había hablado.

—Sí —respondió, asintió con la cabeza y sus mejillas se tensaron por el esfuerzo de sonreír. Deseó que todos se marcharan para poder rendirse al llanto que se agolpaba en su garganta y amenazaba con ahogarla.

No se marcharon. No por varias horas. De hecho, al final ella se alegró de que no lo hubieran hecho, porque si se hubiera quedado sola con esa sensación de arrepentimiento que la había invadido, podría haberse desarmado por completo. En cambio, así, no tuvo oportunidad de pensar en nada, y mucho menos de regodearse en la tristeza, porque todos estaban radiantes de felicidad.

Guy había llevado champán.

—Atrevido de mi parte, lo sé —admitió con una sonrisa irónica mientras lo sacaba de la bolsa—. ¿Me prometes que hoy no has tomado morfina?

—Lo prometo —aseguró ella. Guy descorchó la botella y ella se apuró a tomar una copa para recoger las burbujas.

Todos bebieron, Iris habló más sobre su vestido, las flores que quería llevar en el pelo, y Alice envió mensajes al registro civil, a la casa de Della, al padre de Maddy. Peter, Della y Jeff, hasta Emily y Lucy se presentaron en el hospital y la habitación se llenó de felicitaciones y ruido; distracciones maravillosas y bienvenidas.

Nadie mencionó a Luke. Richard, diplomático hasta la médula, se limitó a dirigir una mirada algo preocupada a Maddy cuando llegó pero, por lo demás, se mostró cordial al estrechar la mano de Guy, incluso alegre al brindar por ambos, sin delatar en ningún momento la inquietud que había manifestado a Maddy la noche anterior. Aunque Peter echó un vistazo a los anillos de Luke y murmuró a Maddy que le compraría una cadena para ellos (lo que la hizo preguntarse por enésima vez qué haría sin él), nadie aludió al hecho de que ella todavía llevara diamantes en lugar de una esmeralda. Ni siquiera Guy, que prefirió dejar el asunto así, con una empatía que no hizo más que confirmar a Maddy que había hecho bien en decirle que sí. Más que bien.

Al caer la tarde, Jeff trajo una cena tipo pícnic del club y luego las enfermeras les comunicaron que era hora de que pensaran en ir retirándose; a fin de cuentas, Maddy volvería a casa al día siguiente. Aun así, todos se quedaron un rato más y compartieron un momento cálido, animado y muy muy… agradable.

No fue hasta después de que todos se hubieran marchado y Guy se despidió de ella con un beso, sin dejar de repetir lo feliz que lo había hecho, que Maddy se encontró de nuevo sentada a solas, con la lámpara eléctrica

parpadeando y las cigarras que chirriaban al otro lado del mosquitero de la ventana. Tomó la caja que Guy le había dado y la abrió de nuevo.

Deslizó el pulgar por el anillo con vacilación, como si pudiera quemarla. Luego, lo sacó de la caja; la esmeralda capturó la luz y proyectó reflejos verdes en las paredes encaladas. Respiró hondo y, despacio, levantó la mano izquierda y exhaló mientras estudiaba los diamantes de Luke.

—¿Estoy haciendo bien? —susurró hacia el vacío que la rodeaba—. ¿Tengo *tu* permiso?

Silencio.

Se dejó caer sobre la almohada y clavó la vista en el techo. Vio el rostro de Luke. Ese rostro que tanto había amado. El disfrute, la energía sin límites y la calidez en su sonrisa burlona, los ojos oscuros y brillantes. Y luego vio a Guy. El estable y amable Guy, que había abierto su corazón sin reservas durante toda esa tarde; el corazón que le había entregado a ella con tanta generosidad.

Y a Iris.

Bajó la mirada hacia su mano con lentitud. Sin tomar ninguna decisión consciente, dejó la esmeralda de Guy y tiró de los anillos que Luke había colocado en su dedo. No fue fácil. Tenía las manos hinchadas por el calor y tuvo que forzar el metal para que pasara sobre los nudillos inflamados. Cuanto más se atascaban, más tiraba de ellos, con los dientes apretados, resuelta a llegar hasta el final ahora que había empezado.

Fue solo cuando ambos salieron por fin, dejando una marca pálida y dolorosa en su piel, que se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin cesar: por el miedo a lo que había decidido, la incertidumbre de todo lo que le esperaba y, sobre todo, por el dolor, el dolor desgarrador de todo lo que ella y Luke habían perdido, los años que ella había desperdiciado esforzándose por creer que podrían recuperarlo, el peso de los anillos que aferraba en su puño, la esmeralda que ahora tenía que colocar en su lugar.

La irrevocabilidad de ese adiós largamente postergado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Maddy no volvió a llorar después de esa noche. No se lo permitió. Su madre y Della tenían razón, tenía que empezar a permitirse ser feliz. Esforzarse más.

Sin duda, no podía ser tan difícil.

Se alegraba de que fuera Navidad y de poder ir a casa. Durante la semana siguiente, los días estuvieron llenos de regalos, misa y comidas; en casa de sus padres y en casa de Della y Jeff. Los niños correteaban emocionados y ella, negándose a descansar en el sillón reclinable que Ahmed había sacado al porche, enfurecía a su madre y a Guy al usar la muleta para seguirlos con paso torpe, ayudando a Iris a montar la casa de muñecas nueva, entusiasmándose con el cantero de flores que había empezado a cultivar, enseñándole a Iris a tocar *Cascabeles* en el piano.

—Ay, no —exclamaba Peter sin excepción si llegaba justo en ese momento —, otra vez no.

—Pero si te encanta cómo toco el piano —replicaba Iris y no se equivocaba.

A veces Alice o Della sacaban el tema de todas las cosas que había que hacer antes de marzo (la iglesia que había que reservar —"No St. Thomas", aseveró Della. "Por supuesto que no", coincidió Alice—, el lugar de la recepción, la banda, los vestidos...), pero en realidad no se podía confirmar nada hasta que todo volviera a abrir en enero, así que ¿qué sentido tenía hablar del tema?

—Es emocionante —respondió Della—, eso es todo. ¿Vas a ir de blanco?

—Della —la amonestó Jeff—, eres incorregible.

—Eso es decir poco —espetó Peter.

—Todavía no sé qué me voy a poner —admitió Maddy con aire distraído mientras recordaba cómo la había hecho reír Luke en el altar de St. Thomas al comentar lo virginal que parecía vestida de blanco. "Casi podrías engañarme...".

—Te pongas lo que te pongas, te verás maravillosa, mi querida —interpuso

Guy.

Maddy sonrió y se preguntó si algún día ese "mi querida" le resultaría natural.

El Club Náutico, que hacía tiempo que había retomado la celebración anual de Año Nuevo, organizó una fiesta. Guy le dijo a Maddy que tenía que ir, ya que asistiría la mayoría de su personal, incluido Jeff; los padres de Maddy también irían por la misma razón. Della acompañaría a Jeff. Peter, sin embargo, se excusó ("La maldita pierna, ya sabes", le dijo a Guy, mintiéndole. "Es una tortura ver bailar a la gente"), y lo mismo hizo Maddy, quien, desde aquella primera vez en 1915, había ido a la playa al pie de la colina con Peter cada Año Nuevo, y se sentía más que aliviada de poder usar ahora el tobillo como pretexto para repetirlo una vez más.

—Lo pasarás bien en el club a pesar del tobillo —la presionó Guy, que no tenía ni idea de que ella no había puesto un pie allí desde la guerra y, por suerte, ignoraba que ella había permanecido de pie una vez en el paseo marítimo con la mirada clavada en un desconocido con una chaqueta de lino—. No te dejaré sola.

—Te divertirás más sin mí —afirmó ella.

—Te aseguro que no —replicó él—. Vamos. No me parece la forma más auspiciosa de empezar el año.

Pero Maddy se mantuvo firme. Y él era demasiado amable, demasiado caballero para insistir. Eso la hizo sentir fatal y se juró a sí misma que se esforzaría más en el futuro, pero solo quería esa última vez con Peter, los dos tendidos en la arena tibia, contemplando los fuegos artificiales de la ciudad, *recordando*.

Al dar la medianoche, levantaron sus copas por Luke, como todos los años. Peter volvió a echar su cabeza rubia hacia atrás, con los ojos en el cielo estrellado de la India, ese cielo que Maddy solía negarse a mirar.

Esta vez, sin embargo, ella también alzó la vista, tal como había hecho al despuntar 1914. ¿Estaba él realmente allí, observando desde lo alto?

Casi podía sentir el peso de su mirada, la caricia de su sonrisa. Quizás sí estaba allí. Quería creer que su alma era feliz en algún lugar, que él sabía lo maravillosa que era su hija y que ella, Maddy, se reuniría con él algún día.

—Ojalá hubieras visto su cara cuando vio la foto que le mandaste —recordó Peter, como había hecho muchas veces antes—. Estábamos a punto de salir de la trinchera y fue como si le hubieras regalado el mundo entero.

Ella lo imaginó y sonrió con tristeza, como tantas veces antes.

—Della tiene razón —continuó Peter—. Él querría que fueras feliz. Es lo que más querría en el mundo.

—Lo sé —contestó ella sin apartar los ojos de las estrellas.

—Que nunca dude de cuánto lo amamos.

—Siempre lo amaremos. —Maddy se llevó la mano al pecho, donde llevaba los anillos de Luke en la cadena de Peter, justo al lado del corazón.

Jones no salió de su habitación ese Año Nuevo, ni siquiera cuando la hermana Lytton intentó arrastrarlo a las inevitables celebraciones en la sala. Sentado a la luz de su lámpara de aceite, repasó una y otra vez los diarios que ya había leído innumerables veces, ignorando las vibraciones del gramófono que atravesaban el suelo de madera y la culpa por el hecho de que Ernest estuviera solo y triste en su habitación, y deteniéndose en cada detalle, por más mínimo que fuera.

Los sueños le habían devuelto múltiples destellos más de su pasado en las últimas semanas: fragmentos de recuerdos tan preciosos como confusos, ninguno más atesorado que la imagen de esos dedos delgados que sostenían un pie diminuto en una fotografía sepia.

Estaba recordando. El milagro estaba cerca; podía sentirlo en su aliento, en los huesos. Ya fuera por las cirugías de Gibbon, la terapia de Arnold o incluso, como el mismo Arnold se había atrevido a sugerir, una simple disminución del tejido cicatricial, los sueños seguían aflorando sin descanso y Jones anotaba cada detalle, sin dejar escapar nada. Estaba cerca, muy cerca...

Pero no estaba sucediendo lo bastante rápido. Pasaba las páginas de sus diarios con impaciencia mientras sus ojos devoraban las palabras que ya conocía de memoria —hombre desdentado, bote a vela, pájaros de la selva, lluvia torrencial, lágrimas en un hospital, *Auld Lang Syne*— y, pese a que la claridad aún se le resistía, sentía que el corazón se le aceleraba. Tal vez era por el cierre del hospital. Quizás por el miedo de que Diana, de algún modo, le fallara en primavera.

No sabía muy bien qué era, pero un terror profundo se había apoderado de él: la sensación de que se le estaba acabando el tiempo.

Durante gran parte de enero, marzo todavía parecía bastante lejano y, cosa

extraña, casi irreal. Los preparativos de la boda comenzaron en serio: se leyeron los edictos en la iglesia local (no en St. Thomas, *por supuesto*), se publicaron los anuncios en los periódicos, se confeccionaron las listas de invitados... y Maddy cumplió con su parte en todo y *se esforzó más:* posó para la foto de compromiso con Guy, asintió con la cabeza mientras su madre leía los nombres de los invitados y luchó por convencerse de que todo eso estaba sucediendo de verdad. Porque así era. Lo sabía. Pero no podía sentirlo. Guy la sostuvo mientras se desplazaba con dificultad por el salón de baile del Taj y la sujetó del brazo mientras el gerente del hotel destacaba el tamaño palaciego del salón, los candelabros de cristal, las columnas que habían sido importadas del mismísimo fabricante parisino responsable de la Torre Eiffel y ella se oyó a sí misma aceptar diciendo que sí, que sería un lugar perfecto para la recepción, y tuvo que recordarse a sí misma que estaba hablando de su propia boda.

—¿Sigues con la morfina? —le preguntó Della.

—No —contestó—. La dejé hace mucho.

—Entonces serán los nervios —dedujo Della—. No lo pienses demasiado. Siempre piensas demasiado.

¿Lo hacía?

Intentó dejar de hacerlo.

Pero se enviaron invitaciones a más de trescientas personas, incluido el virrey, y no podía evitar preguntarse por qué no se sentía más inquieta por la enorme cantidad de invitados y la perspectiva de pronunciar sus votos delante de todos ellos.

—Es casi como si otra persona fuera a hacerlo por mí —le confesó a Peter y se rio, como si tratara de restarle importancia.

—Pues nadie lo hará por ti —refutó él, sin reírse ni un poco. Más bien, con el ceño fruncido. Preocupado—. Si estás teniendo dudas, ahora sería un buen momento para decirlo. —No las tengo —aseguró ella—, por supuesto que no.

Y no las tenía. Había tomado una decisión. Iba a ser feliz.

Con eso en mente, se obligó a hacer lo que había estado posponiendo y escribió a los padres de Luke para contarles del matrimonio. “Espero que sepáis lo difícil que ha sido esto para mí y que nadie ocupará jamás el lugar de vuestro hijo. Lamento muchísimo que este año no podamos viajar a

visitaros". Miró las palabras, su propia letra inclinada, pensando en cómo se sentiría Nina al leerlas y esperó a que las ganas de llorar la vencieran.

Pero no ocurrió nada.

Era tan extraño.

—Extraño en el buen sentido me imagino —comentó su padre, que la llevó en coche a la oficina de correos en una cálida y soleada mañana de finales de enero para que pudiera enviar la carta en persona.

—En el mejor sentido —afirmó ella, convencida de que debía ser así.

—Me preocuparía si hubieras llorado —continuó él, adelantando a un *rickshaw*—. Hace tiempo que no te oigo llorar.

—No lo he hecho —dijo ella.

—Me alegro —respondió él, con una sonrisa en su rostro curtido—. Tu madre me ha dicho que debería escucharla más.

—No me cabe ninguna duda —contestó Maddy y se obligó a sonreír también.

Por fin le quitaron el yeso que la hacía sudar y le producía tanta picazón a principios de febrero, lo cual fue un alivio más allá de lo imaginable. Aunque el tobillo estaba débil, ya no le dolía tanto y poco a poco volvió a caminar con mayor aplomo. Sin embargo, todavía le faltaba estabilidad, sobre todo cuando tenía que probarse el vestido de novia en Watson's (no en el Taj, *desde luego,* donde había ido para las pruebas cuando se había casado con Luke). Mientras veía cómo el intrincado vestido de cintura baja iba tomando forma, se sentía tan desconcertada por su propia indiferencia que apenas lograba mantenerse en pie.

Le resultó todavía más difícil cuando, en su trigésimo cumpleaños, Guy la sorprendió con un coche: una berlina plateada que brillaba bajo el sol, un regalo increíble y generoso y además excesivo.

—Por supuesto que no —declaró él y la abrazó (algo a lo que ella, al menos, estaba empezando a acostumbrarse)—. Te enseñaré a conducir. —La besó (de nuevo, algo que se estaba volviendo más familiar)—. Si vas a seguir insistiendo en salir sola —añadió y le acercó los labios al oído—, al menos así sabré que no irás en tranvía.

—No hay nada de malo en los tranvías —replicó ella y cerró los ojos porque de verdad quería disfrutar de la cercanía.

Aceptó salir a celebrarlo esa noche porque formaba parte de ser feliz. ("Me parece muy bien", aprobó Della). Fueron a una de las cenas de jazz y ostras

que el Taj había empezado a organizar de manera semanal en el lujoso y muy caluroso comedor junto al salón de baile donde se celebraría la recepción. Estaba repleto, parecía que medio Bombay se había citado allí; todos fumaban, bailaban y se acercaban a la mesa para expresar su asombro por ver a Maddy en una salida nocturna.

—Dejadla en paz por favor —pidió Guy sonriendo pero con un deje de firmeza en la voz que recordó a Maddy que, además de ser amable y cariñoso, también era un miembro de alto rango del cuerpo médico del ejército indio—. Me gustaría que lo repitiera y no lo hará si no la dejáis disfrutarlo.

—No tienes que ganarte enemigos por mi culpa —señaló ella cuando estuvieron solos (conmovida por el hecho de que él estuviera dispuesto a hacerlo).

—No hay riesgo de enemigos —precisó él—, están todos demasiado ansiosos por venir a la boda como para ofenderse. Además —agregó y le tomó la mano—, lo único que me importa eres tú.

Esa fue la primera vez que *ella* lo besó. Se inclinó sobre la mesa movida por un impulso para presionar sus labios contra los de él. Aún no sentía escalofríos, no sentía gran cosa, pero cuando se apartó y vio cómo los ojos de él se alegraban tanto —y sí, también se aliviaban—, se prometió a sí misma que lo besaría con más frecuencia.

El camarero trajo la bandeja de plata con las ostras. La banda de jazz seguía tocando y los ventiladores en el techo agitaban el aire pegajoso. No hablaron de la boda por una vez. Bebieron buen vino, bastante, y conversaron de todas las cosas de las que solían hablar: el trabajo de él, el de ella, de cómo él *por supuesto* la apoyaría para que siguiera enseñando tan pronto como su tobillo le permitiera estar de pie todo el día de nuevo, pero ¿consideraría dejar de fumar? Tenía la teoría de que podría ser malo para la salud.

—Bueno, si esa es tu teoría —concedió ella y apagó el cigarrillo, sonriendo con una naturalidad que casi había olvidado que era posible sentir con él: quizás debería beber vino más a menudo, pensó.

—Nadie verdaderamente feliz diría algo así —señaló Peter cuando se juntaron para tomar un café a la mañana siguiente—. ¿Qué tal tu cabeza?

—Bien —respondió ella, aunque le dolía muchísimo y le sudaba debajo del sombrero *cloche*.

—Maddy —añadió él con tono cauteloso—, el virrey partirá de Delhi en menos de una semana.

—Lo sé.

—Una vez que llegue aquí será demasiado...

—Peter —lo interrumpió, con más brusquedad de la que hubiera querido (el dolor de cabeza)—, quiero casarme con Guy.

—¿Y aún sientes como si alguien más fuera a hacerlo por ti?

Maddy revolvió su café con leche y guardó silencio.

Sin embargo, eso era exactamente lo que sentía.

Fue con su madre, Della, Iris y Lucy (también dama de honor) a finales de mes a recoger los vestidos a Watson's. Se probó el suyo por última vez, escuchó a su madre y a Della exclamar lo perfecto que era, se rio de los arrebatos de Iris y sonrió al ver a Lucy imitarla: toda la escena parecía sacada de una obra de teatro.

La sensación fue la misma la semana siguiente cuando Ahmed y el criado personal de Guy trasladaron todas sus cosas y las de Iris por el camino hasta la casa de Guy. Maddy se quedó de pie en el camino, en medio del chirrido de los insectos, viendo cómo el coche desaparecía a lo lejos, asegurando a Iris que sí, claro que podría volver a ver a Suya y al cocinero siempre que quisiera, sin poder reconciliarse con la realidad de que iban a vivir en otro lugar que no fuera donde siempre habían vivido.

—¿Estás triste? —preguntó su padre después de ver a Iris ir con Alice a la casa nueva a inspeccionar su habitación—. Al fin y al cabo, Iris prácticamente nació en esta casa.

—Estoy bien, creo —respondió ella sin saber si era verdad o mentira.

En realidad no estaba ni bien ni mal.

Vivía cada día como siempre pero de una manera casi mecánica, como una marioneta manejada por hilos invisibles. Hablaba como se suponía que debía hacerlo, reía cómo se suponía que debía hacerlo, y como nadie le preguntaba si estaba bien ni la miraba con extrañeza, suponía que lograba parecer más convincente de lo que se sentía. Salió a cenar con Guy otra vez, comió, sonrió y hasta bailó con él. Guy la abrazó con fuerza, inmerso en una felicidad evidente que parecía haber borrado las arrugas que ella había notado en su rostro a su regreso a Bombay. De hecho, parecía no tener la menor idea de lo desconectada que ella se sentía.

Al menos eso era bueno.

El virrey llegó a Delhi a principios de marzo. Sus padres lo agasajaron con una cena formal de bienvenida bajo la luz de la luna, en los jardines de la casa. El virrey se retorció el bigote, se balanceó sobre los talones, guiñó un ojo a Guy y besó a Maddy en ambas mejillas, comentando lo afortunado que era su viejo amigo Guy.

—La afortunada soy yo —respondió ella y volvió a tener esa sensación surrealista de estar leyendo un guion ajeno.

No fue hasta la mañana siguiente (solo faltaban tres días para la boda) cuando comenzó a tomar conciencia de la realidad. La respuesta de la madre de Luke fue lo que disparó su reacción. Cuando vio la carta sobre la mesa del desayuno, se dio cuenta de cuánto la había estado esperando. Al tomarla, volvió a *sentir* por primera vez en semanas: alivio porque Nina le hubiera respondido y miedo por lo que pudiera haber escrito. Abrió el sobre con el corazón acelerado y las manos temblorosas. Se le empañaron los ojos al leer las palabras increíblemente generosas en su interior:

> **Nunca tendrás que preocuparte de que alguna vez dudemos de tu amor por nuestro hijo. Te deseamos toda la felicidad desde lo más profundo de nuestros corazones. Y esperamos que algún día vengas a visitarnos. Siempre tendrás un hogar aquí.**

Seguía leyendo cuando Iris irrumpió corriendo.

—¡Faltan tres noches! —gritó.

Maddy se las ingenió para doblar la carta y contener las lágrimas.

Después de eso, sin embargo, dejó de sentirse como una marioneta. Se volvió más callada, lo percibía en su interior, y perdió el apetito por todo.

—¿Se siente mal? —le preguntó el cocinero cuando ella se disculpó por no terminar otra comida.

—Creo que estoy nerviosa —se excusó.

Lo estaba.

Estaba aterrorizada.

Pensaba que quizá lo había estado desde que había aceptado casarse con Guy, solo que había estado tan paralizada por el pánico que no se había dado cuenta.

Le alivió que todos estuvieran demasiado ocupados para notar su silencio repentino. Por suerte, su madre y Della estaban enfrascadas en la decoración de la iglesia y del salón de baile. Su padre y Peter estaban plenamente

entregados a la tarea de acompañar al virrey por la ciudad, que incluía visitar todos los acantonamientos, asistir a almuerzos y recepciones en distintos clubes y oficinas, y mantener contentos a los principales empresarios indios de la ciudad. Guy estaba trabajando horas extras en el quirófano antes de la luna de miel de dos días y, en cuanto a Iris, la excitación no la dejaba pensar en otra cosa que no fueran las tartas que le habían prometido, su habitación nueva y quién llevaría la cola del vestido de Maddy, si ella o Lucy.

Maddy mantuvo la compostura con fuerza de voluntad y siguió adelante, minuto a minuto de cada día sofocante y de cada noche interminable: se bañaba, se vestía, escuchaba a Iris, intentaba conciliar el sueño. Casi logró llegar hasta la boda misma convencida de que si lograba superar la ceremonia, todo saldría bien.

Estuvo muy cerca de lograrlo.

Pero entonces, la noche anterior cuando ya todos se habían acostado, comenzó a hacer el equipaje para la luna de miel doblando sus cosas en una pequeña maleta para que Ahmed pudiera llevarla a la suite del Taj que Guy había reservado. Los postigos entreabiertos dejaban entrar los sonidos nocturnos de la jungla: cigarras, hojas susurrantes, el murmullo lejano del mar.

Sacó las medias del cajón y el brillo dorado de la lámpara se reflejó en la seda transparente. De repente, pensó con un estremecimiento: "Guy las va a ver".

Frunció el ceño e intentó alejar el alarmante pensamiento.

Pero luego tomó el camisón y la voz regresó: "También verá esto".

No pudo ignorar su inquietud esta vez; apretó la prenda ligera en sus manos e imaginó que él la tocaba, que se la quitaba. No podía pensar en otra cosa antes de darse cuenta de lo que estaba pasando. Su mente, tan felizmente distante unos días antes, se saturó de la aterradora certeza de que estaría desnuda con Guy, ¡con *Guy*! Los dos harían lo que ella y Luke habían hecho… mañana.

Se llevó la mano a la garganta. *Mañana*.

Lo harían todas las noches durante el resto de sus vidas.

Todas. Y. Cada. Una. De. Las. Noches.

—Dios mío —musitó—, Dios mío...

No podía respirar, de verdad no podía.

Abandonó lo que estaba doblando y salió corriendo de la habitación tan rápido como se lo permitió el tobillo todavía débil. Se detuvo para comprobar que la aya de Iris estuviera con ella, bajó las escaleras a toda prisa y salió al sendero de entrada antes de que sus padres pudieran oírla y detenerla, ver su miedo. Se subió al coche que aún estaba aprendiendo a conducir, metió la marcha con un ruido sordo y se alejó rugiendo por el sendero de entrada en dirección al único lugar al que se le ocurría ir, sin detenerse hasta llegar a la pequeña casa de Peter y quedarse de pie, sudorosa y temblando ante la puerta, esperando a que él la abriera.

Peter ya estaba en bata, listo para acostarse. Se apartó el cabello rubio con un gesto soñoliento y desconcertado y miró hacia la noche. Al percibir el estado de Maddy, palideció.

—Oh, Dios mío.

—Peter —balbuceó ella—, no sé lo que estoy haciendo. No lo sé.

Los ojos de él se agrandaron.

—Es demasiado tarde, querida Maddy, es demasiado tarde para esto.

—Pero...

—Es mañana —la interrumpió—. El virrey está aquí. *Todos* están aquí. No puedes hacerle esto a Guy, lo destruiría. Tu padre no podría volver a caminar con la cabeza en alto. Iris…

—Oh, Dios —exclamó ella con un nudo en la garganta al oír el nombre de Iris, porque, por supuesto, no podía hacer daño a ella ni a ninguno de ellos —. Oh, Dios, soy tan estúpida...

Peter no la corrigió. Pero abrió los brazos, la estrechó durante un largo rato y le murmuró que todo iba a salir bien, que ya vería.

—Tienes tantas razones para casarte con él —le recordó sin dejar de abrazarla—. Hablemos de eso.

Y así lo hicieron.

Se quedaron despiertos toda la noche, fumaron demasiados cigarrillos, bebieron vasos de brandi reconfortante y conversaron sin parar de la amabilidad de Guy, de su bondad, de lo afortunada que era Iris de tenerlo, de cuánto la querría Guy.

—Os querrá mucho a las dos —aseguró Peter.

—Sí —convino ella y bebió otro sorbo de brandi—, sí.

Poco a poco, con firmeza a medida que se fue obligando a recordar todas

las cualidades admirables de Guy, entre ellas el padre perfecto que iba a ser, sintió que su inquietud ante la perspectiva de acostarse con él (y de *toda la vida* juntos) iba cediendo.

O quizás fue el agotamiento lo que amortiguó su pánico. Y también el brandi.

No se lo cuestionó. Sin duda era demasiado tarde para echarse atrás —ya lo había sabido antes de que Peter se lo dijera, era la razón por la que se había desesperado tanto— y aceptaría toda la ayuda posible para seguir adelante.

—Así está mejor —concluyó Peter con esfuerzo cuando la despidió al amanecer—. Siempre, *siempre* estaré aquí.

—Gracias —respondió ella.

—Estarás bien —le prometió él, aunque no sonó muy convencido.

—Estaré bien —repitió ella y sonó menos convencida aún.

Pero dejó que Peter le llamara un *rickshaw*, ya que había bebido demasiado brandi y había dormido demasiado poco como para conducir. Regresó a la casa, donde nadie se había dado cuenta de que se había ido, y estaba acostada cuando Iris se despertó y entró corriendo en su habitación al grito de:

—¡Es hoy, es hoy!

A las nueve, el empleado de la oficina de telégrafos entregó un telegrama de Edie ("Que tengas un día maravilloso STOP Estoy segura de que esto es lo mejor para todos STOP") y otro de los padres de Luke ("Pensando en las dos STOP"). A las diez se quitó los anillos de Luke de alrededor del cuello, se vistió de novia por segunda vez en su vida, llegó a la iglesia bajo un sol radiante en lugar de lluvia y a las once caminó hacia el altar del brazo de su padre. Luego, ante más de trescientas personas, incluido el virrey, prometió a un hombre al que se había dado cuenta demasiado tarde de que nunca, jamás, debería haber dicho "sí", que lo amaría, honraría y obedecería. Mientras él le sonreía, tan elegante y correcto con su uniforme, sin bromear ni siquiera un poco ("Casi podrías engañarme..."), Maddy se juró a sí misma que, como mínimo, lo honraría e intentaría hacerlo tan feliz como él quería hacerla a ella.

La recepción transcurrió como un torbellino difuso, envuelto en niebla. Posaron para más fotografías, bebieron champán, sonrieron y agradecieron a interminables filas de invitados por haber asistido; luego todo terminó,

estaba oscuro y ella y Guy, tomados de la mano, subían la gran escalera de mármol del Taj hacia la habitación.

—Gracias —susurró él y la guio a través de la puerta y el umbral hacia la gran cama con dosel—. Gracias por regalarme el mejor día de mi vida.

—De nada —replicó ella, lo cual era una respuesta ridícula, pero llevaba más de veinticuatro horas despierta, apenas podía respirar del miedo que la consumía por lo que estaban a punto de hacer y, además, no se le ocurrió nada mejor que decir.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él con suavidad.

"Estoy aterrorizada", quiso gritar ella. "¿Podemos no hacerlo, por favor?".

—Un poco —admitió.

—No tienes por qué estarlo. Por favor, no. —Se inclinó y le besó el cuello y la clavícula mientras comenzaba a desabrocharle el vestido—. Te amo tanto.

No la apresuró. Le quitó el vestido, la sentó en la cama y le bajó las medias como si fuera la muñeca de porcelana más frágil del mundo. Le soltó el corsé, le besó el pecho y le acarició la cintura y los muslos con lentitud, con ternura, con mucha gentileza.

Pero cuando se movió encima de ella, Maddy no pudo pensar en otra cosa que en su ataque de risa cuando Luke los había tirado a ambos al mar aquella noche. Lo único que sentía, mientras el peso de Guy la presionaba contra el colchón mullido y lujoso, era el recuerdo de su excitación, su urgencia, mientras ella y Luke se arrancaban la ropa empapada el uno al otro y hacían el amor una y otra vez en aquel bote diminuto y perfecto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Quinto Hospital Militar de Convalecencia del Rey, 1921

—Escribió Diana —anunció Arnold desde la puerta del dormitorio de Jones—. Dice que preferiría no venir de visita, por Ernest.

Jones, sentado en su escritorio, levantó la vista y lo miró. Llevaba tanto tiempo esperando ese momento, había depositado tantas esperanzas en él, y ahora que por fin había llegado estaba aterrorizado.

—¿Qué más dijo? —preguntó forzando las palabras que se le atascaban en la garganta.

Arnold inclinó su cabeza blanca y estudió la carta que tenía en la mano con el ceño fruncido detrás de las gafas. Parecía que adentro del sobre había también un recorte de fotografía doblado. A Jones le resultó extraño que Arnold no le entregara ambos para que él los leyera directamente. ¿Estaba ocultando algo?

No tuvo tiempo de preguntar.

—¿Te dice algo el nombre Maddy Bright?

Jones se quedó muy quieto; la fotografía, olvidada, esperando que el nombre le despertara algún recuerdo.

"Maddy", repitió en silencio.

"Maddy Bright".

Sacudió la cabeza despacio, con una resignación helada.

No le decía nada.

Tampoco el nombre Luke Devereaux.

Al menos no de inmediato.

Se negó a escuchar, abatido por la decepción, cuando el médico le sugirió que tenía que darle tiempo.

—Esto no es el final —afirmó Arnold mientras doblaba la carta y el recorte sin enseñárselos a Jones.

Jones no respondió. Para él, era el final.

Rechazó el ofrecimiento de Arnold de que lo acompañara al despacho para hablar del asunto con calma. Y cuando la hermana Lytton entró en la habitación con un chocolate caliente en la mano, le pidió que se marchara. Incapaz de estar donde otras personas pudieran pedirle que mostrara una entereza que no podía fingir, se puso las botas, una chaqueta y salió al bosque; respiró la niebla en el aire frío de marzo y golpeó los árboles con un palo, haciendo volar las hojas. No supo cuánto había caminado, pero al caer la oscuridad de la primavera temprana se quedó sin fuerzas; se dejó caer sobre el suelo cubierto de musgo, apoyó la cabeza contra un tronco y lloró como un niño —por sí mismo, por su esposa y su hija, por sus padres, por todo lo que ellos habían perdido y por todo lo que él había perdido—, vencido por la desesperanza de los años que había pasado tratando de encontrarlos y dispuesto ahora, de verdad, a darse por vencido.

Regresó al hospital con la misma disposición.

"¿Recuerda lo que me sugirió una vez?", pensó decirle a la hermana Lytton. "Bueno, estoy listo para empezar de nuevo, para tratar de ser feliz. Estoy cansado de este lugar. Estoy tan cansado...".

Estaba agotado. Evitó el comedor, desde donde llegaban los sonidos de la cena, y antes de poder decir a la hermana Lytton algo de lo que pudiera arrepentirse, se dirigió a su habitación y se quedó dormido casi al instante.

Y soñó.

Volvía a estar entre árboles, pero no en un frío bosque inglés sino en una jungla india.

Estaba en la India.

Se encontraba de pie ante unos portones; al final de un sendero de entrada se alzaba una mansión imponente con buganvillas que trepaban por los muros. Los pavos reales paseaban por los jardines y las palmeras se mecían. Había un porche y, en los escalones de ese porche, estaba sentada una mujer. La luz del sol la envolvía; el ala de su sombrero proyectaba sombra sobre su cabello rubio y sus pómulos claros.

La observaba en su sueño. Comprendió que estaba esperando que ella levantara la vista y lo viera.

Por una vez, no despertó antes que eso sucediera.

Ella alzó el rostro hacia él. Incluso desde la distancia, él vio cómo su rostro se iluminaba con una sonrisa.

Aquella sonrisa le despertó algo.

Fue suficiente.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Residencia para adultos mayores High Elms, Inglaterra, diciembre de 1976

Nunca quiso olvidar la alegría de ese momento. La euforia pura y absoluta de volver a encontrarla, a ella, a todo. Sentado junto a uno de los ventanales de la residencia, contempló los jardines escarchados a través de los cristales empañados con una opresión en el pecho y esa mezcla de dolor y tristeza que lo embargaba cuando revivía la emoción y la esperanza de aquel momento.

Su desesperada impaciencia por volver a estar con ella.

Pero mientras estaba allí sentado, su mente comenzó a nublarse. La confusión se intensificó. Su respiración se aceleró; esa lucha ya conocida por aferrarse a la lucidez.

Había olvidado en cuestión de segundos que estaba luchando por retener algo.

Se quedó mirando por la ventana.

No recordaba haberse sentado allí. La silueta de su reflejo le devolvía la mirada: cabello aún abundante, hombros anchos pero más caídos que antes, más frágiles.

Había envejecido mucho.

Desde algún lugar de la casa le llegaba el aroma de un pastel de frutas horneándose. En la radio sonaba música clásica, a volumen bajo. La sala de estar estaba casi vacía. Una pareja jugaba al ajedrez en los sillones tapizados frente a la chimenea. Junto a ellos, una mujer y su hija comían bollos y bebían té.

Él tampoco estaba solo. Había una mujer mayor sentada a su lado. Lo miraba con ansiedad. La examinó en silencio, tratando de adivinar quién

era. Intentó que ella no notara su confusión, intuyendo que eso podría herirla —después de todo iba vestida como si se hubiera esforzado mucho: una chaqueta azul claro con una falda a juego y un sombrero tipo casquete sobre el cabello blanco—, pero a juzgar por su ceño fruncido y la delicadeza con la que le tomó la mano, supuso que no lo había conseguido.

—¿Te has perdido de nuevo? —le preguntó.

—¿Perdido?

—En Bombay —precisó ella.

Él frunció el ceño. ¿Bombay?

—No te preocupes. —Le apretó la mano con más fuerza—. Estoy aquí. Yo te ayudaré. —Sus ojos brillaban, con felicidad o pena, era difícil de saber—. Estoy aquí —repitió.

Él sintió que debía confiar en ella.

De hecho, sería un consuelo.

—¿Me ayudarás? —preguntó.

—Sí —aseguró ella y le dio unos golpecitos en la mano—. Pero primero tomemos un chocolate caliente, ¿te parece?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Bombay, 1921

Maddy no podía dormir a pesar del cansancio después de que se acostaron la noche de bodas. Permaneció despierta hasta el amanecer, con los ojos irritados y tensa junto al cuerpo satisfecho de Guy, escuchando los sonidos que llegaban a través de las paredes desde las otras habitaciones del hotel: las tuberías que crujían, los inodoros al descargarse, las toses y las voces de extraños. Quería ir al baño pero no se animaba a hacerlo por miedo a despertar a Guy y entonces volvió a sentir pánico, porque ¿cómo había podido casarse con un hombre frente a quien ni siquiera se atrevía a ir al baño? De verdad no lo sabía, pero por fin, cuando la luz del sol se filtró por los bordes de los postigos, se levantó, demasiado desesperada para no hacerlo, y cruzó la habitación de puntillas hasta el baño, haciendo una mueca de dolor, un dolor que nunca había sentido con Luke, ni siquiera la primera vez. Hizo todo lo posible por no hacer ruido mientras orinaba, se lavaba las manos y la cara, pero cuando volvió a la habitación Guy estaba despierto y sonreía somnoliento desde la cama.

—Ven aquí —la llamó y se incorporó y abrió los brazos. La piel de su torso era mucho más pálida que la de sus brazos, el cuello y la cara. Luke había tenido el mismo color en todo el cuerpo, ese tono bronceado ligero que había adquirido de nadar todos los días.

¿Dejaría alguna vez de comparar a Guy con Luke?

—¿Maddy? —la urgió, ahora con expresión preocupada—. Pareces molesta. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella—, es solo que… me ha venido la regla. —La mentira brotó de sus labios antes de que se diera cuenta. Se sonrojó más por la intimidad de la confesión que por su falta de honestidad.

Guy no se sintió avergonzado, al fin y al cabo era médico.

—Oh, mi querida —exclamó (esa palabra otra vez)—, pobrecita. Ven y recuéstate.

Ella obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Guy la atrajo hacia sí, le rodeó la cintura con los brazos y la besó en el cuello. Hacía calor, demasiado calor. Maddy empezó a sudar debajo del camisón.

—Quizás el mes que viene ya no te venga —agregó él en un susurro.

—Quizás —concedió ella y no le confesó que había ido a ver al doctor Tully para pedirle un método anticonceptivo. Por muy buena esposa que hubiera decidido ser, la esposa que Guy se merecía, no estaba preparada para tener un hijo con él. Todavía no.

Él la volvió a besar y murmuró que aún era temprano, que debía descansar un poco antes de que regresaran a la casa; ella cerró los ojos, agradecida, y fingió que se quedaba dormida.

Fingió mucho en los días y semanas que siguieron. Tenía que hacerlo. Nunca volvió a sentir el desapego mecánico (y, en retrospectiva, dichoso) de una marioneta. Ella e Iris se mudaron a la casa de Guy y se instalaron en sus habitaciones nuevas y recién pintadas, con los muebles nuevos y los pisos recién pulidos. Iris se adaptó a todo con absoluta naturalidad: se acurrucaba con Guy para que le contara cuentos antes de dormir y se metía en la cama de Maddy cada mañana, como siempre había hecho. Guy iba y venía del hospital con un paso ligero y animado que ella se esforzaba por imitar, pues vivía con el terror constante y punzante de que si no vigilaba cada palabra y cada expresión, podría cometer un desliz y dejar al descubierto, ante sí misma o ambos, lo infeliz que se había vuelto.

Cuando, una vez terminada su supuesta menstruación, Guy había llamado a la puerta que unía sus habitaciones y le había preguntado si *podía* entrar, Maddy se había dicho a sí misma que era entonces o nunca, que debía "esforzarse más", y se había obligado a asentir con la cabeza y a respirar mientras él se sentaba a su lado y le quitaba el camisón por la cabeza.

—Eres tan perfecta. —La besó en el hombro y la empujó hacia abajo con delicadeza—, demasiado perfecta. No puedo creer estar haciendo esto.

Maddy cerró los ojos y trató de evitar estremecerse cuando él la penetró. Ella tampoco podía creer estar haciendo eso.

Era más difícil que nunca sentirse cómoda con él ahora que sus noches

estaban llenas de una intimidad tan dolorosa y de la mentira que escondía su anticoncepción. Se odió a sí misma por verse obligada a mentir cuando por fin le *vino* la regla —adujo que a veces le venía cada dos semanas—, y sobre todo cuando él se preocupó y le sugirió que fuera a ver al doctor Tully por si algo no iba bien.

—Lo que no quiero es que *tú* te preocupes —dijo él mientras le tomaba el rostro entre las manos—. Estoy seguro de que no es nada.

—Sí —respondió ella sin dejar de sentirse una canalla—. Eso espero.

Resuelta a encontrar algo más en qué ocuparse, decidió retomar el trabajo en la escuela aunque a Guy no le gustaba mucho la idea de que pasara demasiado tiempo de pie y sobrecargara el tobillo.

—Acabamos de casarnos y necesitas recuperarte.

—¿De qué? —preguntó ella—. Della y mamá se encargaron de todo.

—Pero te noto cansada —insistió él—, descansa un tiempo más. Ve al club, disfruta de un largo almuerzo con Della, conoce a algunas de las esposas del hospital.

Maddy arqueó una ceja al oír eso.

—Guy —señaló—, no te casaste con esa persona.

Guy sonrió y suspiró con resignación; Maddy se preguntó si no habría empezado a pensar que habría sido más fácil si no lo hubiera hecho.

Sin embargo, no la presionó más. Se limitó a pedirle que fuera en coche a la escuela en lugar de a pie y ella prometió que lo haría, pero fue otra mentira; disfrutaba demasiado del corto paseo entre los árboles acompañada del canto de los pájaros, del calor húmedo y dulzón como para renunciar a él.

Y le encantaba estar de vuelta con los niños. También a Iris, que corrió a reclamar su lugar junto a Suya en cuanto las dos se inclinaron para entrar en el aula de techo bajo. Los demás se abalanzaron sobre Maddy y ella los abrazó uno por uno, riéndose de su alegría y deleitándose con los brazos entusiastas alrededor de su cuello, hasta que aplaudió y anunció que era hora de ponerse a trabajar. Durante las mañanas en las que daba clase y que incluían practicar aritmética, cantar canciones, escribir historias, e incluso pintar —cuando su madre la acompañaba—, se olvidaba de sus noches y de su preocupación. Se liberaba de esa sensación horrible de estar viviendo una vida ajena.

Pero la sensación y el desaliento volvían en el instante en que ella e Iris

regresaban a la casa de Guy y ponían un pie en el vestíbulo lóbrego, las habitaciones grandes y oscuras con sus paredes desconocidas. Maddy se sentía muy culpable. Guy había sido muy amable (todos esos muebles nuevos, la pintura fresca) y decidió hacer algo por él. Guy había mencionado la posibilidad de invitar a cenar a sus oficiales superiores, que estaban ansiosos por volver a ver a Maddy y que, además, lo habían invitado tantas veces cuando era soltero, y ahora le tocaba corresponderles. Aunque ella *no* era el tipo de mujer que disfrutaba de pasar horas decorando la mesa y planificando los asientos, también era muy consciente de que si no empezaba a recibir invitados, tarde o temprano, le causaría problemas a Guy.

Para empezar invitó a sus padres, a Peter, a Della y a Jeff a almorzar el domingo. Por desgracia no se le ocurrió *preguntar* al criado personal de Guy qué le parecía la idea y se lo *comunicó* sin más; la súbita dureza en su mirada le hizo notar el error que había cometido. El hombre se negó a discutir el menú y los preparativos con ella, y le aseguró (con una expresión más ofendida que la del cocinero cuando ella se había ofrecido a ayudarlo con su tarta Victoria tantos años atrás) que era perfectamente capaz de encargarse de la casa por sí solo; llevaba años haciendo ese trabajo, *memsahib*, casi desde antes de que ella naciera. Maddy no pensaba discutir; de hecho, él podía encargarse de todo lo que quisiera, pero sí le pidió que al menos se cerciorara de que la carne fuera fresca ya que ella e Iris se habían sentido mal un par de veces desde que se habían mudado. ¡Ah, la cara que puso! Ahora ella no tenía duda de que, como castigo por su intromisión, el criado se las había ingeniado para conseguir el pollo más fibroso que ella había probado en su vida y que, pese al calor de más de 38 grados de abril (incluso a la sombra de los árboles del jardín, donde iban a almorzar), le había dado instrucciones al cocinero de Guy para que preparara una salsa espesa y grumosa, zanahorias hervidas y unas patatas asadas secas y horribles para acompañarlo. Nadie pudo tragar bocado, ni siquiera Guy (quien le comentó en voz baja que en realidad no hacía falta que se ocupara de los asuntos de la casa ya que el personal era más que competente). Sudando bajo el sol implacable, todos picotearon la comida que se iba enfriando para exasperación de Maddy, hasta que Emily, la hija menor de Della y Jeff, declaró que estaba asqueroso, arrojó su plato al césped y, muy lejos de desplegar el carácter jovial de su padre, se inclinó y clavó los dientes en el brazo de su hermana. Mientras Lucy gritaba con desconsuelo y Jeff se

apuraba a llevarse a casa a una Emily avergonzada, Guy recibió una llamada del hospital al teléfono que había hecho instalar: el cirujano de guardia había enfermado de tifus y lo necesitaban en el quirófano. Se despidió de Maddy con un beso y ese gesto fue tan público que ella se puso muy tensa y movió el rostro para que él le rozara la mejilla húmeda y no los labios. Guy vaciló y ella hizo una mueca, sintiéndose más incómoda todavía al mirar a su alrededor y notar, por cómo los demás jugueteaban con sus servilletas, que el incómodo intercambio no había pasado desapercibido.

—Lo siento muchísimo —se disculpó con Guy, y lo alcanzó cuando él se disponía a volver a entrar en la casa. Lo miró con los ojos entornados—, estaba muy molesta por la comida.

—Por supuesto —respondió él, al parecer aliviado de que ella tuviera una excusa.

—No soy una buena anfitriona.

—Ya aprenderás —contestó y sonrió con su habitual amabilidad pero sin corregirla porque, al fin y al cabo, necesitaba que aprendiera. Miró por encima del hombro de ella—. Tendrías que volver a la mesa. Están todos mirando. —La besó de nuevo. Esta vez ella se acordó de permitírselo—. No me esperes despierta; si se me hace tarde, me quedaré en el hospital.

—De acuerdo —contestó ella también con alivio y, al minuto siguiente, se sintió culpable por sentirlo.

Regresó a la mesa, preparada para las inevitables preguntas sobre si todo estaba bien. Aseguró a todos que sí, que el pollo le había caído un poco mal y nadie lo cuestionó.

Sin embargo, era evidente que todos pensaban que pasaba algo. Su padre, que durante todo el compromiso había confiado, gracias a Dios, en que ella estaba bien, ahora la observaba con preocupación. Peter se sirvió más vino con mala cara. (Maddy se preguntó si estaría recordando cómo la había tranquilizado la noche anterior a la boda. "Sí", admitió él más tarde, "se me pasó por la cabeza"). Incluso su madre y Della parecían ansiosas.

—¿Te está costando demasiado estar de vuelta en la escuela? —quiso saber su madre—. Has adelgazado.

—Es verdad —coincidió Della—. Y te noto apagada. Estabas tan animada antes de la boda…

"¡Estaba fingiendo!", estuvo a punto de gritar Maddy, pero se contuvo.

—¿Será el bajón de después? —prosiguió Della—. He oído que puede

pasar.

—Puede ser —concedió Maddy aferrándose a la idea—, es probable. —Entonces, consciente de que Iris estaba sentada a su lado, quieta y callada pero escuchando todo con atención, preguntó si alguien se animaba con el postre.

—No —exclamaron todos al unísono y levantaron las manos—, no gracias.

Maddy no pudo evitar echarse a reír a pesar de la inquietud generalizada.

Reacia a empeorar la situación, se pasó el resto de la tarde asegurándose de reír a menudo, hablar más, mostrarse *feliz*, y se sintió agradecida cuando los demás parecieron relajarse. Cuando Lucy e Iris se fueron a jugar sugirió organizar una fiesta de cumpleaños para Iris que cumpliría seis años en menos de quince días, el segundo sábado del mes.

—Podríamos hacerla sorpresa —propuso y se volvió hacia sus padres—. En vuestra casa. ¿Qué os parece?

—A mí me encantaría —convino Richard.

—A mí también —se sumó Alice.

—¿Podríamos no invitar a Diana y a su marido nuevo? —pidió Peter.

—¿Diana ha vuelto? —soltó Maddy.

—Hace poco —contestó Peter—, con Alfred o *Alf*, como se supone que debemos llamarlo. —Hizo una mueca—. Pasó por la oficina el viernes. —Bebió un trago de vino—. Alf es horrible.

—Alf me hace extrañar a Ernest —interpuso Richard con un suspiro—. Pobre Ernest.

—¿Has visto a Diana? —preguntó Maddy a su madre.

—Todavía no —respondió Alice con los labios apretados—. Y no tengo ninguna prisa.

—¿Me recuerdas otra vez por qué tuve que contratar a su marido? —preguntó Richard.

—Me pareció correcto ayudar —precisó Alice con tono tenso.

—Bueno, como sea, ya está decidido —declaró Della—. Diana y *Alf* no vendrán a la fiesta. Iris nos lo agradecerá cuando sea mayor.

—De acuerdo —coincidió Maddy—, haremos algo pequeño. Invitaré a los niños de la escuela. Iris estará feliz.

Lo habría estado, Maddy estaba segura, si las cosas hubieran sido así.

Sin embargo, a la mañana siguiente, Guy regresó agotado del hospital y proclamó que la fiesta era una idea excelente y que podría ser la excusa

perfecta para invitar por fin a todos sus compañeros de trabajo. Muchos de ellos tenían familia, explicó, e Iris podría hacer más amigos que fueran, bueno, que fueran... como ella.

—Británicos querrás decir —espetó Maddy.

—Sí, mi querida —respondió él con una sonrisa cansada—. No tiene nada de malo.

A ella le pareció que tampoco tenía demasiado de bueno, pero él se veía tan cansado (y ella todavía se sentía fatal por haber evitado su beso) que terminó cediendo e intentó ocultar su consternación cuando él le presentó una lista de nombres tan larga como su brazo.

—Si vamos a invitar a todos esos —intervino Alice—, tendremos que invitar también a toda la gente de la oficina de tu padre. No podemos ofender a nadie.

—¡Va a ser tan grande como la boda! —protestó Maddy a Della.

—¿Qué podemos hacer? —replicó Della.

Nada; Maddy lo sabía. Empezó a desear no haber sugerido nunca la fiesta.

Lo desearía aún más el día de la fiesta en sí, pero eso era otra historia. Completamente ajena a cómo acabaría todo, durante las dos semanas siguientes cuando no estaba en la escuela, entraba y salía de la casa de sus padres con una frecuencia que las exigencias de una fiesta infantil en realidad *no* requerían. Pero echaba de menos los crujidos de la casa, el olor a citronela y a cera para madera, y las habitaciones luminosas mucho más de lo que había imaginado cuando había visto cómo se llevaban sus cosas y las de Iris. Exhalaba cada vez que salía al porche y se apoyaba en la balaustrada para contemplar el jardín que había aprendido a querer con los años. De vez en cuando se escabullía hacia su habitación y se sentaba en la cama; tomaba en sus manos las cerillas y la seda dorada que le había regalado Luke y dejaba que la luz del sol disipara su ansiedad. Además, era maravilloso volver a pasar tiempo con el cocinero y con Ahmed; ambos rieron a carcajadas cuando les contó el desastre del pollo asado. "Eso le pasa por dejarnos", le reprocharon y ella reconoció en silencio que no debería haberlo hecho. Luego les preparó chai, que bebieron mientras revisaban los libros de recetas en anticipación a la horda de invitados que pronto llegaría. Iris no sospechaba nada. Estaba demasiado entretenida leyendo cuentos con su abuela en su antiguo cuarto de juegos y jugando en los jardines con Suya y los demás. A medida que se acercaba su cumpleaños, le resultaba cada vez

más difícil irse de la casa de sus abuelos al caer la tarde, lloraba y suplicaba a Maddy que por favor, por favor la dejara quedarse unos minutos más. Maddy terminaba llevándola en brazos a la casa nueva sin regañarla; por el contrario, la abrazaba fuerte porque estaba claro que, por muy contenta que pareciera en casa de Guy, ella también echaba de menos su antiguo hogar. La casa de Guy parecía siempre demasiado silenciosa en comparación, demasiado llena de sirvientes que no conocían y vacía, ya que otro de los cirujanos había enfermado y Guy vivía prácticamente en el hospital.

Y aunque Maddy se sentía incómoda en su presencia, las horas después del anochecer se le hacían interminables. Iris, agotada por sus días largos, se dormía a las siete y, con Guy fuera, los suaves ronquidos eran el único ruido que resonaba en la casa solitaria. Maddy no quería invitar a sus padres por miedo a preocuparlos como lo había hecho en aquel almuerzo. Tampoco quería molestar a Della por la misma razón; además, Della ya tenía bastante con su propia familia y con una Emily cada vez más difícil. Y en cuanto a Peter —que le había dejado bien en claro que siempre iba a estar para ella y que también le había dado un abrazo prolongado después de ese domingo sombrío—, Maddy sospechaba que si le pedía que fuera, la haría hablar de cosas de las que no tenía sentido hablar.

Así que, sin haberlo planeado, una noche pidió al aya que cuidara de Iris y empezó a salir sola.

Volvía a la casa de Luke.

Se sentía muy culpable cada vez que abandonaba la casa a hurtadillas y se subía a su berlina plateada. Sabía que Guy, que le había comprado el coche que ahora utilizaba para traicionarlo, que trabajaba tanto y siempre ayudaba a otros, se sentiría profundamente herido si supiera lo que ella estaba haciendo. Cada vez que detenía el coche frente al apartamento soñoliento, silencioso y miraba la puerta de madera imaginando su propia sombra atravesándola, se decía a sí misma que sería la última vez, pero nunca lo era. Noche tras noche se bajaba del coche y deslizaba los dedos por los alféizares de las ventanas, se sentaba en los escalones que él también había tocado y apretaba el anillo de diamantes entre las manos. Apoyaba la cabeza contra la puerta, cerraba los ojos y se perdía en sus recuerdos, a veces durante horas.

Continuó haciéndolo hasta la víspera de la fiesta.

La fiesta en la que todo cambió.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La fiesta se desarrollaba a pleno sol a la una de la tarde de ese sábado. Los colegas de Richard y Guy, con sus trajes blancos y sus sombreros de copa, fumaban y bebían en los jardines junto a sus esposas acaloradas que reían, abanicaban sus rostros enrojecidos y se dejaban caer sobre el césped con las piernas apoyadas sobre los talones. Los niños sudorosos corrían por todas partes, iban de los malabaristas al mago, de allí a los ponis que Richard se había encargado de organizar y se abalanzaban sobre las mesas de pastelitos, sándwiches e inevitables bandejas de empanadas de curri. *Había* demasiada gente; Alice tenía que reconocer que Madeline tenía razón. Se habían reunido más de un centenar de personas e Iris, que se había pegado como una sombra a Madeline desde el principio, estaba claramente abrumada por tantos desconocidos y no estaba disfrutando nada de su sorpresa. Richard, resplandeciente con otro de sus sombreros de papel, intentaba convencerla de que se acercara a los ponis, pero ella se aferraba a Madeline que seguía luciendo demasiado delgada y cansada, con ojeras moradas por la falta de sueño en su piel clara.

Alice dejó escapar un suspiro ansioso; no había esperado que Madeline tuviera tantas dificultades en su nueva vida. De hecho, no había imaginado que tuviera ninguna. De todos modos, incapaz de ignorar del todo las preocupaciones iniciales de Richard, la había vigilado de cerca durante todo el compromiso; quería asegurarse de no haberla empujado a algo de lo que pudiera llegar a arrepentirse. Pero Madeline había parecido estar tan… bien. Más que bien. Casi como la de siempre. Hasta Richard había terminado por convencerse y aceptar que la boda había sido un acierto. Alice no podía imaginar qué podría haber pasado desde entonces; había hablado con Iris, pero Iris le había asegurado que no había habido discusiones ni palabras desagradables en casa.

—¿Y mamá continúa sonriendo y riendo? —había preguntado.

—Sí —había respondido Iris, distraída con la muñeca con la que estaba jugando—. Guy también abraza mucho a mamá.

Alice se mordió el labio ahora y observó cómo Madeline deslizaba un dedo por el cuello de su holgado vestido de encaje color crema. Peter le ofreció una copa de champán, pero Madeline la rechazó con un movimiento de cabeza. Demasiado calor, tal vez. O, pensó Alice, con un pequeño alivio en el pecho, tal vez estaba embarazada. Después de todo, Maddy se había sentido bastante mal durante el embarazo de Iris, al punto de ni siquiera soportar el olor del alcohol. Sí, podía ser eso.

Alice se volvió hacia Guy que estaba con Della, Jeff y compañía junto al mago; Jeff sujetaba con fuerza la mano de Emily para que no mordiera a nadie. A diferencia del resto, Guy no estaba mirando al mago que daba golpecitos a su sombrero. Escrutaba a Madeline con intensidad, como si quisiera leerle la mente. Parecía extenuado por las largas horas en el hospital, incómodo con su traje y, por una vez, reflejaba sus cuarenta y ocho años. Sin embargo no se veía abatido en absoluto. Su mirada era… protectora, casi.

Como lo sería si Madeline estuviera embarazada.

Cuanto más lo pensaba Alice, más segura estaba de que podía ser una posibilidad. Casi empezó a relajarse.

Y entonces se acordó de Diana.

Había tenido la mala suerte de toparse con ella en la puerta del Club Gymkhana a principios de esa semana, donde había quedado con Richard para almorzar. (En los últimos años almorzaban juntos con mucha más frecuencia. Ahora que las cosas con Madeline estaban mejor, Alice había dejado de alejarlo como hacía antes y era muy agradable haber dejado de hacerlo). Diana tenía más o menos el mismo aspecto de siempre: rubor exagerado, una sonrisa forzada y el cabello negro cortado a la última moda (un error con la humedad de la India, ya que se le encrespaba debajo del sombrero).

Habían intercambiado todas las cortesías de rigor, aunque Alice estaba segura de que las dos pensaban en aquella carta que Diana le había enviado en 1916. "Es un rostro difícil de olvidar". Alice, que solía hacer todo lo posible por no pensar en la disparatada sugerencia de Diana de que Luke podría haber sobrevivido, no se lo había mencionado a nadie.

Lo último que había esperado era que Diana lo sacara a colación. Pero lo hizo.

—¿Se lo contaste a la querida Maddy? —había preguntado.

—Te dije que no lo haría —había respondido Alice con una voz que sonó

gélida a sus propios oídos.

—Es que hubo *novedades*. —Para asombro de Alice, Diana le había explicado que un tal doctor Arnold le había escrito a ella para decirle que el hombre al que ella había creído reconocer como Luke al parecer también la había reconocido a ella—. De todos modos, no recordaba nada. Respondí al doctor contándole que Maddy se había vuelto a casar y le envié recortes de fotografías para que se las mostrara al paciente. —Diana frunció los labios —. Qué boda tan preciosa, Alice. Quién pudiera haber asistido.

—No estabas aquí —había replicado Alice sin pensarlo.

—Sí, claro. Me imaginé que habría sido por eso.

—¿Volviste a saber algo del doctor Arnold? —había preguntado Alice con esfuerzo.

—Solo una vez. Me dijo que le había mostrado los recortes a su paciente y que ya podía dejar el asunto en sus manos. —Diana se había encogido de hombros con delicadeza—. ¿Se supone que ese hombre era o no era Luke Devereaux? ¿Y Maddy es o no es bígama? —Se había reído, se había reído de verdad—. Al lado de eso ser divorciada no es nada.

—No era Luke —había afirmado Alice sin reírse—. No hay forma de que fuera él. Peter estaba con él cuando murió.

—Sí, claro. Estaban tan seguros de eso, ¿no? También se lo mencioné al doctor Arnold. —Los ojos de Diana habían brillado y Alice, que jamás había golpeado a nadie en su vida, había estado tentada de borrarle de un golpe la expresión de placer en su rostro—. ¿Se lo vas a contar a Maddy? —había insistido Diana—. ¿Para que le escriba ella misma al doctor Arnold y lo confirme?

Alice no había respondido.

Lo había pensado. Sin parar.

Lo volvió a hacer ahora. Miró al pobre y cansado Guy, luego a Madeline que estaba arrodillada frente a Iris al parecer tratando de convencerla de algo y decidió no decir nada. ¿Qué sentido tenía? Ese desafortunado soldado *no podía* ser Luke. Luke, el pobre *pobre* Luke, estaba muerto. Y Maddy tenía ahora su familia. Una familia de verdad. Necesitaba tiempo, ayuda para adaptarse y disfrutar de los largos años de felicidad que Alice *sabía* que le esperaban allí. En la India.

De ninguna manera iba a arriesgarse a poner eso en peligro.

Guy miraba a Maddy hablando con Iris, ajeno al hecho de que Alice lo estaba observando. Sonrió al ver cómo Maddy sostenía las mejillas de Iris entre sus manos, con la cabeza ladeada, mientras intentaba convencerla de que se divirtiera un poco. Su esposa, tan exquisita.

La había observado apenas unas horas antes, mientras se vestía para la fiesta. Acababa de volver del hospital

—donde, gracias a la llegada de refuerzos temporales desde Poona, pronto dejarían de estar tan escasos de personal— y, recién salido del baño, se había sentado en el borde de la cama para colocarse los gemelos. Se había detenido al verla a través de la puerta entreabierta que conectaba las habitaciones. Maddy solo llevaba puesto el corsé. El cabello suelto le caía sobre los hombros desnudos. La había contemplado mientras se inclinaba para subirse las medias por las pantorrillas, atento al ritmo de su pecho y el leve susurro de la seda contra la piel. Los dedos habían rozado las rodillas, los muslos y él había sentido el calor en sus propias manos. La necesidad de acercarse a ella se había vuelto imperiosa. Sabía que debía dejarla, que estaba ocupada preparándose para Iris, pero hacía demasiado tiempo que no la tocaba. Así que se había puesto de pie, incapaz de contenerse, y había cruzado hacia su habitación.

Ella había levantado la mirada y lo había visto.

—Hola —había dicho y le había sonreído: esa sonrisa pequeña y lenta que parecía reservar solo para él—. Más que ir a una fiesta tienes cara de que necesitas dormir.

—No me la perdería por nada del mundo. —Le había tomado las manos y le había besado las muñecas, notando que la respiración de ella se entrecortaba con nerviosismo.

La había atraído hacia él, con la esperanza de poder calmarla. Le había apartado el cabello y deslizado los labios por la nuca suave, perdiéndose en su aroma y en la sensación de su cuerpo, deseando que ella hiciera lo mismo con él.

Maddy había objetado que no tenían tiempo.

—Déjame —le había pedido él—. Por favor, déjame demostrarte cuánto te amo.

—Esta noche —había murmurado ella.

—No puedo esperar —había asegurado él y, al final, ella había cedido. Sin embargo, la prisa lo había vencido. Ni siquiera se había detenido para darle

tiempo de ir al baño como ella le había pedido. Más tarde, se había sentido bastante avergonzado. Se había disculpado por haberse comportado como un bruto.

—No eres ningún bruto —había musitado ella mientras se acomodaba las medias y él había tratado de no pensar en la desagradable posibilidad de que ella se hubiera alegrado de que todo hubiera terminado tan rápido.

—Nos vemos en unos minutos —la oyó decir ahora a su padre y a Peter, mientras se enderezaba y se alejaba con Iris por el césped.

Guy frunció el ceño y se preguntó dónde irían.

Caminó detrás de ellas sin pararse a pensar.

Iban a la cocina a comer tarta con el cocinero. A los hijos del jardinero les había dado vergüenza sumarse a la fiesta con tantos invitados e Iris temía que se enfadaran con ella cuando los volviera a ver en la escuela, así que Maddy les había dicho que irían a buscarlos y se reunirían todos en la cocina.

—¿Ahmed también? —había preguntado Iris.

—Ahmed también. Y Peter llevará a Emily y a Lucy...

—Ya voy —había dicho Peter.

—Y yo iré a buscar a la abuela —había agregado Richard.

No fue hasta que se acercaban a la casa que Maddy oyó que Guy la llamaba y se dio cuenta de que se había olvidado por completo de él. Se detuvo y maldijo su propia insensibilidad.

—Oh, no —exclamó Iris—, pobre Guy. (Los niños nunca mienten).

—Ve y dile que venga —la urgió Maddy y empujó con suavidad la pequeña espalda tibia y húmeda. Iris se marchó corriendo.

Maddy miró cómo se alejaba y vio que Guy sonreía y le abría los brazos.

—Hola, cariño.

Entonces ocurrió algo extraño.

Cuando Guy tomó a Iris en sus brazos, se detuvo y alzó la vista por encima de sus rizos negros hacia la casa, como si algo hubiera captado su atención en el porche en sombras. Sus ojos se abrieron con una expresión de alarma ante lo que fuera o quien fuera que estaba allí.

Maddy no vaciló en seguir la dirección de su mirada. Fue un acto instintivo, como cuando se contenía el aliento: dirigir la vista hacia la causa de su sobresalto. No se dio tiempo para hacer una pausa ni para conjeturar

qué podría ver. Aun si lo hubiera hecho, no se habría permitido imaginar que sería él, con las manos en los bolsillos y los ojos oscuros en su rostro inolvidable. "¿De verdad pensabas que me perdería otro cumpleaños?".

Maddy se movió, giró la cabeza con curiosidad y levantó la mirada. Bastó una fracción de segundo nada más y entonces lo vio allí. Una camisa blanca. Una chaqueta de lino. Cabello oscuro debajo de un sombrero panamá.

Un sollozo se atoró en su garganta. Creció, ahogándola, sin llegar a brotar.

Él estaba de pie, justo detrás de la balaustrada, sin pestañear y la miraba fijamente, como si tampoco pudiera entender lo que estaba pasando. Ella lo observó: la inmovilidad tensa de su mandíbula, sus mejillas, ese rostro que amaba tanto. Y entonces, por fin, las lágrimas la desbordaron, acompañadas de un sonido extraño y ahogado, de euforia, de alegría incontenible. Durante un instante eso fue todo lo que supo. "Está vivo", pensó, "vivo". La sensación de maravilla la sobrecogió y se extendió por su pecho, los pulmones, cada uno de sus nervios. Anheló correr hacia él, arrojarse en sus brazos, cada músculo de su cuerpo clamaba por hacerlo.

Pero no se movió.

Él tampoco.

Maddy no alcanzaba a comprender qué los detenía.

Luego él miró más allá de ella, hacia donde Guy estrechaba a Iris en sus brazos. Despacio, casi a la fuerza, ella volvió a la implacable realidad del jardín en el que se encontraban. Observó cómo Luke ("Luke") se enfrentaba a la imagen de su hija en brazos de Guy. "Detente", quiso gritar, "no lo hagas".

Pero él ya los había visto.

El dolor desfiguró su rostro y ella sintió que se le partía el corazón.

Porque él había vuelto; por fin, después de seis años de espera había vuelto.

Y llegaba dos meses tarde.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Luke dejó el porche antes de que ella pudiera moverse para detenerlo y desapareció sin decir una palabra. Fue desgarrador, casi como si nunca hubiera estado allí. De alguna manera la fiesta continuó: el mago hizo sonar su trompa, la gente aplaudió y rio, los ponis relincharon, todos indiferentes al cambio que acababa de producirse en el mundo. Maddy era apenas consciente de que debería sentirse aliviada de no haber estado frente a un público numeroso, pero en lo único en lo que podía pensar era en que Luke estaba vivo, estaba *vivo* y ella lo había dejado ir.

Tenía que ir a buscarlo.

Con las piernas temblando por la urgencia, se dispuso a ir tras él.

Pero entonces oyó "mami" y la voz de Iris atravesó el calor y el ruido del jardín y la detuvo en seco. La única voz que podía haberlo hecho.

Maddy se volvió. Iris corría hacia ella con expresión angustiada. Al ver el pánico en su rostro y la confusión en sus ojos azules, Maddy se olvidó de sí misma y sintió una punzada de vergüenza por haber estado a punto de dejarla sin decir nada. Se dejó caer sobre el césped, abrió los brazos estremecida y estrechó el cuerpito tembloroso.

—¿Por qué lloras? —preguntó Iris.

—No estoy llorando —respondió y se mordió el interior de las mejillas para evitar seguir haciéndolo.

—Ese señor se parecía a mi papá en tu foto.

—Lo era —contestó Maddy, y lo imaginó ya a mitad del sendero de entrada, mirando por encima del hombro y preguntándose por qué ella no había sentido el interés suficiente como para seguirlo—. Tengo que ir a buscarlo, Iris…

—No, mami, no. —Iris se aferró con fuerza a ella—. Quédate conmigo.

—Solo tardaré unos minutos.

—No.

—Ven conmigo —sugirió Maddy, desesperada.

—Quiero que te quedes aquí —insistió Iris.

—Entremos en la casa. —Era la voz de Guy, que se había acercado a ellas. ¿En qué momento lo había hecho?

—Guy —comenzó ella y se volvió de nuevo hacia el espacio vacío que había dejado Luke—, tengo que…

—No —exclamó Iris y la apretó con más fuerza.

—Entremos —interpuso ahora Richard, que también apareció de repente, con el rostro tenso debajo del sombrero de papel y con una Alice angustiada a su lado.

"¡No quiero ir adentro!", estuvo a punto de gritar Maddy. Fue Iris, pegada a ella como un imán, lo que la contuvo.

—No pienso soltarte —declaró Iris por si quedaba alguna duda.

Maddy respiró hondo, dispuesta a suplicarle. Pero antes de que pudiera hacerlo, Iris empezó a llorar también.

—Iris —dijo Maddy con angustia—. Iris, no tienes por qué...

Pero Iris no se calmaba, nadie conseguía hacerlo. Maddy estaba segura de que no se trataba solo de Luke. Había estado intranquila durante todo el día y el ataque de llanto podía deberse tanto a la fiesta multitudinaria —la decepción que cualquier niño de seis años sentiría por un cumpleaños que salía tan mal— como a cualquier otra cosa. Sin embargo, eso no servía para consolarla. Maddy besó sus lágrimas, sus mejillas redondas y calientes con un nudo creciente en el estómago, porque los segundos volaban y Luke se alejaba y ella seguía allí, incapaz de seguirlo.

—Vamos —urgió su padre, guiándolas hacia la casa.

De alguna manera, Maddy puso un pie delante del otro. Miró por encima del hombro mientras avanzaba, buscando a Peter en el soleado y bullicioso jardín. No podía verlo, solo a Della, todavía con Jeff y las niñas, concentrados en el mago. ¿Había visto Peter a Luke? ¿Había ido tras él?

Esperaba que sí y que al menos Luke no estuviera solo. Peter le explicaría, le recordaría que Maddy lo amaba, que siempre lo había amado.

"Solo a ti", le dijo en silencio, sosteniendo a su hija desolada mientras seguía a su esposo al interior de la casa. "Nunca ha habido nadie más que tú".

Luke ya había sabido que ella se había vuelto a casar. Por eso había ido primero a la casa de Guy, desde donde lo habían enviado allí. Arnold se lo había contado la misma mañana en que él había recuperado la memoria en

el hospital. Le había mostrado las fotografías que Diana había enviado y Luke había sentido que su mundo se derrumbaba de nuevo.

Pero había venido a la India. Había tenido que venir. En Inglaterra no había sido capaz de encontrarle sentido a… nada. Una vez superado el impacto inicial y nauseabundo de aquellos recortes de fotografías, se había enfurecido y había decidido arreglar lo que, al parecer, había salido tan catastróficamente mal. Si Maddy se hubiera casado con cualquier otro hombre que no hubiera sido Guy, quizás habría esperado, le habría escrito primero, incluso habría considerado seguir el consejo de Emma Lytton en cuanto a que, ya que Maddy se *había* casado, quizá sería mejor ahorrarle la verdad. "Al fin y al cabo, ella pensaba que estabas muerto". Pero Luke había sabido incluso antes de verla hacía un momento —sobrecogido por las mil y una cosas a las que ni siquiera su memoria recuperada había hecho justicia, sobre todo el amor arrollador que el más mínimo movimiento de su mano o sus labios podía despertar en él— que ella nunca sería feliz con Guy. De hecho, Maddy solía *bromear* sobre casarse con él. "Como si hubiera la más mínima posibilidad de eso". Verla tan sola en el jardín de sus padres, tan delgada, tan triste, lo había confirmado. Pateó el camino de tierra haciendo saltar piedras y maldijo, lleno de una rabia como nunca antes había sentido, furioso con *ella* por conformarse, por renunciar a su derecho a la felicidad. No podía perdonárselo, *no podía*.

—Se negaba a aceptar que hubieras muerto —le había explicado su madre, Nina, apenas dos semanas atrás, mientras paseaban a Coco por la playa azotada por el viento cerca de la casa de sus padres. Coco había correteado por la arena delirante de alegría, sin despegarse de los talones de Luke. *Leal* —. Lo siento tanto —había agregado Nina, con los ojos llorosos por el viento y el frío—, hasta yo misma intenté convencerla.

—No tienes por qué disculparte. —Odiaba la culpa que sentía su madre y cómo el dolor la había envejecido, cómo había envejecido a sus padres, y deseaba con todas sus fuerzas poder devolverles todos los años que habían perdido.

—Maddy tampoco tiene por qué disculparse —había comentado su padre más tarde, cuando estaban sentados junto al fuego—. Debes recordar eso cuando estés allí.

Luke había asegurado que no era una disculpa lo que buscaba.

Y no lo era.

Se detuvo en los portones de la casa y se secó el sudor de la cabeza que le latía con fuerza. Hacía calor, un calor insoportable. ¿Y dónde estaba ella? No iba a salir a buscarlo, eso estaba claro. Quizá estaba consolando a Iris. Iris, que cumplía años ese día (le había comprado un pequeño botiquín de médico en Hamleys; todavía estaba en el maletero). Iris, que le había robado el aliento con sus ojos redondos y sus rizos saltarines, la realidad palpable e increíble de su existencia, y que luego lo había destrozado al aferrarse a Guy como lo había hecho, asustada, su propia hija, aterrorizada de *él*.

Apretó la mandíbula, apenas conteniendo las lágrimas punzantes e inútiles, y siguió caminando hacia la carretera tranquila y arbolada.

Estaba a medio camino del coche que le habían prestado cuando una voz a sus espaldas gritó su nombre.

—Luke. *Luke*. No me hagas correr. No puedo.

La reconoció al instante. La voz atravesó su pena y su ira y sintió que se le hinchaba el pecho. Se volvió, con los ojos entrecerrados bajo la luz del sol que se filtraba entre los árboles, y contuvo la respiración con toda la felicidad de la que era capaz al ver a su viejo amigo que avanzaba renqueando por el borde de la carretera, con sus ojos claros empañados de lágrimas que al menos él no intentaba sofocar. La última vez que se habían visto estaban envueltos en nubes de gas y rodeados de hombres —muchachos como el pobre Fraser Keaton— que agonizaban entre terribles dolores mientras los proyectiles explotaban por todas partes. Luke había pensado que todos morirían. De hecho, cuando había recuperado la memoria, había temido que Peter hubiera muerto. Pero sus padres le habían asegurado que no, que Peter no solo no había muerto sino que estaba en la India con Maddy e Iris. Luke se había desesperado por verlo, por darle las gracias por haber estado al lado de Maddy durante todos esos años, por su incondicionalidad para con ella. Sin embargo, después de la situación horrible por la que acababa de pasar, se había olvidado de buscarlo.

¿Cómo había podido olvidarse?

Acortó la distancia entre ellos y abrazó a Peter, desbordado de gratitud, de alivio, alivio absoluto de que estuviera allí.

—Dios mío —susurró Peter mientras le clavaba los dedos en la espalda—. Dios mío. ¿Dónde has estado?

—Es una larga historia —respondió Luke—. No puedo contártela aquí.

—Entonces vámonos —sugirió Peter.

—A los muelles —dijo Luke.

—Oh, no —protestó Peter—. No...

—A los muelles —repitió Luke—. No iré a otro sitio.

Maddy no regresó a la casa de Guy. No enseguida, a pesar de que Guy intentó convencerla de que debían hacerlo, que allí le resultaría más fácil descansar. No quería descansar. Y tampoco necesitaba el somnífero que él se ofreció a prepararle. Necesitaba a *Luke*. Su desesperación por estar con él, por oír su voz, por volver a tenerlo en sus brazos, crecía a cada segundo, hasta desbordarla. Las preguntas giraban sin cesar en su mente: "¿Dónde has estado? ¿Con quién estabas?".

"¿Todavía me quieres?".

"¿Nos quieres?".

Era lo único que podía oír. Sin embargo, cuando logró desprenderse de Iris y de Guy el tiempo suficiente como para siquiera pensar en intentar encontrarlo, él ya se había ido hacía tiempo con Peter.

—Peter dijo que llamará por teléfono —le informó su padre aprovechando un momento en el que Guy estaba distraído en los jardines, sonriendo con expresión heroica y despidiéndose de todos los invitados, a pesar del evidente impacto que había sufrido y del cansancio que parecía envejecerlo minuto a minuto—. Lo hará en cuanto pueda. —Richard la estrechó en un abrazo breve—. Hablé con él antes de que se fuera.

—¿Lo prometió? —preguntó Maddy.

—Lo prometió.

Maddy asintió con la cabeza ahora un poco más tranquila. No contó a Guy sobre la llamada ni sobre la ansiedad con que la esperaba. A pesar de su estado de conmoción, alcanzaba a percibir la vulnerabilidad en sus ojos y el color ceniciento de su rostro, de modo que hizo a un lado el torbellino de sus propias emociones y se compadeció de su miedo. No podía lastimarlo más.

Pero pasó toda la tarde sentada en el asfixiante salón de sus padres con el oído atento al timbre del teléfono y los puños apretados en anticipación. Nadie habló demasiado. Sus padres intercambiaron una conversación tirante pero lo hicieron en el pasillo; Maddy advirtió sus rostros tensos pero no escuchó lo que hablaron. Después de eso su madre permaneció muy callada,

con expresión contrariada, y Maddy se preguntó si habrían estado discutiendo sobre con cuál de sus maridos debería seguir casada.

"Dios mío", pensó y tragó saliva. "Tengo dos maridos".

"Dos".

—Mamá —se quejó Iris, retorciéndose en su regazo—, me estás apretando demasiado.

—Perdón —respondió y se obligó a aflojar los brazos—. Perdón.

Esperó a que Iris le preguntara por Luke. Pero no lo hizo. No volvió a hablar de su papá en la fotografía, se limitó a chuparse el dedo con aire ausente quizá pensando en él, quizá preocupada por su malogrado cumpleaños y, por fin, cayó en un sueño pesado y sudoroso, lo que al menos dio a Maddy una excusa válida para no volver a casa de Guy.

—Puedo llevarla en brazos —ofreció Guy.

—No quiero que se despierte —contestó Maddy.

—Mejor no —intervino Della, que había enviado a sus hijas a casa con Jeff tan pronto como se había enterado de lo que había pasado y estaba al tanto sobre la llamada que esperaban. Cada vez que Guy se alejaba lo suficiente para no oír, ya fuera para servir más agua a Maddy o buscarse un brandi (reconfortante), Della susurraba a Maddy lo mal que se sentía.

—Pensar que me pasé todo este tiempo diciéndote que estaba muerto.

—No lo sabías.

—Me odio por eso. ¿Qué demonios vas a hacer ahora?

Maddy no tenía ni idea.

Estaba segura de que no lo sabría hasta ver a Luke. Pero las tres se hicieron las cuatro, nadie excepto Della intentó siquiera mencionar lo que había ocurrido —y mucho menos Guy— y ningún sonido alteró el silencio cargado y agobiante. Maddy sentía las miradas escrutadoras de sus padres pero no se atrevía a mirarlos a los ojos por miedo a que le preguntaran algo más que no sabría responder. Su madre, que al parecer no le dirigía la palabra a su padre (o quizá fuera al revés), servía tazas de té sin parar. En determinado momento anunció que iría a buscar unos sándwiches pero nunca lo hizo. Della comentó que era una pena que la fiesta no hubiera salido mejor y sugirió que le celebraran otro cumpleaños a Iris al día siguiente. Guy apoyó la idea y luego preguntó a Maddy si no sería mejor despertar a Iris si querían que durmiera esa noche.

—Dejadla —sugirió Richard—, necesita descansar.

Cuando por fin se despertó, Maddy sintió alivio al ver que había vuelto a ser la de siempre: se bajó de su regazo, bostezó, se estiró y dijo que tenía hambre. La siesta la había dejado como nueva. (Ojalá todo pudiera arreglarse con tanta facilidad).

—¿Es la hora del té? —preguntó.

—Sí, pequeña —respondió Della.

—¿La hora del té? —repitió Maddy y consultó el reloj. "¿Las cinco?". ¿Cómo era posible que ya fueran las cinco?

—Será mejor que me vaya para casa —anunció Della con pesar—. Las niñas deben estar haciéndole la vida imposible a Jeff.

—Nosotros también tenemos que irnos. —Guy se puso de pie sin admitir resistencia esta vez y tomó a Iris de la mano.

—De acuerdo —dijo Richard, con un gesto hacia Maddy como para indicarle que la llamaría si había alguna novedad. Ella no estaba segura de que su padre esperara que la hubiera, ya no; el ceño fruncido lo delataba. Maddy tampoco lo esperaba ahora que había visto la hora y se había dado cuenta de cuánto tiempo había transcurrido desde que Peter y Luke se habían ido. La aterrorizaba todo el tiempo que había pasado.

¿Qué había impedido a Peter ponerse en contacto?

—Vamos, mi querida —la urgió Guy, ajeno al pavor que la atenazaba—. Cenaremos algo y nos acostaremos temprano. Si es que esta princesita nos deja.

—No tengo sueño —protestó Iris.

Por supuesto que no tenía sueño. Descansada por la siesta (y aliviada, creía Maddy, por haber dejado atrás su fiesta fallida), no paró de hablar en todo el camino de regreso a la casa: del dragón de juguete que Peter le había regalado, de cuándo podría abrir el resto de los regalos y de cómo pintaría una tarjeta para Suya y los demás para decirles que sentía que no hubiera habido tarta, lo que hizo imposible que Maddy intentara hablar con Guy y, mucho menos, pensar en qué podría decirle. Al igual que antes en el salón de sus padres, esperó ansiosa a que Iris mencionara a Luke, que preguntara... cualquier cosa... sobre él. Pero no lo hizo. Era como si hubiera decidido olvidar que él había aparecido. Maddy casi deseó que tocara el tema incluso frente a Guy. Le dolía que hasta Iris fingiera que Luke no importaba. Importaba. Importaba muchísimo.

Tenía que verlo. No podía esperar ni un momento más. ¿A cuántos sitios

podían haber ido él y Peter? "No muchos", se dijo a sí misma mientras seguía a Guy e Iris al interior de la casa. Iría a buscarlo en cuanto acostara a Iris. Guy entendería que necesitaba hacerlo. Sí, claro que lo entendería. *Por supuesto*.

Aunque también lo odiaría, imposible pretender lo contrario. La voz de Maddy estaba cargada de aprensión cuando pidió a Iris que fuera al cuarto de juegos para que ella y Guy pudieran hablar de cosas de adultos.

Se preguntó si él la habría oído, si se daba cuenta de lo que se avecinaba.

Supuso que sí y que por eso la desautorizó cuando insinuó que Iris podía quedarse un rato más.

—Es su cumpleaños. Cenemos juntos esta noche.

—¿En serio? —preguntó Iris, con los ojos abiertos de entusiasmo—. ¿Puedo cenar con vosotros?

—Te gustaría, ¿no? —Guy soltó una risa forzada; ella no tenía recuerdo de haberlo oído reírse así.

—¿Puedo tomar champán? —presionó Iris.

—Quizás mejor un refresco de lima —concedió Guy y se volvió hacia Maddy—. ¿Qué te parece? Solo por esta vez.

—Por favor, mami —rogó Iris, que por primera vez en el día parecía estar disfrutando de su cumpleaños—. *Por favor*.

Maddy vaciló, a punto de decir que no, pero Iris parecía casi no respirar de la emoción después de tanto llanto. ¿Cómo podía arruinarle ese momento? "Es su cumpleaños". Además si lo hacía quizás lo único que lograría sería que se resintiera con Luke.

Cenaron en el porche, a la luz de los faroles de aceite. Iris, con la servilleta en el regazo, no pudo ocultar su satisfacción durante toda la cena y Guy, cuyos párpados se volvían cada vez más pesados por el cansancio, hizo un gran esfuerzo, se disculpó varias veces con Iris por haber invitado a todos sus amigos a su fiesta y preguntó si podían celebrar otra fiesta al día siguiente como había sugerido Della.

—Me escaparé del trabajo a la hora del almuerzo; podemos ir a tomar un helado al Sea Lounge.

—¿De veras? —Iris miró a Guy y después a Maddy, como para comprobar que había oído la increíble propuesta.

Maddy, que había oído perfectamente bien, se sentía cada vez más irritada. Guy no era tonto; debía sospechar que Luke (dondequiera que hubiera ido)

podría querer ver a su hija al día siguiente. Ahora bien, si pedía verla (*pedir* ver a su propia hija; le partía el corazón), Iris no querría. Igual que con esa cena, era casi como si la invitación estuviera pensada para excluir a Luke. No era justo que Guy intentara ganarse a Iris de esa manera. Nada de eso era justo.

—De veras —aseguró Guy a Iris—. ¿Se lo decimos también a Emily y a Lucy?

—Sí —exclamó Iris y se trepó a su regazo—, sí, por favor.

Guy la besó en la cabeza.

Como en respuesta a una señal, el criado apareció a regañadientes con la tarta de chocolate que el cocinero debía de haber enviado desde la casa de sus padres: espléndida y con las seis velitas. Iris se inclinó sobre ellas, con su carita radiante iluminada por el resplandor y las apagó de un soplo. Guy la animó a que pidiera un deseo y ella cerró los ojos y movió los labios en silencio.

—¿Qué pediste? —Maddy tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Si te lo digo —contestó Iris y sonrió a Guy, no a ella—, no se cumplirá.

"Dímelo", quiso decir Maddy, presa de la desagradable corazonada de que tenía que ver con cuál de sus dos padres le gustaría quedarse, "creo que prefiero que no se cumpla".

Eran pasadas las nueve cuando la interminable cena llegó a su fin. De alguna manera, Maddy consiguió convencer a Iris de que estaba lo bastante cansada para irse a la cama y la llevó arriba. La bañó tan rápido como le permitió el afán de Iris por jugar a un "té de cumpleaños" con el agua de la bañera, le leyó un cuento corto y la acostó. Durante todo ese tiempo, Iris guardó un silencio inquietante sobre el tema de su papá en la fotografía. Maddy tuvo que recurrir a un esfuerzo de voluntad para no mencionarlo. No podía ni *quería* forzar las cosas con Iris.

No fue hasta que se inclinó para darle un beso, resignada a que no dijera nada, cuando Iris se quitó el pulgar de la boca y, adormilada, volvió a hablar de él.

—¿Dónde fue mami?

—No lo sé —admitió Maddy y le apartó el cabello de la frente, aliviada, más que aliviada, de que hubiera preguntado.

—¿Volveré a verlo?

—¿Te gustaría?

—No lo sé.

Maddy hizo todo lo posible por no estremecerse.

—Estoy segura de que a él le gustaría verte.

Iris se giró hacia un lado y se acurrucó.

—Es más guapo que en la foto.

—Sí —convino Maddy—, es muy guapo.

—Pero no muy feliz —agregó Iris y cerró los ojos.

—No —susurró Maddy.

"Los niños nunca mienten".

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches. —La besó de nuevo.

Se detuvo para bajar el mosquitero y atenuar la luz, y se marchó para regresar a su habitación y a la de Guy, decidida a comunicarle que saldría a buscar a Luke y a no permitir que la evitara de nuevo.

Guy estaba sentado en la cama de ella mirando hacia la puerta, esperándola. Se había quitado la chaqueta y el cuello y llevaba desabrochado el botón superior de la camisa. Ahora que ya no tenía que aparentar ante Iris, tenía un aspecto derrotado. Sus mejillas demacradas se veían grises a la luz de la lámpara. Sus hombros caían pesados como plomo. Maddy se detuvo con la mano apoyada en el marco de la puerta y su impaciencia se desvaneció al verlo en ese estado.

—No quiero hablar de esto ahora —atajó Guy antes de que ella pudiera abrir la boca—. ¿Podemos dormir primero, por favor?

—No creo que pueda dormir —contestó Maddy.

—Te prepararé un somnífero. Necesitas descansar. Los dos lo necesitamos.

—Guy —empezó con la mayor suavidad posible—, necesito ver a...

—Maddy —la interrumpió antes de que pudiera decir "Luke"—, esta noche no. Te lo ruego. —Levantó sus ojos cansados hacia ella—. No voy a renunciar a nosotros. Eres mi esposa. Iris es mi hija...

—Guy...

—Estoy demasiado agotado para pelear y si lo intento voy a perder, así que, por favor, no me obligues a hacerlo ahora.

—No quiero pelear.

—Me refería a pelear por ti. —Su voz se quebró al pronunciar las palabras.

Ella abrió la boca pero no supo qué decir. De repente, tenía un nudo en la garganta.

—Por favor —insistió Guy—. ¿Podemos... esperar?

Maddy vaciló.

—Por favor —repitió él.

Lo miró un momento más. Guy le devolvió mirada suplicante. Verlo así le causaba dolor físico. Él le había pedido tan poco durante el breve matrimonio que una noche de descanso parecía lo mínimo que podía hacer por él.

Guy insistió en mezclarle unos gránulos para dormir antes de retirarse a su habitación. Maddy los arrojó al lavabo. Pero se bañó, se puso el camisón, se metió en la cama, se cubrió con la sábana y bajó el mosquitero. Incluso cerró los ojos.

Guy no fue a darle un beso de buenas noches. Tampoco le preguntó si *podía* hacerlo. No estaba segura de si él había tomado algo para dormir, pero pronto oyó el ritmo pausado y constante del sueño profundo proveniente de la otra habitación. Esperó, con la sábana apretada entre las manos, hasta convencerse de que no iba a despertarse y, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que temía que todos en la casa pudieran oírlo, se levantó, se quitó el camisón y se puso un vestido holgado. Recogió sus zapatos y se marchó en silencio de la habitación. Pasó por delante de la puerta de Iris y se asomó para cerciorarse de que dormía profundamente con su pequeño pecho moviéndose al compás de la respiración y su manta favorita a su lado, y bajó las escaleras para salir al aire caliente del jardín delantero, donde las hojas susurraban en la brisa.

No sabía por qué parte de la ciudad empezaría. No tomó el coche que Guy le había regalado; le pareció mal hacerlo. En su lugar, se apresuró por el sendero de entrada —el crujido de sus pasos era el único sonido aparte del de las cigarras y los insectos nocturnos— en dirección a la carretera desierta. Continuó andando hasta el pie de la colina, donde todo era más animado y luminoso, lleno de vecinos que aún no habían concluido sus largas horas de actividad diaria, comían y bebían fuera de sus casas, tendían la ropa, barrían los escalones de entrada con sus saris, alimentaban a sus vacas atadas... Dejó todo eso atrás y se encaminó a la parada del tranvía y a la fila de *rickshaws* que esperaban, pero no supo dónde se dirigía hasta que le pidió a uno de los *wallahs* que la llevara a la casa de Peter.

No estaban en la casa de Peter.

Ni en el Taj; ni en las mesas junto al mar del Sea Lounge, ni en el bar casi vacío, ni en el restaurante todavía más desierto. Luke tampoco había reservado una habitación.

—¿Está seguro? —le preguntó al recepcionista.

—Claro, *memsahib* —respondió el hombre sofocando un bostezo.

Maddy agradeció, con el ceño fruncido, y se marchó. Afuera, en la imponente entrada del hotel, ignoró los coches de lujo y carruajes relucientes, pidió al maletero que le llamara otro *rickshaw* y se subió. No se preocuparía, todavía no. No cuando aún tenía tantos lugares donde buscar.

Fue a Watson's y chequeó el bar y los restaurantes, sin importarle en lo más mínimo las miradas que su respiración entrecortada por el calor y el esfuerzo provocaban en el personal y los pocos clientes nocturnos ("que miren", pensó), pero Luke tampoco estaba allí. Lo mismo ocurrió en los distintos restaurantes de la ciudad, que ya comenzaban a cerrar, y en el Club Náutico (ay, cómo le dolía volver allí). Cuando terminó de buscar en todos los rincones y recovecos del Club Gymkhana —la sala de billar, el bar de arriba, el bar de abajo, hasta los campos de juego rodeados de palmeras—, ya no pudo contener más el pánico. Se quedó de pie en la entrada arbolada del club, con los puños sudados cerrados con fuerza y los dientes apretados por el miedo y la frustración. ¿Dónde estaba? ¿*Dónde?*

No lo sabía. Y solo se le ocurría un lugar más donde intentar. Esta vez caminó rápido, ajena al riesgo al que se exponía al andar sola a esa hora tardía, absorta por completo en repetirse a sí misma que no debía tener esperanzas ni expectativas. "No tiene sentido. ¿Por qué va a estar allí?".

"No va a estar". En serio, no va a estar".

De tanto repetirlo terminó creyéndoselo.

Sin embargo, cuando llegó al antiguo apartamento de Luke y lo encontró tan cerrado y abandonado como siempre, se derrumbó. Observó las ventanas cerradas, la puerta con candado y ni siquiera intentó contener las lágrimas. Llevaba horas reteniendo el llanto, agotada por la búsqueda desesperada y con el tobillo dolorido. Los sollozos la desbordaron. Mientras intentaba ahogarlos, se dejó caer sobre los escalones que él también había tocado, con la cabeza entre las manos, deseando tantas cosas y, sobre todo, deseando haber corrido hacia él cuando lo había visto en el porche y haber *impedido* que se fuera.

"¿Dónde estás?", repitió una y otra vez entre sus palmas. "¿Dónde te has ido ahora?".

No supo cuánto tiempo permaneció allí, indiferente al paso del tiempo y al silencio paulatino que fue apoderándose de las calles a su alrededor conforme avanzaba la noche. Al cabo de un rato, sin embargo, sus sollozos cedieron y se le agotaron las lágrimas. Al final siempre era así. Se puso de pie con dificultad, presionó las yemas de los dedos contra la piel hinchada de sus pómulos y se alejó con paso inseguro por el dolor en el tobillo.

No fue consciente del viaje de regreso. Supuso que debió encontrar otro *rickshaw* y pagarle al *wallah* para que la llevara a casa de Guy, porque de pronto se encontró en el portón de entrada. Dio las gracias al conductor, hurgó en su bolso en busca de rupias, le pagó de más (lo dedujo por las cejas enarcadas del hombre) y, exhausta, se bajó en el borde suave de la carretera antes de que el *rickshaw s*e alejara.

No se dio cuenta de que no estaba sola.

Iba a atravesar el portón y no vio que él esperaba detrás de ella, al otro lado del camino, donde la selva bajaba hacia el mar.

Cuando oyó su voz, esa voz que no había oído en tanto tanto tiempo, pero que era profunda, cálida y tan de él, tan *suya*, se sobresaltó.

—Hola, señorita Bright.

Maddy contuvo el aliento y se giró.

Luke estaba de pie, tal como había estado en la terraza: con las manos en los bolsillos y la mirada fija en ella. La oscuridad y las sombras lo envolvían, apenas una silueta bajo las hojas, pero respiraba, estaba vivo, era real. *Real*.

Los ojos irritados de Maddy se empañaron de nuevo; después de todo, sus lágrimas no se habían agotado.

—Ojalá todavía lo fuera —consiguió responder.

—¿No la señora Devereaux?

—Ella también —pronunció con la voz quebrada.

Se quedaron quietos un segundo más. Y entonces ambos se movieron, con rapidez, con urgencia. Ella se hundió en sus brazos, tal como había anhelado hacer cada día y cada noche desde que él se había marchado en 1914. Se aferró a él, sin acabar de creer que eso fuera real, lo estrechó con más fuerza y respiró su calor, su contacto, su olor a jabón y a cigarrillos... Sintió los brazos de él que se ceñían a su alrededor, la firmeza de su espalda bajo la camisa, el ritmo de cada uno de sus latidos. Luke la estrechó más cerca aún,

como si no pensara soltarla nunca. Maddy no quería que la soltara nunca. Se estiró y lo besó entre lágrimas, maravillada de que él le devolviera el beso y sin poder evitar que el llanto la sobrepasara al comprender que, pese a haber creído durante años que estaba vivo, en realidad había renunciado a la esperanza de que volviera. Pero había vuelto, *había vuelto* y ella lo había echado tanto tanto de menos.

—¿Dónde estabas? —preguntó él.

—¿Dónde estabas *tú*? —replicó ella.

Una sonrisa cruzó el rostro de Luke. Esa sonrisa que ella amaba.

—Tú primero.

—Te he estado buscando —explicó ella—. Se suponía que Peter iba a llamar…

—No lo dejé —la interrumpió, con los ojos perdidos en los de ella—. Necesitaba tiempo. Fui a los muelles y volví a alquilar mi antiguo apartamento…

—Acabo de estar allí.

—Y vine aquí. He estado mirando las ventanas de Guy imaginándote dentro.

—No lo hagas —le pidió ella y se acercó para besarlo de nuevo—, por favor, no lo hagas.

Él se apartó, con los labios a pocos centímetros de los de ella.

—Tengo miedo de lo que has hecho. Te necesito, Maddy. Necesito lo nuestro.

—Yo también necesito lo nuestro.

—Peter me dijo…

—No —exclamó ella y esta vez lo obligó a besarla—. No quiero hablar de Peter. No quiero hablar.

Lo único que quería era sentir sus caricias, su piel, su calor, convencerse de que de verdad estaba vivo y quedarse con eso, solo con eso.

Lo empujó con suavidad hacia la selva, hacia la invisibilidad. Percibía la vacilación de él, su aprensión, "tengo miedo", y lo besó con más intensidad, temerosa de ese miedo.

—Por favor —le rogó—, por favor. —Y exhaló al advertir que él cedía y dejaba de resistirse.

Luke la levantó en brazos, la apoyó contra un árbol y le besó la garganta y la clavícula, como si necesitara convencerse de que ella también era real.

—Estoy aquí —murmuró ella—, tú estás aquí.

—Estamos aquí.

Maddy echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos hinchados y se olvidó de la casa oscura que se erguía a menos de cien metros. Sintió las manos de Luke que se deslizaban por su cintura y sus muslos, y se perdió por completo en el vértigo de sus caricias, de su *mera existencia*.

No pensó en Guy.

No lo imaginó en la cama, dormido y ajeno a todo, tan confiable, tan bueno, tan gentil y tan amable.

Se aferró a Luke, le repitió cuánto lo amaba y lo escuchó decir lo mismo y se obligó a no pensar en las veces en que Guy había pronunciado las mismas palabras.

Y también en sus palabras más recientes: que ella era su esposa e Iris su hija.

"No voy a renunciar a nosotros".

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Residencia para adultos mayores High Elms, Inglaterra, marzo de 1977

Estaban cortando el césped esa mañana. Bajo el sol de la primavera, los jardineros empujaban las cortadoras de un lado a otro de las pendientes del jardín, dejando a su paso franjas claras y oscuras. El aroma de la hierba recién cortada se colaba por las ventanas y llenaba la habitación de dulzura; la promesa del verano que se acercaba.

Había estado escribiendo; lo sabía por el bloc de notas sobre la mesa frente a él. La página estaba a medio llenar; la inclinación regular de la letra le hacía suponer que debía ser suya, aunque no recordaba haber tomado un lapicero. Y, sin embargo, tenía uno en la mano. Giró los dedos, curtidos por la edad, y miró el objeto delgado y cilíndrico en su palma con el ceño fruncido. Bajó la vista hacia las palabras que había escrito y frunció aún más el ceño.

Esa noche entre los árboles fue una de las noches más felices y a la vez más tristes de mi vida. Por un momento olvidé mi miedo, mis celos atroces. Te creí cuando dijiste que siempre estarías conmigo. Confié de verdad en que nunca volvería a perderte.

Pero me equivoqué. Tú te equivocaste.

Hoy es uno de mis días lúcidos. Lo recuerdo todo, ¿sabes?, cada parte de nuestra historia. Ojalá fuera siempre así, salvo que, si pudiera, olvidaría el final.

La parte en la que me dejaste.

Ojalá nunca lo hubieras hecho, Maddy. Hay tantas cosas que desearía haberte dicho. Necesito que sepas que...

Miró la frase truncada, incapaz de recordar qué iba a escribir a continuación.

O quién era Maddy.

Era importante. Lo sabía por las palabras que había escrito. Además lo *sentía*. Cerró los ojos y se esforzó por recordar quién era ella, qué había significado para él pero no, *nada*, su mente permanecía en blanco. Apretó el lápiz con tanta determinación, con tanta frustración, que estuvo a punto de partirlo, pero no sirvió de nada. Allí donde deberían estar las últimas décadas de su pasado no había más que oscuridad. Un vacío horrible que se extendía hacia atrás y más atrás, a cuando había sido un joven paciente en otro hospital: un soldado con uniforme azul de convalecencia. En aquella época escribía diarios. Lo recordaba. Podía verlos en los estantes de su habitación con tanta nitidez como si los hubiera dejado allí ayer. ¿Acaso ya entonces había estado persiguiendo recuerdos? Creía que sí. Sabía que al final había quemado esos diarios; él y Arnold lo habían hecho juntos y habían brindado con *whisky* frente al fuego.

¿Qué había sido de Arnold?

No lo sabía.

¿Y quién, *quién* era Maddy?

Temblando, con una desorientación nauseabunda que le resultaba a la vez familiar y por completo ajena, arrojó el lápiz sobre el bloc de notas y los empujó a un lado.

—¿Otra carta? —Una de las enfermeras, una joven con pecas y voz tranquila, se asomó por encima de su hombro y leyó sus palabras. Luego sonrió, pero con una tristeza que opacó la sonrisa.

—¿Quién es Maddy? —preguntó él y la firmeza en su propia voz lo sorprendió, porque se sentía todo lo contrario a fuerte.

Ella no respondió, pero se mordió el labio como si no supiera si debía decirlo.

—Por favor.

—Era su esposa —contestó ella despacio y él percibió su indecisión.

—¿Era?

Pero la joven enfermera se negó a decir más. Dobló la carta y la guardó en el bolsillo de su delantal; tampoco quiso contarle qué había ocurrido con la mujer que, al parecer, había sido su esposa o cuánto tiempo llevaba él viviendo en ese lugar.

—Tiene que decírmelo —insistió y, para su vergüenza, la voz le empezó a temblar.

—No queremos que se altere otra vez —explicó ella en tono

tranquilizador.

—¿A qué se refiere con otra vez?

—Déjelo así por ahora. Emma llegará en cualquier momento.

—¿Emma? —repitió con el corazón ahora acelerado. ¿Quién era Emma?

—Sí —precisó la enfermera—, Emma Lytton. Su buena amiga. Tenga paciencia, ella se lo explicará todo.

CAPÍTULO TREINTA

Bombay, 1921

Maddy no volvió a casa de Guy esa noche. Después de que ella y Luke cayeron rendidos uno contra el otro, sin aliento, la cabeza de él contra el cuello de ella y la mejilla de ella contra el cabello de él, "estás aquí", bajaron despacio y con los dedos entrelazados hasta la playa; las arenas blancas y silenciosas a las que la había llevado en su primera cita y donde ella había llorado por él cada Año Nuevo.

—Odio pensar que hayas hecho eso —dijo él y la estrechó contra sí.

—Peter me acompañaba —respondió ella.

—Ojalá hubiera sido yo en vez de él.

Ambos lo deseaban.

Se sentaron bajo las palmeras hasta el amanecer, sin soltarse en ningún momento. Maddy sabía que no debía quedarse, que Guy se preocuparía si se despertaba y no la encontraba en la casa, pero estaba en los brazos de Luke, podía sentir el ritmo de su respiración y nada, ni siquiera la idea del dolor de Guy, podía obligarla a marcharse.

Hablaron de muchas cosas. Él le pidió que le contara más sobre Iris.

—Cada detalle. Quiero saberlo todo. No dejes nada.

—Eso va a llevar un poco de tiempo.

—Tengo tiempo —aseguró él—. ¿Cómo era de bebé? ¿Dormía?

—No durmió durante meses —afirmó Maddy y continuó, reviviendo cada recuerdo: los primeros pasos, las primeras palabras, lo que la hacía reír, llorar, sus comidas favoritas; todo. Luke no apartó los ojos de ella mientras hablaba y ella observó cómo se movían, hambrientos, impacientes, insaciables por saber más.

—La amo —declaró él—. No la conozco, pero siempre la he amado. Muchísimo.

—Ella te amará muchísimo también.

—Hace un rato la asusté. Corrió hacia Guy. —Intentó que su voz no delatara su dolor pero ella lo percibió.

Odiaba eso; odiaba que todo hubiera sucedido así.

—Tiene seis años —le recordó— y ya estaba alterada antes de que aparecieras. La fiesta fue un desastre. —En un impulso por hacerlo sentir mejor, levantó una mano, le tocó el rostro y sintió el calor aún increíble de su piel—. Te amará —repitió.

—Le traje de regalo un botiquín de médico. Fue idea de mi madre...

—Gracias a Dios por tu madre —exclamó Maddy—. No más muñecas.

Le preguntó cómo habían reaccionado Nina y su padre cuando habían descubierto que estaba vivo y él le contó que los había sorprendido en su casa un domingo, tres semanas atrás.

—Se nota que te gustan las sorpresas —comentó ella.

—Quería que se enteraran por mí —precisó mientras le acariciaba el brazo con los dedos—. Fue tan... extraño estar en la casa. Todo estaba exactamente como lo recordaba. El jardín, la puerta de entrada, las gaviotas en el tejado... Como siempre. —Contempló el mar negro mientras recordaba—. Mi madre estaba en la cocina, sentada en una silla y mirando el armario que se suponía que yo debía haber arreglado.

—Sé lo del armario.

Él sonrió. (Esa sonrisa).

—¿Te lo contó?

—Dijo que estabas borracho cuando intentaste arreglarlo.

Luke rio.

A Maddy le encantaba su risa.

—Como sea —continuó él—, no me oyó entrar. Y entonces le pregunté: "¿Por qué no me dejas arreglarlo como es debido?". Dios mío, la cara que puso… —Su sonrisa pareció extenderse por todo su cuerpo—. Deberías haberla visto, Maddy.

—Ojalá lo hubiera hecho.

—Y luego entró mi padre —prosiguió— y bueno, fue... increíble.

—Supongo que no querían que te marcharas. —Maddy trató de imaginar cómo sería dejar ir a Iris si acabara de recuperarla de esa manera.

—Sabían que debía hacerlo. —Se puso serio de nuevo—. Tenía que venir, Maddy.

—Por supuesto que tenías que venir.

De eso no había ninguna duda.

Hablaron de la guerra, desde luego, de lo que le había ocurrido a él, a ella, a tantos otros, entre ellos Fraser Keaton, el dulce y joven Fraser, a quien Luke había cubierto con su chaqueta y que había estado enterrado todo ese tiempo con la placa de identificación de Luke y su fotografía, una confusión más que comprensible dadas las circunstancias.

—Fui a ver a su familia —contó Luke— justo antes de zarpar para aquí. Fue horrible, más que horrible. —La miró con fijeza—. Sus padres estaban tan... agradecidos por fin de saberlo. Les mentí, les dije que había sido rápido.

—Yo habría hecho lo mismo —murmuró ella con los ojos húmedos por el dolor de esos padres.

También hablaron de Ernest, que seguía en el Quinto Hospital Militar a la espera de ser trasladado a su próximo centro de cuidados. Del tormento de pensar en lo cerca que había estado Peter de ver a Luke cuando había visitado a Ernest tres meses antes de que Luke llegara a ese hospital en 1915.

—No puedo ni pensar en eso —admitió Maddy—. Me volvería loca si lo hiciera.

—Peter creyó verme, ¿sabes? —señaló Luke—. En la carretera de Menin, después de que me hirieron. —Frunció el ceño—. Me lo contó ayer.

Maddy tardó un segundo en asimilar lo que había escuchado. Cuando lo hizo y recordó todas las veces que Peter había jurado que no había ninguna posibilidad de que Luke estuviera vivo, se quedó inmóvil, desconcertada e incrédula.

—¿Te *vio*?

—Creyó verme —la corrigió Luke—. Supuso que fue una alucinación por la pérdida de sangre. —Dejó escapar un suspiro breve—. Tal vez lo fue. En cualquier caso tu marido ayudó a convencerlo.

—¿Guy lo sabía? —preguntó Maddy—. ¿Guy? —Se sentó más erguida y el desconcierto se convirtió en ira—. Nunca dijo nada. Ninguno de los dos dijo *nada*.

—Peter se odia por eso.

Estuvo a punto de responder "y con razón", pero se contuvo justo a tiempo. Recordó el dolor de Peter cuando había regresado a la India, su rostro pálido

y devastado por el sufrimiento cuando le había hablado de la muerte de Luke. “No me hagas contarte lo que vi”.

—Siempre estuvo convencido de que habías muerto.

—No lo culpo —dijo Luke—. Por el estado en que quedó después de que explotó ese proyectil… —Sus ojos se oscurecieron al recordarlo—. No podrías ni imaginártelo —añadió y sacudió la cabeza—. Y preferiría que no lo intentaras.

Maddy lo miró y, de todos modos, lo imaginó.

—Aun así debería habérmelo dicho —insistió—. Guy debería habérmelo dicho.

—Guy habría visto más muerte que el resto de nosotros. Allí fuera lo que parecía imposible era la vida —argumentó él.

—¿Lo estás defendiendo?

—No es eso —replicó con una sonrisa forzada—, créeme. Pero no creo que haya tenido malas intenciones.

—¿Y qué me dices de Diana?

Luke enarcó una ceja.

—¿De verdad tenemos que hablar de ella?

—Me gustaría saber por qué no me escribió cuando te vio la primera vez —explicó Maddy y, mientras hablaba, se dio cuenta de hasta qué punto la mortificaba eso—. Habría viajado, me habría arriesgado a los submarinos.

—Bueno, me alegro de que no lo hicieras.

—En serio, Luke. —Se incorporó hasta quedar de rodillas frente a él—. Siempre ha sido una chismosa, ¿por qué iba a guardarse algo así?

Luke se encogió de hombros y sacudió la cabeza con una despreocupación que a ella le costaba entender.

—No lo sé.

—¿No estás enfadado con ella? Yo sí lo estoy...

—Se nota.

—Es más, voy a hablar con ella.

—No —le pidió—. Por favor, no. ¿De qué serviría?

—Quizás me haga sentir mejor…

—¿Hablar con Diana? —soltó él y le arrancó una sonrisa—. Por favor —agregó y se acercó a ella—, déjalo así.

—Pero todos estos años —dijo Maddy y volvió a sentir el escozor de las

lágrimas pese a su sonrisa— de tanta tristeza por lo que podría haber sido. Parece tan… innecesario.

—Pero ya está hecho —afirmó él—. Todo ha terminado.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No lo estoy —le aseguró—. No lo estaba esta tarde cuando te vi en el jardín.

—Entonces...

—He tenido tiempo —explicó—, semanas para asimilarlo. —Su mirada se clavó en la de ella, tan viva, tan suya—. Perdí el control esta tarde pero luego recordé.

—¿Recordaste?

—Por qué vine —precisó—. Y todos los años que aún nos quedan. —Apoyó la frente contra la de ella—. Lo que importa es lo que pasa ahora.

—Sabemos lo que pasa ahora —replicó ella—. Empezamos de nuevo tú, yo e Iris.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué? —preguntó ella y se apartó—. ¿Por qué no?

—Porque estás casada.

—Contigo —saltó—. Estoy casada *contigo.*

—No —dijo él—, con Guy.

—Me casé contigo primero —protestó ella, pero incluso mientras lo hacía, recordó lo que él le había dicho antes, junto al portón de la casa de Guy. "Me da miedo lo que has hecho" y sintió cómo el miedo volvía a apoderarse de ella—. Luke —insistió—, estamos *casados*.

—Yo estuve muerto.

—No —objetó—, no estuviste muerto.

—Sí, legalmente, sí. Fui a ver a un abogado antes de irme. —La miró con fijeza—. Guy es tu marido, no yo.

—No. —Maddy sacudió la cabeza—. No, no puede ser cierto.

El dolor que reflejaban los ojos y el rostro de Luke le decían que sí, que lo era.

—Dios mío —murmuró y se llevó la mano a la cabeza en un esfuerzo por tratar de asimilarlo. Tenía náuseas y temblaba de miedo porque no veía una salida. Un divorcio llevaría años. Y para eso tenían que estar casados al menos tres. Y además Guy tendría que demandarla por adulterio, ya que ella

no podía divorciarse de él a menos que él hubiera cometido un delito. Todo el asunto acabaría en un largo proceso judicial y la pobre Iris…

—No tiene por qué ser un divorcio —precisó él y le tomó la mano—. Podemos pedir una anulación.

—¿Una anulación? —repitió ella—. ¿Eso es mejor?

—Más rápido y al parecer menos público, pero Guy tendrá que dar su consentimiento.

—Entonces se lo pediré —soltó ella y las náuseas se intensificaron de solo pensarlo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. —Por mucho que le aterrorizara, nunca había estado tan segura de nada. Se giró y contempló el mar, el horizonte que había soñado cruzar miles y miles de veces—. Quiero que volvamos a Inglaterra —continuó—. Nunca he dejado de fantasear con tu casa en Richmond.

—Ahora es tu casa. La heredaste.

—Nuestra entonces.

—Tengo entendido que te negaste a venderla.

—Estaba esperando a que repuntara el mercado —explicó y sonrió, a pesar suyo, cuando él la atrajo hacia sí y la besó de nuevo; durante esos breves segundos todas las preocupaciones se disiparon.

Maddy se recostó contra él, le tomó los brazos y se rodeó con ellos. Se quedaron así un buen rato mientras respiraban el aire denso de la noche y observaban el mar ondulante en silencio. Por su parte, Maddy no podía evitar pensar en Guy y en lo que sentiría al ver destruida la familia que habían formado hacía tan poco. A Iris también la afectaría mucho, estaba casi segura. Pero tenía que suceder, era inevitable.

—Peter me contó que te pusiste muy mal antes de la boda —deslizó él, interrumpiendo la ansiedad que la dominaba y como si le leyera el pensamiento—. Iba a decírtelo antes, en la casa. Ojalá no te hubieras casado.

—Tuve que hacerlo.

—Peter dijo lo mismo.

—Estaban todos en la ciudad —respondió ella, obligada a dar explicaciones—. Había venido el virrey. No sé qué habría ocurrido con mi padre si la boda se hubiera cancelado. En cuanto a Guy... —Calló de pronto

al imaginar lo que eso habría significado para él y luego se sintió todavía peor, porque ahora no iba a ser muy diferente.

—Pasaron la noche de bodas en el Taj.

—Por favor, para.

—No puedo soportar ni pensarlo.

—Entonces no lo pienses —rogó ella—. Por favor, no pienses en eso.

—¿Cuándo hablarás con él?

—Pronto. Tiene que ser pronto. —Y porque llevaba toda la noche dándole vueltas pero no había logrado armarse de valor para preguntarlo, añadió—: ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Todo el tiempo que necesites para marcharte. —Ladeó la cabeza y la miró—. Por favor, que no sea demasiado.

El horizonte se fue iluminando poco a poco y pasó de un amarillo pálido al dorado del amanecer. De mala gana, despacio, Luke caminó con ella de regreso a la casa. No había ningún otro lugar adonde ella pudiera ir. Alejarse de Luke parecía imposible. Lo besó sin prisa y sin soltarle las manos hasta el último segundo y le prometió que pasaría por su apartamento antes de que acabara el día.

—¿Se lo dirás a Guy?

—No lo sé.

—No quiero estar escondido, Maddy. No soporto que tengamos que ocultarnos.

—Yo tampoco. Pero tengo mucho miedo de herirlo…

—Esperar no lo hará más fácil.

Maddy suspiró en señal de asentimiento.

—Veré cómo está esta mañana y le diré lo que me parezca mejor.

Tenía toda la intención de hacer exactamente eso. Su determinación creció con cada paso que dio por el sendero de entrada silencioso y bañado por la luz del amanecer. “Esperar no lo hará más fácil”. Entró en el vestíbulo umbroso de la casa, dispuesta a subir derecho a la habitación de Guy para contarle, al menos, que había visto a Luke.

Pero una nota con la letra de Guy la esperaba sobre la mesa del porche. Frunció el ceño con el cabello suelto que le caía sobre los hombros y se inclinó para recogerla.

Mi querida Maddy: Tu habitación estaba en silencio y no quise despertarte. Iris también duerme y espero que esté soñando con helado. Me he tenido que ir a trabajar, pero avisé a tus padres y a Della para que nos encontremos en el Taj al mediodía. Tu padre avisará a Peter. Nos vemos todos allí; espero que Iris pueda contener su entusiasmo y que tú hayas dormido bien. Te amo, mi querida, tu Guy.

Releyó las palabras, en parte aliviada por el respiro, pero sobre todo inquieta. "Tu habitación estaba en silencio". ¿De verdad no había ido a comprobar que ella dormía?

Ella lo habría hecho en su lugar.

¿O se habría contenido y preferido no enterarse? Se lo figuró frente a su puerta, pensativo, escuchando el sonido de su respiración, el crujido del colchón, esperando... Cerró los ojos, con los párpados resecos por la falta de sueño e imaginó su expresión desolada al no oír nada, el dolor terrible que debió de sentir, la traición.

¿Era por eso que se había ido tan temprano al hospital? ¿Para no cruzarse con ella al volver?

La respuesta era casi con seguridad "sí". Maddy apretó la nota entre los dedos y revivió la felicidad de Guy durante los últimos meses: sus sonrisas, las risas compartidas con Iris y su alegría cuando ella había aceptado casarse con él. Recordar todo el tiempo que él había estado solo antes de eso solo sirvió para aumentar su culpa.

"No voy a renunciar a nosotros", le había dicho. Lo recordó ahora.

Y no lo haría, por supuesto; no renunciaría a ella ni a Iris. No sin dar pelea. Guy era un hombre bueno y amable pero también era inteligente, muy decidido y no le gustaba el papel de víctima.

Había sido una ingenua y una estúpida en pensar que la única dificultad iba a ser *pedirle* la anulación. A pesar de lo duro que sería, sobre todo porque él eludía hablar con ella, se dio cuenta de que había una perspectiva mucho peor: la posibilidad muy real de que él no consintiera a la anulación.

Con el miedo que le revolvía el estómago de solo pensar que Guy pudiera negarse a una anulación, Luke la observó desaparecer en el interior de la casa y deseó poder llamarla para que volviera. Era injusto, muy injusto, verla marcharse a un lugar al que él no podía seguirla. Si hubiera podido se habría quedado en esa playa para siempre.

Se detuvo un segundo más y revivió el momento en que se había dado cuenta de que era ella quien iba en el *rickshaw*. Había tenido ganas de gritar,

de atravesar el aire con el puño, aliviado, eufórico. A pesar de todas las palabras tranquilizadoras de Peter, había significado... todo... que ella no estuviera dentro con Guy sino fuera, buscándolo, tan desesperada como él.

Se pasó la lengua por los labios todavía sensibles. Aún podía sentir su beso. Podía oler su perfume. Seguía siendo exactamente la misma: su voz, su sonrisa, su risa y cada uno de sus gestos; cada segundo de todos esos años intentando recuperarla había valido la pena, y mucho más.

Lo haría todo otra vez si fuera necesario.

Se giró para alejarse de la casa, de sus ventanas oscuras, las plantas trepadoras y los balcones vacíos, incapaz de soportar la idea de que ella estuviera dentro ahora. El coche de Guy no estaba en el sendero de entrada. Eso lo reconfortó. Al menos por ahora no tendría que torturarse imaginando a Maddy con él, o a Iris conversando con él, con esa vocecita que todavía no conocía excepto en su imaginación.

Respiró hondo para tranquilizarse y se puso en marcha; no cuesta abajo, sino cuesta arriba, hacia la casa de los padres de Maddy. Aunque lo que más deseaba era ir derecho a su apartamento (no había dormido desde que se había despertado en el barco la mañana anterior y estaba ansioso por dejarse caer sobre el colchón mullido, con la luz tenue del sol y la brisa del mar filtrándose a través de los postigos), primero tenía que ver a la madre de Maddy y contarle lo que no se había atrevido a admitir a Maddy: que siempre había sabido que Diana le había escrito en 1916 y que le decía que había visto a un hombre igual a él en el Quinto Hospital Militar.

"Yo misma habría vuelto", había escrito Diana a Arnold junto con los recortes que ya había enviado. "No habría dudado en hacerlo si Alice no hubiera estado tan segura de que era imposible que Luke estuviera vivo. Me hizo prometerle que no le daría falsas esperanzas a su esposa, Maddy. ¿Qué podía hacer? Confío en que no se me culpe por eso".

Luke, por su parte, había culpado a más de uno.

Al principio.

Se había indignado con Alice. Había repasado una y otra vez los interminables días, meses y estaciones que había pasado sentado solo, esperando —con sus padres de luto, Maddy de luto— y había maldecido que nada de todo eso habría ocurrido si Alice hubiera *hecho* algo, si se lo hubiera contado a Maddy.

Al final fue Arnold quien lo hizo entrar en razón.

—¿Sabes cuántas cartas recibimos de familiares? —le había explicado el médico—. Cientos, más de cientos, en las que nos suplican que les digamos que sus hijos o esposos podrían estar aquí. —Sus ojos habían sido penetrantes detrás de las gafas—. La esperanza —había agregado y señalado la carta de Diana—, esa falsa esperanza que preocupaba a Alice, es una tortura para ellos.

—Pero esto no era solo esperanza —había intentado argumentar Luke—. Yo estaba aquí.

—Alice no lo creyó —había respondido Arnold—. No estabas reportado como desaparecido. No había presunción *alguna*. Nadie sospechaba que el cuerpo de ese pobre chico no era el tuyo. Te habían *enterrado*. Estabas muerto. Seguramente Maddy había recibido un telegrama junto con todas tus pertenencias y una carta de tu comandante...

—Pero Diana....

—Lo único que dijo fue que había visto a alguien que se parecía a ti. Solo eso. —Arnold había suspirado—. Me has contado cuánto ama Alice a Maddy, imagina lo difícil que debió haber sido para ella verla sufrir. —Hizo una pausa como para dar tiempo a Luke a reflexionar—. La estaba protegiendo.

—¿De mí?

—Del dolor que le hubiera causado venir aquí y descubrir que Diana se había equivocado.

—No se había equivocado…

—Pero Alice no lo *sabía*. Y no suelo apostar, pero apostaría fuerte a que ha pensado en eso todos los días desde entonces, preguntándose si hizo lo correcto.

Por supuesto Alice ahora sabía que no lo había hecho. Luke la había visto la tarde anterior en el jardín después de dejar a Maddy. Al verlo, el rostro de Alice había pasado del estupor al temor.

Por eso tenía que hablar con ella.

Atravesó los portones con los ojos entrecerrados por la luz del sol cada vez más intensa y sudando debajo de la camisa, y se encaminó hacia la casa.

Había hablado en serio cuando se lo había dicho antes a Maddy. No tenía ningún interés en hurgar en el pasado ni en recrear todos los escenarios posibles que nunca habían ocurrido. Se les había concedido una segunda

oportunidad que millones de personas nunca tendrían; era un regalo, un privilegio.

Ahora lo único que importaba era lo que hicieran con ella.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Alice siguió a Luke con la mirada desde la ventana del salón y recordó cuando solía observarlos a él y a Madeline avanzar sin prisa por ese mismo sendero de entrada en los primeros días de su relación. Esta vez, sin embargo, no intentó convencerse de que todo iba a salir bien.

Estaba segura de que nada saldría bien.

Se había levantado y se había vestido para ir a misa, aunque no tenía fuerzas para hacerlo. No había dormido. Se sentía agotada por el cansancio, la conmoción y por la culpa. Mucha culpa y miedo.

Richard apenas le dirigía la palabra. Alice le había contado lo de la carta de Diana tan pronto como todos habían entrado en la casa después de la fiesta.

—¿Y no se te ocurrió decir nada antes? —había espetado él, con la voz tensa por el esfuerzo para no gritar.

—No creí que tuviera ningún sentido.

—¿En decírmelo a *mí*? ¿Su padre?

—Lo siento mucho...

—¿Por cuál de todas las cosas? —había mascullado Richard cada vez más enfadado, lívido como nunca lo había visto antes.

—Por todo —había admitido ella mientras su mente la obligaba a enfrentarse al dolor desesperado al que había contribuido sin saberlo —no solo el de Madeline, no solo el de Iris y Luke, sino también el de los padres de Luke (no podía soportarlo), el de Peter, los demás amigos de Luke, sus tías, sus tíos— a una velocidad que no le permitía asimilar su verdadera magnitud. Había contenido las lágrimas porque sabía que no tenía derecho a ellas, arrepentida de todo.

—Te habría obligado a que se lo dijeras. O… ¿fue por eso que guardaste silencio? —preguntó Richard ahora y la miró con fijeza—. ¿Porque sabías que yo se lo diría y tú no querías que ella se fuera a ninguna parte...?

—No —lo había interrumpido, horrorizada de que siquiera pudiera pensarlo—. *No*.

—Bueno, conseguiste lo que siempre quisiste, Alice. Se casó con Guy. Y

mira qué feliz la ha hecho.

—Richard...

Él se había alejado. De ella. De la misma manera que ella se había alejado de él demasiadas veces durante el matrimonio.

Si hubiera sabido cuánto dolía quizá no lo habría hecho tan a menudo.

Necesitaba que Richard la perdonara, que le *hablara*, que entendiera lo asustada que estaba; por lo que había hecho, por cómo reaccionaría Madeline y, sobre todo, por la posibilidad de que Madeline eligiera a Luke, se marchara de la India y se llevara a Iris con ella. Se apretó los dedos fríos; el peso del terror le oprimía los huesos y los músculos.

No podía ni pensar en qué iba a hacer.

Y ahora Luke estaba llegando a la casa. No podía quitarle los ojos de encima. El día anterior había estado demasiado cegada por el pánico para verlo con claridad, pero ahora lo veía. Mientras lo hacía, y al percibir la vitalidad que emanaba —la calidez de su rostro atractivo (ese rostro que había creído enterrado bajo la tierra de Flandes), el color de sus rizos castaños, el ritmo de su respiración mientras apretaba los últimos pasos hacia el porche—, sintió que algo en ella se aflojaba, a pesar de todo. Al final había llegado a quererlo a su manera. Se había resistido con todas sus fuerzas pero él la había conquistado: con su corazón, su alegría y la forma en que siempre había hecho feliz a Madeline. Recordó cómo había llorado cuando le había enviado el telegrama para comunicarle el nacimiento de Iris, llena de pena por lo que él estaba soportando y todo lo que se estaba perdiendo.

"Tu familia te está esperando", le había escrito y lo único que había querido era que él regresara.

Se alegraba de que estuviera vivo. *De verdad*.

Pero todo había cambiado. Madeline e Iris habían seguido adelante con sus vidas.

¿Estaba tan mal que deseara que él se hubiera quedado lejos?

Luke golpeó a la puerta.

Alice se giró pero no hizo ademán de responder.

Sabía por qué había venido. Había estado esperando su llamada. ¿Acaso no había dicho Diana que le había *mencionado* al médico todo lo que ella, Alice, había ocultado?

No lo culpaba por querer confrontarla. Pero tampoco se sentía preparada

para oír lo que él pudiera decir.

Estaba demasiado avergonzada para mirarlo a la cara.

Se quedó atrás mientras Ahmed lo hacía pasar como debía haber hecho el día anterior. Por la confianza afectuosa con la que Ahmed saludó a Luke en urdu y la respuesta amistosa de Luke (era tan desgarrador volver a oír esa voz grave y vibrante), quedaba claro de qué lado estaba la lealtad de Ahmed y Alice no pudo evitar la conocida punzada de lástima por el pobre Guy, que realmente no se merecía quedar siempre en segundo lugar.

Y ahora Richard bajaba las escaleras con pasos apresurados. Alice se reclinó en el alféizar de la ventana mientras él también saludaba a Luke con un entusiasmo genuino que siempre había negado a Guy incluso después de haber aceptado a regañadientes el compromiso.

—Dios mío —exclamó—. Luke, *Luke*. Ven aquí...

Alice lo imaginó abrazándolo y dándole palmadas en la espalda.

—Richard —respondió Luke—, qué gusto verte.

—Es una maravilla tenerte de vuelta, querido muchacho.

Querido muchacho.

Alice cerró los ojos.

Ojalá ella fuera capaz de sentir una alegría tan pura. Pero Richard no estaba atrapado allí, en la India. Podía seguir a Madeline y a Iris si se marchaban. Siempre había podido seguirlas.

Richard invitó a Luke a desayunar. Para alivio de Alice, Luke declinó la invitación, alegando que no podía quedarse mucho tiempo.

—¿Has visto a Maddy? —preguntó Richard.

—Sí —contestó Luke y Alice tragó saliva. Incluso a través de la puerta, podía oír el amor en su voz; tan sincero como siempre.

Siguieron conversando. Alice, con la mano en la garganta, escuchó cómo Luke respondía las preguntas de Richard sobre lo que le había sucedido —la chaqueta perdida, la placa de identificación, la terrible tragedia de Fraser ("Oh", se lamentó Richard con pesar, "Dios mío…"), cómo él, Luke, había recobrado el conocimiento en la carretera de Menin pero luego se había vuelto a desmayar— y le contaba que había regresado a la India a buscar a Madeline y a Iris.

—No voy a disculparme por eso.

—No esperaría que lo hicieras —le aseguró Richard.

El corazón de Alice dio un brinco cuando oyó que Luke preguntaba por

ella. Pero Richard respondió que estaba indispuesta (lo que ella agradeció, avergonzada de su propia cobardía) y que con gusto le transmitiría el mensaje.

Cuando Luke dijo cuál era el mensaje y que no sería él quien mencionara la carta de Diana a Madeline, Alice se preguntó si lo habría imaginado.

—¿Estás seguro? —preguntó Richard con escepticismo.

—Completamente. —Luke explicó entonces que Maddy se había enfadado mucho cuando él le había contado que Peter, él mismo al borde de la muerte, había *creído* verlo de nuevo en Ypres—. Alice es quien tiene que hablar con ella sobre eso —continuó—. Y si no quiere, bueno… —se interrumpió—, también lo respetaré.

—No te sientas obligado —dijo Richard.

—No se trata de eso —precisó Luke—. Ya ha habido suficiente dolor. No quiero que esto se interponga entre ellas. No más de lo necesario.

Alice se dejó caer hacia atrás en el alféizar. Había estado esperando una furia rabiosa. El corazón le latía con fuerza ante la comprensión de Luke y la inmensa generosidad de su actitud. Casi se recompuso lo suficiente como para incorporarse y darle las gracias en persona.

Si él no se hubiera ido tan deprisa quizá lo habría hecho.

Quería creer que lo habría hecho.

—No te mereces esto —le espetó Richard cuando entró en el salón y la encontró—. Y más allá de lo que diga Luke, tienes que contárselo a Maddy. Se lo debes.

—Lo sé —musitó Alice.

—Hoy no —agregó Richard—. Ya tiene bastante en qué pensar.

—Eso también lo sé.

Richard la miró con frialdad.

—Supongo que ahora entiendo por qué tengo el placer de contar con Alf entre mis empleados.

Alice no intentó defenderse, no había defensa posible.

Y eso hacía que la bondad de Luke fuera aún más difícil de entender.

—No es difícil —soltó Richard con un desdén demoledor—. Ama a nuestra hija. —Otra mirada severa—. Eso es amor.

—Sé lo que es el amor —replicó ella y esta vez no pudo contener las lágrimas, porque le partía el corazón que él pudiera sugerir lo contrario.

—¿En serio? —dijo él con cansancio.

"Sí", quería gritar, "lo sé. Es lo que siento por ti, por Madeline y por Iris...".

Pero antes de que pudiera hacerlo, él se dio la vuelta y se marchó.

Era como si no pudiera soportar oírlo.

No le habló más esa mañana. Tampoco sugirió ir a misa. Y aunque le abrió la puerta del coche cuando partieron a recoger a Madeline y a Iris para ir a almorzar, lo hizo en silencio. Durante el corto trayecto hasta la casa de Guy mantuvo la mirada fija en la carretera arbolada y suspiró hondo cuando detuvo el coche.

Madeline salió a recibirlos. Parecía tan cansada como se sentía Alice; el vestido azul marino y el sombrero *cloche* acentuaban su palidez. Alice no alcanzaba a entender por qué había elegido ese color. No solía usar ropa oscura.

Quizás por su estado de ánimo.

Se preguntó si el encuentro con Luke no habría ido tan bien como él había esperado.

¿O era el hecho de estar de nuevo en esa casa lo que la alteraba?

"No". Sacudió la cabeza mentalmente. "Deja de darle vueltas".

"Te volverás loca".

—Hola, cariño —saludó Richard a Madeline; el afecto en su voz contrastaba con la frialdad con que había tratado a Alice todo la mañana.

—¿Podemos no hablar de nada? —les pidió Madeline mientras lo abrazaba —. Iris no está bien otra vez y no quiero arruinarle otro día.

—Te lo prometemos —aseguró Richard.

—Por supuesto —añadió Alice, que de todos modos no tenía ninguna intención de sacar el tema. (Su antigua costumbre de guardar silencio cuando había demasiadas cosas de las que no se podía hablar).

—Gracias. —Madeline esbozó una sonrisa cansada.

Alice se esforzó por devolverle la sonrisa. Descubrió que tampoco le era posible mirarla a los ojos. El terrible secreto que había guardado y la perspectiva de tener que confesárselo se lo impedían.

En su lugar, se volvió hacia la casa.

—¿Dónde está Iris? —preguntó.

—Arriba, cambiándose —contestó Madeline—. Se manchó el vestido con leche.

—Iré a buscarla —se ofreció Alice y aprovechó la oportunidad para

escapar de su culpa durante unos minutos.

—No hay prisa —le recordó Madeline mientras se marchaba—. Tenemos que esperar a los demás.

—Lo sé —respondió Alice.

—Mamá —la llamó Madeline a sus espaldas—, no menciones a Luke. Ya ha estado preguntando por qué no viene hoy y no quiero empeorar las cosas.

—No diré ni una palabra.

Y no pensaba hacerlo. Todo lo que quería, mientras subía las escaleras, era darle un abrazo a su nieta. Sentarla en su regazo y sujetarla fuerte; necesitaba ese consuelo más que nada.

Se asomó por la puerta de Iris y contempló el hermoso dormitorio que Guy había amueblado con tanto cariño. Lo asimiló todo: los cuadros en las paredes, los juguetes en las estanterías... y a Iris, en medio de todo eso, sin cambiarse, sentada en el suelo con su enagua y la lengua apretada entre los dientes mientras trataba de quitar la mancha de leche de su vestido con un trapo húmedo.

—Vamos a buscarte otro, ¿te parece? —aventuró Alice y casi se le quebró la voz al pensar que si Luke se salía con la suya, quizá nunca volvería a ayudar a esa niña con nada.

Hizo un esfuerzo por serenarse y fue hasta al armario a elegir un vestido.

"No menciones a Luke", había dicho Madeline.

Pero fue Iris quien lo mencionó.

—¿Dónde está mi papá?

—No lo sé —contestó Alice con voz tensa.

—¿Te cae bien?

Alice examinó los vestidos.

—Sí, claro.

—¿Quiere llevarnos a mamá y a mí lejos de aquí?

El repentino temblor en la voz de Iris la paralizó.

"Sí", tuvo ganas de gritar. "No dejes que lo haga, por favor".

—¿Por qué preguntas eso? —respondió en vez.

—Me lo dijo Guy.

Alice se volvió y se detuvo en seco al ver la ansiedad en los grandes ojos azules. Llevada por un impulso, se acercó a su nieta y la estrechó en sus brazos, como había deseado hacer al subir las escaleras.

—¿Cuándo te dijo eso Guy?

—Anoche —precisó Iris—. Tuve una pesadilla. Mamá no vino.

El corazón de Alice dio un vuelco. Había estado con Luke. No cabía otra posibilidad.

—¿Guy intentó despertarla? —inquirió ahora con un esfuerzo consciente por mantener un tono de normalidad en la voz.

—No lo sé.

—¿Y le has contado a mamá lo de tu pesadilla?

—Guy dijo que no debía hacerlo.

Alice asintió.

—¿Y qué más dijo Guy?

—Que no dejaría que nadie me llevara a ningún sitio, que me encuentro a salvo y que debería decirle a mamá que eso es lo que quiero. —Alzó la vista hacia ella, con la carita ardiente contraída y llena de confusión—. Dijo que ella haría cualquier cosa por mí.

Alice cerró los ojos.

—¿Eso dijo?

—¿Lo haría? —quiso saber Iris.

—Sí —afirmó Alice—, por supuesto. Eso es lo que hacen las mamás.

—¿Entonces debería decirle que me quiero quedar aquí? —continuó Iris, con el labio inferior que le temblaba, al borde del llanto.

Alice vaciló antes de responder.

Luego la besó de nuevo y, despacio, como si las palabras surgieran por sí solas, le dijo lo que sabía que debía decirle.

—¿Me lo prometes? —preguntó Iris.

—Te lo prometo —aseguró Alice—. Pero debes hacer lo que te he dicho y no contarle nunca a tu mamá que Guy te dijo que hicieras esto.

—No lo haré —aseveró Iris con solemnidad.

—Buena niña —la felicitó Alice, ya medio tentada de retractarse de todo lo que acababa de decir. Pero era demasiado tarde. No podía dar marcha atrás. No ahora.

Siguió hablando, explicándole a Iris que recurriera a ella siempre que lo necesitara.

—Siempre te ayudaré, cariño.

Iris asintió.

Alice la abrazó con más fuerza.

"Esto", se dijo a sí misma, "esto es amor".

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Guy estaba esperando en la gran mesa frente al mar que había reservado, cuando los demás llegaron para el almuerzo y los helados que no tenía ganas de comer. Vio primero a Della, que salió por las puertas de vidrio del hotel, conteniendo en sus brazos firmes la amenaza que suponía la pequeña Emily. Con un suspiro guardó la nota que había estado leyendo y que su criado personal le había dado al *maître* para que le entregara. Mientras seguía tratando de dilucidar lo que pensaba del contenido, se pasó una mano por la cara, se obligó a sonreír y se levantó para recibirlos. Le temblaban las piernas. Tenía el cuerpo cansado y tembloroso. A pesar de su agotamiento de la noche anterior, que lo había sumido en un sueño profundo, no había logrado volver a conciliar el sueño después de que Iris se había despertado y él se había encontrado manipulándola como lo había hecho. Se había quedado despierto en la cama sofocante, con los ojos enrojecidos fijos en el mosquitero, asqueado consigo mismo por poner a una criatura tan pequeña en semejante situación, más aún porque ya sabía que no se retractaría de nada de lo que le había dicho.

Tocó con la mano la nota que tenía en el bolsillo y supo que volvería a decir lo mismo otra vez si se viera obligado a hacerlo.

Había pasado las horas previas al amanecer echando vistazos hacia la habitación de Maddy, como si quisiera oír algún ruido para convencerse de que ella no había corrido a consolar a Iris por el somnífero que le había dado. Después de todo, había sido fuerte.

La observó ahora. Su esposa. Estaba con Peter, como casi siempre, con la cabeza rubia ladeada hacia la de él y la mano en su brazo. Peter le sujetaba los dedos enguantados y asentía mientras Maddy hablaba con expresión dolida. Guy se imaginaba la razón. El recuerdo de la conversación que habían tenido en el Quai d'Escale y que había olvidado durante tanto tiempo había vuelto para atormentarlo. Era otra de las cosas que le habían impedido dormir la noche anterior: cómo le había asegurado a Peter que el hecho de que creyera haber visto a Luke en la carretera de Menin solo podía ser fruto

de su imaginación. Y también había recordado cómo, a su vez, la enfermera había intentado convencerlo a él de la posibilidad de que fuera cierto. "En medio de tanta atrocidad, ¿no sería bonito pensar que aún pueden quedar algunas sorpresas agradables?". ¡Por Dios! Había estado tan seguro de que la mujer se equivocaba. Ahora se sentía mortificado por la ligereza con que había descartado ese optimismo como simple fantasía.

Pero tampoco la había ignorado, lo cual le daba cierto consuelo. Incluso a pesar de la insistencia del *naik* con respecto a que había visto cómo enterraban a Luke, había tratado de encontrar el puesto de evacuación de heridos que la enfermera le había mencionado. Lo había intentado de veras.

¿Qué más podría haber hecho?

"Nada", se había repetido una y otra vez.

"Nada", se dijo a sí mismo ahora también.

Se obligó a dejar de pensar en el asunto antes de que lo distrajera demasiado.

Tenía mucho en qué pensar.

—Maddy —pronunció cuando ella se acercó.

Maddy levantó la cabeza, pero el ala de su sombrero ocultaba sus ojos irresistibles. Guy no consiguió discernir si su sonrisa era nerviosa o cautelosa. Cansada, sin duda. Mucho más de lo que cabría esperar de alguien que hubiera tomado sales para dormir.

Se obligó a no pensar en eso y fue a su encuentro.

—Hola, mi querida. —Apoyó los labios en la mejilla tibia y no pudo evitar estremecerse a pesar de su preocupación—. ¿Podemos hablar un minuto antes de reunirnos con los demás?

La llevó al interior del hotel, lejos de las miradas de la gente en la recepción, detrás de una planta decorativa en una maceta. A través de las hojas Maddy vislumbró el sombrero de Della y el cabello rubio de Peter; ambos con el cuello estirado debajo de la sombrilla de la mesa para tratar de ver dónde habían ido Guy y ella. No había tenido tiempo suficiente para hablar con ninguno de los dos. Solo había logrado escabullirse un instante para decir a Peter que no debía culparse a sí mismo, ni un poquito, porque "has hecho más que suficiente", y para informar a Della en voz baja que sí, había visto a Luke.

—¿Y? —había articulado Della sin emitir sonido mientras Emily le rogaba

que la alzara—. ¿Qué pasó?

—Después te cuento —había susurrado Maddy.

—Maddy —dijo Guy y ella desvió la vista para mirarlo—, ¿me estás escuchando?

Se quedó mirándolo. Lo había escuchado.

—Consultaste a un abogado —repitió sin rodeos.

La expresión de Guy se suavizó.

—Por favor —respondió—, no te pongas así…

—Pides demasiado —replicó ella.

—¿Que pido demasiado? —repitió Guy—. Soy tu esposo. Prometiste…

—No te atrevas —exclamó en voz más alta que la que hubiera querido, tan fuerte que incluso los *punkahwallahs*, que estaban entrenados para pasar inadvertidos, se giraron hacia ellos. Después de esa noche tan larga y con las náuseas por todo lo que él acababa de decir, no pudo contenerse—. Por favor —agregó—, no digas "obedecerme".

—Iba a decir "amarme" —replicó él con tal desasosiego que Maddy tuvo que apartar la mirada—. Como yo te amo a ti. Y a Iris. Por eso quiero hacer esto.

—Sé razonable, Guy. Luke es el padre de Iris. Se ha perdido… todo, *todo* lo que debería haber vivido con ella. No va a permitir que supervises sus encuentros con su hija. *Yo* no voy a permitirlo.

—No necesito tu permiso.

—Pues no lo tienes. No me imagino en qué estabas pensando.

—Será mejor para ella de esta manera.

—Por favor, no trates de decirme lo que es mejor para mi hija.

—Tienes que escucharme. —Dio un paso hacia ella—. Por favor, escúchame.

Maddy retrocedió y se chocó con la planta.

—No voy a escuchar nada de esto.

—¿Acaso le has preguntado a Iris qué quiere ella?

—Es una niña —respondió mientras acomodaba la planta para que no se cayera.

—Deberías preguntarle —sugirió él.

—¿Como tú me preguntaste a mí? —soltó ella, con los guantes ahora cubiertos de tierra.

—No creo que sepas lo que quieres.

—Guy —contestó Maddy y dejó la planta de lado—, sí *sé*. Lo lamento mucho pero lo sé.

—¿Cómo es posible? —preguntó él con los ojos enormes y suplicantes—. Solo han pasado cinco minutos.

—Bastante más, en realidad. Yo…

—No —gritó Guy y los *punkahwallahs* volvieron a mirarlos. Respiró hondo y pareció serenarse—. No pienso hablar de esto ahora. Ya te dije que necesito que me des este mes.

—Un mes es demasiado tiempo.

—Un mes no es nada. —Volvió a dar otro paso hacia ella y, esta vez, Maddy no tenía forma de escapar—. Permíteme demostrarte lo feliz que puedo hacerte. —Le tomó las manos manchadas de tierra—. Prométeme que no verás a Luke a solas, que nos darás una oportunidad.

—Guy… —Maddy sacudió la cabeza: no estaba dispuesta a hacer más promesas que no pudiera cumplir.

—Un mes —repitió Guy y le apretó las manos—. Al cabo de un mes volveremos a hablar del tema, te lo juro.

—Por favor —protestó ella—. Yo…

—Y entonces veremos lo que quieres y preguntaremos a Iris qué es lo que *ella* quiere. Si las dos decís que queréis iros… —Guy tragó saliva, desvió la mirada, y con expresión reticente concluyó—: daré un paso al lado.

—Necesito estar con Luke —dijo Maddy con toda la amabilidad que pudo —. Siempre lo he necesitado. Iris va a ser feliz en cualquiera de las dos situaciones. —Guy se negaba a mirarla—. Guy —insistió y le apretó el brazo para implorarle—, por favor, no hagas esto. Un mes no va a cambiar nada.

Sin embargo, él no se inmutó.

—Ya veremos —declaró y se volteó para volver a salir—. Ya veremos.

De alguna manera lograron superar las siguientes dos horas de calor sofocante: los sándwiches reblandecidos, el champán tibio y los helados que llegaban medio derretidos a la mesa.

—A mí no me importa —proclamó Iris. Por lo menos se la veía feliz otra vez, sentada en la falda de su abuela, con el mar que destellaba a sus espaldas, su abuelo sentado a un lado y la adorable Lucy riendo a carcajadas del otro.

Maddy se sentó a continuación entre Peter y Della… lo más lejos de Guy

que pudo. Se empeñó en no mirarlo y, a juzgar por su propia piel caliente y erizada, suponía que él la estaba observando. Lo único que quería era marcharse, buscar a Luke en su apartamento y contarle todo lo ocurrido. Estaba muy enojada con Guy —cada vez más a medida que el sol se elevaba y le hacía arder más los ojos— por aprovecharse de las leyes arcaicas que la tenían atrapada para plantearle semejante ultimátum, pero sobre todo por sugerir que ver a Luke sin él, Guy, pudiera hacerle algún daño a Iris.

¿Cómo se atrevía a sugerir algo así?

—Está desesperado —murmuró Della—. Por eso se atreve a hacerlo.

Maddy suspiró con exasperación.

—Ni lo intentes —replicó en un susurro—. *No puedo* sentir lástima por él.

—Bueno, jamás has podido evitar eso —intervino Peter.

Otra verdad. Era una de las razones por las que no lo miraba. Si lo hacía y se permitía ver la preocupación inevitable en los ojos de Guy, sabía que no le resultaría tan fácil seguir furiosa con él. Y quería estar furiosa. *Necesitaba* estar furiosa.

Pelear con él sin esa furia sería mucho más difícil.

—Me imagino que no vas a permitir que Guy esté presente cuando Luke vea a Iris, ¿verdad? —aventuró Peter.

—Por supuesto que no —respondió ella con los dientes apretados.

No tenía ninguna intención de acatar las condiciones de Guy. No solo lo *obligaría* a aceptar que Iris debía ir conociendo a Luke sin supervisión alguna sino que ella misma seguiría viendo a Luke a solas cada vez que pudiera.

Aunque se cuidaría mucho de que Guy no se enterara.

Apartó con fastidio el helado que ni siquiera había probado. No podía evitarlo: la idea de la mentira la incomodaba, no le gustaba nada. Y aunque Guy se estuviera comportando tan mal, seguía siendo *Guy*. No le hacía falta mirarlo para saberlo. Ni para recordar lo mucho que él la había amado todos esos años.

Y cuánto había luchado para hacerla feliz.

—Querida Maddy —susurró Peter, quien, desde luego, entendía todo.

Él siempre había admirado a Guy.

Observó el mar enceguecedor y a los pescadores en sus botes de colores y pensó en las palabras que Luke había dicho más temprano. “No soporto que tengamos que ocultarnos”. Ella tampoco.

Pero Guy llevaba las de ganar y había pedido un mes.

¿Acaso tenían alguna posibilidad de negárselo?

—Ninguna por lo visto —admitió Luke cuando, mucho más tarde ese mismo día, después de que Guy regresara al hospital e Iris se fuera a casa de Della, Maddy por fin pudo llegar al apartamento.

No podía quedarse mucho. Guy había dicho que llegaría a tiempo para la cena y el sol ya estaba cayendo en el horizonte. Podía ver a través de las ventanas traseras cómo inundaba de color la superficie plateada del mar Arábigo: esa vista que recordaba con tanto cariño. Luke no había encendido ninguna lámpara; las paredes blancas y los pisos de mosaico se oscurecían segundo a segundo bajo los últimos rayos del crepúsculo. No quería irse. Apoyó la cabeza en el pecho de Luke y, una vez más, la idea de dejarlo le resultó inconcebible.

—Quiero ir al hospital y decirle lo que pienso de él —dijo Luke.

—No puedes —respondió ella, tal como le había respondido a su padre antes, después de que hubieron dejado a Iris en casa de Della y ella les hubiera contado a él y a su madre lo que Guy había dicho.

—Lo haré entrar en razón —había mascullado Richard con las manos apretadas en el volante.

—¿Crees que no lo intenté? —había replicado Maddy.

—Lo necesitamos —explicó ella ahora—. De lo contrario pasaremos años entre peleas y escándalos. Y aun así podría negarse a dar por terminado el matrimonio. Iris sería siempre esa niña…

—Lo sé —la interrumpió y Maddy vio el reflejo de su propia ira en la mirada oscura de él—. Y lo peor es que él también lo sabe.

—Es solo un mes —le recordó, tanto a sí misma como a él—. Tan solo un mes.

—Puede pasar de todo en un mes.

—No en este mes —insistió ella—. Superaremos este mes, volveremos a Inglaterra casados, como lo hemos estado siempre. Y tendrás tiempo para conocer a Iris aquí, antes de llevarla a ninguna parte.

Alice había ayudado a Maddy a ver ese lado positivo de la situación. Si bien, a diferencia de Richard, se había cuidado mucho de culpar a Guy (como era de esperar) y había insistido, con suavidad y mesura, en que a Maddy le convendría no apresurarse a tomar ninguna "decisión", Alice no

había dicho nada en contra de Luke. No había tratado ni una vez de hacer que Maddy se sintiera culpable por hablar sobre volver a Inglaterra con él, a pesar del terror espantoso que Maddy sabía que debía generarle la idea de que se marcharan.

Y no había ocultado su asombro cuando Guy había sugerido que debía supervisar los encuentros entre Luke e Iris allí en la India.

—No me imagino cómo me hubiera sentido si Edie me hubiera hecho lo mismo —había comentado.

—Jamás lo hubiera hecho —había murmurado Richard.

—No —había concedido Alice en voz más baja aún; todavía había una distancia inexplicable entre los dos—. Pero —había continuado, dirigiéndose a Maddy— debes recordar que estamos hablando de un cambio enorme en la vida de Iris. No es algo que deba hacerse apresuradamente.

Acto seguido, Alice había planteado la posibilidad de que los encuentros entre Luke e Iris tuvieran lugar en su casa. "Un sitio neutral".

—Hablaré con Guy al respecto —se había ofrecido, con un suspiro que dejaba entrever que la perspectiva no le agradaba—. Estoy segura de que entenderá que es lo mejor para Iris. Y tal vez lo tranquilice saber que yo voy a estar presente.

Richard la había mirado de soslayo, tan sorprendido como Maddy ante su aparente imparcialidad. Al igual que Maddy, había dado por hecho que Alice tomaría partido por Guy.

La neutralidad de Alice había conmovido a Maddy.

—Ven a casa mañana —sugirió a Luke ahora—. Pasa a visitar a Iris después de la escuela.

—¿Estás segura de que está lista? —preguntó él.

—Aunque lo estuviera creo que no me daría cuenta
—confesó con toda franqueza—. Pero ha preguntado por ti y quiere saber dónde estás.

—Me aterra pensar que podría volver a asustarla.

—No —aseveró Maddy—. *No*. No permitiremos que eso ocurra. Esta vez será diferente. Y mi madre nos ayudará.

—Desearía que no tuviera que hacerlo. Desearía…

—Ya sé —lo interrumpió y estiró los brazos para tomarle el rostro entre las manos y besarle los labios, como si con ese beso pudiera disipar la ansiedad de ambos—. Con el tiempo se hará más fácil —añadió con la convicción que

anhelaba que los dos pudieran sentir—. Ya verás. Un día esto nos parecerá un mal sueño.

Luke asintió despacio con la cabeza. Era evidente que necesitaba creerle. Maddy *sentía* su necesidad de creerle.

"Créeme", pensó y volvió a besarlo. "Por favor créeme".

"Porque así podré creer yo también".

"Y porque si no lo hacemos, Iris jamás creerá en nosotros".

Se fue demasiado tarde, por supuesto. Apenas tuvo tiempo para ir a casa de Della a toda prisa a buscar a Iris y luego bañarse rápido para borrar de su piel todo vestigio de la hora que había conseguido pasar con Luke antes de que Guy regresara.

La encontró en su dormitorio, justo cuando ella terminaba de recogerse el cabello para la cena. Maddy alzó la vista hacia la imagen cansada de Guy en el espejo del tocador y, para su consternación, vio que tenía un ramo de flores en la mano.

Guy cruzó la habitación y le ofreció las flores mientras le contaba que Alice había ido a verlo.

—No participaré en los encuentros entre Iris y Luke —señaló— si ese es tu deseo.

—Es mi deseo —contestó ella y se giró para mirarlo de frente, pero no se lo agradeció a pesar del alivio enorme que sentía.

No pensaba mostrar gratitud por algo así y mucho menos cuando Guy agregó a continuación que, si él no iba a presenciar esos encuentros, alguien tendría que hacerlo.

—*Guy* —comenzó, lista para protestar.

—No tiene nada que ver con que no confíe en ti —la atajó, lo cual la dejó muda. Se acercó un paso, todavía con el ramo de flores en la mano y una expresión triste que parecía pedir perdón y comprensión a la vez—. No creo que pueda soportar estar en el quirófano pensando que vosotros tres estáis juntos en algún lugar. —La miró—. De verdad, Maddy, la sola idea me revuelve el estómago.

Al ver la angustia en sus ojos y en su voz, el corazón de Maddy se contrajo muy a su pesar. Era justamente lo que había temido que ocurriera durante el almuerzo. Luchó por aferrarse a su enojo y no fracasó del todo: todavía tenía muchas razones para seguir furiosa. Sin embargo, cuando le tendió las flores

una vez más, no pudo evitar aceptarlas, demasiado apenada por él como para no hacerlo. "Bueno", recordó la voz de Peter, "jamás has podido evitar eso". Se quedó sentada muy quieta mientras Guy se inclinaba hacia adelante y le rozaba la mejilla con los labios; la misma mejilla que Luke había besado hacía tan poco con bastante más urgencia, con ella de espaldas a la pared y sus cuerpos entrelazados. Luego asintió con la cabeza cuando él le avisó que iría a leer un cuento a Iris antes de dormir. No los interrumpió, ni siquiera cuando los escuchó conversando y empezó a temer que Iris mencionara lo larga que había sido su visita en casa de Della y que Guy pudiera sospechar.

Guy no dijo nada durante la cena si Iris lo mencionó. Hablaron poco y nada mientras comían en la terraza oscura rodeada de plantas. Se limitaron a intercambiar comentarios banales (sobre el clima, la lectura de Iris, el personal del hospital) que Maddy olvidó tan pronto las palabras salieron de su boca o de la de Guy. Sin dejar de pensar en Luke, imaginó cómo sería ponerse de pie y abandonar la mesa y la terraza —con sus lámparas de citronela titilantes y los mosquitos que crepitaban bajo las luces— para correr hacia él; estaba desesperada por ir a buscarlo y le costaba creer que pudiera mantener la farsa.

Supuso que había redescubierto su habilidad para fingir.

Pero solo la utilizaría hasta cierto punto.

Cuando subieron a la planta alta para acostarse, ella se volvió y, antes de que Guy pudiera siquiera pensar en preguntarle si "podía" esa noche, declaró que prefería pasar la noche sola.

—Todo el mes, en realidad —añadió—. Necesito tiempo.

Él no se quejó. Asintió con la cabeza, como si entendiera.

—Quiero que te tomes el tiempo que necesites —replicó con su amabilidad de siempre—. Mi querida Maddy. —La besó en la frente con suavidad—. Yo también te pido tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Guy obtuvo el tiempo que quería. Veintinueve días en total.

Durante ese lapso, Maddy y Luke no pudieron verse todos los días. Sin siquiera insinuar que podría estar haciéndolo a propósito, Guy se las ingenió para obstaculizar cualquier intento de Maddy de salir por su cuenta. Liberado gracias al personal de Poona que había llegado para colaborar en el hospital, volvía de trabajar cada vez más temprano, siempre con un ramo de flores en la mano, siempre listo para leer más cuentos a Iris y disfrutar de una "bonita y larga cena" con Maddy. A veces aparecía sin previo aviso en la escuela (donde Maddy ya había anunciado su partida para que tuvieran tiempo suficiente para reemplazarla) o en casa de Della (si Maddy había mencionado que podría llevar a Iris allí) "solo para saludar". Los movimientos de Guy eran tan imprevisibles que Maddy no se animaba a tomarse un *rickshaw* para ir al apartamento de Luke tan a menudo como le exigía su deseo.

Pero Guy no podía estar presente todo el tiempo. Todavía tenía cirugías que realizar, ya que la rutina constante de apendicitis, esplenitis y heridas producidas en los campos de entrenamiento militar y en las canchas de polo mantenía el ajetreo del hospital. Además, debía cumplir con la ocasional guardia nocturna. Maddy no desperdició ninguna oportunidad. Aprovechaba cada minuto, cada segundo que podía pasar con Luke. Él solía esperarla en los escalones de entrada, a menudo con el cabello húmedo porque había ido a nadar y con la piel cada vez más oscura por el intenso sol de verano. Maddy solo pensaba en el momento en que él la veía aparecer al final del callejón y se ponía de pie, sonriente (esa sonrisa), con los brazos abiertos y listos para abrazarla fuerte y advertirle que esta vez no la soltaría.

—No lo hagas —respondía—. Por favor, no me sueltes.

Por la noche, sentada a la mesa con Guy mientras picoteaba la comida, fantaseaba que estaba otra vez en la cama de Luke, con la cabeza apoyada en el hueco de su cuello y los dedos de él que subían y bajaban por su espalda… ambos sudorosos, sin aliento, *juntos*.

También se preocupaba mucho por él. Veía las cicatrices en su pecho, la espalda y el cuello y nunca olvidaba lo que él había sufrido. En ocasiones, cuando estaban conversando, Luke se detenía en la mitad de una oración y fruncía el ceño por esos dolores repentinos que había admitido que lo acosaban desde su regreso al calor y el caos de la India. Maddy esperaba, le apretaba la mano y observaba su sufrimiento sin respirar hasta que el dolor cedía. Entonces, lo besaba, llena de frustración por lo poco que podía hacer para ayudarlo.

Jamás se permitía quedarse dormida cuando estaban juntos; a pesar de lo cansada que estuviera (y estaba tan tan agotada), siempre estaba pendiente de la hora. A veces Luke se dormía y ella se quedaba a su lado, con la cabeza en la almohada y la mirada fija en sus párpados titilantes. Imaginaba sus sueños y se estremecía cuando él lo hacía en respuesta al estallido lejano de un tubo de escape o de fuegos artificiales, con la horrible certeza de que estaba otra vez en las trincheras, donde ella no podía seguirlo… las trincheras que había recordado hacía poco tiempo.

—Es como si acabara de salir de allí —le confesó a principios de la primera semana que pasaron juntos—. Siento como que todavía está ocurriendo. No puedo creer que haya terminado, sobre todo estando aquí. Pienso mucho en Richmond, el río, esa paz…

—Regresaremos antes del verano —aseguró ella y odió la inutilidad de sus propias palabras en ese presente interminable que compartían—. Ojalá pudiéramos irnos mañana.

—Me pregunto qué opinaría Iris de eso —deslizó él.

Maddy no tuvo respuesta.

En esos primeros días, Iris seguía siendo una preocupación sobre la que les costaba hablar.

El primer encuentro fue tenso, como Maddy siempre supuso que sería. El hecho de que Guy se ocupara de contárselo a Iris antes de que Maddy bajara a desayunar esa mañana no ayudó en nada.

—¿Por qué lo hiciste? —le reprochó después de dejar a Iris en la mesa y seguirlo hasta el coche. Ni siquiera intentó ocultar su enojo—. ¿Viste la cara que puso? Va a estar ansiosa toda la mañana…

—No me pareció bien que lo soltaras así como así, Maddy.

—No pensaba hacerlo —retrucó—. Iba a hablar con ella después de la escuela…

—Bueno, ahora ya no hace falta —replicó Guy, casi como si les hubiera hecho un favor a todos.

Iris le aseguró que no estaba preocupada mientras caminaban hacia la escuela.

—Voy a hacer todo lo posible para que me agrade —recalcó, lo cual parecía un comentario muy extraño viniendo de una niña.

Maddy frunció el ceño.

—¿Guy te dijo que dijeras eso?

Iris sacudió la cabeza y volvió a hacerlo cuando Maddy repitió la pregunta.

Sin embargo estuvo muy callada de nuevo durante las clases de la mañana. Y, más tarde, se aferró a la mano de Maddy en el trayecto a la casa de sus abuelos, nerviosa sin duda.

Maddy también estaba nerviosa. Sentía la boca seca mientras intentaba distraer a Iris señalándole los pájaros entre las hojas, el mono que las miraba desde una rama alta. Tenía las manos húmedas dentro de los guantes. *Todos* estaban nerviosos, por supuesto, conscientes de lo importante que era que el encuentro saliera bien. Alice parecía especialmente incómoda. A pesar de que había insistido tanto en que su presencia ayudaría a facilitar las cosas, se mostró tan distante con Luke como siempre. Se ruborizó cuando lo vio llegar y susurró algo parecido a "gracias" cuando él la saludó con un beso (otra cosa extraña que uno no esperaba oír decir a alguien). Permaneció muy callada mientras tomaban el té en el porche sofocante; tironeaba del cuello de su vestido color crema y miraba a todas partes menos a Luke y a Maddy, hasta que incluso Iris, sentada en el regazo de su madre con su nuevo maletín de doctora apretado entre sus manitas regordetas, se sintió obligada a preguntarle si se encontraba bien.

—Solo tengo calor —respondió Alice.

Todos tenían calor.

Ni siquiera Peter, que se había tomado el día por sugerencia de Richard para prestar su apoyo, logró atenuar el ambiente cargado. Trató de mantener una conversación fluida —le contó a Iris que su papá era un experto jugador de polo (¿acaso no lo sabía?), le preguntó a Maddy cómo le había ido en la escuela y comentó que era todo un lujo no trabajar un lunes, obligándose a reír cuando Luke sonrió y respondió que el tiempo libre no debería ser un lujo— pero se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo, como todos,

para no mirar a Iris con ansiedad, preguntándose cuándo empezaría a soltarse.

Luke, al menos, se dio cuenta de que no debía forzarla. No le quitaba la vista de encima. Maddy observó cómo la miraba maravillado mientras la niña, con la cabeza baja, examinaba cada una de las piezas del instrumental médico en miniatura, y tuvo la certeza de que nunca jamás olvidaría ese momento.

—No podía dejar de pensar en su pequeño pie color sepia en esa fotografía que me mandaste —reveló él más tarde.

Le preguntó algunas cosas a Iris: sobre sus amigas ("Suya y Lucy", susurró la pequeña), qué le gustaba hacer en la escuela ("Pintar", contestó, con los ojos clavados en el maletín de médico) y durante los fines de semana ("No sé", murmuró) y casi *casi* consiguió hacerla sonreír cuando le preguntó si Suya le había enseñado cómo asustar a los pavos reales.

—Te lo enseñó, ¿verdad? Me lo imaginé. ¡Pobres pavos reales!

Cuando él y Peter estaban a punto de marcharse, Luke hizo lo que Maddy estaba segura de que había querido hacer desde el momento en que había visto a su hija: se puso de pie y se acercó para acuclillarse junto a ambas.

—Iris, ¿me equivoco o estás un poco cohibida?

La niña guardó silencio, pero alzó la vista despacio de su juguete y su cuerpo tibio se puso tenso en la falda de su madre. Era un claro "sí".

—No te preocupes —añadió Luke—. No me conoces todavía. Puedes ser todo lo tímida que quieras.

Otro silencio.

Luke le sonrió. Maddy no podía creer que lograra hacerlo.

—¿Te gustan los caballos, Iris? —preguntó a continuación—. ¿Por eso Peter te contó que juego al polo?

Esta vez Iris asintió y sus rizos transpirados acompañaron el movimiento de su cabeza.

—¿Qué te parece si mañana vamos al acantonamiento? Conozco a unos oficiales de caballería allí y podríamos arreglar para que te den una clase de equitación.

La sugerencia alegró a Maddy. Era una buena idea.

Confiaba en que sería un día más llevadero.

En especial cuando Della comentó que ella y Lucy se sumarían, *lo cual, con suerte, serviría para aliviar la tensión de todos*.

Maddy y Della permanecieron al borde del redondel de arena mientras observaban cómo Luke y un par de tenientes ayudaban a las niñas a montar y las llevaban de la rienda bajo el sol abrasador, animándolas a avanzar al trote despacio. Lucy reía cuando andaban más rápido y gritaba a Della y Maddy para saber si estaban mirando.

—Sí, os estamos mirando —afirmó Maddy—. No nos lo perderíamos por nada.

Deseó con toda su alma que Iris gritara de alegría también. Sin embargo, aunque sonreía y en un par de ocasiones rio por un segundo (lo cual era una verdadera maravilla), no gritó en ningún momento. Ni una vez.

—Ya veo a qué te refieres —señaló Della con los ojos entrecerrados debajo del ala del sombrero—. No es la misma Iris de siempre.

—No logro entender qué le ocurre —replicó Maddy, pensando en la locuacidad exuberante y la simpatía habitual de su hija—. Es como si hubiera mirado un segundo hacia otro lado y ahora hubiera otra niña en su lugar.

—Se debe estar tomando su tiempo para asimilar todo.

—Pero cuando Guy regresó a la India, fue instantáneo. Estaba lista para adorarlo desde un principio.

—No tenía ninguna razón para no hacerlo —contestó Della con suavidad —. No podía saber cuánto iba a cambiar su vida. La pobrecita no pensaba más allá del próximo helado que se comería en el Sea Lounge.

Maddy suspiró y coincidió con el argumento de su amiga.

—Apenas ha tenido tiempo de acostumbrarse a vivir en casa de Guy —continuó Della— y ahora debe lidiar con esto. Debe estar abrumada.

—Creo que hay algo más —sugirió Maddy mientras estudiaba el rostro pensativo y sonrosado de su hija debajo de la gorra y la cautela con la que escuchaba lo que Luke le decía—. Iris *no* es así… de retraída… con nadie.

—¿Guy te dijo algo? —preguntó Della.

—Cree que está asustada. —Recordó las palabras que le había dicho él la noche anterior después de llegar con otro ramo de flores y de preguntarle cómo había ido el encuentro con Luke. Maddy había admitido que Iris había estado callada; todavía estaba enfadada por su intromisión durante el desayuno y quería que él se hiciera cargo de haber contribuido a su malestar.

Guy no se había dado por aludido.

—Toda esta situación la está alterando mucho. No me sorprende para

nada que haya resultado difícil —había dictaminado.

—Ya se le pasará. —Maddy se había apresurado a tranquilizarlo, a ambos en realidad—. Los niños se adaptan con facilidad. Al parecer mi primer viaje a Inglaterra me alteró mucho…

—Iré a verla —la había interrumpido él sin querer escuchar el resto—. Seguro que le encantará que le lea un cuento.

Había tardado tanto que Maddy había subido a ver qué pasaba. Los había encontrado a los dos dormidos en la cama de Iris y había tenido ganas de llorar al ver lo contenta que parecía su hija apoyada en el brazo de Guy.

—¿Hablaste con Iris? —quiso saber Della ahora y la trajo de vuelta al presente.

—Lo intenté, pero se retrae. Es como si le diera miedo abrir la boca.

—¿Y habla con Guy?

—No estoy segura —respondió Maddy mientras volvía a recordar la escena de los dos dormidos, como si fuera una herida y no pudiera evitar tocarla—. Para serte franca, no me animo a preguntar.

Jamás lo hizo.

"No tiene sentido", le explicó a Edie en una carta que escribió a lo largo del mes y que nunca envió. Se convirtió en una especie de diario íntimo, una forma de conservar la cordura cuando estaba sola en la casa de Guy, encerrada en su habitación mientras lo oía a él en la suya, desesperada por hablar con alguien. "Solo me haría sentir más culpable de lo que ya me siento por poner a Iris en esta situación. Además, creo que Guy siente alivio por el hecho de que Iris no se haya encariñado enseguida con su padre; no sé si lo habría podido soportar si hubiera sido así. Y, por supuesto, ha puesto condiciones para dejarnos ir cuando acabe el plazo de este limbo ridículo. Una de ellas es que Iris también tiene que querer hacerlo. Estoy segura de que confía en que Iris lo apoye.

"Sin embargo, ¿cómo podemos preguntarle siquiera qué desea hacer? Es apenas una niña, demasiado pequeña para participar en semejante decisión. Traté de convencer a Guy de que no debemos involucrarla, pero no entiende razones. Todavía se niega a hablar conmigo del tema. Me trae flores cada vez que vuelve a casa y le compra libros nuevos a Iris para demostrarnos lo felices que podemos ser".

Otro día, escribió: "Iris ha empezado a mostrarse más reservada con Guy

también". La mano se le pegaba al papel húmedo. "Creo que le da tanta pena como a mí hacerlo sufrir.

"Tal vez por eso obliga al pobre Luke a esforzarse tanto".

"Pero él se esfuerza —continuó escribiendo otra noche—. Me encantaría que lo vieras con ella, Edie. Todo el tiempo se le ocurren cosas divertidas para hacer: ir a pescar a la playa, hacer pícnics, jugar tenis en el Club Gymkhana, volver al acantonamiento para tomar más clases de equitación… Y, si bien tenemos nuestra lista rotativa de acompañantes que se van turnando, de verdad se empieza a notar que nos estamos convirtiendo en una familia. Mamá nos acompaña la mayor parte del tiempo y me parte el alma porque veo cómo teme que llegue el momento de nuestra partida (está casi tan callada como Iris, pero ha vuelto a su habitual mecanismo de defensa: se guarda todo y se niega a admitir que haya algún problema, incluso entre papá y ella, aunque todos nos damos cuenta de que siguen sin dirigirse la palabra); a veces siento que está a punto de decirme algo, pero jamás lo hace. Quiero asegurarle que vamos a venir de visita, que todavía albergo la esperanza de conseguir que vuelva a subirse a un barco (es cierto; de hecho, estoy decidida a lograrlo; hace años que lo intentó por última vez y ahora no está tan sola como en ese momento), pero no quiero angustiarla aún más".

"No obstante —prosiguió unos días más tarde— debo decir que parece bastante más relajada cuando está Luke, quien no le ha dado alternativa, por supuesto (le habla todo el tiempo, le sonríe, le pide su opinión sobre lo que deberíamos hacer al día siguiente). Parece que la estrategia de Luke ha dado resultado.

"¡Y lo mismo ha ocurrido con Iris, Edie! No quería tentar a la suerte al escribir sobre el tema antes de tiempo, pero de verdad, en serio, absoluta y unilateralmente creo que ya se puede decir que la está conquistando a fuerza de puro esmero y determinación. Al principio ni me di cuenta de que ocurría, pero Iris ha vuelto a reír con frecuencia, en especial cuando Luke se ríe. La mayoría de las veces se olvida de morderse el labio cuando le sonríe. No tengo palabras para describir la felicidad que me da que haya dejado de hacerlo. Siempre ha sonreído tanto. Y ha empezado a charlar con él, a charlar de verdad. Da la impresión de que por fin Luke ha logrado derribar sus defensas y que ella ya no se contiene más. Sobre todo quiere saber sobre su pérdida de memoria: cómo se sentía, por qué estuvo tanto tiempo en el

hospital, si los médicos y las enfermeras lo trataban bien. Hoy le preguntó si se ponía triste. 'Sí, a veces, sí', le respondió Luke, 'porque os extrañaba mucho a ti y a tu mamá'. Y ella se puso triste también… hasta que él le dijo que no estuviera triste, que era su deber asegurarse de que eso no pasara. 'Porque eres mi papá', declaró ella. 'Porque soy tu papá', replicó él. 'Es mi único trabajo en este momento'.

"¡Ay, Edie! ¿Será posible que lo ame más que nunca? Como no puedes contestar, lo haré por ti.

"Creo que sí. No, no lo creo: lo sé con toda certeza".

Su amor por Luke volvió a acrecentarse esa misma tarde del vigésimo noveno día de los treinta días de Guy. Acababa de terminar su última clase en la escuela y habían bajado a la playa, por petición de Iris, con Richard para pescar la cena de esa noche.

Maddy no participó en la pesca y su padre tampoco. Se sentaron bajo las palmeras y dejaron que Luke e Iris pescaran mientras conversaban en voz baja y observaban a Luke, que se arremangó los pantalones y dijo a Iris que se quitara esas botas ridículas antes de acompañarla a la orilla. Maddy había intentado, otra vez, persuadir a su padre para que le contara lo que ocurría entre él y su madre, pero ahora soltó un breve suspiro, porque (una vez más) Richard se mostraba tan reservado como Alice.

—Ya tienes bastante sin preocuparte por nosotros.

—Y sin embargo me preocupo —explicó ella.

Richard sonrió y le acarició la mano.

—No lo hagas.

—¿Vale la pena, papá? —preguntó—. Sea lo que sea, ¿realmente tiene sentido seguir sufriendo así?

La sonrisa de su padre se entristeció.

—Tal vez no.

Maddy esperó que dijera algo más pero no lo hizo.

Con cierta reticencia aceptó el hecho de que no servía de nada presionarlo y desvió su atención hacia la orilla.

El sol brillaba con fuerza y cubría el mar y la arena con un manto dorado. Luke apoyó una rodilla y, mientras el mar le bañaba el pie, preparó la caña bajo la mirada de Iris. En el cielo, un pájaro se zambulló en el agua y atrapó un pez. Iris ni lo miró. Parecía absorta en la maniobra de Luke para enganchar el anzuelo. Como si no pensara en lo que estaba haciendo se

acercó, con sus rizos oscuros que se desordenaban con el movimiento, y apoyó una manita en su hombro.

Maddy tardó un segundo en asimilar el gesto de su hija. Contuvo la respiración por temor a que se tratara de una alucinación.

—Mira eso —susurró Richard—. Iris acaba de devolver la vida a Luke y ni siquiera lo sabe.

Luke no reaccionó. Logró seguir con lo que estaba haciendo como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal. Maddy oyó su voz que hablaba a Iris, pero no pudo escuchar lo que decía. Vio a Iris asentir con la cabeza, sin retirar la mano del hombro de su padre. No la movió ni un ápice. Luego soltó una carcajada y lo salpicó con el pie. Lo salpicó.

Luke se rio y Maddy sintió que el corazón le estallaba de alegría, más aún cuando Iris volvió a soltar una risa. Luke se puso de pie, le entregó la caña y la ayudó a lanzar la línea.

Luego se giró, miró por encima del hombro a Maddy y a Richard y sonrió: una sonrisa de felicidad total y completa.

Una sonrisa que Maddy jamás olvidaría.

Una sonrisa que decía: "Todo va a salir bien".

Ella misma lo creyó.

En ese instante, al verlos juntos, con el sol de la India reflejado en sus rizos oscuros, tuvo una fe absoluta en el futuro que les aguardaba.

Pero entonces llegó esa noche.

La noche en la que todo se desmoronó.

Había sospechado lo que le pasaba a su cuerpo. Ya lo había vivido una vez; eran sensaciones muy familiares. Se sentía mucho más cansada que de costumbre; se quedaba dormida de inmediato después de cenar y dormía muy profundo. El último tiempo había tenido ese gusto extraño en la boca y había tenido que ir al baño más a menudo. Además, su regla llevaba dos semanas de retraso. (Al contrario de lo que le había dicho a Guy, su regla era siempre muy puntual).

Incluso a pesar de todo eso, no había estado segura. O no se había *permitido* estar segura. Había intentado, con bastante obstinación, no pensar siquiera en la posibilidad de tener otro hijo. Habría estado feliz de hacerlo si Guy no hubiera insistido en ese encuentro apresurado y nada agradable antes de la fiesta de cumpleaños de Iris. Si hubiera tenido tiempo de usar el

capuchón en ese momento, habría estado encantada con la expectativa de albergar esa vida en su interior. No habría dudado en contar a Luke que Iris tendría un hermanito o una hermanita. Habría disfrutado de oírlo contener el aliento con euforia y ver cómo se le transformaba el rostro con la sorpresa y la alegría… ser testigo de esa felicidad que se le había negado cuando solo había podido enviarle un telegrama para darle la noticia de Iris.

Pero no había tenido tiempo de colocarse el capuchón.

De modo que, aunque había estado con Luke muchas veces desde entonces —encuentros maravillosos e increíbles en los que habría querido creer que una vida elegiría comenzar—, no había certeza de que ese bebé fuera de él.

No sabía qué hacer al respecto. Le había parecido que fingir que podría no ser cierto era lo único que *podía* hacer.

Hasta que ya no pudo seguir fingiendo.

Su madre estaba con ella cuando ocurrió, esa vigésima novena noche.

Llegó justo cuando caía la noche y las sombras comenzaban a envolver la selva y la casa ya oscura de Guy. Maddy se dirigía a la planta alta para preparar a Iris para irse a dormir cuando oyó el golpe en la puerta del frente. Con cautela, ya un poco mareada, fue a abrir; ni siquiera se sintió con fuerzas para preguntarse por qué su madre se encontraba allí, en las sombras, con las manos apretadas y el rostro tenso, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar.

—¿Dónde está Iris? —preguntó Alice.

—Arriba —respondió Maddy y notó que tenía la boca seca.

—¿Y Guy?

—No ha llegado todavía. —Se apoyó contra la puerta. En la cocina estaban cocinando arroz para la cena y el olor llegaba hasta allí.

El arroz le había caído mal en el embarazo de Iris.

—Necesito decirte algo —soltó Alice.

—¿No quieres pasar? —preguntó Maddy mientras se llevaba la mano al estómago revuelto.

—No hace falta. Solo quería decirte que hoy vi a Diana…

—¿Diana? —repitió Maddy, confundida.

—¿La has visto?

Maddy apenas notó la tensión en la voz de su madre, así como el enrojecimiento extraño en su tez clara. Sin embargo, no podía pensar en eso.

El olor del arroz la ahogaba; sintió que el sudor le cubría la frente, el pecho…

—¿Maddy? —la urgió Alice.

—No —contestó Maddy—. La verdad es que no tengo ganas de ver a Diana.

—Dijo que quizás pasaría a visitarte —continuó Alice y, ante el espanto de Maddy, estalló en sollozos—. Tengo que decírtelo… —Las lágrimas no se detenían—. Según tu padre ya no vale la pena… pero me parece que tenía razón antes. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo…

Maddy no tenía idea de qué hablaba. Una parte de su mente pensó que podría tener que ver con el motivo del distanciamiento entre sus padres, pero no se detuvo a averiguarlo. A pesar de la angustia que le causaba el llanto de su madre, no podía contener las náuseas ni un segundo más.

Esquivó a Alice y cruzó el porche a los tumbos hasta el jardín delantero, donde vomitó en los rosales que el criado personal de Guy cultivaba con tanto orgullo. Durante unos instantes se olvidó de todo excepto del asco de su propia bilis, las convulsiones que le sacudían el estómago y las lágrimas que le corrían por las mejillas (siempre lloraba cuando vomitaba). No advirtió que las manos de su madre la tomaron de los hombros, ni el vehículo que cruzó los portones, ni la puerta del auto que se cerró de un golpe, ni los pasos que avanzaron con rapidez por el sendero de tierra.

Cuando las convulsiones cedieron vio que Guy estaba a su lado además de su madre.

Ambos también habían estado presentes cuando se había dado cuenta de que estaba embarazada de Iris.

Con una mano temblorosa sobre la boca, recordó la facilidad con la que Guy había adivinado lo que pasaba en ese momento. No tenía ninguna duda de que lo adivinaría esta vez también. Y ahora que lo pensaba, había estado observándola durante días: sus bostezos, el hecho de que se iba a dormir temprano y sus visitas frecuentes al baño.

Todo lo que ella había intentado ignorar.

No se atrevía a mirarlo. Tragó el último resto de bilis que le quedaba en la boca y trató de asimilar la irreversibilidad de lo que había permitido que ocurriera, pero no lo logró y entonces (sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano) se obligó a darse la vuelta.

Guy estaba de pie a unos pasos de ella, todavía con el uniforme del

hospital. Sus ojos, esos ojos buenos y amables, estaban clavados en ella: agotados, preocupados y, a la vez, llenos de esperanza.

Y sonrientes.

Guy sonreía.

Una sonrisa que Maddy jamás olvidaría.

Una sonrisa que decía: "Jamás permitiré que te vayas ahora".

Una sonrisa que decía: "Puede pasar de todo en un mes".

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Residencia para adultos mayores High Elms, Inglaterra, agosto de 1977

Estaba fresco para ser verano y además, llovía; una llovizna tenue cubría los jardines de High Elms —el césped, las hojas, los canteros en flor— con una película tan fina que Luke sentía que la respiraba.

"Casi no parece lluvia, ¿verdad?".

Arnold le había dicho eso una vez. Se acordaba. Estaban en el viejo huerto del Quinto Hospital Militar. Sonrió con tristeza al pensar en su médico y en ese rincón del predio del hospital que había llegado a amar: las manzanas en el suelo, el arroyo apenas perceptible que le resultaba tan tranquilizador (suponía que debía recordarle su jardín junto al río en Richmond), todos esos arbustos llenos de frutos. Y los cañones. Su sonrisa se desvaneció al recordar cómo él y Arnold habían escuchado el siniestro fragor que llegaba desde el Somme; un bombardeo tan intenso que había resonado a través del canal de la Mancha.

Aún podía oír el estruendo. No era un ruido que se pudiera olvidar. También recordó que ese día había intentado comparar la lluvia con otra cosa. Con qué exactamente, nunca había podido saberlo, como solía ocurrirle entonces.

Como aún le ocurría.

Pero ahora podía adivinar cuál habría sido esa comparación. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo infinito mientras sentía la lluvia en las mejillas, los labios, y pensaba en la India, las lluvias allí y lo diferente que habían sido ese verano antes de la guerra.

Ese verano increíble en el que se había casado con ella.

El último verano que había vivido en Bombay.

Tenía sus cartas con él en el jardín, debajo de la chaqueta: todas las cartas que le había escrito desde que había llegado a ese lugar. Las enfermeras se encargaban de protegerlas (por expreso pedido suyo) cuando recaía en uno de sus períodos malos, esos días perdidos; los episodios en los que sus propias palabras carecían de significado y temía acabar destruyendo las páginas que había escrito en sus intentos desesperados por comprender. No podía hacer eso, no después de haber quemado sus diarios con Arnold tantos años atrás. Su mente maltrecha volvía a fallarle y tenía miedo de que, muy pronto, esas cartas fueran lo único que le quedara de los recuerdos que tanto le aterraba perder.

El grito de un niño lo sobresaltó y lo trajo de vuelta al presente. Se giró hacia el lugar de donde había llegado el sonido junto a las hortensias. No era el único que se había atrevido a desafiar el clima esa tarde. Otra de las residentes de High Elms había salido a caminar, solo que ella iba acompañada de su familia: el niño pequeño con la pelota que había gritado, sus hermanos y hermanas; tantos hijos, nietos y bisnietos.

La señora se llamaba Miriam.

Había tenido una vida muy dura. Le había contado a Luke muchas muchas veces que había escapado de Viena justo antes de la Anschluss, abandonando a casi toda su familia judía allí. Lloraba cada vez que hablaba de ellos: las hermanas y los hermanos perdidos, sus padres y abuelos, los niños que jamás habían crecido. Luke solía tomarle la mano mientras ella recordaba; la escuchaba y trataba de no hablar… sobre todo porque ninguna palabra era suficiente.

Pero hoy… hoy Miriam sonreía y él sonrió también, a pesar de todo lo que había estado recordando, porque verla sonreír era una maravilla.

Miriam cumplía ochenta años ese día. "Una jovencita", había dicho él esa mañana cuando la había felicitado y le había entregado su regalo: las galletas austríacas que le había pedido a Emma que comprara en la vieja panadería local. Iban a celebrar una fiesta esa tarde, con el zumo de siempre y los petardos que no estallaban. Emma había dicho que vendría.

La dulce Emma.

El niño golpeó la pelota hacia arriba con fuerza y luego la atrapó con el lateral del pie. Luke observó cómo se le iluminaba el rostro enrojecido y miraba a su alrededor para ver si sus padres habían presenciado su hazaña. Sintió que su propio pecho se contraía de dolor ante los recuerdos.

Miriam rio con el chico y le pidió, con su acento leve, que lo hiciera otra vez. Iba del brazo con su hija mayor, que le sujetaba la mano con la suya. Luke notó lo feliz que se veía, tan contenta.

Tomó aire con dificultad y, casi sin querer, pensó en Maddy otra vez.

¿Se vería así ahora si estuviera allí caminando con Iris?

Respiró hondo para tratar de imaginar la escena. Borró de su mente el ruido del jardín, de la lluvia, las risas y la gente, porque las necesitaba allí con él.

Pero no aparecieron.

O, al menos, no como él quería imaginarlas.

En su lugar las recordó tal como las había visto desde la cubierta del barco minutos antes de abandonar la India por última vez. De pie en el atestado muelle de Bombay, Maddy aferraba la mano de Iris mientras la pequeña lo saludaba con la otra; las miradas azules y brillantes de ambas clavadas en él.

Levantó la mano para saludarlas aquí, en el jardín. La imagen era tan vívida. Advirtió que Maddy movía los labios, leyó las palabras que le decía y sintió que se le cerraba la garganta hasta casi sofocarlo, igual que entonces.

Se tambaleó hasta un banco cercano porque necesitaba sentarse. Tanteó hasta encontrarlo. No podía mirar.

Los recuerdos inundaron su mente y sus ojos cansados y todavía ardientes se llenaron de lágrimas, y ya no pudo ver nada en absoluto.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Bombay, 1921

Maddy le dijo a Guy que quizás no era el padre, se lo dijo ahí mismo, en el sendero de entrada. No dudó. Fue lo más difícil que había tenido que hacer en la vida y, a la vez, lo más fácil, porque si bien le partía el alma arrebatarle la felicidad con tanta rapidez y crueldad, la sonrisa de Guy la aterrorizó de forma tal que no podía permitir que durara un segundo más.

—Esto no es tan sencillo como quieres creer —precisó y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez cuando, a través de la penumbra, vio que la alegría desaparecía del rostro de él.

Guy sabía muy bien lo que ella le estaba diciendo. Su expresión abatida era prueba evidente.

—Por supuesto que es sencillo —replicó de todos modos e incluso extendió la mano para tomar la de ella.

Maddy no lo culpaba por intentar seguir con la farsa. (¿Acaso ella no había hecho lo mismo?). No albergaba resentimiento ni tampoco seguía enojada con él, como lo había estado durante todo el mes. Lo único que sentía era una honda compasión por la vulnerabilidad de su mirada suplicante.

Aun así no le dio la mano. Se contuvo y apretó el puño, consciente de que no debía tratar de ser amable. Esta vez no.

No había ya lugar para la esperanza.

En cambio dio un paso atrás y, al hacerlo, su madre se acercó y le tocó el brazo. Maddy respiró con dificultad, algo fortalecida por el gesto, por la increíble certeza de que Alice no la culpaba, no estaba horrorizada. Simplemente estaba allí. *De su lado*.

—Me pediste un mes —se obligó a recordar a Guy—. Ha llegado el

momento de darlo por terminado. Te prometo que no te dejaremos al margen. Tendrás un lugar en la vida de esta criatura…

—¿Un lugar? —repitió él, mirándola con fijeza y con expresión endurecida —. ¿Un *lugar*?

—Guy, es muy posible que no seas…

—No —la interrumpió, como había hecho tantas veces—. No quiero escucharlo.

—Tienes que hacerlo —replicó ella, alzando la voz con una desesperación creciente que la impulsaba a ser más sincera que nunca—. Quiero estar con Luke —reveló—. *Amo* a Luke. Es el *padre* de Iris y lo más probable es que también sea el padre de este bebé…

—¡Basta! —exclamó Guy y se giró para que ella no pudiera verle el rostro (o tal vez, para no ver el de ella)—. Ya es suficiente.

Antes de que Maddy cayera en la cuenta de lo que estaba sucediendo, Guy ya se alejaba en dirección a su coche.

—¿Adónde vas? —le gritó.

Él no respondió. Sin despedirse de Alice partió a gran velocidad; las ruedas del coche levantaron nubes de polvo sobre la hierba oscura.

Quizás había ido a enfrentar a Luke pensó Maddy de pronto. La posibilidad la aterrorizó aún más. Todavía no había hablado con Luke. No quería que se enterara por Guy…

—Vete —la urgió su madre, como si le leyera la mente—. Me quedaré a cuidar a Iris.

—No le digas nada.

—*Por supuesto* que no le voy a decir nada. Vete.

No hizo falta que se lo repitiera una tercera vez. Maddy se marchó en su propio coche, tan absorta en ver a Luke cuanto antes que no se detuvo a pensar en los ojos enrojecidos de su madre hasta que hubo dejado atrás la casa.

Su madre también había llorado.

Y Maddy ni siquiera le había preguntado si estaba bien ni por qué había estado tan alterada. “Solo quería decirte que hoy vi a Diana…”.

Apretó el volante y se preguntó de qué demonios estaría hablando Alice; se maldijo para sus adentros por no tener la menor idea. Pero ahora no podía regresar. Aceleró a través de la selva oscura y se prometió hablar con su madre cuando volviera.

Solo podía preocuparse por un tema a la vez.

Guy no estaba en casa de Luke.

Apenas llegó a tiempo para ver a Luke, que estaba a punto de salir para ir a tomar algo con Peter, todavía eufórico por la tarde que había pasado con Iris en la playa y la idea de todo lo que, por fin, podía ver desplegarse ante ellos: los años y años que empezaba a creer que, de verdad, podrían llegar a compartir los tres.

De regreso de la playa, Iris había dejado que la llevara sobre sus hombros.

Había llevado a su hija sobre sus hombros.

Sonrió con solo pensarlo mientras se subía el cuello de la chaqueta; recordó la manera risueña en que ella le había apoyado las manitas saladas en las mejillas y el cabello. Todavía sonreía cuando abrió la puerta a Maddy.

Y entonces vio la expresión en su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó con un temor frío que le corría por las venas —. ¿Qué ha pasado?

—De todo —respondió ella y le contó lo ocurrido mientras Luke la ayudaba a entrar. Tenía los ojos hinchados fijos en los de él y hablaba sin parar, como si temiera quedarse sin palabras si se detenía.

No la interrumpió. Escuchó todo lo que ella dijo —sobre el bebé que ansiaba con desesperación que fuera suyo ("Sí", pensó Luke aturdido, "yo también lo deseo"), sobre la reacción de Guy y su propio temor de que no les concediera la anulación— y no logró articular palabra. La abrazó, más por instinto que por voluntad, porque apenas sabía lo que hacía. Todo era demasiado y demasiado repentino, como si ocurriera fuera de su órbita de control.

Solo cuando ella comenzó a pedirle disculpas, a decirle que lamentaba mucho lo que había hecho, algo dentro de Luke despertó y lo trajo de vuelta a ella y a sus cabales.

No quería que se sintiera culpable, no por eso.

¿Qué culpa tenía ella?

—Intenté rechazarlo antes de la fiesta —explicó—. No quería, te lo juro…

—Maddy —pronunció, cuando por fin recuperó el habla—, ¿acaso crees que eso me hace feliz? —Observó la expresión desencajada de ella y sacudió la cabeza, horrorizado ante la posibilidad de que así fuera—. No me hace

feliz. —Pensar en ella… *tolerando…* esa situación. La mera idea lo destrozaba.

En ese momento quería matar a Guy. La ira que ya de por sí le despertaba el marido de su mujer estalló con toda su intensidad. Guy debía haber percibido la reticencia de ella. *Seguro* que la había sentido.

Y aun así había seguido adelante. Se lo había exigido.

—¿Dónde está ahora? —soltó.

—No sé —respondió ella—. Creí que había venido aquí.

—Ojalá lo hubiera hecho. —Durante ese mes, había estado a punto de enfrentarse a él. Había perdido la cuenta de las veces que apenas había logrado contener el impulso de ir al hospital para preguntarle quién demonios se creía que era para someterlos a todos a semejante padecimiento.

"Lo necesitamos", había insistido Maddy. "Ya va a entrar en razón".

"Lo hará", habían asegurado Peter y Richard una y otra vez.

Pero ahora, ahora…

—Lo lamento mucho. —La voz de Maddie se filtró a través de su rabia.

—¿Por qué sigues diciendo eso? —preguntó él, con más suavidad esta vez.

—Debí habértelo contado.

—Sí —admitió, porque era innegable—, deberías haberlo hecho.

—Y el bebé…

—Recibirá todo nuestro amor —replicó sin dudarlo, convencido, al pronunciar esas palabras, de que también era un hecho innegable.

—¿De veras? —aventuró ella sonriendo, aunque con cierta cautela, por primera vez desde que había llegado.

—De veras —afirmó Luke con una certeza total en el pecho. No se lo cuestionaba. No era una opción. Por supuesto que esperaba que el niño fuera suyo, pero sabía que lo sería de todas formas, en todos los sentidos que importaban.

¿Cómo podría no serlo si era hijo de ella?

—Pero está Guy —dijo Maddy.

—Ya lo sé —replicó él, porque (a pesar de su ira profunda) no podía permanecer indiferente al dolor que le causarían. Veía cuánto amaba Guy a Iris: la forma en que la había abrazado en su fiesta de cumpleaños había bastado para demostrárselo. Sabía que parte de la conducta de Guy tenía que

ver con su miedo a perder a Iris y a Maddy. Luke no la justificaba, no había excusa posible, pero tendría que ser inhumano para no entenderla.

Y ahora también le quitarían a ese bebé.

—No vamos a desaparecer —añadió—. Iris querrá verlo, escribirle. —Hacía tiempo que había aprendido a aceptar eso—. Tendremos que venir a visitar a tu madre…

—No lo sé —interpuso ella con aire distraído—. Tengo toda la intención de convencerla de que se suba a un barco.

—Ya veremos.

Maddy suspiró hondo y se reclinó contra él. Luke le apoyó la mejilla en la frente y también se apoyó en ella.

—¿Va a salir todo bien? —inquirió ella.

—Tiene que salir bien.

—Guy es una buena persona. Quiero creer que hará lo correcto.

Luke también quería creerlo.

—Pero nos las arreglaremos —continuó ella—, incluso si se niega a la anulación. Tenemos un hogar, una familia. Tu trabajo te espera… —Se interrumpió y levantó la vista.

Luke vio la pregunta en sus ojos.

—No voy a quedarme sin trabajo —sostuvo, con la esperanza de estar en lo cierto—. No viviremos en la pobreza. No todo el mundo nos condenará.

Ella asintió despacio.

Muchos lo harían, por supuesto. Ambos lo sabían.

—Pero estaremos juntos —declaró ella—. Nos iremos de aquí.

—Nos iremos —repitió él—. Nadie podrá impedirlo.

—Puedes impedirlo —precisó el abogado de Guy, un antiguo conocido de la escuela llamado Henry Parsons, con quien, si bien no eran amigos íntimos, tenía la confianza suficiente como para ir a verlo a su casa, incluso tan tarde.

Le había resultado muy útil el mes anterior cuando Luke acababa de llegar, ya que le había asegurado a Guy que no solo su matrimonio con Maddy era válido, sino que él era el único de los dos que podía ponerle fin mediante la anulación o el divorcio.

—Es así de simple: ella no puede llevarte a juicio —había explicado Henry —, a menos que le des motivos para sugerir que has violado a otra mujer o cometido incesto.

—Bueno, jamás haría ninguna de las dos cosas —había respondido Guy espantado.

Henry se había reído, como si hubiera sido una broma buenísima.

Ahora estaba igual de tranquilo: bebía su *whisky* a grandes sorbos mientras repetía a Guy que no tenía nada de qué preocuparse, *nada*, porque los tribunales por supuesto reconocerían su derecho como padre de esa criatura. Él, y nadie más que él, era el único esposo de Maddy.

—Podemos conseguir una orden para obligarla a quedarse en la India mientras esté encinta —sugirió—. Como padre eres el tutor legal del niño. De hecho, puedes tener la custodia en cuanto nazca.

—Bueno —contestó Guy y se movió con nerviosismo en la silla—, no me gustaría llegar a ese extremo…

—Claro que no —replicó Henry mientras tomaba un habano—, pero no se lo digas, por el amor de Dios. No hace falta llegar a la instancia judicial. Solo tienes que hablar con ella y asegurarte de que entienda las consecuencias de seguir adelante con toda esta tontería. No me parece el tipo de mujer que pensaría en sus deseos antes que en sus hijos. Como te dije antes, también podrías reclamar la custodia de Iris.

Guy miró su vaso de *whisky*, anonadado por haber llegado a esa situación. Habían sido todos tan felices hacía tan poco tiempo. Había sentido tanta felicidad…

—No pongas esa cara de preocupado —lo regañó Henry—. Ni Maddy ni los niños se irán a ninguna parte. Tu familia no corre peligro, amigo mío.

Guy asintió ahora con una cierta tranquilidad a pesar del malestar que todavía sentía. Las palabras de Henry, pronunciadas con tanta autoridad en ese despacho con las paredes recubiertas de libros de derecho, sonaban bastante lógicas, casi razonables.

La sensación lo acompañó durante el trayecto de regreso a su casa.

Cuando detuvo el coche y vio con una mezcla de alivio y aprensión la ventana iluminada de la habitación de Maddy, señal de que no solo estaba allí sino también de que seguía despierta a pesar de que ya eran más de las once, decidió que era un buen momento para tener *esa* conversación que le había recomendado Henry.

Al fin y al cabo ella no le había dejado otra alternativa.

Era su marido. Maddy había elegido casarse con él, había confiado a Iris a su cuidado y llevaba a su hijo en el vientre. (*Era* su hijo, estaba seguro. Por

completo seguro. Definitivamente seguro. Absolutamente… seguro). Casi podía oír los latidos suaves de su corazoncito. Ya lo había imaginado en sus brazos por primera vez. No podía ni iba a permitir que Maddy le arrebatara eso.

Y, sin embargo, mientras subía las escaleras con lentitud y se detenía frente a la habitación con la mano levantada para llamar a la puerta, y pensaba, pensaba *de verdad* en mirarla a los ojos y decirle todo lo que Henry le había aconsejado, lo asaltó la duda.

De repente, recordó la nota que su criado personal le había dejado en el Sea Lounge al principio de ese asunto tan penoso, antes del almuerzo de cumpleaños de Iris. Se la había enviado Alice, quien había urgido al criado que se apresurara a llevársela ("En el calor del mediodía, *sahib*", había protestado luego el criado), ansiosa, por lo visto, de que Guy recibiera su reprimenda antes de que llegaran los demás.

No había sido el comienzo más auspicioso de ese almuerzo insoportable.

No le contaré nada a Madeline. No hace falta que te diga que jamás te perdonaría por tratar de usar a Iris en su contra. Me está costando no hacerlo. Pero entiendo por qué lo hiciste. Yo también tengo miedo, Guy. Pero le prometí a Iris que no lo harás nunca más y que no hay ninguna posibilidad de que no vuelva a vernos. Le dije que, pase lo que pase, sus padres se van a asegurar de que ella sea feliz y que jamás esté triste.

No vuelvas a ponerla triste, Guy. Si la amas como sé que la amas, busca una manera más honesta de convencer a mi hija de que eres digno de su amor.

Por favor, no te conviertas en un hombre de menor valía que la que tienes.

Se lo había dicho otra vez, más tarde ese mismo día cuando lo había encontrado en el hospital, lista para explicarle lo injusto que estaba siendo al tratar de interponerse entre Iris y Luke.

—¿De veras quieres que alguien los acompañe todo el tiempo, Guy? —lo había increpado, haciéndolo sentir como una bestia—. ¿Acaso has olvidado lo que sufrió Luke? ¿Todo lo que se perdió? ¿No te das cuenta de que te vas a quedar solo?

Entonces Alice todavía quería que Maddy lo eligiera a él. Guy había estado seguro de eso. "Yo también tengo miedo". Por eso le había hecho caso en cuanto a no supervisar los encuentros entre Luke e Iris, al menos.

Sin embargo, a pesar de sus intentos sutiles por mantener a Iris de su lado —con sus recomendaciones de que hiciera lo posible por ser amable con

Luke aunque le tuviera miedo y sus promesas de cuidarla siempre, "¿qué haría si no pudiera hacerlo?"—, la niña había comenzado a sucumbir al encanto de su padre.

Se volvió y miró con cansancio en dirección al dormitorio de Iris. Se la imaginó dormida, de costado, moviendo los labios entre sueños, los rizos oscuros pegados a sus mejillas rosadas. Bajó la cabeza al recordar la forma cautelosa en que había empezado a mirarlo últimamente. Su desconfianza. Esa pequeña adorable, que solía correr ansiosa hacia sus brazos, había comenzado a dudar de él, temerosa de lo que él podría intentar decirle.

El sonido de una tos proveniente de la habitación de Maddy lo hizo girar otra vez. Se acordó de que había vomitado antes y sintió una punzada de preocupación cuando la oyó correr hacia el baño. Quería ir a acompañarla, sostenerle los hombros. Estar con ella.

Era lo único que quería.

Vaciló un segundo más, con la vista clavada en la puerta. Dio un paso adelante y apoyó la mano y la frente en la madera tibia y húmeda.

Habían perdido el rumbo, los dos, muy rápido. No habían compartido suficientes momentos felices. No les había alcanzado el tiempo.

Cerró los ojos y su mente se llenó de todo lo que debía decirle.

Jamás lograría obligarse a hacerlo. Lo sabía. Así que no lo intentó.

Se giró despacio y fue a su habitación, donde, en cambio, escribió todo en una carta.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Maddy estaba despierta cuando Guy deslizó el sobre por debajo de la puerta que conectaba los dormitorios de ambos. Había estado despierta toda la noche oyéndolo caminar, suspirar y escribir en su habitación. Casi había cedido a la tentación de levantarse e ir a hablar con él. "Por favor, ¿podríamos conversar al menos?". Pero se había sentido mal, agotada por las emociones de ese día, y no había podido hacer nada más que quedarse en la cama, con la mano apoyada en el estómago mientras repasaba los cientos de posibilidades de lo que podría pasar en el futuro.

Había estado inquieta por su madre también. Había sido muy injusta con ella cuando había vuelto del apartamento de Luke y la había encontrado en la habitación de Iris, mirándola dormir con una expresión de pérdida profunda en el rostro.

Luke había insistido en llevarla de regreso a la casa después de que ella vomitara otra vez en su apartamento: no quería que fuera sola a ninguna parte. Ya en Malabar Hills, mientras Maddy empezaba a contarle lo afligida que había visto a su madre, se había dado cuenta (por la falta de asombro con la que Luke había fruncido el ceño sin dejar de mirar el camino) de que él parecía saber de qué se trataba todo el asunto. Hizo una pausa, recordó las palabras de su madre, "solo quería decirte que hoy vi a Diana" y, por fin, sintió que todas las piezas del rompecabezas encajaban en su lugar.

Había girado en el asiento del auto, aturdida por todo lo que de repente cobraba sentido: la pelea tan prolongada entre sus padres, la forma extraña en que Alice había agradecido algo a Luke cuando lo vio por primera vez, el trabajo nuevo de Alf, la insistencia de Luke en que Maddy no enfrentara a Diana… Se había llevado la mano a la cabeza, casi mareada, al tiempo que se preguntaba cómo había tardado tanto en darse cuenta de todo y luchaba por descifrar… qué sentía.

—¿Por qué diablos no me dijiste nada? —preguntó a Luke.

—Quería dejar que ella lo hiciera —había explicado él y había detenido el coche en la densa oscuridad del borde de la carretera. Había repetido todo lo

que Arnold le había explicado en un intento por evitar que el enojo la embargara por completo. Le había recordado cuánto había padecido Alice al verla sufrir durante tanto tiempo, convencida ella también de que él había muerto. Mientras hablaba, sin dejar de mirarla con ternura en la penumbra del interior del coche, Maddy había comenzado a evocar la imagen de su madre en ese entonces, después de la llegada de aquel telegrama devastador: su expresión atormentada cada una de las miles de veces en que la abrazaba para tratar de consolarla. "Tú eres mi Iris".

—Ella quería hacerlo —había continuado Luke—. He hablado mucho con ella; ya no sé cuántas veces durante nuestras salidas. Tiene terror de volver a perderte Maddy.

Maddy se había reclinado hacia atrás en el asiento, incapaz de pensar en esa posibilidad tampoco. De pronto, las palabras que le había dicho a su padre en la playa resonaron en su mente.

"Sea lo que sea, ¿realmente tiene sentido seguir sufriendo así?".

Había escuchado la respuesta de su padre, "tal vez no", antes de cerrar los ojos, consciente de que, en el fondo, por supuesto que no tenía sentido.

Había tenido toda la intención de ser amable con su madre cuando la viera. A pesar de su dolor y de la honda tristeza por todo el tiempo perdido, había querido asegurarle que ya estaba, que todo había terminado.

Ni por un segundo había pensado en decirle lo que le dijo. Pero la forma espantosa en que Alice miraba a Iris, la idea de más dolor inútil, hizo que las palabras escaparan de su boca casi sin darse cuenta.

—¿De verdad quieres reparar el daño que has hecho? —había soltado—. Demuéstranos que lo lamentas en serio.

—Sí —había respondido Alice mientras se ponía de pie—, sí. Dime qué quieres que haga.

—Vuelve con nosotros a Inglaterra —había contestado Maddy—. Si no te subes a un barco con nosotros jamás lograrás hacerlo. No tienes que perder a nadie. Papá está desesperado por jubilarse y vivir allí; sé que a ti también te gustaría. Será el último viaje que tendrás que hacer. Ven con nosotros y te perdonaré.

Había visto cómo se agrandaban los ojos de Luke. Parecían preguntarle: "¿Hablas en serio?".

Alice la había mirado horrorizada.

Había sido injusto y Maddy lo sabía.

Sin embargo, cuando se levantó de la cama, reprimió otra oleada de náuseas y cruzó la habitación para recoger la carta de Guy, no sintió ningún remordimiento.

No se echaría atrás.

De todos modos, se olvidó de todo cuando abrió el sobre y vio lo que había adentro.

Leyó y asimiló lo que Guy había escrito: que los padres jamás debían anteponer sus deseos al bienestar de sus hijos, cuánto lamentaba lo ocurrido, lo sentía mucho, mucho…

Le temblaban las manos. Dio vuelta el papel para leer todo otra vez.

Solías sonreír cuando me veías. Tengo que conservar la esperanza de que algún día volverás a hacerlo, de que ambos volveremos a hacerlo.

Tenía la mirada fija en la carta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por favor, no me obligues a hablar de esto. Ahora no. No puedo.

Con el papel aferrado en los dedos, levantó la vista en dirección a la puerta de la habitación de Guy.

Por favor, no me obligues a hablar de esto.

No pensaba darle alternativa.

Tomó el picaporte y abrió la puerta sin pensarlo dos veces. No le sorprendió verlo al otro lado del dormitorio, todavía con el uniforme que, por lo visto, había tenido puesto toda la noche. Apoyado contra la pared, parecía como si la hubiera estado escuchando leer su carta, reproduciendo cada una de las palabras e imaginándolas resonar en la mente de Maddy.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó con el papel en la mano y la voz trémula.

—Me encantaría que la situación fuera diferente —contestó él con el mismo temblor en la voz— pero sí, lo digo en serio.

Maddy sintió que se le nublaban los ojos. Bajó la vista una vez más y sus lágrimas cayeron sobre las peticiones que él había hecho.

Que le permitieran despedirse de Iris a su manera. "Quiero asegurarme de que no se sienta culpable. Necesito que no esté nunca tan triste ni tan preocupada como para dejar de querer verme". Que se marcharan pronto, lo antes posible. "Estaría muy agradecido si todo esto se terminara lo más pronto posible". Que siempre pudiera estar presente en la vida de Iris y que

le dijeran al bebé que tal vez fuera hijo suyo. "Jamás volveré a casarme, Maddy. Ya lo tengo claro. Me has dado la única familia que quiero tener y no puedo renunciar del todo a estos niños que siento tan míos".

Maddy levantó la cabeza y volvió a mirarlo a los ojos… esos ojos amables y tiernos.

—Gracias, Guy —pronunció con la voz cargada de emoción y también deseo, desde lo más profundo de su corazón, de que todo hubiera sido distinto.

Partieron de la India dos días después, a bordo de un abarrotado transatlántico de la P&O con destino a Tilbury que zarpó de los muelles bulliciosos de Bombay bajo el sol y el calor de la tarde. Los padres de Luke los estarían esperando cuando llegaran a Inglaterra; Edie también. Maddy y Luke les habían enviado un telegrama cuando compraron los billetes. Habían llevado a Iris a la oficina del telégrafo con ellos; querían tenerla cerca, saber que estaba segura y cerciorarse de que la niña se sintiera querida y lo más feliz posible en medio del ajetreo de una partida tan apresurada. Luke había alzado a Iris sobre el mostrador de la oficina para ayudarla a espiar a través de la mampara metálica cómo el empleado tecleaba el mensaje. "EN CAMINO *STOP*". Maddy había sonreído al ver la mirada sorprendida de Iris y su asombro porque esas palabras llegaran a Inglaterra en cuestión de minutos. Había coincidido en que sí, era casi como magia, aliviada —como todos— por el entusiasmo de su hija, tanto que no quiso arruinar el momento dejando entrever lo mal que se sentía en esa sala calurosa.

Después de eso, casi no habían parado en el afán por preparar todo para la partida y despedirse de todos. Habían hecho una última visita agridulce a la escuela, con tartas y el tiempo suficiente para que Maddy e Iris se perdieran, una y otra vez, en los abrazos efusivos de los niños. En medio del frenesí del equipaje, habían logrado escaparse una hora para ir caminando, distendidos, a los Jardines Colgantes y, en otra ocasión, para dar un paseo por la playa. Della y Jeff les habían organizado una cena de despedida la noche anterior y habían permitido que los niños, incluido el trío del jardinero, se quedaran despiertos hasta tarde sin querer interrumpir sus carreras, sus risas y sus juegos en el césped iluminado por la luna ni dar por terminada la velada antes de lo necesario.

—No sé si voy a poder soportarlo —había declarado Della con lágrimas en los ojos mientras apoyaba la copa de vino en la mesa—. ¿Hay alguna posibilidad de convenceros de que os quedéis?

—Esta vez no —había respondido Maddy y la había tomado de la mano—. Siento que ya me perdí muchos viajes.

—Tienes muy mala cara —había comentado Della.

—Es verdad, Maddy querida —había convenido Peter—. Toma, aquí tienes otra lima para chupar.

Había sido difícil, muy difícil dejarlos a todos, aunque se había hecho más llevadero con la promesa de que volverían de visita en invierno, cuando hiciera más fresco, y Guy iría a visitarlos. Habría otras comidas, otros momentos para que los niños jugaran. No sería la última vez que Iris vería a sus amigos ni a su aya (que ya se había mudado a la casa de Della y Jeff, lista para intentar alentar tendencias más positivas en Emily), el querido cocinero, Suya, Ahmed o el resto de la gente que amaba.

Y no tuvo que despedirse de su abuela.

Maddy se había ocupado de eso.

Mientras esperaba en la cubierta sofocante de estribor, Luke miró por encima del hombro hacia el camarote donde ya se encontraba Alice. Richard había hablado con el capitán, un viejo amigo suyo (como tantos otros), que la había escoltado a bordo esa mañana a través de su propia entrada privada, antes que el resto de los pasajeros. Todos la habían ayudado —Maddy, Iris, Peter, Della, las niñas, todos— y Richard la había acompañado en todo momento. Viajaba con ellos aunque se quedaría poco tiempo, ya que debía regresar a resolver la cuestión de su retiro.

"No puedo hacerlo sin ti", le había dicho Alice.

Maddy e Iris habían tenido que irse, solo por una hora —Maddy llevaba una bolsa de galletas de jengibre que el cocinero insistía en que le calmarían las náuseas (Luke esperaba que así fuera)— para despedirse de Guy con helados en el Sea Lounge como él había pedido.

Pero ya habían regresado y las dos avanzaban de prisa y tomadas de la mano a través de los porteadores y los maleteros vociferantes, abriéndose paso entre los cientos de británicos y lugareños apiñados en el muelle frenético. Luke se inclinó hacia adelante, apoyó las manos en la barandilla tibia y salada del barco y las observó. Había temido que Iris estuviera triste después de dejar a Guy, había tenido miedo de que llorara o de que hiciera

una escena. Pero, para su alivio, la pequeña reía mientras corría junto a Maddy para llegar a la pasarela de embarque. Su hijita, la del pie sepia, reía mientras corría hacia él.

—¡Llegaron! —gritó y los ojos azules de ambas se volvieron hacia él.

Iris lo saludó con la mano.

Luke le devolvió el saludo.

—¡Aquí estamos! ¡Nos vamos a casa! —exclamó Maddy y, cuando las palabras llegaron a oídos de Luke, la realidad lo sobrecogió y sintió que se le cerraba la garganta de alegría, de pura felicidad.

Una dicha tan enorme que apenas podía respirar.

EPÍLOGO

Residencia para adultos mayores High Elms, Inglaterra, octubre de 1977

Carta de Luke para Maddy

"Hoy recuerdo qué año es. Sé que he vivido aquí dos años, en esta residencia que queda a menos de dos kilómetros de nuestra antigua casa junto al río; la casa que al final se nos quedó tan pequeña que a veces hablábamos de mudarnos, aunque sabíamos que jamás lo haríamos.

Fue decisión mía venir a vivir aquí después de que te fuiste. No podía permitir que ninguno de nuestros hijos me llevara a vivir con ellos, por mucho que insistieran. Vienen mucho a visitarme… mucho más de lo que mi memoria caprichosa les reconoce… y eso es lo único que quiero pedirles.

Les duele mucho cuando me olvido.

Estos días estoy olvidando demasiado. El tiempo que vivimos juntos se me escurre; de hecho, creo que ya he escrito la misma cantidad de cartas para revivir los miles de recuerdos que creamos después de encontrarnos como las que escribí cuando tenía pánico de no encontrarte nunca.

Estas cartas, las cartas de nuestra vida, son las que conservo. Están apiladas a mi lado. Algunas son solo notas escritas con prisa y otras son mucho más largas. Todo lo que vivimos está aquí.

Nuestra boda, esa primera Navidad helada cuando volvimos de Bombay en la pequeña capilla iluminada por las velas al final de la calle. Estabas tan embarazada y tan decidida a no volver a estarlo. Te reíste cuando llegaste al altar y te dije que te veías hermosa. "Está usted muy bonita", te dije, "debe creerme, señorita Bright". Owen nació apenas una semana después y nos desconcertó a todos al parecerse solo a ti y exigir que lo amáramos, como

siempre supimos que lo haríamos desde el momento en que abrió sus ojos azul oscuro.

Menos de dos años más tarde llegaron los mellizos, Ben y Will, y nos tuvieron despiertos casi todo el verano, tanto que Iris preguntó si los podíamos devolver. Ella había querido una hermana, claro. Luego, en la primavera de 1926 nació Jacob y acabó con su última esperanza.

Sin embargo no le guardó rencor. ¿Quién podía guardarle rencor a semejante niño? Iris lo adoraba, todos los adorábamos; puedo verlo ahora mismo riendo en el jardín, tratando de seguir el ritmo a los demás, "esperad, esperad", con los brazos y las piernas en continuo movimiento, siempre corriendo detrás de una pelota.

Esos años cuando eran pequeños fueron maravillosos. Los veranos calurosos cuando los cinco pasaban el día en el jardín, entrando y saliendo del río. Nuestras caminatas por el parque, los fuegos artificiales en medio del frío despiadado (lo que daría por observarlos una vez más, contigo en mis brazos), los cumpleaños y las navidades con tus padres y los míos, Edie, Guy, Peter y Della —a quienes visitamos una única vez en la India antes de que ellos regresaran también a Inglaterra— y Emma, por supuesto. Emma, que vino a nuestra boda con Ernest y Arnold; luego al bautismo de Owen, después otra vez porque estaba cerca y así hasta que le ofrecieron trabajo en el hospital de la zona y le dijiste que mejor lo aceptara y fuera la madrina de Will. A partir de entonces jamás faltó a un cumpleaños o una celebración navideña.

No obstante, todo pasó tan rápido. Nos sorprendió que los días, que a veces parecían interminables, desaparecieran para convertirse en años que volaban en un abrir y cerrar de ojos. Una mañana llevábamos a Iris a su escuela nueva para su primer día de clase y, a la mañana siguiente, la llevábamos a Somerville para que comenzara la universidad, tensa en su nuevo abrigo de lana con capucha que habías insistido que necesitaría, decidida a no mostrar lo nerviosa que se sentía.

Y tan enojada con sus hermanos por hacer tanto ruido cuando todos la acompañamos a ese cuarto diminuto donde no nos animábamos a dejarla sola. Más enojada todavía cuando Jacob, que apenas tenía ocho años, salió corriendo al patio a buscar la pelota que se le había escapado y volvió con los ojos con miedo y diversión porque el bedel le había gritado.

—Odio haberlo retado —me confesó Iris el otro día.

—¿Cómo ibas a saber lo que ocurriría? —la tranquilicé—. Y él te adoraba.

Jamás pensamos que alguno llegaría a vestir uniforme. A todos nos aterraba la posibilidad de otra guerra, pero ocurrió y no pudimos evitarla. Nadie pudo.

Iris fue la primera en partir como integrante del cuerpo auxiliar femenino de la RAF a El Cairo. Las chicas de Della fueron con ella. Ir a despedirlas fue uno de los momentos más difíciles que nos tocó vivir pero regresaron. Iris volvió casada y tan feliz con nuestra primera nieta, Megan (quien ahora está a punto de ser madre a su vez), que ya tenía un mes.

Owen, decidido a convertirse en el cirujano que es hoy (para alegría de Guy y de mi madre), se alistó en el Cuerpo Médico y también pudo mantenerse a salvo en el Mediterráneo y en el Pacífico. De manera igualmente milagrosa los mellizos, nuestros pilotos, también lograron volver ilesos, aunque nos hicieron pasar cientos de noches en vela.

Solo Jacob, que acababa de cumplir dieciocho años en el momento del desembarco de Normandía, no regresó jamás aunque no hemos dejado de esperarlo.

Han pasado más de treinta años y no puedo escribir esas palabras sin que se me rompa el corazón.

Me dijiste que lo buscarías. Cuando partiste —y me dejaste a pesar de haber prometido que no me abandonarías nunca— creo que encontraste paz en ese pensamiento.

Espero que estéis juntos, pero todavía no puedo dejar de desear que estuvieras aquí. Tu enfermedad fue tan rápida que no tuve tiempo para darme cuenta de todo lo que me faltaba decirte: un montón de cosas que quería que supieras… y todas se referían a lo mucho que me diste.

Estas cartas, supongo, también me han dado la posibilidad de decírtelas.

Tengo que dejar de escribir ahora porque estoy cansado. El lápiz me pesa mucho y necesito dormir.

Quiero dormir.

Cuando duermo, sueño y mis sueños son todo lo que me queda de ese otro mundo.

El mundo donde vivía contigo.

NOVELAS HISTÓRICAS EN VIDIS

Históricas Románticas

El secreto de París • Natasha Lester
Una novela sobre la resistencia en París que presenta a las primeras pilotos de guerra y el origen de la casa Dior.

Las tres vidas de Alix St. Pierre • Natasha Lester
En la postguerra en París, una exespía debe encontrar al nazi que arruinó su vida, mientras brilla como publicista de la alta costura y resiste a un amor inesperado.

La casa de la Riviera • Natasha Lester
Una mujer que lo arriesgó todo: el amor y la propia vida, para evitar que los nazis destruyeran obras de arte invaluables durante la Segunda Guerra Mundial.

La última rosa de Shanghái • Weina Dai Randel
Un amor apasionado entre una rica heredera china y un joven judío refugiado del nazismo, en el ambiente glamuroso del viejo Shanghái de los 40.

Bajo el sol de Creta • Jenny Ashcroft
En 1936, Eleni y Otto se enamoran en Creta. En 1941, se reencuentran como enemigos bajo la ocupación nazi, enfrentando el amor, la guerra y las lealtades divididas.

Los libreros de Coventry • Kristy Cambrom
Dos libreros enemistados por aquel sueño de amor que perdieron en la Gran Guerra se reencuentran para salvar Coventry de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

Históricas épicas

La tarotista de Versalles • Anya Bergman

Mientras María Antonieta se aferraba a la esperanza que le daba su tarotista, la Revolución seguía su paso inexorable hacia la tragedia.

Las brujas de Vardø • Anya Bergman
En una fortaleza noruega del siglo XVII, se encarcelaba a las mujeres y se las quemaba por brujas.

Los hijos de Rachel • Eleanor Shearer
La increíble aventura por tierra y por mar de una esclava fugitiva que decide recuperar a sus hijos robados.

Históricas de aventuras

Fiebre de oro • Beth Lewis
En el Yukón de 1898, un crimen une a tres mujeres en plena fiebre del oro, en un territorio sin ley donde la ambición puede ser mortal.

Río llévame a casa • William Kent Krueger
Durante la Depresión del 30, cuatro niños escapan en una canoa, en busca de un lugar al que llamar su hogar. Emoción, peligro, amistad y aventura con un final inolvidable.

Entre nosotras, la libertad • Chitra Banerjee Divakaruni
Tres hermanas sufren la muerte de su padre y la trágica partición de la India, mientras luchan por sus sueños, su libertad y la inquebrantable fuerza del amor.

Las cuarenta ladronas • Erin Bledsoe
Inspirada en la historia real de Alice Diamond, la reina de los ladrones de Londres en 1920.

Históricas basadas en hechos reales

Escape de Viena • Weina Dai Randel
Viena, 1938. La conmovedora historia real del doctor Ho Fengshan, cónsul chino que junto a su esposa salvó del nazismo a miles de judíos.

Las buenas hijas • Brigitte Dale
Un grupo de mujeres se suma a la lucha por el derecho al voto y descubre que desafiar al sistema implica enfrentar peligros, sacrificios y decisiones que pueden cambiar sus vidas.

Históricas mitológicas

Ítaca • Claire North
Ulises se ha ido con todos los hombres jóvenes de la isla y Penélope gobierna desde las sombras. Es hora de que las mujeres cuenten su versión del famoso mito griego.

La casa de Ulises • Claire North
Penélope debe proteger Ítaca ante la inminente batalla entre Orestes, rey de Micenas, y su tío Menelao, rey de Esparta, que busca usurpar su trono.

La última canción de Penélope • Claire North
Penélope debe luchar por salvar a Ítaca cuando Ulises regresa y pone a prueba su fidelidad, mientras planea su venganza contra los pretendientes.



Foto de la autora: Phill Jackson

Jenny Ashcroft es una autora británica de ficción histórica. Después de haber pasado muchos años viviendo, trabajando y explorando Australia y Asia, reside en Brighton junto al mar con su familia. Tiene una licenciatura en Historia de la Universidad de Oxford y siempre le ha fascinado el pasado, la forma en que acontecimientos extraordinarios pueden transformar la vida de la gente normal.

VIDIS
HISTÓRICA

Es posible que de todo lo que despierta nuestra curiosidad, nuestro pasado sea lo más intrigante. Porque es real, aunque poco sepamos de esos hechos y esas personas que vivieron años o siglos antes que nosotros.

Nos fascinan las películas históricas porque durante dos horas somos verdaderos testigos, vemos hasta el detalle lo que pudo ser, en un auténtico viaje al pasado. Hemos visto, eso quiere decir VIDIS, nuestro sello de novela histórica.

Cada libro te transportará desde la Antigua Grecia a la Segunda Guerra Mundial. Descubrirás hechos, personajes, costumbres, tragedias y emociones que pudieron ser reales. Si te llegan como un relato imaginario, es porque *la Historia, para ser contada, debe ser imaginada.*

Cuando acabes la última página, sentirás que además de haber recorrido un viaje lleno de aventuras, emociones y puro entretenimiento, habrás descubierto un episodio de la Historia que no conocías, y estarás feliz por haberte enriquecido.

Te damos la bienvenida a VIDIS, sabemos que ocupará un importante lugar en tu biblioteca.

¡Que lo disfrutes!

